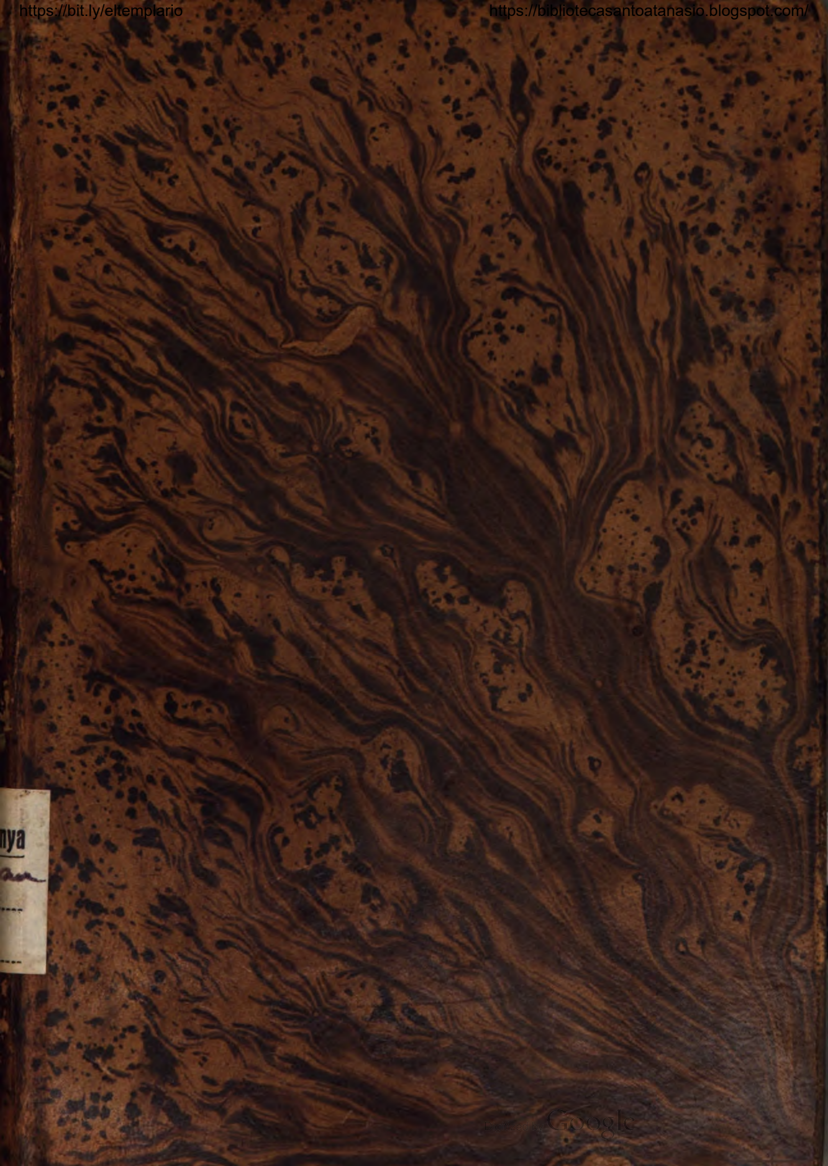
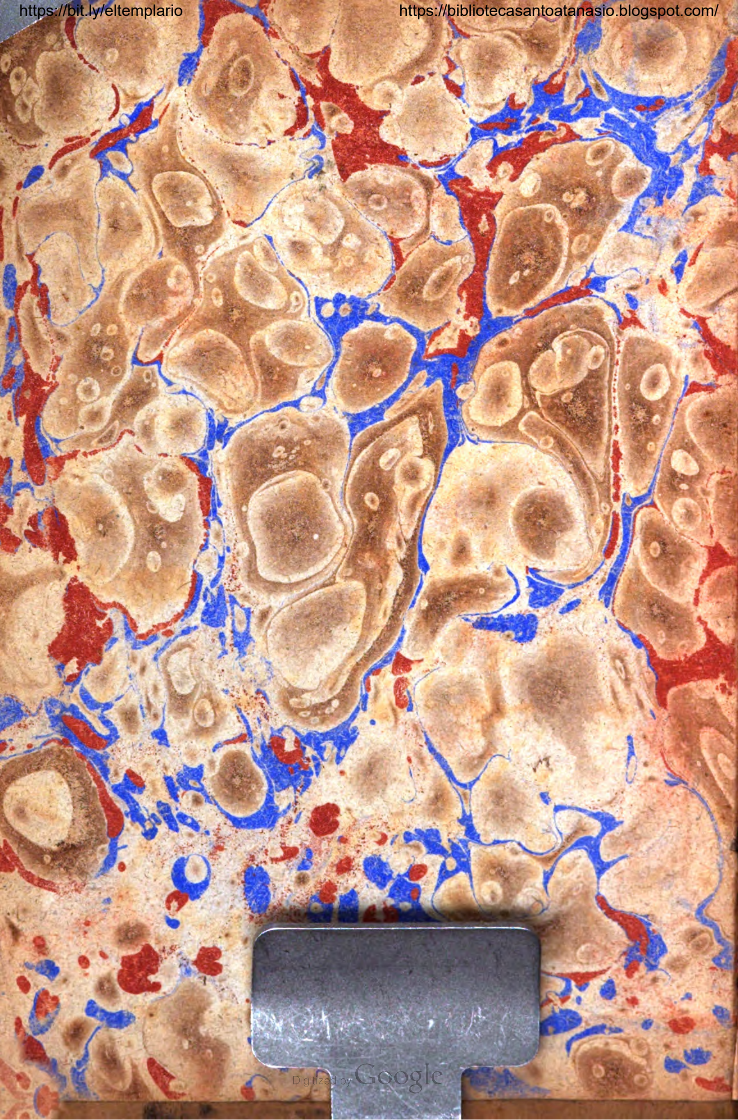
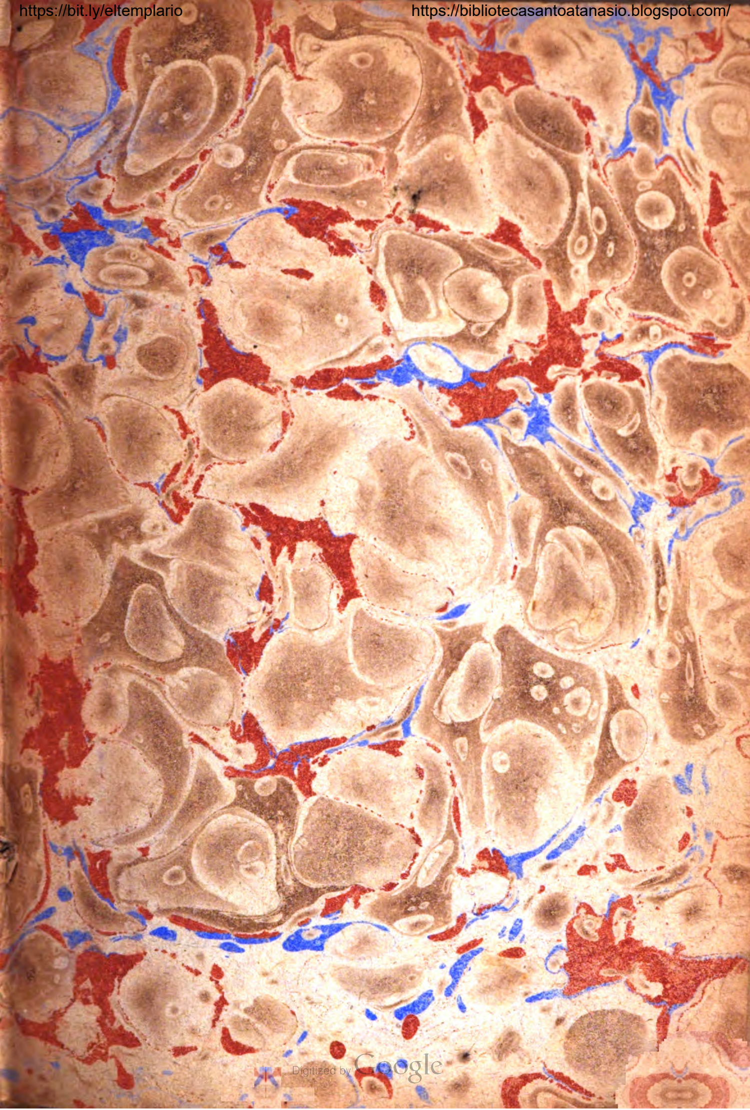

nya





# EL OBRERO CRISTIANO.

## BREVES CONSEJOS ESPIRITUALES

PARA

USO DE LOS JÓVENES,

POR

**MONS. DE SEGUR.**

VERSION ESPAÑOLA

DE

D. F. Luis Obiols.

TOMO PRIMERO.

Aprobado por la Autoridad eclesiástica.

BARCELONA:
TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5,

# DEDICATORIA.

Ofrezco y dedico estas conferencias á todos los jóvenes, y muy especialmente á los jóvenes de las Asociaciones obreras.

Hablo aquí á todos y á cada uno en la persona de uno de mis queridos hijos espirituales que se llama Jaime. Jaime es un muchacho á quien hace unos cuatro años ayudé á hacer una buena y formal primera Comunion. Ha permanecido fiel á Dios y acaba de terminar su aprendizaje. Cada dia siente crecer en su corazon la necesidad de conocer más á fondo la vida cristiana, á fin de poder practicarla mejor; y yo me he encargado de auxiliarle en este difícil y piadoso trabajo.

Pero al escribir para él he pensado que podia ser útil á muchos otros jóvenes, y por esto voy á hablaros á vosotros, mis jóvenes lectores, como á él y al propio tiempo que á él. Para mí vosotros os llamais Jaime; y permitidme que añada que para mí, para mi corazon de padre y de

amigo, vosotros todos sois lo que es mi querido Jaime.

Escuchadme con confianza, pues os hablo con amor; y procurad poner en práctica las buenas verdades que, en nombre de Dios, os presento en estas breves páginas.

Si bien estas conferencias se dirigen especialmente á los jóvenes obreros, creo poder recomendarlas á todas las personas que se dedican á la santificacion de la juventud, sin distincion de clases. La verdad cristiana es para todos la misma; y lo que hace bien en el taller lo hace igualmente en el colegio, en la pension y hasta en el regimiento. En lugar de *amo*, leed *maestro, profesor* ú *oficial;* donde diga *taller*, leed *clases, estudios* ó *ejercicio*, y veréis como todos los avisos, observaciones y consejos van directamente al fin propuesto.

La familiaridad de la forma en que vienen escritas estas páginas, en vez de ser un inconveniente es una ventaja; conviene ante todo hacerse entender bien en materias tan importantes, tan elevadas y con demasiada frecuencia, por desgracia, tan poco familiares para la inteligencia de los jóvenes.

Deseo, pues, que el título de *obrero* no ofusque ni á los colegiales, ni á los se-

minaristas, ni á los estudiantes, ni á los soldados. Lo que digo aquí á mi querido Jaime, á ellos; se lo digo igualmente y para ellos como para él, pido á la bondadosa y santísima Vírgen su más tierna, su más maternal bendicion.

**8 de Setiembre de 1875,**
**dia de la festividad del Natalicio de la Vírgen Santísima.**

---

# EL OBRERO CRISTIANO.

## CAPÍTULO I.

### Verdadera idea de la piedad cristiana.

#### I.

**Qué es la piedad, y como es hecha para el obrero, á lo menos tanto como para los demás.**

La piedad no es un órden de cosas reservado á los sacerdotes, á los religiosos y á las mujeres, aunque lo han querido hacer creer así los incrédulos á fin de alejar de ella á los hombres, haciéndola pasar por una especie de sentimentalismo y debilidad de espíritu.

Por el contrario, nada hay más grande, nada más noble que la piedad cristiana; nada pide más energía, más valor, más docilidad y más perseverancia.

En efecto, ¿qué es la piedad, la verdadera piedad? Es la participacion en que entramos, por efecto de una fe viva y de una valerosa fidelidad, de

los sentimientos de Nuestro Señor Jesucristo, que es el modelo de toda perfeccion, el autor y la fuente viva de la gracia. Cuanto más piadoso se es, más cerca se está de Jesucristo; y cuanto menos piadosos somos más nos alejamos de Jesucristo, es decir, del principio de todo bien, de toda bondad, de toda grandeza, de toda virtud, de toda perfeccion. Cuanto más piadosos somos, más nos elevamos, más grandes, nobles, puros y excelentes somos; cuanto menos piadosos, más descendemos la escala moral; esto es lo que forma verdaderamente al hombre, al hijo de Dios, al cristiano.

La piedad, mi querido Jaime, es la participacion más ó menos perfecta de los sentimientos del Corazon adorable de Jesús, en primer lugar para con Dios, su Padre celestial, á quien adora, suplica, ama y venera; despues para con la santísima Virgen, su bienaventurada Madre, á quien ama y respeta como el mejor de los hijos respeta y ama á la mejor de las madres; luego para con todos los hombres, á quienes ama como á hermanos suyos y para quienes se sacrifica todo entero; y por último para con todas sus criaturas, á quienes trata con la bondad y justicia que á cada una de ellas son debidas. Esto es la piedad, la verdadera piedad católica, que la Iglesia predica al mundo desde hace diez y ocho siglos, y que el Hijo de Dios hecho hombre, la Sabiduria eterna encarnada, Jesucristo, vino por sí mismo á llevar al mundo. Y te pregunto ahora: ¿hay algo más grande, más digno de un espíritu elevado y de un noble corazon?

La piedad no es más que la vida cristiana comprendida y practicada con delicadeza; y despues de todo, ¿qué es la vida cristiana sino el servicio y el amor de Dios, es decir, lo que hay más excelente y más necesario en el mundo? La piedad es con respecto á la vida cristiana lo que la nata con respecto á la leche. La leche es buena ya de sí; pero la nata es todavía mejor. Si todo cristiano, quiero decir, todo buen cristiano, es un soldado de Dios y un valiente, el cristiano piadoso es el valiente por excelencia, digno de toda estima y de todo honor.

En vista de esto, hijo mio, juzga lo que se debe pensar del absurdo error de los que pretenden que la piedad no es para los hombres, y especialmente para los obreros, los aprendices y los jóvenes.

Es para ellos más todavía, si fuese posible, que para las mujeres y las niñas; porque siendo la naturaleza del hombre, por cierto lado, superior á la de la mujer, ó cuando menos más fuerte y más poderosa, todo lo que es elevado, todo lo que exige poder y fuerza se dirige naturalmente al hombre antes que á la mujer. Y además, como nunca es tan bella la piedad como cuando es ardiente, generosa, expansiva, franca y animada, es preciso reconocer que es propia especialmente del jóven, que más que toda otra criatura está dotado de estas bellas cualidades. La piedad es, pues, admirablemente apropiada al jóven.

Pero no es esto todo: hemos de reconocer que el jóven obrero está llamado á la piedad con prefe-

rencia á los otros jóvenes de su edad, y esto por una razon tan sencilla como tierna. ¿Quién no la adivina en seguida? El modelo, el autor, la fuente viva de la piedad, Jesús, ¿qué quiso ser mientras tuvo doce, quince, diez y ocho y hasta veinte años? Entre todos los estados de la vida, escogió uno, uno solo: quiso ser obrero; quiso trabajar con sus propias manos y ganarse la vida con el sudor de su rostro.

Jesús aprendiz, Jesús obrero, Jesús en el taller de Nazaret, Jesús ayudando á san José en su humilde y rudo trabajo de todos los dias: he aquí el argumento sublime y sin réplica que prueba más claro que el dia, que el aprendiz, que el jóven obrero cristiano está llamado, antes que todo, á practicar la piedad y á seguir así las huellas de aquel que dijo: *Si alguno quiere ser mi discípulo, que me siga.*

El jóven obrero está hecho para Jesús, como está formado el ojo para la luz, como está hecho el corazon para el amor. Está hecho y maravillosamente hecho para ser todo de Jesús, para ser otro Jesús.

El sacerdote fiel, los padres cristianos, los amos verdaderamente dignos de este nombre (nombre que encierra una idea de paternidad), son los José de este nuevo jóven obrero de Nazaret, de este nuevo hijo adoptivo de Dios y de la Vírgen santísima.

## II.

### Algunas esplicaciones sobre la naturaleza y los grados de la piedad.

La piedad, como llevo dicho, es la participacion de los sentimientos, de las santas disposiciones del Corazon de Jesús... Es una dulce y santa disposicion que Jesucristo, nuestro Dios y nuestro adorado Maestro, pone en nuestro corazon, y que nos mueve á amar y servir como buenos hijos á nuestro Padre celestial y á la santísima Vírgen, nuestra Madre del cielo. La piedad cristiana es el amor filial de Dios y de la santísima Vírgen; es el amor práctico de todo lo que Jesús ama; es la conformidad de nuestros pensamientos, de nuestras afecciones, de nuestros hábitos, con los hábitos, las afecciones y los pensamientos de Jesucristo. ¿Comprendes bien esto, mi querido Jaime? De cada cien jóvenes hay noventa y cinco que lo ignoran, y cuyo corazon amante y generoso se sentiria indudablemente inundado de amor si llegase á comprenderlas y saborearlas bien.

La piedad no es lo mismo que la Religion. La Religion es el conocimiento de Dios y el respeto á sus mandatos: la piedad es una union más íntima con Dios, una práctica más ferviente de su santa ley. La Religion es el primer grado del servicio de Dios; la piedad es el segundo, más perfecto y más elevado.

Tampoco es la piedad lo mismo que la santidad. La santidad es superior, muy superior á la piedad; para ser un santo no basta ser un cristiano piadoso; es menester, además, amar y servir á Dios con una perfeccion extraordinaria; es menester, como se dice, practicar las virtudes cristianas en un grado heróico. La Religion, la piedad y la santidad son los tres grados del amor que une al hombre con Dios.

Todos los cristianos están llamados, no sólo á la Religion, sino tambien á la piedad. Es indudable que para la salvacion no es indispensable, como lo es la Religion, una piedad tierna, una piedad perfecta; pero todos estamos llamados en determinada medida á ser piadosos, es decir, á amar á Dios con más ó menos fervor. Haciéndonos el Bautismo verdaderos *hijos* de Dios, estamos obligados á amar á Dios filialmente, por la sencilla razon de que somos cristianos. ¿Qué seria, díme, un hijo que no amase á su padre?

La piedad viene á ser el alma de la Religion; cuánta más piedad hay en un cristiano, más viva, sólida y agradable á Dios es su religion. Una religion sin piedad se parece mucho á un cuerpo sin alma, ó más bien á un dia sin sol.

Me preguntarás tal vez, querido Jaime, ¿para qué sirve la piedad; para qué te servirá á tí especialmente, en tu laboriosa condicion?

Para tí, como para todos nosotros; para tí, más que para muchos otros, la piedad es la paz del corazon, la verdadera alegría y la verdadera dicha

de la vida. Si eres verdaderamente piadoso, Jesús estará en tu corazon, y mientras vivas no estarás solo en medio de las privaciones y de las penas.

En cierta ocasion asistia yo en su lecho de muerte á un jóven zapatero de París. Tenia diez y ocho años y moria de una enfermedad de pecho. Despues de haber olvidado algo á Dios, cosa que sucede con mucha frecuencia en las grandes ciudades, habia vuelto á Él de todo corazon. Aquella misma mañana habia recibido con el Viático el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

—Y bien, mi querido Eduardo,—le decia yo besándole y bendiciéndole,—¿cómo vamos ahora? ¿Sufrís tanto como ayer?

Y él haciendo un esfuerzo, me contestó:

—¡Oh! lo que es ahora voy bien. Ya no estoy solo para sufrir... ¡Ahora somos dos!... ¡Jesús está aquí, en mi corazon, conmigo!...

Sí, querido Jaime, si eres piadoso, nunca estarás solo en los combates de la vida; podrás sufrir (¿quién no sufre en este mundo?), pero no serás ni podrás ser *desgraciado*. Jesús te amará, y en su amor lo hallarás todo.

Tambien nos dice Jesús por boca del apóstol san Pablo: *La piedad es útil para todo: tiene las promesas de la vida presente y las de la vida futura*. Si amamos á Dios como verdaderos hijos, Él será para nosotros un verdadero padre y nos colmará, en este mundo y en el otro, de sus paternales bendiciones. Jamás olvides que la piedad es para todos nosotros, y especialmente para el jóven obrero, el te-

soro de los tesoros. *La piedad para con nuestro Dios,* dice san Francisco de Sales, *es el soberano bien de nuestra alma.*

En la piedad hay diferentes grados, como los hay en la luz del dia: en la luz del dia se distingue el crepúsculo de la aurora; la aurora del dia lleno; un dia sombrío y gris, de otro sereno y radiante. Lo mismo acontece con las disposiciones de nuestra alma que constituyen la piedad; con harta frecuencia, por desgracia, solamente se hallan en nosotros en estado de crepúsculo; á veces equivalen á la aurora; raras veces, en el jóven obrero, están en pleno dia, á causa del centro viciado en que se halla precisado á vivir, y á causa de su edad, que le expone á no pocas miserias.

Sentado esto, mi querido Jaime, vamos á entrar de lleno en lo importante, y á tratar las cuestiones más prácticas de tu vida de todos los dias.

## III.

### De la piedad y de los ejercicios de piedad.

Hay personas que creen que la piedad y los ejercicios de piedad son una sola y misma cosa, ó en otros términos, que la piedad consiste únicamente en los ejercicios de piedad. Creen que cuantos más se hacen mejor se es, y se ven algunos que se despepitan rezando gran número de oraciones, rosarios, salmos y *Via Crucis;* que nunca salen de la iglesia, que están atestados de medallas, cruces y

escapularios, y que necesitarian dias de treinta y seis horas para hacer el trabajo piadoso que se tienen impuesto. Con esto ya no se toman la molestia de ser dulces, humildes, pacientes, buenos para con los otros, indulgentes, caritativos ni mortificados. ¿Es esta la verdadera piedad? Ni por pienso.

Hay otros que, cayendo en el exceso contrario, desdeñan los ejercicios y las prácticas piadosas, bajo el pretexto de que el corazon basta, y de que no hay necesidad de cargar con tantas cosas. Estos son tan poco piadosos como los primeros.

Los hay, por último, que fieles á las leyes de su Madre la santa Iglesia, se limitan á rezar diariamente cierto número de oraciones, á no faltar á tales ó cuales prácticas piadosas, á llevar encima una cruz, una medalla, un escapulario. A más de esto velan de cerca sobre su conciencia; aman y adoran á Dios desde el fondo de su corazon; gustan de la oracion; tienen para la santísima Vírgen verdaderos sentimientos de piedad filial; en una palabra, procuran conformar sus corazones con el santísimo Corazon de Jesús. Esta es la verdadera y sólida piedad; estos son los cristianos verdaderamente piadosos. Sus ejercicios de piedad sacan todo su valor de los buenos sentimientos, de las sólidas virtudes que les animan.

Si no ocupándose de las disposiciones de su alma, se contentasen con multiplicar sus prácticas de piedad, se parecerian á aquellos antiguos judíos de quienes Dios decia: *Este pueblo me honra con la punta de los labios; pero su corazon está léjos de mí.*

Tendrian las apariencias de la piedad, pero no tendrian su realidad. Tales son algunos jóvenes que forman parte de piadosas y excelentes Cofradías, que muestran perfecta exactitud en el cumplimiento de todas sus obligaciones exteriores; pero que no velan sobre su carácter, que no se toman el trabajo de cumplir los deberes más esenciales de su estado, de respetar á sus padres, de reprimir sus pasiones secretas y de poner cuidado en no ofender á Dios.

Esto no es decir que los ejercicios de piedad no sean en sí mismos muy excelentes, muy útiles y hasta muy necesarios: el que se imaginase poder descuidarlos impunemente se formaria una grosera ilusion. Los ejercicios de piedad son prácticas religiosas no solamente autorizadas, sino además recomendadas por la Iglesia, precisamente para ayudar á los buenos cristianos á cumplir sus deberes para con Dios, á adorar convenientemente al santísimo Sacramento del altar, á venerar y rogar dignamente á la Vírgen santísima, á acordarse de las pobres almas del purgatorio, á mantener sus corazones más perfectamente unidos á Dios. La piedad no puede prescindir de los ejercicios de piedad, como no puede el cuerpo prescindir de la nutricion y del movimiento. Si la excesiva multiplicidad de los ejercicios de piedad es un abuso, la falta ó escacez de estas prácticas santificantes es un abuso mucho más grave todavía.

La piedad es el alma, los ejercicios de piedad son el cuerpo. Procura, pues, mi bueno y querido

Jaime, para que tu piedad sea viva, unir para siempre en tu vida el alma y el cuerpo de la piedad, es decir, las disposiciones santas, los buenos sentimientos, que son como la esencia de la piedad, y en cierta medida, ni demasiado grande ni excesivamente pequeña, los ejercicios de piedad que están destinados á mantener, reanimar, desarrollar y por último manifestar tu piedad.

Si, como sucede generalmente á los jóvenes obreros, puedes consagrar poco tiempo á estos buenos ejercicios, haz pocos; pero estos pocos que hagas, hazlos con todo tu corazon. Dios mira mucho más la calidad que la cantidad. Una moneda de cuatro duros es sumamente pequeña, sí, pero es oro, y porque es oro vale cuatro duros: procura que tus oraciones, que tus pequeñas prácticas sean todas de oro por el amor y por el fervor que las animen, y al cabo del dia, áun cuando hayas podido consagrar á tu Salvador pocas prácticas, pocas oraciones, pocas penitencias y adoraciones, habrás reunido un verdadero tesoro.

Naturalmente que si puedes añadir la cantidad á la calidad, será mucho mejor. En vez de una pequeña bolsa tendrás un gran saco de piezas de oro, y en el dia de la eternidad serás uno de los ricachos del Paraiso. Pero sobre todo no olvides, amigo mio, que la cantidad es nada, ó muy poca cosa por lo menos, sin la calidad, y que todo el valor de tus ejercicios de piedad, sean los que fueren, procederá de las disposiciones de tu alma.

Hé ahí á este propósito algunas pequeñas reglas

que procurarás poner en práctica hasta donde te sea posible.

Ante todo haz tus oraciones de mañana y de noche con suma exactitud, y con mucha religion interior y exterior: no las hagas demasiado largas, ni te concretes á decir siempre las mismas. Si eres solo hazlas en voz alta, y alguna vez con los brazos en cruz para mejor unirte con Jesús crucificado. Si no tienes tiempo de hacerlas de rodillas, hazlas yendo hácia el trabajo con el mayor recogimiento posible.

Despues, si puedes entrar un momento en la iglesia, no dejes de hacerlo, para pedir al Señor en el santísimo Sacramento que bendiga y guarde bien tu dia.

Procura luego rezar cada mañana y cada noche, sea andando, sea de otro modo, á lo menos una decena del Rosario, poniendo cuidado en ofrecer cada *Ave María* á una intencion especial: de esta manera se reza mucho mejor el Rosario.

Procura además no pasar un solo dia sin tributar tus homenajes de amor y adoracion á Jesucristo, para tí presente en su Tabernáculo. Si por casualidad tuvieses tiempo, nada podrias hacer mejor que asistir cada mañana á la Misa.

Fíjate siempre, mi querido Jaime, en que Dios está presente en todas partes: piensa en El cuando oigas tocar las campanas, ó cuando veas un sacerdote ó una religiosa, ó cuando oigas jurar, blasfemar y decir cosas malas.

Por último, forma parte, si puedes, de alguna

asociacion piadosa ó caritativa, de algun patronato, de alguna cofradía, á fin de sostener tu buena voluntad, sea cada domingo, sea una vez al mes. La union da la fuerza, y nada más poderoso para guardar la piedad que nuestras cofradías, patronatos y humildes conferencias de San Vicente de Paul: por encima de todo te recomendaré la Tercera Orden de San Francisco de Asis.

Para todos los detalles de lo que mejor conviene que hagas ó que dejes de hacer, consulta á tu director espiritual, cuya prudencia guiará la inexperiencia de tu juventud.

---

# CAPÍTULO II.

## La abnegacion cristiana.

### I.

### De la condicion esencial de la verdadera piedad, que es la abnegacion de sí mismo.

La verdadera vida cristiana, y con mayor razon la verdadera piedad cristiana, no es posible sin la condicion de *renunciarse á sí mismo.—Si alguno quiere ser mi discípulo,* nos dice á todos nuestro divino Maestro, *renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame.*

La abnegacion es, pues, la condicion indispensable del verdadero servicio de Dios. Y nota bien,

mi querido Jaime, que esta condicion lo mismo es para tí que para mí y para todos. Sin la abnegacion no hay vida cristiana, ni verdadera y sólida piedad; hasta podria añadirse sin vacilar que no hay salvacion. Efectivamente, el Evangelio no hace aquí excepcion alguna.

Solamente que es preciso que nos entendamos. Por lo mismo que la abnegacion es práctica y diariamente necesaria, es indispensable tener ideas muy claras sobre este punto.

Renunciarse á sí mismo es combatir todas nuestras malas inclinaciones, de las que se sirve el demonio para alejarnos de Dios. Esto no es renunciar absolutamente á todo, sino únicamente á lo que en nosotros hay malo ó cuando menos peligroso para nuestra alma. Es renunciar por el amor del Señor á todo lo que es incompatible con lo que El pide de nosotros. En otros términos, es desgajar cuidadosamente de nuestro pensamiento, de nuestra voluntad, de nuestro corazon, de nuestros hábitos, todo lo que es malo, todo lo que es contrario á la santa voluntad y al amor de Dios. Esto es renunciarse á sí mismo.

Esto, hijo mio, te hará comprender cómo y por qué el renunciar á lo que en nosotros hay malo y corrompido, es renunciarnos á nosotros mismos. En efecto, renunciando á lo que hay en tí malo ó peligroso, renuncias verdaderamente á esta parte de tí mismo que se llama *el hombre viejo* ó más bien la naturaleza corrompida. Desde el pecado original, que introdujo el mal en nosotros y en el

mundo, nuestra naturaleza perdió su pureza y bondad primitivas. Y como nuestra naturaleza es nosotros mismos, renunciar á lo que en nuestra naturaleza hay viciado, corrompido, echado á perder, es realmente renunciar á nosotros mismos. Cuando combates tus malas inclinaciones te combates á tí mismo: el cristiano lucha en tí contra el pecador; el hombre de Jesucristo lucha contra el hombre del demonio; el hombre nuevo, el hombre regenerado, renovado por el Bautismo, lucha en tí contra el hombre viejo, contra la pobre víctima del demonio y del pecado.

Desde luego comprenderás, mi querido Jaime, que el renunciarse á sí mismo no es un consejo de perfeccion, sino una ley propiamente dicha, una obligacion de conciencia. Aún cuando el Señor no nos lo hubiese dicho en el Evangelio, seria evidente que, para ser su discípulo, es preciso ante todo deshacerse de lo que nos impide ir en su seguimiento, y renunciar al pecado, al mal, á los malos hábitos, á los vicios, en una palabra, á todo lo que es contrario á su voluntad. Como decíamos hace poco, un cristiano sin abnegacion seria un cristiano de apariencia; seria un hombre que quisiera estar bueno sin querer curarse de una enfermedad mortal; seria un agricultor que quisiera recoger una buena segada de trigo en un campo cubierto de piedras y maleza, sin querer desbrozarlo, trabajarlo y limpiarlo.

Mi querido Jaime, no convienen vacilaciones. El reino de los cielos exige energía, y únicamente los

enérgicos lo conquistan. Es preciso renunciarnos, combatirnos á nosotros mismos; es preciso vencernos, y esto siempre, en todo y por todo. Es preciso que llevemos siempre nuestra cruz, la grande y santa cruz del deber; es preciso imitar, seguir á nuestro Maestro y Salvador, practicando lo mejor que sepamos la obediencia, la humildad, la dulzura, la paciencia, la penitencia, el desapego, la castidad, la misericordia, la santidad, de todo lo cual ha sido El quien primero nos ha dado ejemplo.

Es duro, indudablemente, pero es necesario, bello, noble y admirable; es el secreto, el único secreto de la felicidad en este mundo y en el otro.

Es duro, pero al fin hay el cielo. Y luego el mismo Jesús está con nosotros en nuestros combates. No temamos el trabajar y sufrir por Aquel que no solamente sufrió sino que murió por nosotros, y cuyo santo amor lleva al corazon la paz y la alegría.

Este trabajo de cada dia nos hace acreedores á una recompensa eterna, y no sólo eterna sino inefable é incomprensible. Esta muerte de nosotros mismos es la vida. *Sufrir y morir por Cristo*, decia alegremente santa Cecilia á sus verdugos, *no es sacrificar la juventud, es renovarla; es dar un poco de barro para recibir oro.*

## II.

**Qué quiere decir renunciar al mundo y de la obligacion que todos, quien más quien menos, tenemos de hacerlo.**

Para ser de Dios no basta renunciarse á sí mismo, es preciso además renunciar al mundo.

Esto no quiere decir que todos los cristianos deban hacerse trapenses, ó que todos los aprendices, todos los obreros tengan que dejar el taller para ir á hundirse en el desierto y á vivir en él como san Juan Bautista y como san Antonio. Vas á comprenderlo, mi buen Jaime, cuando sepas con claridad lo que es *el mundo,* y serás el primero en reconocer que un cristiano no puede dejar de renunciar al *mundo.*

En el lenguaje cristiano el mundo es el conjunto de las criaturas que bajo la influencia de Satanás se constituyen en estado de rebelion contra Jesucristo, su legítimo Rey y Señor.

La Iglesia, por el contrario, tomada en su sentido más general, es el conjunto de las criaturas fieles que escuchan á Jesucristo, sirven y honran á Jesucristo, y cumplen así la voluntad de Jesucristo con respecto á ellas.

El mundo es lo opuesto á la Iglesia, y la Iglesia es lo opuesto al mundo.

En el grande ejército de la creacion, cierto número de criaturas se rebelan contra su legítimo Jefe, Jesucristo, y pretenden destruir su imperio;

estas criaturas componen el mundo. Las otras, por el contrario, le permanecen fieles, combaten por El, obedecen su ley y se esfuerzan en hacerle reinar sobre ellas mismas y sobre todo el universo: estas constituyen la Iglesia. Es preciso pertenecer á uno ó á otro bando. *El que no está conmigo está contra mí*, ha dicho el Señor.

Como ves, hijo mio, renunciar al mundo es renunciar al mal y á todo lo que al mal conduce. Es por de pronto no amar y luego huir y combatir todo lo posible las personas y las cosas que Jesús no ama, las personas y las cosas que hacen la guerra á Jesucristo, y las cosas y personas á El consagradas.

Todo lo que es malo bajo el punto de vista de tu salvacion y de tu santificacion, todo lo que es verdaderamente perjudicial á tu alma, á tu fe, á tus costumbres y á tu perseverancia en el servicio de Dios, todo esto, mi buen Jaime, es el mundo.

Es el mundo que Jesucristo ha maldecido, precisamente porque está enteramente todo él sumido en el mal. *¡Ay del mundo á causa de sus escándalos!* ha dicho en el Evangelio. Es el mundo en medio del cual viven los cristianos, pero al cual los cristianos no pertenecen. *Vosotros,* dice el Señor á sus discípulos, *no sois del mundo, como tampoco yo lo soy. Si fuéseis del mundo, el mundo os amaría; pero por esto os odia, porque no sois de él. No os sorprendais, porque antes me ha odiado á mí. El discípulo no es más que el Maestro.*

En la práctica, mi querido hijo, el mundo para

tí son los placeres y las diversiones peligrosas donde son desconocidas, cuando no abiertamente ultrajadas, la Religion y las buenas costumbres; son las compañías peligrosas que tratarian de apartarte del servicio de Dios; son esos garitos, esos clubs, esos círculos, esos teatros, esas sociedades cuya influencia, á la par impía é impura, te apartaria tarde ó temprano de la práctica de los Sacramentos, y por consiguiente de la buena vida cristiana.

Para un jóven el mundo, este mundo que está prohibido amar, este mundo al que se le invita á renunciar, es todo lo que es ocasion de pecado, todo lo que es orgullo, vanidad y rebeldía; todo lo que es ambicion y fiebre de oro; todo lo que es lujuria, placeres deshonestos, sensualidad, molicie é intemperancia.

Una vez bien comprendido esto, convendrás conmigo, ó más bien con el Evangelio, que en conciencia es imposible que un jóven ame al mundo, y que el renunciar á él es el principio, la base de la vida cristiana.

Renunciar á sí mismo y al mundo es sencillamente detestar y combatir, lo mejor que se pueda, todo lo que en sí y fuera de sí es corrompido, corruptor y opuesto á la santidad de Jesucristo.

Esta es cuestion tanto de buen sentido como de buena fe, tanto de bien entendido interés como de rigoroso deber. Si yo te diese, mi querido Jaime, una bonita pera, muy gustosa, y que tuviese una parte podrida, ¿qué harias? Empezarias por quitar

cuidadosamente con tu cuchillo todo, absolutamente todo lo que estuviese echado á perder, y sólo entonces te comerias el resto. Pues esto es lo que la Religion te pide que hagas con respecto al conjunto y al detalle de la vida; cortar sin vacilacion todo, absolutamente todo lo que sea malo y peligroso. Este es á la par el secreto de tu dicha y el resúmen de tu deber.

Entre mi pera y el mundo hay únicamente la enorme diferencia de que desde el pecado original, que todo lo enredó, el mal, el placer tiene para nosotros un engañador encanto que con harta frecuencia nos fascina, haciéndonos encontrar la muerte dónde creíamos hallar la vida; mientras que el bien, el deber se presentan siempre á nuestra imaginacion bajo apariencias rudas y difíciles. Pero no retrocedamos por eso: bajo esta amarga corteza se oculta un excelente fruto, y en las dificultades del deber cumplido es donde ha depositado Dios el fruto delicioso de la única verdadera felicidad.

## III.

### De la renunciacion del pecado mortal, primer grado de la abnegacion cristiana.

En la abnegacion de si mismo y del mundo hay muchos grados, que pueden reducirse á tres principales: la abnegacion de los cristianos ordinarios, la de los cristianos buenos y fervientes, y la de las almas santas que aspiran á la perfeccion.

La abnegacion de los cristianos ordinarios, que es la que todos estamos obligados á practicar si queremos salvar nuestra alma, es la renuncia del pecado mortal y de todo lo que podria hacernos caer en él.

Es, pues, la detestacion sincera de todos los pecados mortales, sean los que sean, y por consiguiente de todos los vicios. El vicio es, en efecto, al pecado mortal lo que el árbol á los frutos. Hay jóvenes cuya conciencia se falsea de un modo singular respecto á esto: quisieran, á lo menos en la práctica, reservar cierta inclinacion, cierto pecado que tiene para ellos mayor atractivo que los demás. Se imaginan que pueden ser de Dios reservando ese agradable pecado, que por sí solo costaria más de combatir, y sobre todo de sacrificar, que todos los otros juntos. ¡Ilusion grande y lastimosa! Renunciarse es renunciar dentro y fuera de sí a *todo* lo que es incompatible con la vida cristiana; á *todos* los vicios, y no á todos menos uno; á *todos* los placeres malos, y no á todos menos uno. Es cuestion de vida ó de muerte; es cuestion de tomar ó de dejar. Un solo vicio, un solo pecado mortal es tan incompatible con la vida cristiana, como lo es la noche con el dia, como lo es la vida con la muerte.

No hay remedio, hijo mio; si quieres ser cristiano, si no quieres ir á abrasarte eternamente en el infierno, es necesario de toda necesidad que combatas enérgicamente en tí mismo y fuera de tí los siete vicios ó pecados capitales, cuya horrible

lista es de todos conocida; es menester que combatas y domines el orgullo con sus detestables variantes, que son el farisaismo, la hipocresía, la presuncion, la ambicion, la rebeldía; es menester que combatas y domines la envidia con su fealdad, sus maledicencias, sus odios y sus calumnias; la avaricia con su corazon empedernido, sus ilusiones, sus rapiñas, sus atroces durezas, sus usuras y sus injusticias; la ira con todos sus arrebatos y violencias; la lujuria, la vergonzosa y deplorable lujuria, que de tantas formas se reviste y que mata la conciencia, la inteligencia, el corazon y el cuerpo del jóven; la gula y la intemperancia, que son, al igual de la lujuria, el deshonor del hombre y que le rebajan al nivel del bruto; y por último, la pereza con todas sus molicies y apatías, que retroceden ante los deberes más imperiosos.

En todos estos vicios no siempre, á Dios gracias, hay pecado mortal, pero sí materia para el pecado mortal. Si se tiene la desgracia de abandonarse á ellos hasta el punto de llegar al pecado mortal, se sale del camino de salvacion.

El primer grado de la abnegacion de sí mismo y del mundo exige, pues, imperiosamente la detestacion práctica de todo pecado mortal y de los vicios y de las ocasiones que á él conducen.

Estas ocasiones de pecado varian segun las personas y segun las circunstancias: lo que para uno es ocasion próxima de pecado mortal, para otro no lo es poco ni mucho. En la práctica es preciso poner sinceramente la mano sobre la propia concien-

cia, y desprenderse vigorosamente, sin vacilaciones y sin trampas, de aquello que la conciencia nos muestre claramente ser, para nosotros en particular, una ocasion grave y peligrosa: *El que busca el peligro perecerá en él,* dice el Evangelio.

Y en este punto, mi buen Jaime, ponte en guardia contra las ilusiones. El demonio es hábil y atrae al pecado mortal á muchos jóvenes, persuadiéndoles de que tal ó cual ocasion mortalmente peligrosa para los demás no lo es para ellos, y que no hay para qué alarmarse y resguardarse tanto del mal. Habla de todo esto á tu padre espiritual; porque nadie es buen juez en causa propia, y más claro ven dos que uno solo.

De modo que la regla de la abnegacion en su primer grado consiste en la detestacion práctica del pecado mortal, de los vicios y de las ocasiones próximas de pecar mortalmente.

## IV.

### Del segundo y tercer grado de la abnegacion.

El segundo grado de la abnegacion cristiana consiste en combatir con firme y perseverante voluntad el pecado venial y los defectos naturales que habitualmente nos hacen cometer los pecados veniales. Esta es la abnegacion de los cristianos piadosos y fervientes. Esta espero que sea la tuya, mi querido Jaime; porque en los tiempos que corremos, para mantenerse bueno, es menester sérlo

mucho; y cada dia prueba la experiencia que son pocos, fuera de los cristianos firmes, los que tienen la fuerza suficiente para resistir el huracan.

Practica, pues, lo mejor que sepas este segundo grado de abnegacion. Sin esto no hay verdadera piedad, y sobre todo no hay fervor. Evita lo menos imperfectamente posible esas faltas cotidianas, á las que tantos jóvenes no ponen atencion alguna, porque dicen que no son pecados mortales. No lo son, es verdad; pero son pecados, y un cristiano que respeta buenamente su conciencia no se los permite.

Díme: ¿quisieras tú añadir un nuevo dolor á los dolores de tu Salvador Jesús durante su Pasion bajo el pretexto de que este nuevo dolor no es el que le causó la muerte? ¿Tendrias valor para añadir una espina, una sola espina á su ensangrentada corona; un bofeton, un ultraje, un golpe, á todos los que le abrumaron? ¿Se va á ofender tranquilamente á aquellos á quienes se ama so pretexto de que aquella ofensa no les ha de matar?... Y sin embargo, esto es lo que se hace cuando voluntariamente y á sangre fria se comete el pecado venial.

Y además, ¿no hay para este pecado el purgatorio, el terrible, el imponente purgatorio, cuyo fuego es el mismo que el del infierno con la sola diferencia de no ser eterno? Los santos Doctores nos dicen que el fuego del purgatorio es más temible que todo lo que el hombre puede sufrir en este mundo.

Así, pues, no más pecados veniales, á lo menos

voluntariamente. Es preciso detestarlos, renunciar á ellos categóricamente. Si caes en pecado venial, mi pobre Jaime, sea únicamente por sorpresa, por fragilidad, nunca con deliberado propósito.

Cierto dia la piadosísima reina de Francia, María Teresa, esposa de Luis XIV, habia caido por fragilidad en una pequeña falta debida á su carácter, se habia dejado llevar de un vivo movimiento de impaciencia. Algunos momentos despues, fuertemente apesadumbrada, se puso á llorar, y como sus lágrimas no dejasen de correr, una de sus damas de honor la dijo dulcemente para consolarla:

—No lloreis así, señora; despues de todo, esto no es más que un pecado venial, y muy venial.

— Tan venial como querais, contestó la Reina; pero es mortal para mi corazon.

Procura, hijo mio, que todo pecado, sea el que sea, se convierta en mortal para tu corazon, para tu corazon de cristiano. En la práctica detesta el pecado venial tanto, si es posible, como el mortal, y, lo repito, jamás lo cometas sin resistencia ni deliberadamente. ¡Te ama tanto Dios! No quieras jamás desgarrar su divino Corazon con una infidelidad premeditada.

En cuanto á los defectos naturales, que son más generalmente la causa de nuestros pecados veniales y de nuestras faltas de cada dia, ya volveremos á hablar luego de ellos extensamente: es asunto tan importante y tán práctico, bajo el punto de vista de la piedad, que es menester tratarlo con alguna extension. La abnegacion de los cristianos

fervientes va directamente á estos defectos, que son la materia de nuestras luchas cotidianas, y con frecuencia de nuestras luchas más difíciles.

Por último, el tercer grado de la abnegacion es la renunciacion de nuestra voluntad con respecto á las imperfecciones más insignificantes. Es la abnegacion de las almas purísimas que aspiran á la perfeccion del amor de Dios. Es, por consiguiente, la abnegacion de los menos. Si el segundo grado de abnegacion es ya valor, este es heroísmo. Él proporciona la alegría perfecta, la grande y santa alegría de Jesucristo, que une íntimamente al alma con su Dios y la aproxima más al modelo de la perfecta santidad, á Jesús, el Santo de los Santos, á quien sean dados bendicion, gloria y amor.

Con ser tan difícil como es este grado perfecto de la abnegacion, es posible al jóven, al obrero, lo mismo que á cualquier otro cristiano. Si no hay más que un reducido número de cristianos que lleguen á la santidad, todos á lo menos pueden y deben aspirar á ella; y mirando muy alto es como se consigue lo que se desea. Yo he conocido y conozco todavía algunos que viven en esta perfeccion de la fidelidad á Jesucristo. ¡Qué almas tan bellas! ¡Qué corazones tan elevados! ¡Qué bien han sabido encontrar el secreto de la verdadera felicidad!

## V.

### Los defectos naturales.

Hé aquí, mi querido Jaime, un asunto muy importante y muy práctico, hácia el cual llamo toda tu atencion.

Todos nosotros tenemos defectos naturales, y todos en lo posible debemos combatirlos valerosamente, si queremos ser verdaderos cristianos y no exponernos á gran número de faltas.

Nuestros defectos naturales son ciertas tendencias, ciertas malas disposiciones que provienen casi siempre de nuestro temperamento físico, y que con más ó menos violencia nos llevan al mal. Desde el pecado original todo quedó revuelto y alterado en nosotros y á nuestro alrededor; y hasta en nuestro cuerpo se introdujeron desórdenes que influyen cruelmente sobre nuestra alma.

Nosotros no podemos cambiar nuestro temperamento, y por lo mismo no podemos tampoco extirpar completamente nuestros defectos naturales que nacen de este temperamento. Podemos y debemos combatirlos, reprimirlos y resistirlos, pero no los podemos destruir. Esto únicamente se conseguirá por la muerte y por la resurreccion, despues de la cual serémos enteramente renovados y perfectos.

Pasa con nuestros defectos naturales lo que con la barba: no podemos privarla de crecer; hasta en

el momento mismo en que la estamos afeitando va creciendo; sin embargo, si somos exactos en afeitarnos á menudo y con cuidado, tenemos siempre la cara limpia. Del mismo modo debemos afeitar, y afeitar muy de cerca, nuestros defectos naturales, bajo pena de presentarnos á Dios con una conciencia poco limpia y un alma mal cuidada é indigna de nuestra calidad de hijos de Dios.

Hay muchas especies de temperamentos: el *sanguíneo,* el *nervioso,* el *bilioso,* el *linfático.* Los jóvenes que tienen un temperamento *sanguíneo* son naturalmente movidos á la violencia, son apasionados, van fácilmente más allá de lo que deben, y son capaces de grandes excesos. Y por otro lado, de este mismo temperamento sacan disposiciones y cualidades preciosas: la actividad, la energía, el empuje, la alegría; el valor natural y el ardor para todas las cosas; y cuando ponen cuidado en descartar de todo esto la parte de exceso, guardan lo que en su temperamento hay bueno, y suprimen lo peligroso ó malo. Por medio de la piedad y del trabajo de la conciencia será como principalmente obtendrémos este excelente resultado.

Los jóvenes cuyo temperamento es *nervioso* se dejan llevar por la irritabilidad y por la ira, son fácilmente susceptibles, testarudos, malhumorados y de carácter desagradable. Por lo contrario (porque al lado del defecto está siempre la buena cualidad), son capaces de resoluciones prontas y fuertes; se levantan fácilmente de sus caidas ó de sus debilidades; son perseverantes y conducen á feliz

término lo que emprenden. Son tal vez menos fuertes, pero más firmes, más activos que los sanguíneos. Tambien aquí tiene la conciencia cristiana su buen papel que jugar, reprimiendo lo que es malo y desarrollando lo que es bueno.

El tercer temperamento, que es el *bilioso*, nos lleva á la tristeza, á la taciturnidad, á la melancolía, á las ideas negras, al descorazonamiento; pero tambien nos predispone á la meditacion, á los estudios sérios y á la perseverancia en las empresas. En este temperamento, como en los demás, hay mucho bueno mezclado con mucho malo. La dulzura cristiana, la paz del corazon, la tranquilidad de la conciencia, son remedios directos contra las peligrosas tendencias del temperamento bilioso.

Por último, los jóvenes de temperamento *linfático* son inclinados á la ligereza de carácter, al aturdimiento, á la disipacion, al placer; son naturalmente inconstantes, frívolos, indolentes, perezosos y faltos de empuje: y por otra parte son habitualmente joviales y amables, simpáticos, buenos, dulces y acomodaticios; pero en todo esto hay poca solidez y hay más forma que fondo.

Procura, hijo mio, descubrir, sea por tí mismo, sea por medio de una conversacion séria con alguna persona experimentada que te conozca á fondo, cuáles son las tendencias principales de tu carácter y cuál es tu temperamento dominante. Por lo poco que acabamos de decir, te será fácil poner el dedo en la llaga, y vér hácia qué lado has de dirigir de hoy en adelante tus esfuerzos.

Nada más comun que las ilusiones sobre este punto. Los que dejan en paz sus verdaderos defectos para combatir animosamente los defectos que no tienen, se parecen á Sancho Panza, que cierta noche se estaba disciplinando con todas sus fuerzas, no en las espaldas, sino en la corteza de un grande árbol junto al que se habia colocado. El pobre don Quijote, que oia de léjos los golpes, lloraba de compasion.

Valor, mi buen Jaime. Procuremos, por el amor de Dios, conocer, detestar y combatir bien nuestros defectos naturales.

## VI.

### De los defectos que más perjudican á la piedad, y en primer lugar de la ligereza de espíritu.

Lo hemos dicho, y nada hay más cierto: el jóven cristiano que aspire á servir bien á Dios ha de combatir sériamente sus defectos naturales, porque estos defectos le arrastran á un sinnúmero de pecados, y porque el pecado, aunque sea venial, desde el momento en que degenera en hábito, perjudica en gran manera á la piedad.

No tenemos que desanimarnos en este combate, aunque debamos renovarlo cada mañana y durante toda la vida. Nuestros defectos bien combatidos se convierten para nosotros en frecuentes ocasiones de méritos y de santificacion; y en este sentido se puede decir con mucha verdad, que nuestros de-

fectos naturales nos conducen al cielo con más seguridad tal vez que nuestras buenas cualidades naturales, que muchas veces nos inspiran demasiada confianza en nosotros mismos. No perdamos de vista este pensamiento, sobre todo cuando nos venga la tentacion de echarlo todo á rodar al ver crecer y volver á crecer incesantemente la maldita barba de esos defectos que la navaja de la conciencia y de la buena voluntad corta con tanto cuidado.

Veamos ahora cuáles son, mi querido Jaime, los defectos naturales que, si los dejares crecer, perjudicarian más á tu conciencia y á tu piedad. Pueden enumerarse muchos, y para principiar te indicaré uno, que es *la ligereza de espíritu.*

La *ligereza* es el pecado bonito de los jóvenes. La ligereza es una disposicion del espíritu que nos lleva á carecer de formalidad en todo el conjunto de nuestra conducta; á tomar sin reflexion ni motivo determinaciones á veces bastante graves; á vivir en la indolencia, á hablar y obrar aturdidamente, á charlar á diestro y á siniestro, á reir de todo y á juzgar las cosas á la ligera, sin profundizar nada.

Un muchacho *ligero* abandonará fácilmente, sin ton ni son y por el simple consejo del primero que le hable, una excelente posicion en la cual estaban asegurados su porvenir y su conciencia, y esto para correr en pos de una aventura cualquiera. Por cualquier cosa desertará de nuestras escuelas, de nuestros círculos, único amparo de su fe y de sus costumbres, y abrazará un estado sin haber previs-

to á donde puede conducirle. Yo he conocido algunos que hasta se han casado así, como si se tratase de la cosa más sencilla del mundo.

—Padre, — me decia no há mucho una de estas cabezuelas, — me voy á casar.

—¿De veras? — le pregunté: — pero eres bastante jóven aún, hijo mio: veintidos años tienes apenas. ¿A lo menos tu futura es buena cristiana?

—La verdad, no sé gran cosa. Es uno de mis amigos quien la conoce. Me ha dicho que haria bien en casarme con ella y le he contestado que sí.

—Y ¿qué edad tiene?

—¡Ah! este es el único inconveniente; parece que tiene cuatro ó cinco años más que yo.

—¿Y el carácter?

—¡Psé! En cuanto á esto, no creo que lo tenga muy bueno: pero mi amigo me asegura que está muy bien arreglada.

—¡Y vas á casarte con ella, tonto! Es preciso que te desentiendas de eso: serás desgraciado toda tu vida.

—Podrá muy bien ser; no diré que no.

—Y á pesar de esto ¿quieres casarte con ella?

—Como he dicho ya que sí...

Y cuatro ó cinco dias despues, mi amigo realizaba este delicioso matrimonio.

La ligereza de espíritu es un mal mucho más grave de lo que podria creerse de momento. Ella nos impide tomar por lo sério el servicio de Dios, reflexionar sobre las instrucciones religiosas que con tanto zelo se nos dan, y formarnos así un es-

píritu sólidamente cristiano. La piedad es cosa séria; un atolondrado podrá amar la piedad y volver á ella de vez en cuando; pero jamás la practicará de veras.

La ligereza mina nuestras mejores resoluciones. Hace amar de tal manera el placer, que uno se expone á cada momento á las más peligrosas tentaciones. Inclina siempre á anteponer el capricho al deber; rabia por divertirse, y divertirse siempre y como quiera. No hay duda que se puede uno divertir, pero nunca á expensas de la conciencia y del deber.

¿Y cómo corregir esta malhadada ligereza de espíritu? Primeramente acostumbrándose á reflexionar antes de tomar una determinacion; acostumbrándose á moderar la lengua, á evitar las lecturas frívolas, á no burlarse ni reirse de todo; huyendo de los compañeros atolondrados, farsantes y andariegos, como muchos hay.

Despues añadiendo á su oracion de cada dia, por la mañana, unos minutos de reflexion para prever las ocasiones de obrar bien ó mal que pueden presentarse en el decurso del dia. Este pequeño exámen preventivo cotidiano es un medio poderosísimo para corregirse de la ligereza, lo propio que de los demás defectos.

Agrega á esto la excelente costumbre de confesarte y comulgar con alguna frecuencia, y poco á poco tu conciencia se volverá fuerte, la gracia de Dios suplirá lo que falte de la parte de tus disposiciones naturales, y te convertirás en un cristiano

tan bravo, en un servidor de Dios tan bueno y tan fiel, que tus camaradas encontrarán en tí un modelo, si no perfecto, á lo menos muy excelente.

Tenemos, pues, la ligereza, primer defecto natural que te conviene combatir sériamente, mi buen Jaime, por poco que te sientas inclinado á ella. Sin esto no subsistirá tu piedad.

## VII.

### De la obstinacion.

La obstinacion es una disposicion habitual á mantenerse de tal manera en sus ideas, hasta en las menos meditadas, que nada pueda hacerlas dejar. Los testarudos son espíritus ordinariamente pequeños, casi siempre bastante orgullosos, que se obstinan sin saber por qué, y se empeñan en hacer lo que tienen decidido sólo porque lo decidieron. Difícilmente aceptan los consejos de los demás, y especialmente la direccion de las personas más ilustradas que ellos.

La obstinacion no es buena para nada. Es la caricatura de aquella excelente cualidad natural llamada la firmeza. Tan buena es y tan necesaria la firmeza para ir derecho por el camino del deber, como mala y obstáculo para el bien es la obstinacion. Obstinarse en el bien no es obstinacion, sino firmeza. Nuestros mártires, que resistian á todas las seducciones, á todos los pretendidos argumentos de los impíos, á sus amenazas, á sus suplicios, no eran testarudos, como lo pretendian sus verdu-

gos: eran héroes de firmeza, de energía y de perseverancia, dignos de toda admiracion y por encima de todo elogio. Por el contrario, los que para sostener sus propias ideas se niegan á obedecer, sea en materia de religion, sea en política, sea en otra cualquier cosa, son testarudos, á veces muy ridículos, casi siempre muy culpables. La ignorancia y el orgullo son ordinariamente el orígen de la obstinacion.

Pon mucho cuidado en no obstinarte de esta suerte, mi pobre Jaime. A tu edad no se sabe gran cosa, y casi todos aquellos con quienes vives tienen una experiencia y conocimiento superiores á los tuyos. Nada, pues, más razonable, y desde luego más cristiano, que el ser dócil á las direcciones de las personas de más edad que tú, mayormente si á la edad se añade la autoridad.

Así, ¡qué cosa más razonable, qué cosa mejor que ser bien dócil, en todo lo que atañe á tu conciencia y á la buena direccion de tu vida, á tu confesor, á los sacerdotes que te enseñan tus deberes, á los buenos directores de la Asociacion á que perteneces! Ellos saben más que tú, y tú nunca harás más que salir ganando con someter gustoso tu modo de ver al suyo y con no empeñarte en creer que tienes más talento que ellos.

Así tambien ante tus padres, ante tu amo, ó ante los demás superiores tuyos, pon cuidado en no obstinarte, en no pensar y decir de distinto modo que ellos, en no hacer las cosas de otra manera de la que ellos te digan que las hagas. Siempre, na-

turalmente, suponiendo lo que debe ser, esto es, que tus padres y tus amos son personas honradas y cristianas, incapaces por consiguiente de desviarte del buen camino. Si, por desgracia, no fuesen así, te diria: «Sé muy prudente y muy firme y en caso de duda vé á consultar á tu padre espiritual, ó á alguna otra persona bien cristiana y que sepas es digna de toda tu confianza.»

Por poco inclinado que te sientas á ese desagradable defecto de la obstinacion, tente cuidado, hijo mio; ten cuidado con tu cabeza. Las cabezas duras tienen poco juicio. Si te dejas llevar por esa tendencia, no harás nada bueno ni ahora ni nunca. Si eres todavía aprendiz, acuérdate de que ese solo nombre *aprendiz* viene de *aprender*, y que no se puede aprender cuando no se es dócil á la enseñanza del maestro. Además, por lo mismo que eres jóven, eres aprendiz en todo: en religion, en experiencia de la vida y en buenas costumbres, lo propio que en ortografía, en gramática y en aritmética. Así, pues, nada de obstinacion, sino, por el contrario, respeto práctico á la autoridad y á las enseñanzas de la autoridad.

Y observa bien, Jaime, que un testarudo puede tener mil preciosas cualidades, un corazon excelente, unas costumbres muy puras; pero su obstinacion echa á perder todas estas buenas cosas, y le expone á cometer grandes necedades y á veces hasta grandes pecados. Cuando no otra cosa, le hace desagradable á los demás, molesto y antipático. Dejándose llevar por la obstinacion, no

se puede ser sólidamente piadoso; pues ¿qué hay más opuesto que este defecto á la gran máxima evangélica: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazon?*

Y no me vengas á decir que eres *manso de corazon;* los testarudos mansos son como los carneros, que tienen tan dura su cabeza como blanda la lana que les cubre. Toma, pues, en presencia de Dios la buena resolucion de doblegar tu criterio ante el criterio más ilustrado, más claro, no solamente de tu padre espiritual, sino tambien de tus padres, de tus maestros, en una palabra, de todos aquellos á quienes debes consideracion. Obedece humildemente, sin discutir, sin atufarte, é imita amorosamente al dulcísimo y humildísimo Jesús de Nazaret, tu modelo adorable y adorado.

## VIII.

### Del amor propio.

No es menos perjudicial para la vida cristiana el amor propio, de lo que lo son los otros dos defectos de que acabamos de tratar.

Por *amor propio* se entiende habitualmente esa pasion que induce á tantos jóvenes á fijarse demasiado en sí propios, en lo que dicen, en lo que hacen y en lo que los demás pueden decir y pensar de ellos: que les hace susceptibles y personales hasta en las cosas mejores, y les hace dar un valor exagerado á las críticas y á los elogios.

Un jóven á quien ha picado el gusano del amor propio no tarda en perder su buena y cristiana sencillez. En vez de procurar hacer el bien puramente para agradar á Dios y para cumplir con su deber, se acostumbra á dar cincuenta vueltas sobre sí mismo, sobre los demás, sobre el efecto que producirá y sobre lo que se dirá de él; vueltas inquietas é inútiles de todo punto. La más insignificante demostracion de censura, y especialmente la más ligera chanza, le pone ya alterado; y he conocido algunos que, por una palabra soltada al azar, ya por un superior, ya por un camarada, sin intencion alguna, se han alejado con la muerte en el alma y con las lágrimas en los ojos, llena la mente de negras ideas y de ridículas desolaciones, y esto prolongándose dias y dias sin contar las noches. Al cabo de una semana hay quien se apercibe de algo, viendo su cara larga, su aire sombrío y atrabiliario. Se les pregunta cariñosamente si están enfermos, y se acaba por descubrir el misterio. ¡Toda aquella tormenta que se habia formado procedia de un ligerísimo alfileretazo! Ved ahí á un pobre muchacho que durante tres, ocho ó más dias habia perdido la paz del corazon, las dulces ideas de piedad y de oracion; habiendo alimentado tristes ideas de malhumor, enteramente opuestas á la caridad cristiana, á la justicia, al respeto y á la humildad: y todo ¿por qué? Por amor propio, nada más que por amor propio.

El amor propio sólo lleva consigo confusion y pena. Mientras la piedad lleva la dicha, el amor

propio gasta la paz de nuestra alma, cuando no la destruye por completo. Está diametralmente opuesto á esta sencillez y rectitud de intencion sin la cual no es posible agradar á Dios. El bien que se hace en medio de las agitaciones del amor propio pierde las tres cuartas partes de su valor; viene á ser como una magnífica tela que no se hubiese plegado y arreglado con suficiente cuidado y que se encontrase completamente apolillada. Cuando uno se abandona un poco al amor propio, éste lo invade todo: la oracion, la obediencia, las buenas costumbres, todo lo mejor y lo más santo.

Se adquiere la costumbre de hacer las cosas con el fin de conquistar la consideracion y el aprecio ajeno: y de esto al orgullo propiamente dicho, y hasta á la hipocresía, no hay más que un paso.

El amor propio engendra cierta deplorable timidez que paraliza no pocos buenos impulsos; por temor de no obtener buen éxito, se calla cuando convendria hablar; se permanece atrás ú oculto cuando se deberia hacerse ver; se vive en la inaccion cuando seria preciso obrar, y se dejan perder mil excelentes ocasiones de hacer el bien y de impedir el mal.

¡Oh mi querido Jaime, ten mucho cuidado con el amor propio! Es una pasion muy comun en los jóvenes, tanto, si no más, que la vanidad en las muchachas. Es el verdadero padre del respeto humano, del cual puede muy bien afirmarse que pierde á las tres cuartas partes de nuestra juventud obrera.

¿Qué es, en efecto, el respeto humano, sino esta exagerada preocupacion del *qué dirán* cuando se trata de hacer una obra buena? Hay, sin embargo, entre el respeto humano y el amor propio la diferencia de que el respeto humano nos priva de hacer el bien por miedo de las burlas y del *qué dirán,* mientras que el amor propio echa á perder el bien que hacemos, alterando la pureza de nuestras intenciones.

El amor propio es tonto. El que tiene este vicio es semejante al pavo real: se esfuerza en extender su abanico imaginando que todo el mundo le mira, sucediendo con frecuencia que es él únicamente quien se admira á sí mismo y quien se complace con sus plumas. En el círculo se figura estar admirable porque lleva un pantalon nuevo, una corbata tambien nueva, y un bonito baston, y porque canta, etc... Y sin embargo, ni siquiera hay quien repare en él. Y cuando se apercibe de esto, ¡qué despecho! Los hay que por semejantes miserias han abandonado la Asociacion y se han perdido miserablemente.

Hay otros que porque no visten bastante bien pierden la Misa el domingo, dejan de asistir al Círculo ó á la Conferencia, sacrificando así al ridículo cosquilleo del amor propio los deberes más esenciales y las más importantes ventajas.

Lo repito, querido hijo mio: el amor propio es un defecto natural extremadamente peligroso, una inclinacion de que es menester desconfiar mucho en todas las edades, y especialmente en la tuya. Es

totalmente contrario al espíritu de piedad. La piedad procura ante todo agradar á Dios: el amor propio mezcla la zizaña con el buen trigo, queriendo ante todo agradar á los hombres y tributarse á sí mismo un halagador obsequio. La piedad es esencialmente sencilla: el amor propio no lo es.

Para combatirlo es preciso acostumbrarse á obrar con la más pura intencion de agradar á Dios, y renovar frecuentemente esta intencion. Estemos solos ó en compañía, conservemos siempre la sencillez cristiana, y no nos ocupemos poco ni mucho de nosotros mismos.

Debo sin embargo añadir, para terminar, que hay una especie de amor propio que está bien, es útil y hasta conviene que se tenga: el que se podria llamar el respeto de sí mismo; el cuidado, perfectamente legítimo, de adquirir, merecer y conservar una buena reputacion. La buena reputacion es, las más de las veces, la fortuna del obrero honrado, y no solamente es natural, sino indispensable el proporcionársela. *Procurad conservar una buena reputacion*, nos dice el apóstol san Pablo.

Este bueno y legítimo amor propio es el que nos da emulacion en el trabajo, y hasta en la práctica de la piedad y de las buenas obras: él es el que nos hace velar por nuestro honor delante de Dios y de los hombres; él es el que nos excita á las buenas maneras, á la limpieza, á la exactitud y á muchos otros detalles prácticos que un muchacho honrado no puede descuidar impunemente. Este amor propio, léjos de ser un peligro y un defecto, es una cualidad, y una cualidad preciosísima.

Hijo mio, no confundas el legítimo respeto de tí mismo con el detestable defecto del amor propio. El demonio podria fácilmente hacerte tomar el uno por el otro, y con el pretexto de la buena reputacion, del honor, etc., hacerte cultivar un arbusto persuadiéndote de que es un árbol frutal de primera clase. Tambien aquí te servirán de mucho las direcciones de tu Padre espiritual y de los buenos señores que por tí se desvelan en las Asociaciones obreras.

## IX.

### Del mal genio.

Atencion, mi buen Jaime: ahí tienes una repugnante flor que crece en muchos jardines y cuyo aroma en nada se parece al de la violeta y al de la rosa.

¿Ves entre tus camaradas á aquel muchacho, cuya vida es por muchos conceptos tan apreciable? Sus costumbres son y han sido siempre excelentes; es sinceramente religioso, sin que jamás falte á la Misa ni á los divinos Oficios del domingo; ha dado muchas veces pruebas de un verdadero valor cristiano, no solamente en el Patronato, donde esto no es difícil, sino en el taller, á veces hasta delante de su amo irreligioso. En todas las festividades se le ve confesar y comulgar con los demás; es ordenado, sóbrio y de una probidad irreprochable. Además es inteligente y será un hábil obrero; es un trabajador rudo é infatigable, y por añadidura ca-

da semana entrega íntegra á su madre su paga sin quitar un céntimo, cosa siempre en extremo meritoria. ¿Cómo es, pues, que nadie le quiere?

¿Cómo es? te lo voy á decir en dos palabras: tiene *mal genio*.

El mal genio es un defecto natural de los más insoportables. Es una fatal propension á enfadarse por cualquier cosa, á regañar, á gruñir por nada, á hablar con acritud, á abandonarse á los caprichos de un humor altivo, inconstante y penoso.

No se sabe por donde cojer á los que están así dotados. Se enfadan ante la menor observacion: hay necesidad para hablarles de aprovechar los momentos buenos, y de decirle las cosas con dulzura y con tiento; pero no hay remedio: la tormenta está siempre dispuesta á estallar. Cara de rabia, mirada centellante; gran fortuna es cuando las palabras no forman pareja con la cara, y cuando los puñetazos y los puntapiés no acompañan á los ojos y á la lengua.

Las personas de mal genio se dejan dominar como niños por los caprichos de su humor, y como la costumbre ayuda al temperamento, ni siquiera saben qué es reprimirse. Un dia cualquiera, sin saber por qué, se dispiertan de mal humor; y ya hay para todo el dia. Estad alerta si os rozais con ellas: todo lo toman á mal, todo les desagrada, todo les incomoda: la más pequeña gota de agua hará desbordar el vaso. Sin respetar á sus padres, ni á sus abuelos, ni al sacerdote, los veréis lanzarse como un torbellino, meter ruido y hacer mil inconve-

niencias. Los hay que van más allá entregándose no sólo á los arrebatos de la ira, sino á violencias inconcebibles.

Otras veces el mal genio toma un camino diferente: no hay ya violencias: hay una taciturnidad ceñuda y desapacible; hay un semblante frio, glacial, insolente, al cual se preferiria las más de las veces un buen acceso de cólera. He conocido á un jóven, de mucha inteligencia y admirablemente dotado, que, habiéndose despertado cierto dia de mal humor, estuvo una semana entera sin querer contestar una sola palabra á los que vivian con él; su madre le hablaba y parecia no oirla; trabajaba, iba y venia, siempre con aquel aspecto glacial, bajo el cual germinaba no sé qué sorda cólera. Una mañana este señorito se dignó hablar, tuvo á bien ser como todo el mundo; el viento habia cambiado. —Nada hay tan odioso como vivir con personas de esta naturaleza.

Y cuando el mal genio se encuentra en jóvenes que practican sus deberes religiosos, ¡qué bonito tema para la gente sin religion que sólo busca pretextos para declamar contra la piedad! Entonces se echa la culpa á la Religion de lo mismo que la Religion es la primera en condenar. Y en efecto, ¿cómo no ha de reprobar la Religion un defecto tan radicalmente contrario á la caridad, á la mansedumbre, á la propia abnegacion, en una palabra, á todo lo que con más insistencia enseña á sus hijos?

La práctica de la Religion y de la piedad tiene por objeto hacernos buenos y caritativos, y ama-

bles con todos los que nos rodean: tiene por objeto hacernos mansos, no solamente de corazon, sino tambien de carácter, de lenguaje, de maneras, y casi diré de semblante: nos lleva la igualdad del alma y la paz del corazon; recomienda que mortifiquemos todo lo que en nosotros sea contrario al espíritu de Jesucristo, y por consiguiente que refrenemos estos accesos de mal humor, que nos hacen tan desagradables al prójimo y tan poco edificantes.

Mi bueno y querido Jaime, si por desgracia notas en tí ese deplorable defecto, no te hagas ilusiones y no trates de disimular su gravedad. No seas de aquellos de quienes con suma gracia decia el buen san Francisco de Sales, que al verles en la calle se les tomaria por ángeles, mientras que son diablos en su casa. Procura, con la gracia de Dios, ser, lo mismo en casa que en la calle, un ángel de bondad y mansedumbre.

Renueva cada dia el firmísimo propósito de reprimir el mal humor tan pronto como lo sientas venir; de tener siempre un aspecto amable y gracioso para todos, y de nunca dejarte llevar de arrebatos bruscos, acres y desagradables.

Pide al Señor, que tan bueno y manso es, se digne concederte la gracia de una verdadera mansedumbre; y ve á buscar esta preciosa gracia, á la par que la fuerza necesaria para permanecer constantemente fiel á ella, en buenas y frecuentes comuniones. A fuerza de frotar las asperezas de tu carácter con la omnipotente mansedumbre del Corazon de tu Dios, acabarás por ser enteramente semejante á El y te harás querer de todo el mundo.

## X.

### De la debilidad de carácter y de la molicie.

Entre los defectos naturales que más directamente perjudican al servicio de Dios, seria tal vez preciso colocar en primera línea la debilidad de carácter y la molicie.

Por *debilidad de carácter* se entiende una falta de energía moral que nos hace fácilmente sacrificar nuestro deber y ceder, sea al temor, sea á las burlas, sea á las caricias y á las afecciones naturales.

Así un aprendiz, un jóven obrero, tiene miedo de un compañero, de un mayordomo, del amo, del ama; y para no incomodarles, para agradarles, falta á la escuela católica á la cual tiene sin embargo cariño; falta á Misa, á la cual quiere asistir; habla como ellos, obra como ellos, á pesar de que realmente le disgusta en el fondo del corazon; con ellos y como ellos, únicamente por ellos, se burla del sacerdote, del Hermano, de la Religiosa que pasa por delante del taller; y, como el pobre san Pedro en el patio del gran Sacerdote, finge no conocer á su párroco, que es el padre de su alma, el venerado y estimado protector de su familia.

Retrocede como verdadero cobarde ante las burlas del primero que se le presenta, y llega á veces hasta dejarse arrastrar á acciones las más culpables, las más vergonzosas, acciones que sin embargo detesta de todo corazon. El, débil como un pollo, no tiene voluntad propia; le basta una

palabra, una ligerísima invitacion á obrar mal para ceder. Tú has debido conocer á centenares de compañeros de este calibre, mi buen Jaime: espero que tú no eres ni serás nunca así. No son malos: son débiles.

Son débiles ante el miedo y ante las burlas; lo son tambien ante los halagos y ante las afecciones naturales. Los hay que tienen la desgracia de tener padres poco religiosos, á veces hasta poco honrados; y para complacerles, para no afligirles, abandonarán la Asociacion que les sostiene en la vida cristiana y en la práctica de sus deberes religiosos; para permanecer en su compañía, dejarán de ir á misa, no asistirán á los divinos Oficios, y hasta llegarán á hacer cosas poco delicadas que repugnan á su conciencia; y cuando se ha entrado en esta senda no se sabe ya á donde se irá á parar. Sacrifícanse por pura debilidad los deberes más esenciales.

Lo mismo pasa con los amigos: por condescender con un amigo se va al café, se juega, se bebe, se frecuentan los garitos, los bailes públicos, y hasta esos detestables teatros donde está todavía más expuesta la buena moral. No se quisiera ir, se comprende que se obra mal, pero se va, porque lo quiere el amigo. Y se llega á la perdicion, no por corrupcion, ni por maldad, sino únicamente por falta de firmeza, por debilidad de carácter.

Esta deplorable debilidad, que á tantos jóvenes pierde, procede con frecuencia de un exagerado deseo de complacer á todos, áun á aquellos á quie-

nes conviene saber desagradar. Otras veces proviene de un exceso de bondad instintiva, ó por mejor decir, de una bondad necia, insulsa y desprovista de la energía que da el temor de Dios y el odio al mal.

Las personas débiles son del parecer de todos; ceden ante los obstáculos, y les es muy costoso no dejarse arrastrar por la corriente de los malos ejemplos. En tiempos difíciles como los que corremos, estos caracteres están sumamente expuestos: los directores de la demagogia se sirven de ellos como de instrumentos sumamente cómodos: y con ellos y merced á ellos hacen sus golpes de mano, sus motines y sus revoluciones. Son una excelente pasta para la elaboracion de electores *rojos;* son la fecunda semilla de las sociedades secretas, de la francmasonería, de la Internacional; y nótese bien que en el fondo son buenos sujetos, cuyo único defecto consiste en no ser valerosos.

Algunos he conocido á quienes su debilidad ha conducido á la cárcel, y hasta á presidio. Recuerdo entre otros á un pobre jóven obrero de unos quince años, hijo único de una excelente mujer que le habia educado perfectamente, y era humilde, afectuoso y sumamente amable. Un gran amigo suyo de diez y siete años le llevó al café, le hizo jugar y le hizo beber. Al cabo de tres meses estaba perdido, tan perdido, que se habia dejado arrastrar hasta al robo, siempre para complacer á su ángel malo. Conducido de Amiens á París entre dos gendarmes, fué condenado á prision, y fué á morir mise-

rablemente en el Africa en las compañías de disciplina. Su pobre madre murió del pesar.

Cuando se carece de energía únicamente consigo mismo, entonces la debilidad se confunde con lo que se llama molicie. La molicie es un abandono, una aficion á la propia comodidad, un miedo inmoderado á la fatiga y al trabajo, que hace que no sirvamos para nada.

La molicie embota todas nuestras facultades; nos hace caer de negligencia en negligencia; nos hace sensuales, regalones, indolentes, cobardes, apáticos é incapaces de los sacrificios diarios que exige el deber. Nos hace además incapaces para luchar contra las tentaciones; el jóven que tiene tal defecto está vencido de antemano; se abandona sin resistencia á los hábitos más vergonzosos y hasta á los más desastrosos para su salud. Se hace despreciable áun á los ojos de los hombres.

El Angel que se apareció en aquel tiempo á Gedeon, le saludó con esta gran frase: *¡Sé hombre: sé enérgico!* Lo mismo te diré á tí, mi buen Jaime; sí, *sé hombre*, hombre de corazon, hombre de voluntad, hombre de fe, y sélo lo mismo contigo que con los demás. Pon tu voluntad en la de Dios, siempre buena, sana y fuerte; jamás la pongas en la de otro hombre.

Hay hombres que no son más que *hombrecillos*, y muchachos que son apenas *muchachas*, y esto es vergonzoso. Lloran en cuanto se pinchan, en cuanto reciben la más insignificante contradiccion: son buenos únicamente para ser puestos dentro de un escaparate.

Me parece inútil decir el por qué perjudican esencialmente á la piedad cristiana, la debilidad de carácter y la molicie. La piedad y hasta la simple vida cristiana, exigen una voluntad fuerte, una voluntad que resista á las impresiones de fuera y á las tentaciones de dentro: una voluntad que sepa hacer sacrificios cuando se trata de cumplir un deber. Los caracteres débiles y muelles, por el contrario, se detienen ante el menor obstáculo; no son verdaderos soldados de Jesucristo: en cuanto ven asomar al enemigo, por léjos que le vean, sueltan ya las armas y huyen como liebres.

¿Cómo corregir este fatal defecto? Ante todo *entonando,* reforzando la conciencia y por consiguiente la voluntad con el temor de Dios, con el uso frecuente de los Sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía y con relaciones contínuas con el director espiritual, que es nuestro sostén y nuestro tutor.

Despues con amistades ó relaciones buenas y cristianas, cuya influencia corregirá poco á poco lo que sea defectuoso en nosotros: si tenemos la desgracia de ser débiles, saquemos partido de esta humilde condicion social, pongámonos al paso de los que sean más valientes y más cristianos que nosotros; y si no podemos ir á su lado, marchemos á lo menos animosamente detrás de ellos. Si los malos compañeros son la perdicion de los jóvenes débiles, los buenos son su salvacion.

Luego saquemos la energía que nos falta por medio de una vida laboriosa y bien regulada; de-

jemos á las niñas el cuidado de las cosas delicadas. Acostumbrémonos á sufrir sin quejarnos los disgustillos de cada dia, el frio, el calor, la fatiga, etc. Hasta bajo el punto de vista de la salud, este consejo que te doy es, hijo mio, un consejo que vale oro.

Examínate y mira á qué altura te hallas respecto á lo que he tratado en este capítulo.

## XI.

### Del egoismo y de la dureza de corazon.

El *egoismo* es en sí mismo, más que un defecto natural, un vicio, y un vicio abominable; es el peor de todos los vicios. Destruye radicalmente la más santa de todas las virtudes cristianas, la caridad. Por lo tanto, mi querido Jaime, únicamente te hablaré aquí de la tendencia al egoismo, ó mejor, de la disposicion natural que engendra este vicio, cuando no se tiene en suficiente grado la caridad cristiana para privarle de germinar y de crecer.

Debemos hacer constar, ante todo, humillándonos en presencia de Dios, que desde el pecado original que estropeó en nosotros la obra de Dios, todos, quien más quien menos, nos hallamos predispuestos al egoismo: todos llevamos mezclada en nuestra sangre una dósis más ó menos sensible de ese peligroso veneno. Atencion, pues: trátase aquí de algo profundamente práctico para todos y para cada uno de nosotros.

El egoismo es una tendencia directamente contraria al amor de Dios y al àmor del prójimo, que nos induce á referirlo todo á nosotros mismos, como si nosotros fuésemos nuestro Dios, como si estuviésemos solos en el mundo. El egoismo es la antítesis, lo opuesto á la abnegacion y al amor. Es el acto de mirar por nuestro bienestar, por nuestros intereses en todo, ante todo, por dó quier y siempre: *yo*, y despues *yo*, y siempre *yo*, nada más que *yo*. Es el culto odioso del *yo*. El egoista únicamente tiene corazon para sí mismo.

El egoismo es una tendencia tanto más peligrosa, tanto más dificil de combatir, cuanto que más secreta y oculta se halla en el fondo del corazon. La mayor parte de las veces, el egoista no se apercibe de que lo es, sobre todo cuando es jóven: efectívamente, ese gérmen envenenado permanece casi siempre bastante tiempo oculto, y sólo con los años crece y da flor y frutos. Hay árboles, el nogal, por ejemplo, que extragan y matân, por decirlo así, la tierra que les sostiene : cuanto más crecen más se empobrece el terreno en torno de ellos. Esto hace el egoismo en el corazon : cuanto más se desarrolla en la vida y en las costumbres del jóven, más seco, duro é insensible se hace el corazon de este pobre muchacho á lo que atañe á los demás, ó mejor á lo que no le interesa á él personalmente.

La dureza del corazon es el fruto del egoismo. Es una sequedad de corazon que nos priva de atender, como debemos, á las enfermedades y á las necesidades de nuestros hermanos.

El egoista es habitualmente frio é indiferente en su trato: es raro que sea alegre y expansivo. Hay en él algo que en vez de atraer los corazones, los cierra bajo doble llave. Los egoistas de este género son con mucha frecuencia inclinados á la avaricia y poco aficionados á los placeres de los sentidos. Todo es en ellos frio y seco. Durante algun tiempo se les puede tomar por jóvenes de vida arreglada, buenos, económicos y prudentes; pero el mismo tiempo se encarga de hacer notar que todo esto es puramente negativo, y que esta ausencia de defectos y hasta de vicios oculta un vicio más odioso por sí sólo, que todos los otros juntos, la falta de corazon. El egoista no tiene corazon.

He conocido en París á un jóven, hijo único, atacado de esta horrible enfermedad. Su buena madre sólo vivia para él; tal vez demasiado. A los diez y seis años la trataba ya con tan pocos miramientos, era con ella tan frio, tan impasible, que la pobre mujer pasaba la mitad del tiempo llorando. El se divertia, y le daban tanto cuidado las lágrimas de su madre como si madre suya no fuese. Despues vinieron las violencias y los insultos; luego los enredos con gente de justicia con motivo de cuestiones de interés, en las cuales la infortunada madre no tenia otra culpa que la de arruinarse y sacrificarlo todo por su hijo; y por último un proceso odioso, escándalo de todo el país. Este es el estado en que hoy se halla este asunto.

Ahora díme, ¿este jóven es malo? Es más que malo: es egoista, egoista en toda la extension de la palabra. Es un hombre sin corazon.

Sin llegar precisamente á este extremo, todos los egoistas siguen poco más ó menos el mismo camino. En el círculo, en el taller y en la familia, únicamente buscan su interés; nunca se ocupan de lo que puede ser del agrado de los demás; nunca su corazon de piedra se abre á un sentimiento bueno ni dulce.

Otras veces, sin embargo, el egoismo se reviste de algunas formas amables. Así se ven egoistas embrollones, rientes y campechanos, que aprecian á su manera á aquellos que pueden proporcionarles buenos ratos. En el fondo son tan egoistas como los otros, y no porque sus corazones no sean duros y glaciales dejan de valer lo mismo. ¿Por qué? Porque en medio de sus farsas, de sus placeres, de su amabilidad, únicamente buscan su propia satisfaccion y se preocupan infinitamente poco por los demás.

Sé de uno de este carácter que era el alma de todas las bromas y de todas las fiestas; parecia, si no el mejor, á lo menos el más amable de todos; pero en cuanto se le iba á pedir el servicio más insignificante ya no habia hombre y se le encontraba cara de hierro. Con esto en pocos años se formó el vacío en torno de él, y hoy nadie le quiere porque tampoco él quiere á nadie.

Si por desgracia, querido Jaime, te reconoces un poco en este espejo, echa mano de todo tu valor y combate tu inclinacion, cueste lo que cueste. Te lo pido de rodillas, por el amor de Jesucristo, en nombre de tu salvacion, en nombre de la cari-

dad. El cristiano, tanto si es viejo como si es jóven, tiene por primer deber renunciarse á sí mismo, olvidarse de sí mismo, amar á sus hermanos, pensar en ellos, compadecer sus penas, y, en una palabra, ser bueno.

No cabe duda que es difícil, muy difícil, curarse de este grave defecto; pero se puede y es preciso, absolutamente preciso.

¿Y qué hacer para esto? Primeramente excitar al corazon, tanto como se pueda, á amar á Nuestro Señor Jesucristo, cuyo divino amor dilatará y ablandará poco á poco nuestro pobre corazon; amarle en su grande y dulcísimo Sacramento, en el cual viene El mismo á unirse con nosotros, á unir su sagrado Corazon con el nuestro frio y miserable, á fin de trocarnos en él, como trueca y transforma el fuego el carbon negro, feo y súcio, al que penetra y abrasa. El bondadoso y santo Jesús es en el santísimo Sacramento el remedio directo y el médico de todas nuestras enfermedades morales.

Despues, mi querido hijo, te aplicarás, renovando cada mañana tus resoluciones, á hacer con la más buena voluntad á los demás los mil pequeños servicios que tienen derecho á esperar de tí; á ser, no solamente amable, sino bueno y servicial, para todos aquellos con quienes vives; á no disgustar nunca voluntariamente á nadie; á ser compasivo y caritativo con los desgraciados; en una palabra, á modelar tu corazon sobre el adorable Corazon de tu Dios, que habita en tí, que en tí vive por su

santa gracia, y que quiere hacer de tí un segundo Jesús.

Cuanto más bueno y tierno tendrás el corazon, más bendecido serás por Dios, más amado serás de los demás, y más en paz estarás contigo mismo.

## XII.

### De la grosería.

No es á tí á quien aquí me dirijo, mi querido y excelente Jaime; te conozco desde niño, y sé que eres no solamente bueno, sino educado y amable. Pero como los pequeños consejos que aquí te doy se dirigen á tí y á otros, es preciso que hablemos un poco de todo, á fin de indicar á cada enfermedad su remedio especial.

Llamaré, pues, tu atencion, ó más bien la de los jóvenes que leerán estas líneas al mismo tiempo que tú, sobre un defecto natural horriblemente democrático; sobre un defecto cada dia más comun en nuestros talleres, en nuestras oficinas, en nuestros pueblos y en muchas otras partes; me refiero á la *grosería*.

La grosería es una desagradable disposicion física y moral que conduce á la brutalidad en el fondo y sobre todo en la forma; brutalidad en el lenguaje y en el tono, brutalidad en las maneras, brutalidad en los procedimientos. Las personas que tienen esta enfermedad de carácter son amables y amadas como los osos. Por nadie se incomodan; atropellan

á la gente y parecen siempre dispuestas á lanzar rayos. Son regañonas, violentas y salvajes.

El obrero grosero no es habitualmente respetuoso con sus padres ni con sus amos. Si ha adquirido la costumbre de contestarles con finura, de descubrirse en su presencia y de no hablarles con monosílabos, su trabajo le ha costado; y en el conjunto de sus maneras y de su tono se adivina que, si no se observase cuidadosamente, poco le costaria volver á adquirir su carácter natural.

En casa, en la escuela, en el taller, ha recibido á centenares, por no decir millares de pullas, dirigidas á que deje de ser grosero; pero no se ha logrado más que exasperarle: á los diez y seis años es más grorero que á los catorce; á los catorce lo era más que á los doce, y así sucesivamente.

Por amor hácia los otros y hasta por tu propio interés has de procurar, hijo mio, combatir con todas tus fuerzas ese feo defecto, si alguna vez te ha sido notado. Él alejaria de tí, ahora y más adelante, á todos aquellos con quienes has de vivir. Díme, ¿te gustan las personas groseras y brutales? De seguro que no. Te gustan, y es muy natural y lógico que te gusten, aquellas personas que son finas y cuyas maneras son amables y atractivas. Imítalas para observar aquella gran regla del Evangelio: *Haced á los demás lo que quisiérais que á vosotros os hiciesen, y nunca les hagais lo que no quisiérais que os hiciesen ellos*. Nunca respondas con un tono que á tí mismo te desagradaria si contigo se emplease, y trata á tus camaradas tal como de-

sees ser tratado por ellos. Esta regla es maravillosamente práctica, y nunca te equivocarás si con ella te conformas.

Los jóvenes naturalmente groseros blasfeman fácilmente, y su vocabulario causaria envidia á los más renegados carreteros. En cierta ocasion me encontré con uno de esos pilluelos que se habia acostumbrado á jurar por el santo nombre de Dios á cada frase que pronunciaba. No podia decir buenos dias ni buenas noches sin jurar. Tenia diez y siete años y todavía no habia hecho su primera Comunion. Me lo llevaron para que le preparase; desde la primera entrevista me apercibí de su brutal costumbre, y le manifesté terminantemente que no haria la primera Comunion mientras blasfemase de tal modo. En el fondo no era malo; su grosería estaba, más que todo, en la forma. Prometióme rezar un *Padre nuestro* cada vez que tuviese la desgracia de blasfemar. Tres ó cuatro dias despues le volví á ver.

—Y bien, querido,—le dije,—¿cómo va la costumbre?

—¡Ay Padre!—me contestó:—paso todo el dia rezando *Padre nuestros*.

Tuvo sin embargo el valor necesario para continuar el tratamiento, y al cabo de quince dias ya no juraba.

Con la blasfemia desaparecieron en breve otras costumbres brutales y desagradables, y al cabo de algunas semanas ese pobre jóven se hallaba completamente cambiado: no tenia la delicadeza y la

distincion de un príncipe; pero á lo menos era como todo el mundo. Al ponerse en contacto con Jesús habia adquirido ese no sé qué de prudente, tranquilo y humilde, que derrama ciertos destellos de amabilidad hasta sobre las naturalezas más ásperas.

Cuando hablo de delicadeza y de distincion, no quiero decir que un herrero, ó un cantero, ó un albañil, ó un minero, ó un zapatero, ó un obrero cualquiera deban tener las maneras de un marqués, nada de esto; cada cosa en su sitio y cada cual en su esfera. Lo que pido á todos, así al más humilde como al más elevado, es que sean respetuosos, bondadosos y atentos: esto lo da á todos la práctica de la verdadera piedad, y esto mismo es lo que puede y debe dar cada cual á sus hermanos.

Puédese, en efecto, corregir la grosería, sino del todo, á lo menos notablemente. Así como á fuerza de pasar y repasar la lima sobre un trozo de hierro se logra quitarle poco á poco su aspereza y pulirlo; así tambien la santa Religion, á fuerza de unir, por medio de la oracion y de la sagrada Comunion, al perfectísimo Jesús con los más imperfectos cristianos, acaba por perfeccionarlos notablemente y por reemplazar las asperezas de su carácter y de sus costumbres por la mansedumbre cristiana y por las delicadezas de la caridad. Los hay que al darse á la piedad empiezan á comulgar con frecuencia, por ejemplo, todos los domingos ó cada quince dias; se acostumbran á orar y á estar atentos á la presencia de Dios, y se convierten así al poco tiempo en verdaderos y fervorosos cristianos.

Sus padres, sus amos, sus compañeros observan en breve el feliz cambio que en ellos se ha verificado; y esta predicacion, más elocuente que todos los discursos, ha bastado á veces para convertir á familias enteras.

Así, pues, ¿qué resoluciones hay que tomar si se tiene la mala suerte de ser propenso á la grosería, sea por temperamento ó sea por educacion? Hélas ahí:

Pedir cada dia á Dios que nos dé voluntad y fuerza para dominarnos; porque, sin la gracia, no podemos reformar nuestro mal carácter.—Acercarnos frecuentemente á El por medio de buenas y fervorosas Comuniones, suplicándole que nos haga semejantes á El, á El que era para todos tan manso, tan caritativo y tan humilde.—Evitar en lo posible las palabras groseras, los juramentos y sobre todo las blasfemias. Si el corazon tiene una grande influencia sobre la lengua, ésta á su vez influye grandemente sobre el corazon; y si podemos acostumbrarnos á emplear siempre un lenguaje amable y fino, podrémos fácilmente desembarazarnos de nuestra nativa grosería.—Jamás poner los piés en garitos ni en otros malos sitios donde la grosería está como de moda.—Tener gran cuidado con todo lo que en nuestras maneras ó en nuestros gestos pudiera saber á brutalidad; é imitar lo mejor que se pueda á aquellos compañeros nuestros que veamos son los más bien educados. Imitémosles y, siguiendo su ejemplo, llegarémos tarde ó temprano á ser, Dios mediante, cumplidos cristianos ante Dios y ante los hombres.

# XIII.

## Del carácter apasionado y de la apatía.

Seria cosa de nunca acabar si tratásemos de analizar detalladamente todos los defectos naturales de que está sembrado el jardin de la pobre humanidad, desde que la caida original vino á turbar el bello órden primitivo de la creacion. A fin de abreviar y de no omitir nada importante, voy, hijo mio, á ver si reuno en una especie de ramillete de poco agradable aroma el resto de esas malas inclinaciones, que á todos más ó menos nos alcanzan, procediendo ya de los vicios de nuestro temperamento ya de los de nuestra educacion. Voy á hacerte oler, una en pos de otra, esas malas yerbas que ni vienen de Dios ni á El suben. Si en alguno de estos olores te reconoces, toma buena nota de ello, á fin de limpiar con más cuidado los semilleros de tu jardin, donde estas malas yerbas amenazan brotar y crecer. Si las dejases acabarian, como la zizaña de la parábola, por ahogar en tu alma todos los gérmenes de la vida cristiana y de la piedad.

La primera es de un color rojo subido: se llama la *pasion* ó el *carácter apasionado*. El defecto natural llamado la pasion es muy comun á tu edad. Es un exceso de vivacidad, un exceso de ardor en el espíritu, en el humor, en las simpatías ó en las antipatías. Es una especie de arrebato natural que nos hace traspasar habitualmente la medida y que

nos lanza á toda clase de manías y de exageraciones. Este ardor inmoderado se aplica á todo, así al bien como al mal, lo mismo al trabajo que al placer. Con frecuencia compromete las mejores empresas. A manera de fogoso caballo, arrastra y muchas veces destroza el carro, en vez de conducirlo.

Los caracteres apasionados son impetuosos, violentos y fácilmente injustos. Nada ciega tanto como la pasion: ella hace decir y hacer muchas cosas lamentables, y con frecuencia nada edificantes. Reflexiona poco y marcha de frente.

Engendra las discusiones amargas, las palabras acres y picantes, y hasta á veces los palos. Hace perder al alma esta buena y santa paz de Dios que es el sello de los verdaderos cristianos y que es la única bastante fuerte para guardar, como dice san Pablo, *nuestros corazones y nuestras inteligencias en el Señor*.

Los jóvenes apasionados se dejan conducir por el sentimiento más bien que por la razon y el buen sentido. Aquello que aman lo aman con pasion, es decir, con exageracion, á lo menos en la forma; y como únicamente es sólido y durable lo que es verdadero, van de desengaño en desengaño, y dan ocasion á que se burlen de ellos. ¡Cuántos matrimonios locos y absurdos contraidos bajo el dominio de la pasion han destruido la vida ó la felicidad de jóvenes excelentes en el fondo, y cuyo único defecto consistia en dejarse llevar por su pasion! No se ha visto ni se ha querido ver más que el lado bello de la señorita, su bonita cara, por ejem-

plo, ó su buen corazon, ó hasta su bondad; no se ha escuchado á padre, ni á madre, ni á confesor, ni á amigo; se ha contraido el compromiso y se ha efectuado el matrimonio contra viento y marea: y luego, cuando se ha enfriado un poco el ardor primero, entonces es cuando se nota que hay espinas ocultas detrás de las rosas; y pasando de un extremo á otro, no se quieren ver más que las espinas, y ya tenemos encima la desgracia y la desesperacion.

Es preciso tener cuidado con la pasion, hasta en las cosas mejores: en el trabajo, donde expone á comprometer la salud por un consumo exagerado de fuerzas y de aplicacion; en las amistades que, bajo su influencia, degeneran en ardientes, peligrosos y ridículos amorios; hasta en la misma piedad, á la cual perjudican siempre los excesos.

El remedio directo para esta tendencia está en acostúmbrarse á seguir los consejos de buenos guias y sólidos amigos, en especial de los padres y del confesor.

---

Ahí tienes, formando juego con esta flor rojo-escarlata, otra de colores pálidos y desagradables. Como extremo opuesto al carácter apasionado tienes ahí el *carácter apático ó flemático,* al cual nada conmueve, porque nada siente. Es un pedazo de hielo. No hay peligro de que se exceda y vaya demasiado léjos: es frio é impasible, y por más que

se diga ó se haga, no hay temor de que se mueva. Y esto en él no es obstinacion, es simplemente apatía.

No hay cosa más apuradora que esta clase de personas: son verdaderas nulidades. No dicen nada, y tienen el aspecto de no sentir nada, ni amar nada. Esto no les priva de ser buenas, áun cuando su corazon participa con frecuencia en ellos de esta calma del exterior.

Los muchachos raramente tienen este defecto en un grado pronunciado; por eso, mi querido Jaime, no hago más que apuntártelo á fin de que te prevengas para lo futuro.

He conocido á un hombre dignísimo que tenia excelentes sentimientos, y que era tan taciturno, tan frio, tan impasible, que llegó á pasar, sin decir una sola palabra, sin dar, por decirlo así, señal alguna de vida, toda una comida y toda una velada en medio de una familia numerosa, á la cual, sin embargo, apreciaba, pero á su manera. Una persona extraña que se encontraba allí dijo á la señora de la casa cuando aquel hubo partido:

—¡Pobre señor! Debiérais haberme prevenido de que era sordo-mudo.

—¡Cómo! ¿sordo-mudo? No hay tal cosa.

—¿No es sordo-mudo? ¿Estais segura de lo que decís? Pues no ha dicho una palabra, ni parecia oir nada, y estaba entre nosotros como una estatua.

Y fueron necesarias reiteradas afirmaciones para convencer á aquella persona de que se habia equivocado.

Este defecto perjudica hasta cierto punto á la piedad, pero más bien en cuanto á la forma que en cuanto al fondo. La verdadera piedad es viva, amante y expansiva: todo lo que rechaza ó aleja al prójimo es contrario á la voluntad del Padre celestial. La piedad exige de nosotros que no nos demos al mal, no sólo para no desagradar á los demás, sino hasta para serles agradables. No debemos contentarnos con ser piadosos para nosotros solos, es preciso que lo seamos tambien para los otros; cada uno de nosotros ha de predicar la felicidad que da el servicio de Dios, no con sermones como lo hacen los sacerdotes, sino con el atractivo de un exterior modesto y amable, con una buena cara despejada, risueña, que refleje al exterior la dicha que respira nuestro interior.

A más de esto los caracteres apáticos se dejan llevar con frecuencia á la lentitud, á la indiferencia en el trabajo y en el cumplimiento del deber.

He ahí, pues, ya dos flores, flores de olor malsano, cuyas raices no has de permitir que se arraiguen en la tierra de tu jardin, querido hijo mio. Al igual de la ligereza y la disipacion, de la obstinacion, del amor propio, la susceptibilidad, el mal genio, el egoismo, la dureza de corazon y la grosería, son flores de pecado, que únicamente son buenas para infeccionar la vida cristiana y esta buena piedad que te quisiera ver abrazar de todo corazon, porque te amo y quiero tu felicidad.

Pero el ramo de los defectos naturales encierra tambien muchas otras flores. Pasemos rápidamente de una á otra.

## XIV.

### De otra clase de defectos naturales que debemos combatir enérgicamente.

Hé ahí algunas otras flores de nuestro famoso ramo. Examínate detenidamente, mi querido amigo, y sobre todo no trates de hacerte ilusiones.

Hay jóvenes que, merced á su temperamento á la vez linfático y bilioso, se dejan llevar de cierto *humor melancólico* y soñador, orígen de sinnúmero de ideas románticas, inútiles cuando menos, casi siempre peligrosas. Están tristes y descorazonados de antemano; se figuran haber nacido bajo el influjo de una mala estrella, que nada les saldrá nunca bien, y que toda su vida serán unos infelices. Tales jóvenes son muy desgraciados, á pesar de que son generalmente buenos. Su carácter les haria salir fácilmente de la via real, para lanzarles á aventuras imaginarias ó altamente sentimentales, que por precision han de perjudicarles bajo el punto de vista del trabajo, de las costumbres y del buen sentido. Tienen que luchar vivamente contra su tendencia á la melancolía, á la extravagancia y al aislamiento. El juego lícito, los buenos amigos y el trabajo activo é incesante son excelentes remedios que les convendria emplear á toda costa.

Hay otros que son por naturaleza *pesimistas* ú *optimistas*. Pesimistas, lo ven todo negro; optimistas, lo ven todo de color de rosa. Pesimistas, úni-

camente ven las dificultades, ya del servicio de Dios, ya de su carrera, ya de su empresa, y ya les teneis desanimados de antemano; optimistas, no ven ni quieren ver más que el lado bello de las cosas, se abandonan á ciegas al primero que les habla, se aventuran como chiquillos en los negocios más escabrosos, exponiéndose veinte veces á dejar en ellos sus plumas cuando no la piel; viven solo de ilusiones. El cristiano ha de esforzarse en permanecer siempre en lo cierto, y tener en cuenta lo mismo el activo que el pasivo, lo mismo las espinas que las rosas; el que haya rosas no es una razon para que no tenga que haber más que rosas; y el que haya espinas, tampoco es una razon para que únicamente se haya de creer que haya por do quier espinas. Una piedad buena y sólida es un gran auxiliar para estar en guardia contra este doble exceso.

Hay otros pobres muchachos que son habitualmente *mezquinos y egoistas* en sus sentimientos, en sus ideas y aspiraciones: tienen en el alma no sé qué bajeza natural que les hace vulgares, rastreros y aduladores. No saben qué cosa es el sentimiento del honor; ni tienen energía, ni generosidad. Estos caracteres no son muy propios para el servicio de Dios, el cual exige espíritu de sacrificio y cierta elevacion de sentimientos y de ideas. Son susceptibles de caer muy bajo, sobre todo si algun diestro pillete se apodera de ellos y quiere utilizarlos como instrumentos, sea por medio del cebo del lucro, sea por medio del miedo.

Hay otros que, sin ser vulgares ni viles, son *faltos de delicadeza*, especialmente en las cuestiones de dinero y en los medios que puedan emplearse para obtenerla. Sus pobres padres se matan para ganar su sustento, y ellos gastan sin miramiento alguno aquel dinero que tantos sudores cuesta. Si tienen algun bienhechor generoso, usan y abusan de su bondad, y llegan hasta á decir frases irritantes cuando se les hace alguna observacion á este propósito.

—¡Bah! Tiene de qué pagar, no se arruinará por eso. No vale la pena de afligirme por tan poca cosa.

Estas son las palabras textuales que pronunciaba cierto dia un muchacho de diez y seis años, hijo de un infeliz labrador, á quien su excelente párroco mantenia de todo en un colegio, privándose casi de lo necesario por aquel ingrato. ¿Qué te parece? ¿No es verdad que era aquel un noble corazon?

He conocido otro muchacho, hijo tambien de labradores, que por el contrario, tenia el sentimiento de la delicadeza y del reconocimiento tan desarrollados en su corazoncillo de quince años, que hacia caso de conciencia el gastar una sola pieza de diez céntimos del dinero que para gastillos le daba su buena madre cuando se marchaba al colegio. Sabia que aquel dinero representaba penas y trabajos, y no podia decidirse á gastarlo á la ligera y por tonterías. El poco dinero que tenia pasaba á la *Propagacion de la fe*, á la *Santa Infancia* y á otras obras de caridad.

Nunca, mi buen Jaime, te recomendaré bastante la delicadeza: no la delicadeza de la mesa y del vestir, sino la del espíritu y del corazon, la delicadeza de los sentimientos, sobre todo en lo que concierne á tus gastos. El cristiano en estas cosas ha de proceder con delicadeza exquisita. Si desde jóven se acostumbra á ello, llegará fácilmente á ser más adelante una de esas dignas personas cuyo nombre es sinónimo de probidad, integridad y honor.

Los hay que por naturaleza y por costumbre se dejan llevar por la *prodigalidad*. Cuando digo prodigalidad no quiero decir generosidad: la generosidad, bella y noble disposicion de un buen corazon que da convenientemente todo lo que puede dar: la prodigalidad es la parodia de la generosidad. Es un defecto gravísimo que indica una gran ligereza de espíritu y una gran flaqueza de voluntad. El jóven pródigo gasta inconsideradamente todo lo que tiene. No se hace cargo de lo que es el dinero, de lo que cuesta, de lo que vale y de lo que representa, sobre todo en la vida del obrero. Un jóven obrero arreglado y concienzudo lo pensará tres veces antes no se permitirá un capricho; aquel, por el contrario, no sabe refrenarse. Si tiene en el bolsillo algunas monedas de plata, parece que le queman y las va gastando hasta volver á su casa sin un céntimo. ¿Qué ha hecho de su dinero? Trabajo le costaria decirlo: lo ha empleado en golosinas, en bagatelas... en fin, si en vez de un franco hubiese tenido veinte, con la

misma facilidad y del mismo modo hubiera vuelto á su casa con los bolsillos vacíos. Los pródigos aprenden muy pronto á arruinarse: en su mayoría son aturdidos, vanidosos, locuaces, golosos y de la casta de los bebedores y de los libertinos. ¡Pobre mujer y pobres hijos si llega un dia el obrero pródigo á casarse!

No acabaria nunca si quisiese escribir aquí la coleccion completa de esos defectos que tan profundamente afectan á la piedad del jóven cristiano. Seria menester hablar de los caracteres socarrones, reservados, desprovistos de franqueza y de expansion hasta con sus amigos, hasta con sus padres, hasta con su mismo confesor; de los caracteres burlones y chanceros, que únicamente disfrutan hiriendo á la caridad y haciéndose enemigos; de los caracteres variables, indecisos, especies de girándolas, que no saben resolverse á adoptar partido alguno por bueno que sea: de los caracteres testarudos, difíciles, cuyo espíritu de contradiccion es la plaga de nuestras Asociaciones, como lo es del hogar doméstico; se tendria que hablar, por fin, de esa disposicion, harto frecuente en muchos aprendices y hasta en muchos jóvenes, de hacer del payaso y del bufon, caracteres deplorables que quitan la dignidad y la consideracion, y que casi siempre llevan á la mala conducta.

¡Cuán miserables son, mi buen Jaime, todos estos defectos, sobre todo si se les considera bajo el punto de vista de la vida cristiana! ¡Qué abismo, qué diferencia entre el jóven que se abandona á

esas inclinaciones más ó menos depravadas, y el jóven cristiano, honrado y buen muchacho, que se respeta á sí mismo, que quiere á los demás y que lleva dignamente su precioso carácter de católico! Este solamente teme á Dios; dirígese en derechura al cielo por el camino real de una vida no sólo honrada y laboriosa, sino tambien abierta y completamente cristiana. Jesucristo vive en su espíritu, en su corazon, en su voluntad, en sus costumbres, en todo su sér, y le imprime no sé qué de bueno, puro y amable, que le atrae la estimacion y las simpatías de todo el mundo.

Esto es lo que has de ser, esto es lo que serás desde hoy en adelante, hijo mio, si por acaso tu pasado no hubiese correspondido enteramente al programa que te acabo de exponer.

## XV.

### Ultimos avisos prácticos sobre la correccion de nuestros defectos naturales.

Recuerda ante todo, y nunca olvides, hijo mio, que puedes corregirte de tus defectos naturales. Si no puedes destruir su principio, puedes siempre con el auxilio de la oracion y de los Sacramentos, á lo menos reprimir y suprimir casi enteramente sus efectos.

«¿Por qué,— dice san Francisco de Sales, — por qué no hemos de poder corregir nuestras malas inclinaciones para hacernos mejores? No hay carácter alguno, por bueno que sea, que no esté ex-

puesto á malearse con los hábitos viciosos; como no lo hay, por rebelde que sea, que con la gracia divina y con su industria y diligencia no pueda ser dominado y subyugado.» Es preciso, pues, que pongamos manos á la obra con entera resolucion, porque nuestras inclinaciones viciosas, nuestros defectos naturales son la causa de casi todas nuestras faltas, desde el momento en que privan á Jesús de santificarnos tanto como El quisiera.

Este es un trabajo de todos los dias. Seria demasiada confianza en tí mismo, mi querido Jaime, el que contases con una victoria definitiva despues de haber combatido un año, dos y hasta diez. Es preciso comenzar de nuevo cada mañana.

El demonio procurará persuadirte de que es más fuerte que tú, de que no vale la pena de cortar una yerba que se reproduce incesantemente; pero déjale que diga y que mienta. Es un viejo traidor, que trata únicamente de desaminarnos para vencernos y hacernos perder con él.

Así, pues, todos nosotros, tú lo mismo que cualquier otro, podemos corregirnos de nuestros defectos naturales; podemos y debemos. Pero ¿qué se tiene de hacer para conseguirlo? ¿Cómo hemos de empezar?

Ante todo, es preciso trabajar para conocerlos bien, porque es imposible combatir á un enemigo cuya presencia ni siquiera se sospecha. La primera condicion para curarse cuando se está enfermo es la de saber claramente donde se tiene el mal. Y para llegar á conocer tus inclinaciones y defectos,

debes, como ya te lo tengo indicado, examinarte concienzuda y sériamente en la oracion de la mañana y de la noche, ó bien cuando oigas una plática religiosa, ó bien cuando hagas una buena lectura. Y despues, como que es siempre muy difícil el conocerse bien á sí mismo, recurrirás á las luces de tu confesor, despues de haberle abierto bien tu corazon. Observa tambien lo que tus padres, tus maestros y hasta tus camaradas te acostumbran á reprochar: por este lado es por donde tienes que dirigir tus esfuerzos.

De este modo, hijo mio, llegarás á descubrir fácilmente tu defecto *dominante,* es decir, la principal inclinacion mala, el defecto fundamental de tu carácter. Todos tenemos un defecto dominante más ó menos pronunciado, pero real, y que nunca escapa á un ojo que vea un poco claro.

En segundo lugar, como tambien varias veces te lo he indicado, procura vigilar, orar, escuchar bien los avisos é instrucciones del sacerdote y ponerlos en práctica lo mejor que puedas: confiésate á menudo, sériamente, de todo corazon y con verdadero deseo de enmendarte; comulga tambien con frecuencia, con tanta frecuencia como puedas, porque nuestro Señor Jesucristo, que se une á nosotros en la Comunion, es el principio de toda nuestra fuerza y el autor de la gracia, sin la cual nada, absolutamente nada podemos hacer para nuestra salvacion. No basta orar, hacer buenas lecturas y hasta confesarse: todo esto no es todavía Jesucristo: no son más que preparaciones para la union

con Jesucristo, el único que es, como dirémos más adelante, la vida de nuestra alma, nuestra salvacion y nuestra santificacion.

Como no se emplean, á lo menos suficientemente, estos excelentes y poderosísimos medios, por esto son tantos los que no se corrigen de sus malas inclinaciones, cayendo así de una en otra falta, y acabando á veces por hundirse en el vicio propiamente tal. Hay hombres dados á la bebida, hay ladrones y hay muchos abominables libertinos que sólo han llegado á aquel estado por no haberse tomado el trabajo, cuando podian aún hacerlo fácilmente, de combatir tal ó cual mala inclinacion. Entonces hubiera sido poca cosa el reprimirse; tratábase únicamente de un pequeño é insignificante arbolito, del grueso de un dedo; y el más ligero esfuerzo hubiera bastado para arrancarlo; pero despues el arbolito se ha convertido en un árbol corpulento, y es menester un trabajo rudo, son necesarios el hacha y el azadon.

Otro ardid del demonio, más ingenioso todavía, es el de hacernos tomar nuestros defectos naturales por cualidades. En cuanto lo ha logrado, nosotros en vez de desconfiar de nuestras inclinaciones, en vez de combatirlas como debiéramos, nos abandonamos sin remordimiento á ellas, y no sólo las acogemos, sino que además las fomentamos, las desarrollamos, sirviendo así inconsciente é involuntariamente á nuestro enemigo. Pensaríamos obrar mal si obrásemos de otro modo.

Así, por ejemplo, ahí tienes un jóven *ligero:* co-

mo no ve su ligereza más que por su lado agradable, se dice:

—Tengo un carácter delicioso, el humor fácil y acomodaticio; soy alegre, vivaz y decidor...

Y si se le reprocha su ligereza, añade para su capote:

—Esta gente no sabe lo que se dice: son gruñones, que no comprenden la amabilidad ni la buena alegría.

Y con eso, se abandona tranquilamente á esa inclinacion cuyas desastrosas consecuencias llevo expuestas... y se pierde riendo.

Lo mismo dirémos de un testarudo: se cree sencillamente firme, enérgico y formal en sus resoluciones.

—No soy,—se dice,—como ese ó aquel que se deja gobernar, que no tiene voluntad propia y que á todos los vientos cede.

Y testarudo como un mulo, se aplaude, en vez de procurar corregirse.

Otro es violento, arrebatado, y toma esto por un excelente ardor, por un zelo inestimable. Este es desidioso y débil, y se dice:

—¡Qué sencillo soy yo! ¡Cuán complaciente, cuán tranquilo y cuán fácil soy de contentar! ¡Qué corazon tengo tan tierno!

Aquel es avaro y se llama á sí mismo económico y arreglado. El otro está fuertemente dominado por el amor propio, y se dice para sí:

—Tengo honor y corazon: no conviene dejarse pisotear...





Y así por el estilo.

Y así el lobo está en el redil, guardando á su manera las ovejas. ¡Cuán peligrosas son estas ilusiones! Por ellas se pierde el noventa por ciento de los jóvenes cristianos.

Una palabra más, á propósito de la correccion de nuestros defectos naturales. Hay defectos que son desgraciadamente imposibles de corregir, y esto por la sencillísima razon de que los que de ellos están atacados no pueden apercibirse de que los tengan. Son, entre otros, la *tontería*, el *falso espíritu* y la *falta de tacto*. A estos infelices no se les puede dar buena direccion al espíritu, por la sencilla y dolorosa razon de que no se pueden dar ni talento ni buen sentido al que no los tiene.

Si eres tonto, mi buen amigo, no es tuya la culpa, y nada puedes tú contra este defecto, ni tampoco yo. Conténtate en este caso con hacer todo lo que puedas para el servicio de Dios, y Dios no te pedirá más de lo que tú le puedes dar.

Una especie de imbécil hacia en cierta ocasion á un compañero suyo esta estúpida pregunta:

—Pero ¿por qué dicen que soy tonto? ¿Es verdad que soy tonto? Me parece que no soy más tonto que los demás.

A un hombre de tales facultades ¿qué se le dice? ¿qué se le contesta ante semejante pregunta?

Y sin embargo, estos defectos son sumamente nocivos para la verdadera y buena piedad, que forzosamente debe ser razonable, clara, siempre digna, siempre simpática al prójimo.

En la conferencia siguiente, con la cual terminará el capítulo de nuestros defectos y de nuestras inclinaciones naturales, vamos á ver, mi querido Jaime, algo sumamente consolador: es á saber, que esos mismos defectos pueden servir en gran manera para nuestra salvacion y santificacion. Algo hemos dicho ya de esto; pero es tan importante este asunto, que no estará de más que nos volvamos á ocupar de él.

## XVI.

### De que nuestros defectos naturales pueden servir mucho para nuestra salvacion y nuestra santificacion.

Hé ahí una idea, querido mio, que á primera vista parece una verdadera paradoja. Y, sin embargo, es una gran verdad, en especial para las naturalezas generosas, para los jóvenes que poseen una fe viva y un buen corazon.

Sí, nuestros defectos naturales pueden convertirse en nuestro provecho espiritual: cuando los combatimos, son para nosotros incesantes ocasiones de virtud, de magníficas victorias, y por consiguiente de grandes méritos. En este sentido á veces nos sirven más, no diré que nuestras virtudes, pero sí que nuestras cualidades naturales.

Sucede muy á menudo que nos dormimos sobre nuestras cualidades naturales, sin preocuparnos de adquirir las virtudes cristianas. Sin contar que, por excelentes que sean en sí mismas, las buenas

cualidades naturales nunca son meritorias: son simples buenas disposiciones que están en nosotros, sin que nosotros las hayamos adquirido, y que tan meritorias son para el alma como la belleza ó la salud para el cuerpo.

Así por temperamento estás inclinado á la dulzura, á la alegría, al buen carácter: eres naturalmente alegre, dulce, bueno, amable: ¿es esto meritorio? No. Es muy bueno y muy agradable; es una disposicion encantadora; pero no es más que una disposicion; y para hacer meritoria esta disposicion, es preciso que participen de ella tu voluntad y tu conciencia, encaminando á Dios esta cualidad puramente natural, y elevándola por la fe, por la piedad y por el amor del Señor, á la altura de una virtud cristiana. Entonces tu humildad, tu dulzura natural, se convierte en esta bella y santa humildad y dulzura cristiana que domina la cólera y las injurias y las palabras ofensivas, y en general todo lo que naturalmente turba la dulzura de carácter.

De igual modo tienes la dicha de no ser naturalmente inclinado á las malas pasiones; por temperamento, por una especie de bondad natural te repugnan las cosas malas, y no piensas en ellas ni te da gusto el bromear sobre ellas. Esto es excelente y nunca habrás agradecido bastante á Dios esta disposicion hácia las costumbres buenas y puras; pero todavía no es la virtud cristiana de la castidad. El pedestal nunca es la estatua: por bello que sea el pedestal no es más que el pedestal. La esta-

tua es la virtud cristiana, fruto de la gracia y de la voluntad, victoria obtenida sobre sí mismo y sobre el demonio.

Nada hay más frecuente que la ilusion sobre este punto; tómanse simples cualidades naturales por virtudes sobrenaturales, el pedestal por la estatua. Y como no se siente la inclinacion al mal, como no se obra mal, conténtase uno con esta natural hombría de bien, sin tomarse el trabajo de ir más allá. Con este gran sistema, con esta vida de hombre de bien, se llega á la presencia de Dios con las manos vacías, sin virtudes, y por consiguiente sin méritos.

Óyese repetir muy á menudo á estas gentes que no hacen gran mal, pero que tampoco son verdaderos cristianos:

—Yo no tengo necesidad de rezar, ni de confesar, ni de comulgar: no hago mal, me porto bien...

Esos infelices, que tan gravemente faltan al primero de sus deberes, deben su perdicion, las tres cuartas partes de las veces, á sus buenas cualidades naturales, es decir, á lo que, segun los designios de Dios, habia de facilitarles su servicio y su amor.

Ahí tienes, por el contrario, á un jóven que desde la edad de doce ó trece años siente en su pobre corazon y en su carne las agitaciones de un temperamento voluptuoso: percibe, por decirlo así, á cada instante que el enemigo está allí, á la puerta, á punto de echarla abajo; esto mismo le hace comprender la necesidad de recurrir á Dios por medio

de la oracion, y de la Confesion frecuente, y de la frecuente Comunion; para mantenerse fiel al Señor, se ve, por decirlo así, en la precision de ser muy bueno y muy piadoso, y de vigilar constantemente; su vida está llena de excelentes actos de piedad y de mortificacion. Ahora bien; ¿á qué debe estos tesoros de méritos cotidianos? ¿No es, despues de la gracia de Dios, á ese defecto natural que tan enérgicamente combate?

Así, en su tiempo, san Agustin, que era muy entendido en lo tocante á pasiones y á luchas, decia á los cristianos de su ciudad episcopal de Hipona: «Sigamos á Jesucristo, y subamos por El al cielo, áun valiéndonos de nuestros defectos y de nuestras malas inclinaciones. Con tal que nos dediquemos á refrenarlos, con tal que los dominemos, ellos nos sirven de escabel para subir más. Ellos nos elevarán si los tenemos debajo de los piés: por este medio, con nuestros mismos defectos nos formamos una escala que nos aproxima á Dios.»

Así, pues, mi excelente amigo, procura que ni el número ni la tenacidad de tus defectos te desanimen jamás. *Al que ama á Dios, todo se le vuelve en bien,* dice el apóstol san Pablo. No te canses de combatir en tí al hombre viejo con todas sus miserias, con todas sus concupiscencias, con todas sus tendencias viciosas: destrúyelas por medio del trabajo cotidiano de una sólida y buena vida cristiana. Ten mucho cuidado, porque, una de dos, ó tu las destruirás á ellas, ó ellas te destruirán á ti.

Sé humilde, profundamente humilde: si sientes

en tí buenas cualidades naturales, guárdate bien de envanecerte y de imaginar que vales más que los otros: te lo repito, las buenas disposiciones no tienen mérito alguno ni te hacen mejor para con Nuestro Señor Jesucristo. Si, por el contrario, te sientes rico en defectos y en malas inclinaciones, no murmures: tal vez es esto una suerte para tí. Pon brava y humildemente manos á la obra; y procura obtener, por medio del amor de Dios y de una gran constancia en confesarte y comulgar, las victorias que las misericordias de Jesús te otorgará siempre: sus gracias serán siempre proporcionadas á tus necesidades. Convertido en valeroso soldado, sostén hasta el fin el combate de la fe y de la piedad cristianas, bendiciendo por todo á Dios, y sacando partido, para mejor servirle, así de tus defectos naturales, como de tus cualidades. Reprime los unos, santifica las otras, y Jesucristo vivirá y reinará en tu corazon.

---

Al terminar estas conferencias sobre la abnegacion cristiana, reasumiré diciendo:

1.° Que la abnegacion ó renuncia de sí mismo, es decir, de lo que hay de malo y corrompido en nosotros, es la condicion esencial de la vida cristiana y de la piedad, así como el despejo y la nivelacion de un terreno son la condicion primera de toda construccion sólida.

2.° Que para ser verdaderamente cristiano no basta renunciarse á sí mismo, sino que es preciso

además renunciar al mundo, es decir, á todo lo que á nuestro alrededor sea corruptor y nocivo para nuestra salvacion.

3.° Que el primer grado de la abnegacion cristiana consiste en renunciar al pecado mortal, á las ocasiones próximas del pecado mortal y á los vicios que lo engendran.

4.° Que el segundo grado de la abnegacion cristiana consiste en combatir toda clase de pecado, incluso el venial, y en reprimir, por amor á Dios, nuestras malas tendencias á los defectos naturales.

5.° Y último, que el tercero y más excelente grado de la abnegacion cristiana, que es el glorioso alimento de las almas santas, consiste en reprimir con la mayor solicitud hasta las más insignificantes imperfecciones voluntarias, y en esforzarse á vivir en la más perfecta pureza de conciencia.

Ahora, mi querido Jaime, penetremos más en este agradable estudio de la santificacion de nuestra alma, y, con el auxilio de las divinas luces, veamos de qué manera Dios, Jesucristo, nuestro muy amado Criador, Señor y Maestro, es en nosotros el principio y la fuente de la vida cristiana, de la piedad y de la santificacion. Abre tu corazon, hijo mio muy amado: lo que vamos á decir es tan bueno como divino.

# CAPÍTULO III.

## De la union del cristiano con Jesucristo.

### I.

### Como el verdadero cristiano es templo vivo en el cual reside Jesucristo.

Escucha bien, mi pequeño Jaime; tengo que explicarte cosas algo difíciles y elevadas, en las que no estás probablemente acostumbrado á pensar, y que son, sin embargo, de suma importancia para tu santificacion. No temas el hacerme preguntas, si alguna cosa no lo comprendes de pronto; ante todo es preciso comprender y comprender bien.

Hasta aquí hemos hablado de las cosas malas ó peligrosas que se han de poner de lado, si queremos ser verdaderos y piadosos cristianos; era, como tĕ dije, una operacion de explanacion, sin la cual el arquitecto no puede levantar la casa. Pero no basta esto; para llegar á ser verdadera y sólidamente piadoso, no basta renunciarse á sí mismo, es preciso, además, vivir íntimamente unido á Dios, quien, por un admirable efecto de su amor, se digna descender hasta nosotros, bajarse y penetrar en nuestro interior, para habitar y permanecer siempre en nosotros, y hacer así de cada uno de nosotros un templo vivo, un tabernáculo vivo.

—¡Qué! ¿El mismo Dios habita en nosotros?

Sí, hijo mio; la bondad de Dios no eleva á esta dignidad más que real, puesto que es divina. Si tú quieres, si eres bien fiel á la gracia de tu Dios, eres su verdadero templo, su mansion querida, y como un cielo donde le agrada residir. En el exterior, y para el mundo, no eres más que un pobrecito obrero, en quien nadie fija la atencion; interiormente y para Dios, eres algo admirable y sublime, y por la gracia posees al mismo Dios que poseen los Angeles en la gloria. ¿No es verdad que esto es hermoso y consolador?

—¡Oh, sí! pero ¿cómo sabemos esto?

Por las propias palabras del Señor en el Evangelio y por lo que su Iglesia nos enseña. Jesucristo ha dicho: *Si alguno me ama, mi Padre le amará, é irémos á El y harémos en El nuestra morada.* Y en otro paraje añade: *Padre, Vos estais en Mí y Yo en ellos.*

Observa, hijo mio, estas bellas y divinas palabras. El Señor dice: *Si alguno me ama.* Los que aman á Jesucristo son todos los cristianos que toman por lo sério la religion, que creen buena y prácticamente en Jesucristo, que obedecen á su Iglesia, que rezan, que observan lo mejor posible la ley de Dios, que evitan el pecado, que se esfuerzan en permanecer en estado de gracia y en agradar á su buen Maestro y Salvador Jesucristo. Estos son los que aman verdaderamente á Jesús.

A éstos Dios les ama; el Padre celestial les ama porque aman á su amado Hijo Jesús. *Si alguno me ama, mi Padre le amará.* El mismo es quien nos lo

dice, y su palabra, que es la palabra misma de Dios, es infalible.

Y añade: *É irémos á Él y harémos en Él nuestra morada.* ¿Y sabes de qué manera viene el Padre á nosotros? Viene á nosotros por su Hijo Jesucristo y con Jesucristo; y el Padre y el Hijo derraman el Espíritu Santo sobre el alma del buen fiel; se unen á El por la gracia del Espíritu Santo, y residen en El, y de esta suerte se transforma su alma en templo de Dios.

—¡Qué grande es esto! ¡Y yo que nunca habia pensado en tal cosa!

¡Ah! pobre hijo mio; no eres tú solo. Las tres cuartas partes de los hombres se parecen á ostras que poseen en su interior, en su blanca concha, una perla preciosa, que vale á veces centenares de miles de francos. Se me contaba de un judío que presentó á una emperatriz de Rusia una perla grande como un huevo de pichon, y tan perfecta, tan redonda, tan blanca, tan bella, que jamás quiso cederla por menos de dos millones.

¿Crees tú que la ostra que guardaba en su interior esta maravillosa perla tenia la menor conciencia de ello? ¡Cuántas ostras de dos piés hay en la tierra! ¡Cuántos cristianos hay, jóvenes y viejos, que en lo blanco de su bella y excelente alma poseen al Señor su Dios, perla preciosa del paraíso, y que ni siquiera lo sospechan ó que á lo menos no se acuerdan de ello!

Y esto, sin embargo, es cosa de fe, de fe revelada. Jesús, Dios hecho hombre, lo afirmó por su pro-

pia boca: ***Padre, Vos estais en Mí y Yo estoy en ellos.*** Así como Dios Padre está en su Hijo y es inseparable de su Hijo, que es Dios como El, tambien Jesús, Hijo eterno de Dios, está en nosotros por su santa gracia, vive en nosotros y en nosotros mora, con el Padre y con el Espíritu Santo, como en su amado tabernáculo.

Por la gracia está en nosotros como sol de santidad y de amor, y cuando nuestra alma es pura resplandece en ella como en un bello cielo sin nubes, y la fecundiza y vive en ella, comunicándola su propia santidad.

—Pero ¿de veras está Dios presente en nuestra alma cuando se halla en estado de gracia?

De todas veras: El mismo, en persona. «La santísima Trinidad habita entera en nuestra alma,» dice con todas sus letras el gran doctor santo Tomás. El mismo Padre celestial está personalmente en tí, amado hijo mio, cuando te hallas en estado de gracia; el mismo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, está tambien personalmente en tí con su Padre, y lo mismo digo del Espíritu Santo que tambien se encuentra personalmente en tí, con Jesucristo y como Jesucristo, con el Padre y como el Padre.

—¡Dios mio! ¡Qué buenos seríamos si pensásemos siempre en esto! ¿Quién osaria jamás pecar, jurar, encolerizarse, mentir y cometer acciones indecorosas, si se acordase de esta gran presencia interior de Dios en sí mismo?

Sobrada razon tienes. Piensa, pues, en esto sériamente y medítalo profundamente y con todo tu

corazon, mi amado y pequeño templo de Dios, querido santuario de Jesucristo y del Espíritu Santo. Esto sólo bastará para hacer de tí un cristiano ferviente y para enteramente transformarte.

## II.

### Jesucristo Señor nuestro es la Vida y el Pan de vida de nuestra alma.

¿Has comprendido bien, hijo mio, la gran verdad que acabo de exponerte? Jesucristo es Dios hecho hombre y descendido en medio de nosotros. En El y con El estaba su Padre celestial, y con El y en El estaba tambien el Espíritu Santo, cuyo adorable santuario era su humanidad. Y así era al verdadero Dios, enteramente Dios, Criador, Señor y Salvador del mundo, á quien llevaba la santísima Vírgen en sus brazos y presentaba á los pastores y á los magos en el establo de Belen; era el verdadero Dios el que trabajaba en Nazaret, en el taller de san José; era el verdadero Dios, Dios hecho hombre, quien era crucificado el Viernes Santo por tí en el Calvario.

Comprende bien esto. Jesucristo, Dios y Hombre, Hijo de Dios y de la santísima Vírgen, es, con el Padre y con el Espíritu Santo, el único y verdadero Dios. Jesucristo es Dios; de tal suerte que fuera de El no hay Dios, y que amarle á El es amar á Dios. Todo esto es de fe.

Ahora bien; este Dios tan bondadoso *ha querido que el hombre fuese su templo,* como nos lo dice la

Iglesia en las preces del Bautismo. Y ¿cómo entra en su templo? De dos maneras: la una interior é invisible; la otra visible y exterior. Escucha bien esto, porque es fundamental.

El señor entra y habita en nosotros interiormente y de una manera invisible por medio de la *gracia;* exteriormente y de una manera visible, entra y habita en nosotros por medio de la sagrada *Eucaristía.*

Por medio de la gracia se da y se une á nosotros, para ser la vida de nuestra alma; por medio de la sagrada Eucaristía se da y se une á nosotros para alimentar esta vida, para sostener y fortalecer esta union interior de la gracia, y para ser así nuestro Pan de vida. Por la gracia toma posesion de nuestra alma y realiza el bello misterio de la union santificadora de Dios y de su criatura; por la Eucaristía impide que se rompa esta union, preservándonos del pecado mortal, y la sostiene, la hace cada dia más fuerte y más íntima, haciéndonos mejores, aumentando en nosotros las virtudes cristianas y principalmente la fe, la esperanza y la caridad.

Medita bien todo esto, hijo mio. No trates estas verdades á la ligera. Si te haces bien cargo de ellas, si no las olvidas en la práctica, serás del pequeño número de los escogidos de que habla el Evangelio, es decir, de esos verdaderos y sólidos cristianos que viven enteramente para Dios y en quienes Dios se complace.

Así, pues, Jesucristo, Criador y Salvador nues-

tro, está en nosotros y en el santísimo Sacramento del altar. En nosotros está como Dios: en el santísimo Sacramento está como hombre. Pero como no hay dos Jesuses, sino uno solo, que es á la vez Dios y hombre, el Jesús que está en nosotros como Dios, es decir por su divinidad, es el mismo que está presente en el santísimo Sacramento como hombre, es decir por su humanidad. Y asi la persona divina de Jesús que está en nosotros está inseparablemente unido á la adorable humanidad que se nos da por medio del santísimo Sacramento. ¿Comprendes esto?

De modo que Jesucristo es la Vida y el Pan de vida de tu alma, mi querido Jaime. Pero es preciso que correspondas á su amor. Si quieres conservar la vida de tu alma, que es cien millones de veces más preciosa que la de tu cuerpo, no cometas jamás el pecado mortal. El pecado mortal separa tu pobre alma de su Dios y de su Salvador, y le causaria la muerte, como muere el tronco si se le separa del árbol.

El cristiano debe ante todo estar en guardia para no caer en pecado mortal y para conservarse siempre en estado de gracia. La gracia es precisamente esta union que forma el Espíritu Santo entre Jesús y nuestra alma, y el estado de gracia es el venturoso en que nos hallamos cuando correspondemos fielmente al amor de Jesús y cuando permanecemos unidos espiritualmente á El por una fe viva y por la práctica de las virtudes cristianas.

Además, pues que tenemos el honor y la dicha

de poseer en el santuario de nuestra alma á nuestro santísimo y bondadosísimo Señor, es á lo menos justo que pensemos muy á menudo en El, que le adoremos interiormente con humilde amor, que nos mantegamos sumamente puros en su presencia, y que en medio de las ocupaciones y del trabajo de cada dia conservemos el espíritu de oracion y de recogimiento.

Todo esto es empero, mi buen Jaime, más fácil de decir que de hacer; y todo lo que nos rodea, todo lo que vemos, todo lo que oimos, tiende desgraciadamente á distraernos de Jesucristo. Por esto es no solamente útil, sí que tambien necesario el que vayamos lo más frecuentemente posible á sostener, alimentar, fortalecer y aumentar la union de nuestra pobre alma con Jesucristo, y esto es lo que se hace por medio de la sagrada Comunion. La union pide la Comunion, como la vida pide el alimento. Es imposible permanecer largo tiempo unido por la gracia á Jesucristo sin la Comunion, como no es posible vivir mucho tiempo sin alimentarse.

¡Oh Dios mio, qué cambio tan admirable se verificaria en el mundo si algun dia todos nuestros obreros, todos nuestros jóvenes, todos nuestros aprendices se pusieran á comulgar con regularidad todos los domingos ó, cuando menos, todos los meses! Esto solo bastaria para renovar, para resucitar en menos de un año á toda la sociedad.

El demonio es muy hábil, y sabe cruelmente lo que hace cuando aleja por mil y un medios á los

obreros, y sobre todo á los obreros jóvenes, de la sagrada Comunion. Privándoles del Pan de vida, les arranca fácilmente la vida; teniéndoles alejados de la Comunion, consigue en breve hacerles perder la union divina, la union y la vida de la gracia; privándoles de comer, les hace languidecer y despues morir, y morir de hambre.

De hoy en adelante, hijo mio, no te dejes coger en las redes del maligno espíritu. Evita el pecado como el fuego, y más que el fuego; todo antes que pecar. Vigila mucho sobre de tí mismo; piensa con frecuencia en el Dios de tu corazon en el decurso de tus dias; no le dejes solo en el amado santuario de tu alma donde se digna residir. Díle á menudo que le amas y que eres todo suyo, y si por sorpresa ó por debilidad llegases á caer en alguna falta, dirígete en seguida á El con la mayor confianza y pídele perdon con todo tu corazon.

Y despues, créeme, haz todo lo que puedas para ir á comulgar todos los domingos y dias festivos. Vé á comulgar, no porque seas bueno, sino para que permanezcas bueno. Vé á comulgar, porque eres débil, jóven, aturdido y expuesto á mil peligros. Tu amado Señor te pide ante todo una buena voluntad. Si la tienes, nada temas, vé con confianza á recibirle en el Sacramento de su amor.

Y así es, mi bueno y querido Jaime, como por su gracia y por su Eucaristía, es Nuestro Señor Jesucristo la Vida y el Pan de vida de tu alma.

Hay algunos que se figuran que la union de nuestra alma con Jesucristo y la presencia espiri-

tual de este adorable Señor en nosotros por medio de la gracia, no son una realidad, y sí tan sólo un mero modo de hablar. Estos carecen de fe y se equivocan lamentablemente.

No, hijo mio, no es un *modo de hablar;* es una verdad muy verdadera, una realidad muy real. Jesucristo está tan real y verdaderamente unido á nuestra alma por medio de la gracia, como real y verdaderamente está presente en nuestros tabernáculos por medio de la sagrada Eucaristía, y su persona divina, adorable y eterna está en tí, en tanto le eres fiel, tan verdaderamente como está en tu cuerpo tu alma.

El mismo nos lo ha dicho y nos lo repite. Además de las admirables frases que citábamos más arriba, nos dice todavía en su Evangelio: *Vosotros estais en Mí y Yo en vosotros. Permaneced en Mí y Yo en vosotros. Yo soy la vid y vosotros los sarmientos; aquel que vive en Mí y Yo en él, aquel lleva abundante fruto.* ¿Es posible hablar con más claridad y afirmar más categóricamente? Y ¿qué hay más real que la union de la vid con sus sarmientos?

Los Apóstoles, ó más bien el Espíritu Santo, que por ellos hablaba, nos enseñan con no menos fuerza la misma verdad. *¿Ignorais vosotros*, dice san Pablo á los cristianos de Corinto, *ignorais que Jesucristo está en vosotros, mientras que no seais réprobos,* es decir, separados de Dios por el pecado mortal? Y en otra de sus Epístolas dice que nosotros somos la morada, el templo vivo de Jesucristo: *Cristo está en su morada, y esta morada somos nosotros.*

Por su parte nos dice san Pedro: *Santificad en vuestros corazones al Señor Jesús;* es decir, sed dignos por medio de la santidad de vuestra vida, de Jesús que está en vuestros corazones.

Por último, el Apóstol san Juan insiste repetidas veces en esta verdad, diciendo entre otras cosas que *nosotros vivimos en Jesús y El vive en nosotros.*

Si á álguien se debe creer, ha de ser á Dios; ¿no es verdad? *Creamos lo que Dios dice; créamoslo con amor, y lo comprenderémos en seguida*, dice el gran san Agustin.

Y luego, áun cuando no lo comprendiésemos, ¿qué probaria esto? La gracia es un misterio como todos los demás misterios de la Religion, esto es, una verdad revelada por Dios, absolutamente cierta, pero incomprensible para la razon humana. Lo que interesa principalmente es saber que hay esto; y lo sabemos de una manera infalible, puesto que Dios nos lo dice.

Cierto dia se paseaba san Agustin por las orillas del mar Mediterráneo, en los alrededores de Civitavecchia, tratando de profundizar y comprender el misterio de la santísima Trinidad. Estaba solo, caminando por la arena de la playa. De pronto ve á algunos pasos delante de él á un hermoso niño que habia hecho un agujero en la arena, y que con una pequeña concha iba á sacar agua del mar para echarla en el agujero. Agustin se detuvo y estuvo observando durante algun tiempo la maniobra del niño.

—Pero, hijo mio, —le dijo al fin, —¿qué estás haciendo ahí?

—¿Qué hago?—respondió el niño con la mayor formalidad,—llevo el mar á este agujero.

—¿El mar, tan grande, á este agujero tan pequeño?

—Más fácil me seria á mí el hacer esto,—replicó el misterioso niño,—que á tí, con todo tu talento, el hacer penetrar en tu mente el misterio de la Trinidad.

Y diciendo esto desapareció.

Era un Angel, á quien Dios habia enviado, bajo la forma de un niño, á su grande y santo servidor, para enseñarle que en la Religion no se ha de pretender comprenderlo todo, sino que es preciso contentarse con adorar, amar y practicar lo que se tiene la dicha de conocer.

Esto pasa, mi querido Jaime, con el misterio de la gracia. Sabemos que poseemos en nosotros á nuestro Dios; sabemos que se digna habitar y vivir en nuestra alma, mientras le somos fieles: adorémosle, pues, amémosle y seamos enteramente suyos, como El es nuestro enteramente.

¡Oh, cuán grande cosa es el alma de un cristiano! Es una maravilla de la gracia, una maravilla mil veces más grande y bella de lo que decir se puede. Tu alma, hijo mio, cuando es bien pura y fiel, es un cielo vivo donde se complace Dios. *Desprendido de la tierra y llevando en sí al Señor,* — dice todavía san Agustin,—*cada cristiano es un cielo.*

Sí, por medio de la union de tu alma con Jesucristo estás convertido en verdadero templo de Dios, en santuario de la santísima Trinidad. Eres

más grande y más precioso que el mundo entero, porque has recibido la vida de la gracia, la vida divina y estás convertido en hijo de Dios.

Despues de la Eucaristía, que es Jesucristo en persona, con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, nada hay sobre la tierra más grande ni más venerable que un cristiano en estado de gracia. Un célebre doctor de la Iglesia del siglo II, llamado Orígenes, refiere precisamente con este motivo que cuando era todavía niño, su padre, que era un verdadero cristiano y que habia confesado además su fe en el tormento, tenia la costumbre de arrodillarse junto á su hijo cuando éste dormia; y entonces, inclinándose sobre el pequeño pecho de aquel niño, pegaba religiosamente en él sus labios, adorando en el corazon de aquel querido inocente al Dios de amor que se dignaba residir en él como en un delicioso santuario.

Esto pasa con cada uno de nosotros, cuando nuestra alma está limpia de todo pecado, segun la bella frase del mencionado Orígenes, que llegó á ser sacerdote y uno de los más sabios doctores de la Iglesia : *Cada uno de nosotros, si es justo, viene á ser dominio de Dios Padre y posee á Jesús en el centro de su alma.*

¡Cuánta belleza y cuánta bondad!



## IV.

**Como Nuestro Señor Jesucristo está en nosotros para hacernos vivir con su santa vida.**

Jesucristo nuestro Dios está en nosotros para operar en nosotros mismos cosas muy grandes y muy santas. Y ante todo está en nosotros para comunicarnos su vida santa y divina.

Hijo mio, reclamo aquí toda tu atencion. Aunque en el fondo muy sencillas y muy claras, las verdades que voy á exponerte, como las que llevo ya expuestas, son bastante elevadas; y así como para ver lo que está muy alto es preciso mirar muy atentamente, tambien es menester aplicarse para hacerse cargo de esta clase de verdades.

Jesús viene, pues, á nosotros para comunicarnos su santidad, para hacernos vivir como El con una vida enteramente santa y perfecta. El fuego está en el carbon ardiendo para transformarlo todo en fuego; así nuestro santísimo y perfectísimo Dios se digna descender á nuestra alma y residir en ella, para hacer de nosotros otros El mismo, para transformar los pecadores en santos.

—¿Y cómo lo hace para comunicarnos así su santidad?

Lo hace difundiendo en nosotros su Espíritu, que es el Espíritu Santo, el Espíritu de santidad. Así como el sol alumbra la tierra esparciendo sobre ella sus rayos, así Jesucristo, Sol de justicia y santidad, hace penetrar en nuestras almas al Espíritu

Santo, purificándolas y santificándolas. El Espíritu Santo es como la luz de Jesucristo.

Ya sabes, mi querido Jaime, que el Espíritu Santo es la tercera Persona de la santísima Trinidad, como Jesucristo es la segunda... Cuando Jesucristo vino á la tierra haciéndose hombre, el Espíritu Santo residia con toda plenitud en su santa humanidad; y cuando Jesús se remontó á los cielos, esta adorable humanidad se convirtió para nosotros desde el fondo del cielo en una especie de hogar, en una especie de fuente del Espíritu Santo. Llegando á nosotros despues de pasar, digámoslo así, por Jesucristo, el Espíritu Santo lleva á nuestra alma y le comunica todos los sentimientos, todas las inclinaciones del alma santa de Jesús.

Es como el rayo de luz que viene á iluminar nuestras viejas catedrales góticas pasando por sus bellas vidrieras de mil colores: el rayo de sol, atravesando el colorado vidrio, toma sus diversos tintes, y con estos tintes proyecta sus chorros de luz en el interior del santuario. Este santuario es nuestra alma, que Jesucristo ilumina y llena de su Espíritu.

Llenos del Espíritu de Jesucristo, que es el Espíritu de santidad, unidos á Jesucristo por este divino Espíritu, vivimos desde luego con la misma vida que El; y esta vida es toda pura, toda santa y toda buena.

Así, pues, debemos, tanto como nos sea posible, evitar y detestar el mal, como Jesucristo, que está en nuestros corazones, lo detesta. Debemos amar

lo que Jesucristo ama, esto es, todo lo que es bueno, todo lo que es justo, puro y digno de ser amado; debemos aborrecer y rechazar todo lo que El rechaza y aborrece, á saber, los malos de todos los colores, los libertinos, los impíos, los herejes y todos los que obran mal. Debemos querer lo que quiere Jesucristo, cuya voluntad es siempre absotamente santa, excelente y adorable. Debemos juzgarlo todo tal como lo juzga El, no encontrar bueno y justo lo que El nos declara ser malo, y no mirar como malo lo que El nos declara justo y bueno. En una palabra, para corresponder á la gracia de nuestro buen Jesús, y para estar de acuerdo con el Espíritu Santo que difunde en nosotros, es menester que todos nuestros sentimientos estén conformes con los suyos. Los sentimientos de Jesús son los sentimientos del mismo Dios. Díme, hijo mio, ¿qué hay mejor y más digno de respeto?

¿Comprendes bien esto? Aquí está la base de la vida cristiana y con mucha mayor razon la de la piedad cristiana.

Esta conformidad de nuestro espíritu con el Espíritu de Jesús no es otra cosa que el *espíritu cristiano,* y este espíritu es de tal suerte necesario, que el mismo Dios nos declara en la sagrada Escritura, que *si alguno no tiene el Espíritu de Jesucristo, éste no pertenece á Jesucristo,* ni es su discípulo, ni es verdaderamente cristiano.

Ponte, pues, hijo mio, sériamente la mano sobre el corazon á interrogar un poco tu vida. ¿Eres cristiano de veras? ¿Tienes verdaderamente el espíri-

tu de Jesucristo, el espíritu cristiano? ¿Resistes enérgicamente á las tentaciones, á las tendencias que á cada momento te excitan á amar lo que Jesucristo no ama? los malos placeres, por ejemplo, las necias vanidades del mundo, la glotonería, la desobediencia, las bromas groseras?... No olvides que el espíritu del mundo está diametralmente opuesto al espíritu cristiano, y que si lo siguieses te separarias necesariamente de Jesucristo. Este espíritu del mundo lo encuentras por do quier; en los talleres, en las calles, en la ciudad y en el campo, en los diarios, en las novelas, en la mayoría de tus compañeros: no te fies, es el espíritu del demonio, tanto más peligroso cuanto que se reviste de formas más dignas y menos impías.

Por el contrario, ¿sigues dócilmente las inspiraciones que te da el Espíritu de Jesucristo por conducto de tus padres, si son cristianos, ó bien por medío de algun protector, ó de algun otro buen católico, ó tal vez de tal ó cual buen amigo, y principalmente por mediacion de tu Padre espiritual, del sacerdote que tiene á su cargo la direccion de tu alma por el buen camino?

Esfuérzate, mi buen Jaime, en vivir todo lo posible con la santa y divina vida de tu Salvador. Cuanto más fiel seas en este punto, mejor serás: y cuanto mejor seas, más dichoso serás en este mundo y en el otro.

—¿Pueden todos los cristianos vivir con la vida de Jesús?

Claro está que sí; y no sólo pueden, sino que

deben. Lo que no pueden es vivir, en un mismo grado, con esta vida santísima, por la razon de que no reciben todos la misma cantidad de gracia. Jesucristo da su gracia á quien le place y en la medida de sus particulares designios sobre cada alma; y cada uno de nosotros no corresponde á la gracia con igual fidelidad. El sol, que Dios hace brillar sobre toda la tierra, para los pobres como para los ricos, no aprovecha igualmente á todos: nubes ó nieblas más ó menos espesas interceptan ó disminuyen para un gran número sus benéficos rayos. Lo mismo sucede con nosotros: Jesucristo se da á todos los cristianos por la gracia y la Eucaristía; pero no todos la reciben con la misma solicitud, y muchos ¡ah! impiden que su amor se difunda plenamente en sus almas por sus infidelidades y negligencias de todos los dias. Son las nubes, las nieblas, que se levantan entre Jesús y nosotros, interceptando y debilitando los rayos de su gracia.

Guárdate, pues, mucho, hijo mio, de toda infidelidad voluntaria; el amor de tu Dios es celoso y delicado, y basta con frecuencia muy poca cosa para herir el corazon de Jesús y para contristar en nosotros su santísimo Espíritu. En tí está Él para hacerte vivir con su vida enteramente santa, y si no correspondes á su gracia, pisotearás la honra de tu bautismo y las esperanzas de tu eterna salvacion.

## V.

### Como el Señor está en nosotros, por su gracia, para santificar todas nuestras obras.

Decíate, pues, mi buen Jaime, que Jesús, nuestro Dios y Redentor, habita en nosotros por su gracia, para comunicarnos su vida santísima y enteramente divina. Es el Santo de los santos, y desde el fondo de nuestro corazon nos dirige á todos y á cada uno de nosotros estas graves palabras: *Sed santos, porque Yo soy santo.*

Continuando esta idea tan práctica, vamos á ver ahora de qué manera quiere Jesús, viviendo en nuestras almas por su gracia, santificar todas nuestras obras, desde las más grandes hasta las más comunes. Solamente que, como estas verdades pueden ser á veces un poco abstractas, no debes olvidar lo que te he recomendado, es á saber, que me interrumpas siempre que lo creas necesario para preguntarme lo que no entiendas: deseo que comprendas bien todo lo que aquí te digo.

Jesús santifica todas nuestras obras, hasta las más sencillas y las más comunes, haciéndolas El mismo con nosotros y en nosotros. Jesús, por su Espíritu Santo, viene á ser el alma de nuestra alma: y así como nuestra alma piensa por medio de nuestro cerebro; así como habla por medio de nuestra lengua, con y en nuestra lengua; de igual manera Jesús hace por medio del cristiano, con y en el cristiano, todo lo bueno que el cristiano hace.

Sí., con nosotros y en nosotros hace nuestras más insignificantes obras cristianas.

—Entonces ¿Jesús es quien hace mis obras?

Él contigo y tú con Él. Así como tú eres enteramente todo el hijo de tu padre y de tu madre, de igual manera todas tus buenas obras pertenecen todas enteras á Jesucristo y todas enteras te pertenecen á tí. Esto hacia decir, hace más de mil y quinientos años á un célebre Doctor de la Iglesia, llamado san Hilario: *Aun cuando sea Jesucristo quien obra en todos nosotros, la obra pertenece realmente al fiel que obra en Jesucristo.*

—Pero entonces ¿qué es una obra buena?

Llámase así toda accion, toda palabra, todo pensamiento cristiano; en una palabra, todo lo que hacemos segun Jesucristo. Así, un pequeño sufrimiento, un golpe, una injusticia soportada con paciencia, un buen consejo dado á otro, una fatiga, un recreo y hasta un castigo ofrecido á Dios, un pequeño favor caritativamente hecho á un compañero, una oracioncita, una parte de rosario rezada mientras se va y viene, un saludo hecho con religioso espíritu al pasar por delante de una iglesia ó de una cruz, ó cuando se encuentra á un sacerdote, ó una curiosidad reprimida, etc..., son otras tantas obras buenas, obras sobrenaturales y cristianas, tanto como la limosna dada al pobre por amor de Dios.

— Siendo así, á propósito de todo podré hacer buenas obras.

Realmente, mi buen Jaime, puedes, y en cierto

sentido hasta debes. Cuantas más hagas, más méritos adquirirás delante de Dios y para el paraiso. Lo que hace nuestras obras santas y meritorias, no es solamente nuestro buen corazon, es principalmente y ante todo Jesucristo, quien efectúa nuestras obras con nosotros, y sin el cual nada podemos hacer. *Sin Mí*,—nos dice,—*nada podeis*. Jesucristo comunica á todo lo que hacemos por Él y para Él, un valor enteramente divino, cuya recompensa será infinita, eterna.

Desde luego comprenderás cuánto conviene que te acuerdes con frecuencia de la gran verdad cristiana que trato de hacerte entender en estas breves conferencias, es á saber, que tu Dios, tu Salvador está siempre contigo y en tí, que le llevas por dó quier que vas, y que nunca estás solo. Como decia san Agustin, cuando sales de tu casa, es el templo vivo de Dios el que sale; cuando andas, cuando trabajas, cuando hablas, cuando sufres, es el templo vivo de Dios quien hace esto, es Jesucristo, tu Dios, que todo lo hace contigo y que por dó quiera te acompaña con su bendicion santificante. Él está en tí para santificar todo lo que tú haces.

—¡Y yo que no sabia esto, ó que á lo menos no me lo figuraba!

Tú eres, mi pobre muchacho, como cierto bello y pequeño santo, llamado Edmundo, á quien el mismo buen Jesús se dignó un dia explicarle este admirable misterio de la gracia.

El jóven Edmundo era inglés de nacimiento. Estudiaba en la universidad de Oxford, y tenia

quince ó diez y seis años de edad. Era ya piadoso y bueno como un Angel; amaba la oracion, evitaba la disipacion y pasaba por el modelo de sus jóvenes compañeros. Junto á una pradera á donde habian ido cierto dia á recrearse, habia un bosque, al cual Edmundo, con permiso de sus profesores, se retiró para pasearse en silencio y pensar más libremente en Dios.

Mientras caminaba solo así por una calle de árboles, más enfervorizado y más recogido que de costumbre, distinguió á algunos pasos delante de él á un jóven de su estatura y de su edad, que se adelantaba hácia él con cara souriente y animada mirada. Detúvose sorprendido Edmundo, y fué mayor su sorpresa cuando, al llegar á dos pasos de él, le dijo el desconocido jóven:

—Yo te saludo, mi buen amigo.

—Creo que os equivocais, — contestó Edmundo al oirse saludar así: — yo no os conozco.

—¿No me conoces?—replicó el otro; —¿no me conoces? Y sin embargo yo estoy siempre contigo. Cuando rezas, estoy allá; cuando trabajas, cuando cumples cada uno de tus deberes, cuando comes, hasta cuando duermes, siempre estoy contigo. ¿Y dices qne no me conoces?

Edmundo, estupefacto, abria grandemente los ojos y no acertaba á comprender lo que oia. De pronto ve al misterioso niño rodeado de una aureola de celestial resplandor, elevarse del suelo y revestirse de luz.

—Mira mi frente, — dijo á Edmundo, — en ella

leerás mi nombre. Retenlo en tu memoria de todo corazon.

Y Edmundo, ya de rodillas, leyó en caracteres de luz y de fuego el sagrado nombre de Jesús.

—Sí,—continuó el Señor,— yo soy Jesús de Nazaret; este es mi nombre, y este nombre ha de ser caro á tu alma.

Prosternóse Edmundo y adoró. Pero Jesús, levantándole con dulzura, se puso á conversar familiarmente con él, enseñándole secretos divinos y diciéndole lo que tenia que hacer y evitar para corresponder á la gracia de su Dios. Díjole entre otras cosas:

—Ten cuidado de trazar cada noche exactamente mi nombre sobre tu frente. Con esto te librarás de la muerte repentina, no solamente tú, sino todos los que hagan otro tanto.

Despues le bendijo y desapareció.

El jóven Edmundo se aprovechó maravillosamente de la visita y de las palabras del buen Jesús: y le permaneció tan fiel, que empleó toda su vida en servirle y en amarle. Llegado á religioso y sacerdote, fué elegido arzobispo de Cantorbery, y murió santamente en 1240. Cuando se le administró el santo Viático, extendió las manos hácia el Señor, diciendo:

—Sois Vos, Señor, en quien he creido, Vos á quien he predicado, Vos á quien de verdad he enseñado, y Vos me sois testigo de que no más á Vos os he buscado en la tierra.

Así mueren los Santos. Mueren como vivieron,

estrechamente unidos á Jesucristo, que ha sido con toda verdad el Dios de su corazon y la vida de su vida.

Vivamos como ellos, hijo mio, como verdaderos servidores de Dios; pensemos á menudo, como ellos, en el santísimo Jesús, que por el misterio de su gracia esté siempre con nosotros á fin de santificar todas nuestras acciones, á fin de vivir en nosotros y guardarnos buenos y puros en medio de los peligros de la vida.

## VI.

### Como el Señor da á nuestras obras un valor y un mérito admirables.

Nuestro Señor Jesucristo, unido á nuestra alma por la gracia, santifica por sí mismo todas nuestras obras, como decíamos en el artículo anterior. Todo lo que hacemos con El y para El, hasta las cosas más insignificantes, todo se vuelve santo y por consiguiente meritorio para la vida eterna. ¿No es verdad que lo has comprendido bien, hijo mio muy amado?

—Sí; ¿pero en qué podré reconocer que mis acciones son cristianas, y por consiguiente santas y meritorias?

Muy sencillamente: es cristiana y meritoria una accion cuando se hace en estado de gracia y con la intencíon de agradar al Señor. Es tanto más cristiana, tanto más meritoria, cuanto se es más puro y santo, y más unido se está al Señor. Así como para trazar un círculo con un compás es preciso que

una de las dos puntas del compás esté invariablemente fija en el centro; de igual manera, para que nuestras obras sean cristianas y santas, es menester que por la intencion de nuestros corazones estemos unidos á Jesucristo y como fijos en Él. Jesucristo viene á ser el centro, el alma de toda la vida de un verdadero cristiano.

—Entonces ¿puede hacer cristianas y meritorias para el cielo las pequeñas acciones comunes á la vida de cada dia?

No te quepa duda de que sí, hijo mio; por algo hizo todo esto antes que tú Jesús, que está en tu corazon, cuando en otro tiempo, aprendiz como tú, santificaba perfectamente las más insignificantes acciones de sus humildes dias de Nazaret. Como tú ahora, se levantaba El entonces temprano, se vestia, se lavaba, rezaba sus oraciones, ayudaba á la Vírgen santísima y á san José en los pequeños quehaceres de la casa, iba á trabajar, hacia lo que le decia san José, hacia sus modestas comidas, no hacia nada de extraordinario, y al dia siguiente volvia á principiar como el anterior. Y sin embargo, ¡con qué inefable y divina santidad hacia cada uno de aquellos actos tan insignificantes en sí mismos! En El aquellos actos tenian un mérito infinito, absolutamente divino, tanto que con uno sólo de ellos habria habido bastante para rescatar al mundo entero.

Ahora bien; la divina persona de este mismo Jesús está en tu alma para reproducir contigo y en tí todos los detalles de su santa vida. Por tí quiere,

por decirlo así, revivir en la tierra y continuar así glorificando á Dios su Padre, como le glorificó mientras estuvo El en la tierra.

Por este motivo, hijo mio, nada hay pequeño ni vulgar en la vida del cristiano; todo en él está santificado, divinizado en cierto modo por Jesucristo y por el Espíritu Santo. Esto es lo que hacia decir á san Pablo: *Tanto si comeis, como si bebeis, como si haceis otra cosa cualquiera, hacedlo todo por la gloria de Dios y en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.*

—¿Todas las obras de un cristiano son meritorias?

No: lo son únicamente para el cielo las que son hechas en estado de gracia y por consigiente en union con Nuestro Señor Jesucristo. Las otras, áun aquellas que son buenas en sí mismas, no más sirven indirectamente para la salvacion porque no son más que buenas acciones. Así, por ejemplo: amar á sus padres, á sus hermanos, á sus amigos; trabajar gustoso para ganar su jornal; hacer un servicio por simple bondad de corazon; ser económico, arreglado, sóbrio por bien entendido interés ó por razon de salud, etc., todo esto es en sí bueno; pero si esto no se hace en estado de gracia y por Dios, es evidente que no es acto meritorio ó que merezca el paraíso.

—Y si yo llegase á cometer un pecado mortal, ¿ya no podría hacer cosa alguna que fuese útil para mi salvacion?

Sí, hijo mio, sí; y ahí tienes un caso que desgraciadamente no es raro. Si llegases á caer en

pecado mortal, seria menester que te guardases bien de desanimarte y de echarlo todo á perder. Será preciso que no ceses de orar: las oraciones, las pequeñas penitencias, las buenas obras que siempre podrás hacer en tal estado, están muy léjos de ser perdidas, hasta para ganar el cielo; ellas preparan el camino á la misericordia de Dios y tu vuelta á la gracia. Eres entonces como un viajero que habiendo dejado el buen camino y habiéndose extraviado, advierte que ha seguido una senda mala: detiénese, retrocede, y despues de haber andado á veces bastante tiempo, vuelve por fin á encontrarse en el único camino que le ha de llevar á su destino. Díme ahora; ¿son inútiles todos los pasos que da para volver á su camino? Evidentemente que no; sin ellos no llegaría jamás al fin de su viaje.

Cuando se tiene la desgracia de pecar mortalmente, y se deja de rezar y de hacer bien, se hace como haría el pobre viajero extraviado, que al notar su equivocacion se tendiese en el suelo como un imbécil, y en lugar de volverse atrás se pusiera á desesperarse y lloriquear.

—Nuestras obras meritorias ¿son todas *igualmente* meritorias?

No. Son tanto más meritorias cuanto más se hacen en union con el Señor, cuanto más penetradas están del amor de Dios, cuanta más virtud, cuantos más esfuerzos, cuantos más sacrificios exigen de nuestra parte. Cuanto más de Jesucristo somos, más santas y dignas de El son nuestras obras.

Aparecióse Dios un dia á santa Catalina de Sena, llevando en la mano y enseñándola un gran racimo de uvas.

—¿Ves este racimo?—la dijo;—son tus obras. La mayor parte de los granos están llenos y dorados; muchos tienen manchas, hay algunos que están secos y echados á perder. Así son tus obras, hija mia: las unas llenas delante de Dios y vivificadas por un amor ferviente; otras mezcladas de imperfecciones; algunas, hechas sin mí, inútiles para la eternidad.

Mi pobre Jaime, si cada noche te enseñase Dios el racimo de tus obras del dia, ¡que triste coleccion de granos encontrarias algunas veces! Procura, hijo mio, preparar cada dia un excelente racimo de apetecibles granos, capaces de producir en su dia un vino delicioso para la eternidad.

Piensa con la mayor frecuencia posible en el buen Dios, á quien llevas en tu corazon, y ofrécele á menudo tus acciones, hasta las más ordinarias. Conserva un espíritu recogido, aún entre tus camaradas y entre los cuidados de tu trabajo, á fin de que no pierdas de vista á Aquel á quien ante todo se debe tratar de ser agradable.

—Una preguntita más: ¿es posible pensar siempre en el Señor?

No es posible porque nuestra debilidad nos lo impide: fuera de que tampoco es necesario. No cabe duda de que cuanto con más amor se guarda la santa presencia de Dios, mejor se va; pero, para hacer obras meritorias y cristianas, basta re-

novar con alguna frecuencia la intencion de que sean tales: aquí está la gran ventaja de los ejercicios de piedad. El niño que juega á la vista de su madre, no siempre piensa en su madre, y sin embargo se acerca á menudo á ella, la enseña lo que hace, la llama á cada momento, la mezcla en sus juegos y la prodiga mil besos y caricias. Así debemos hacerlo con el Señor, quien desde el fondo de nuestro corazon nos guarda y nos mira con inefable ternura en todas nuestras acciones, pensamientos y afecciones.

---

## CAPÍTULO IV.

### El demonio y las tentaciones.

### I.

#### Como el Señor está en nosotros para combatir con nosotros al demonio.

Hénos ahí, querido Jaime, dispuestos á tratar de cosas terriblemente prácticas. La tentacion persigue al hombre á toda edad; pero á la tuya le persigue diez veces más. Atencion, pues; que el Dios de tu corazon te haga comprender bien, ayudándote con su gracia, lo que aquí voy á decirte.

Como te lo he explicado en mis conferencias precedentes, Nuestro Señor Jesucristo se digna unirse á nosotros y vivir en nuestra alma con su Pa-

dre y su Santo Espíritu, á fin de ser el compañero de nuestra vida y de hacernos llegar al Paraíso. No pierdas esto de vista.

Pero hé ahí que, mientras nosotros caminamos por la senda buena y recta, interiormente unidos á nuestro buen Dios, se nos presenta, para cortarnos el camino, el enemigo de Dios y de los hombres, el demonio, es decir, el *espíritu del mal.* Se da tambien al demonio el nombre de *diablo*, que quiere decir engañador, enemigo; y por último se le llama Satanás, que significa tentador.

El Señor combate con nosotros y en nosotros al demonio, que es su enemigo como lo es nuestro: y á un mismo tiempo combate todas las influencias malditas del demonio sobre la tierra, á saber, el pecado, el mundo, la concupiscencia y los vicios.

—¿Por qué el demonio es enemigo del Señor?

Porque no quiere reconocerle por Hijo de Dios, ni adorarle como á su Señor y dueño.

Dios habia creado, desde el principio, la innumerable multitud de los Espíritus ó Angeles, dándoles la mision de gobernar todos los elementos de la materia, al mismo tiempo que le adorasen y ensalzasen eternamente. El primero, el más grande de todos esos espíritus celestes, á quien la Sagrada Escritura llama Lucifer, es decir *Portador de la Luz*, se enorgulleció de su poder y de su belleza; y habiéndole Dios revelado á él, como á todos los demás Angeles, que su Hijo único, Dios como él, debia encarnarse un dia en el seno de una Vírgen y hacerse hombre, quedando por eso verdadero Dios, Lu-

cifer se negó á adorar á este Hombre Dios, que se le hacia ver en la sucesion de los siglos, y á reconocerle como á su Señor y Dueño, y como á Salvador del mundo. Y se negó tambien á reconocer y venerar como á soberana suya á la Vírgen que habia de ser Madre del Hijo de Dios hecho Hombre.

En su orgullo y en su cólera logró arrastrar en pos de sí á un considerable número de Angeles, que se rebelaron como él. Todos fueron vencidos por Angeles que permanecieron fieles, al frente de los cuales combatia el gran Arcángel san Miguel: y aterrados, fueron arrojados de la beatitud del cielo y condenados al infierno. El grande y bello Lucifer se convirtió desde aquel instante en Satanás, ó demonio, ó Espíritu del mal; y tambien los demás Angeles rebeldes se convirtieron en demonios.

Satanás y los demonios están constantemente animados de una rabia infernal contra su Señor legítimo, Jesucristo, á quien no pudieron destronar; su ódio ciego ó impío se extiende tambien naturalmente á la Santísima Vírgen su Madre. Por esto el demonio es y será eternamente el enemigo de nuestro santo y bondadoso Jesús.

—Pero ¿por qué es tambien enemigo nuestro?

Por una razon muy sencilla. El hombre ha sido criado para Jesucristo, para conocer, servir y amar á Jesucristo, para poseerle aquí en la tierra por la gracia y para poseerle tambien allá en la gloria. Discípulos y miembros vivos de Jesucristo, somos para el demonio constante objeto de ódio y de envidia. Habiendo él perdido la gracia, quiere hacér-

nosla perder tambien á nosotros; quiere arrastrarnos detrás de él en su caida; quiere destruir en nosotros la imágen de Dios, el templo vivo de Jesucristo. Quiere destronar á Jesucristo en nuestro corazon, ponerse en su sitio y reinar en nosotros por el pecado mortal, como reina Jesucristo por su gracia. En suma; el demonio detesta, ataca y persigue en nosotros á Jesucristo. Por esto ya en las oraciones que preceden al Bautismo, dice la Iglesia á ese detestable demonio: *Retírate, Satanás; vete; retírate sin tardanza, porque te plugo á Jesucristo habitar en el hombre. Haz, pues, sitio á Jesucristo.* Echado del corazon del hombre, quiere Satanás volver á entrar en él y echar á su vez al Salvador.

Satanás es el enemigo de todos los hombres, porque están todos llamados á ser hijos de Dios y miembros de Jesucristo; pero es sobre todo el enemigo de los verdaderos cristianos, de los sacerdotes, de los religiosos, de las religiosas, en quienes el Señor más plenamente vive y obra. De entre los simples fieles, los mejores son aquellos á quienes más detesta. Ya lo ves, á Jesucristo es á quien siempre combate en nosotros para arrebatarle nuestra adoracion y nuestro amor.

Hé ahí porque el enemigo de Jesucristo es nuestro implacable enemigo. Hé ahí porque el mundo, que es el imperio de Satanás, hace una guerra á muerte á la Iglesia, que es el reino de Jesucristo.

—¿Entonces el demonio puede entrar en nuestro corazon y tomar en él el sitio de Jesucristo?

El demonio puede entrar en el santuario de nuestro corazon, no como Jesucristo para residir, vivir y reinar en él; pero sí como un ladron y como un bandido, para robarlo todo. Cuando un rey es atacado en la capital de su reino y llega á ser vendido por sus soldados, el enemigo penetra en ella, lo pasa todo á sangre y á fuego, y obliga al rey legítimo á abandonar su palacio; pero este enemigo tiene mucho que hacer para poder establecerse allí como en su casa, y tarde ó temprano será preciso que ceda el sitio al soberano legítimo, que tiende siempre á reconquistar su capital. Lo único que podrá hacer será escapar y desquitarse destruyendo la infortunada ciudad de raíz, incendiándola, haciéndola inhabitable y obligando así al rey á reedificarla cuando vuelva á penetrar en ella.

Esto pasa con el corazon del hombre, templo y palacio del gran Rey celestial, Jesucristo: si el hombre hace traicion á su Señor y Dueño legítimo, si llega á introducir al enemigo en la plaza, Jesucristo, que no puede suportar al pecado, se retira con dolor é indignacion, esperando el momento en que pueda reconquistar su reino. Mientras tanto el enemigo sigue ejerciendo en él sus rapiñas; amontona en él ruinas sobre ruinas, pecados sobre pecados: lo devasta todo. Y entonces, una de dos: ó nos arrepentimos de nuestra traicion y, fatigados de la tiranía del usurpador, llamamos en nuestro auxilio á nuestro buen Dueño, que con nosotros arroja al enemigo y vuelve á tomar posesion de su palacio y

de su amado reino; ó bien nos obstinamos en el mal y morimos en nuestro pecado. En el primer caso es la resurreccion de nuestra alma, el triunfo misericordioso de Jesucristo sobre el pecador y la derrota de Satanás; en el segundo es la condenacion eterna, es la muerte eterna del alma, es el infierno eterno, y es al propio tiempo el triunfo de Jesucristo sobre Satanás y sobre los pecadores, no ya como antes por la misericordia, sino por la justicia, por una justicia eterna é infinita.

No le es, pues!, jamás dado al demonio triunfar definitivamente de Jesucristo; y sea por misericordia, sea por justicia, siempre es Dios quien dice la última palabra.

Ya ves, mi buen Jaime, cuán importante y cuán práctico es todo esto. Piénsalo bien y aprovéchate. Guárdate de vender á tu Dios; guárdate de hacer jamás causa comun con su enemigo, que lo es tuyo; guárdate de obligar á tu Rey y Salvador á apartarse de tí como de un objeto de horror y maldicion. Permanece inviolablemente unido, inquebrantablemente fiel á El. Esto será tu salvacion, tu honra, tu alegría y tu vida.

Veamos ahora cómo se las compone el demonio para atacarnos y para tentarnos.

## II.

### De qué modo nos ataca y nos tienta el demonio.

Decíamos, pues, que Jesucristo, Dios y Salvador nuestro, viene á unírsenos por la gracia y por la Eucaristía, para combatir con nosotros y en nosotros al demonio, que es á la vez su enemigo mortal y el nuestro; y hemos empezado por exponer algunas verdades sumamente prácticas sobre el imponente misterio de las tentaciones.

Satanás emplea toda clase de ardides para separar al hombre de Dios, para arrancar al buen Pastor su oveja, para desgajar el sarmiento de la divina cepa. Para conseguirlo todos los medios le son buenos; explota todas las malas inclinaciones de nuestra pobre naturaleza, corrompida por el pecado original, y se sirve de las criaturas para seducirnos y perdernos.

Sabiendo que instintivamente amamos lo bueno, ó á lo menos lo que nos parece tal, esfuérzase en engañarnos y seducirnos con apariencias de bien. Se guarda muy bien de presentarnos el lado malo del mal: por el contrario, nos lo oculta todo lo posible para ofrecer únicamente á nuestras miradas el lado agradable, seductor, deslumbrador; siempre el mismo ardid de guerra; siempre la misma táctica falaz. ¿Cómo sedujo á la pobre Eva? ¿Fué diciéndole á secas que desobedeciese? ¿Fué recordándole que aquella fruta era la fruta prohi-

bida? No; porque le habria dado mal resultado. ¿Cómo se arregló el traidor? Haciendo resaltar á sus ojos los bellos colores de aquella fruta, diciéndole:

—Si comeis de ella, seréis como dioses.

Y Eva, seducida por este lado bello de la cosa, acabó por ceder y cayó en el lazo.

Lo mismo pasa con nosotros: el cebo de la tentacion es siempre el lado bueno, real ó aparente, de la cosa. Así, para hacernos caer en los pecados de orgullo, de vanidad, de sed de gloria, de ambicion, el demonio nos incita á hacer lo que estima y aplaude el mundo, áun cuando sea prohibido. Procura echar un velo sobre este lado desagradable de la cuestion, por temor de que nuestra conciencia se rebele ante ¡la idea de ofender á Dios practicando el mal. Nos dice:

—Si haces esto se te admirará, pasarás por un muchacho de talento, serás el primero, el más estimado entre tus camaradas, etc., etc.

Y con esto, obramos: comemos la fruta vedada: hacemos como los peces, que con el cebo tragan el anzuelo.

Así tambien para hacernos pecar por codicia ó amor al dinero, el demonio nos invita á ganarlo por medios más ó menos culpables.

—Si haces este negocio, si entras en aquella participacion, ganarás mucho dinero: en poco tiempo entrarás dinero en caja y podrás fácilmente establecerte. Y luego, que para divertirse, para hacer buen papel entre los demás, es preciso tener dinero, etc., etc.

Y no se ven sino estas ventajas; y para obtenerlas se sacrifica la conciencia y se convierte uno en un hombre indigno, en un ladron más ó menos embozado. Siempre es el cebo el que hace tragar el anzuelo.

Y dirémos lo mismo de las tentaciones de la carne y de los sentidos. Satanás no nos hace ver el lado vergonzoso de los pecados vergonzosos; por el contrario, sólo nos atrae por medio del espejismo del placer, por medio de la pretendida necesidad.

—Si haces esto serás dichoso. El placer es la dicha. La naturaleza lo quiere; ningun mal hay, pues, en esto.

Y se peca, seducido por esta apariencia de bien, que oculta una tan profunda realidad de mal.

Como dice el buen san Francisco de Sales, que tan grande experiencia tenia de las almas, «el demonio va por do quier rodeando nuestro espíritu, husmeando y enredando, para ver si puede encontrar alguna puerta abierta. Pero sabiendo que si no se disfrazase y no se ocultase bajo alguna máscara ó figura amistosa nunca sacaria partido, siempre se disfraza, y de ahí procede el que á tantos seduce con sus ardides y sus artificios.»

—¿Y todas nuestras tentaciones vienen del demonio?

Todas, todas vienen directa ó indirectamente de él. A veces nos sugiere él mismo malas ideas, intenciones y deseos culpables; otras veces (y esto es lo más usual) para llevarnos al mal se sirve *del mundo*, es decir, de los ejemplos perversos y de las

malas influencias de los pecadores, de los indiferentes y de los malvados; otras veces, en fin, procura seducirnos por medio de la carne, esto es, por medio de las inclinaciones desordenadas, que, desde la caida original, corrompen nuestra imaginacion, nuestro corazon y nuestros sentidos.

Casi siempre se sirve Satanás de las criaturas para penetrar en nuestra voluntad. Para perdernos se sirve de tal ó cual mal compañero, de un diario malo, de un amo ó de un mayordomo impío, de una mala mujer, etc.

Un insigne malhechor se ha propuesto robar un muy rico tesoro que estaba confiado á un fiel servidor. Tiene la seguridad de ser rechazado con pérdida si se presenta él mismo y le habla abiertamente. ¿Qué hace? Va á encontrar á cierto compañero del fiel servidor; conquístale, le comunica sus planes y le encarga de triunfar de un modo ú otro de la fidelidad de su amigo. Preséntase el mal mensajero, y comienza por insinuar la cosa y procura hacerla agradable. Hé ahí la tentacion. El malhechor que está en acecho es el demonio; el mal amigo es el instrumento, el vil instrumento del demonio.

¿Qué va á hacer el servidor hasta entonces fiel? La proposicion que se le hace le agrada ó le desagrada. Si le desagrada, manda indignado á paseo al mal amigo y se acabó. Si, por el contrario, le agrada, escucha,... y ya tenemos el principio del pecado. De todos modos, esto no es más que el principio. Aún puede rehusar y mantenerse fiel. Pero si

tiene la desgracia de consentir de buenas á primeras, ya en su corazon está cometido el pecado: es el pecado de deseo, de voluntad. De la voluntad á la obra no hay más que un paso: ¡y es tan corto!... Es sólo cuestion de tiempo. Infiel en su corazon, á la primera ocasion que se presenta lo es de hecho: roba, es un ladron. Y el invisible malhechor, el demonio, el padre del pecado, ha conseguido su objeto, gracias al culpable instrumento.

Hé ahí, mi querido Jaime, la historia de la mayor parte de nuestras tentaciones y de nuestros pecados. Hé ahí de qué modo el enemigo de Dios y de los hombres logra con harta frecuencia seducirnos, hacernos violar el juramento de fidelidad de nuestro bautismo, y arrebatarnos así, directa ó indirectamente, por sí mismo ó por medio de las criaturas, el adorable tesoro de que somos depositarios y que no es otro que nuestro Señor y Salvador Jesús, el Dios de la gracia, el Dios de la Eucaristía, el Dios de nuestro corazon.

Date por advertido: no te dejes seducir. Procura estar sobre aviso, y como prudente pajarillo desconfia, no sólo del cazador, sino hasta de los reclamos. Los reclamos y el cazador son una sola cosa, como lo son el cebo y el anzuelo.

## III.

### Si las tentaciones por sí solas nos hacen culpables delante de Dios.

De ninguna manera, antes al contrario, cuando las rechazamos nos hacen mil veces más queridos del Corazon de Jesús nuestro Señor. Tentacion no es pecado. Una cosa es sentir la tentacion y otra cosa es consentirla; y nada hemos de temer mientras la tentacion nos desagrada, mientras el fuerte de nuestra voluntad se mantiene cerrado para el demonio. *Buena señal es,* dice san Francisco de Sales, *cuando tanto ruido y tanta tormenta mueve el espíritu maligno en torno de la voluntad: prueba que no está dentro. Dejémosle impacientarse, y tengamos bien cerradas todas las avenidas: él se cansará al fin, ó si no se cansa, Dios le hará levantar el sitio.*

Así pues, mi querido Jaime, áun cuando el enemigo de tu salvacion te presente todos los cebos que pueda inventar para seducirte, por más que te haga toda clase de halagadoras proposiciones, mientras tu voluntad no encuentre gusto alguno en nada de eso, puedes estar seguro de que no ofendes á Dios. Aun cuando la tentacion durare largo tiempo, muy largo tiempo, nada temas: mientras no hayas consentido formal y libremente, tú no eres culpable, áun cuando pudieras llegar á serlo. La cerradura y la llave están por dentro; el demonio está fuera, y no puede entrar si tú persistes en no abrirle.

—¿Y los Santos tienen tentaciones como nosotros?

Claro está que sí, á menos de que haya un verdadero milagro de por medio, como sucedió con santo Tomás de Aquino, quien, á la edad de diez y siete años, habiendo resistido con una energía extraordinaria á una horrible tentacion contra la pureza, fué arrebatado en éxtasis, y entonces se le acercó un Angel y le ciñó la cintura con un cordon más blanco que la nieve, y tan fuertemente se le ciñó, que el jóven Santo lanzó un gran grito y volvió en sí. Desde aquel dia, nunca más experimentó santo Tomás la más pequeña tentacion contra la pureza; y por esto se le representa ordinariamente llevando en la mano un hermoso lirio, símbolo de su inocencia. Pero esta es una excepcion totalmente milagrosa, como te he dicho.

Los Santos, no solamente son tentados como nosotros, sino que con frecuencia lo son más rudamente que nosotros. Satanás les persigue y detesta porque están llenos del espíritu de Jesucristo, permitiéndolo Dios así para hacer resaltar más las maravillas de su gracia en sus servidores. Así como los piratas atacan con preferencia á las embarcaciones que más rico cargamento llevan, así tambien el demonio persigue con mayor encarnizamiento á las almas fieles que más cargadas están de riquezas espirituales, de virtudes y de méritos. *Así obraba con Job, con san Antonio, con santa Catalina de Sena y con una infinidad de almas buenas que yo conozco*, añade san Francisco de Sales, *y con la mia que no vale nada y que no conozco.*

Santa Catalina de Sena, que era más bien un Angel que una mujer, que comulgaba todos los dias, que sólo se mantuvo, por decirlo así, de la sagrada Eucaristía desde la edad de once años hasta a de treinta y tres en que murió; santa Catalina de Sena tuvo que sufrir, entre otras, una horrorosa tentacion que duró dos meses, dia y noche, sin cesar un solo instante. La pobre Santa empleaba todos los medios posibles para librarse de los ataques del enemigo, se desgarraba el cuerpo con unos terribles azotes de hierro, rezaba, lloraba y nada servia. A cada instante le parecia que ya no tenia remedio y que iba á sucumbir.

Al fin se le apareció el Señor, radiante y sonriendo bondadosamente.

—¡Pero, Señor! exclamó la pobre Santa; ¿dónde estabais durante esta tempestad?

—En tu corazon, hija mia, respondió el dulce Salvador.

—¡Cómo, Señor! ¿en mi corazon manchado con tantos malos pensamientos y con tan abominables imágenes?

—Sí, hija mia, en tu corazon. Díme, ¿estos detestables pensamientos te daban tristeza ó alegría, amargura ó solaz?

—¡Oh, Señor! bien lo sabeis Vos: una tristeza y una amargura extremadas.

—Y ¿quién ponia esta grande amargura y esta vehemente tristeza en tu corazon, sino yo, tu Dios y Salvador, que permanecia oculto en el centro de tu alma? Si yo no hubiese estado presente, el mal

habria entrado en tu alma y la habria muerto. Y ya que durante todo este tiempo se ha conservado fiel á Mí tu voluntad, eres más querida que nunca á mi Corazon.

Y despues de haberla bendecido, el Señor desapareció, dejando á santa Catalina abismada en la dicha y la alegría.

En las vidas de san Bernardo, de san Benito, de san Francisco de Asis y de san Ignacio se encuentran tentaciones semejantes á la que acabo de mencionar, rechazadas con la misma energía y con la misma perseverancia. Cierto dia san Francisco de Asis se revolcó entre espinas, desgarrándose el cuerpo y llenándose de sangre, para dominar una tentacion. San Bernardo, siendo aún muy jóven, fué sorprendido cierto dia hundido hasta el cuello en el agua helada de un estanque en lo más crudo del invierno: se le retiró medio muerto de frio y estuvo á punto de morir; pero habia salvado su alma, habia escapado de las garras del demonio. ¡Dios mio! ¡Cuán grande y admirable es un Santo! ¡Cuánto valor y cuán maravillosa fidelidad!

Una gran Santa, santa Juana Francisca de Chantal, hija espiritual de san Francisco de Sales y fundadora de la Visitacion, soportó durante veinte y dos años consecutivos, sin un solo dia de descanso y sin un solo instante de desconfianza, una terrible tentacion de desaliento, ó por mejor decir, de desesperacion. Pareciala que el cielo no estaba hecho para ella, que estaba reprobada y condenada para siempre; sentia sequedad, aridez, disgusto

de la oracion, de la sagrada Comunion y de todos sus ejercicios de piedad.

—Ya no me atrevo á concentrarme en mí misma, ni á examinar mi conciencia,—decia una vez; —porque me parece que mi alma es un infierno.

Esta prueba duró veinte y dos años. Y durante todo este tiempo la admirable Santa, siempre apacible, bondadosa y humilde para todo el mundo, se mantenia intrépida, inmóvil como una roca azotada por la tempestad; no retrocedia ante sacrificio alguno, ni decaia ante el cumplimiento de ningun deber. Hallábase tanto más cerca de Dios, cuanto más léjos de El creia hallarse.

—¿Entonces se pueden sufrir tentaciones sin saber que lo son?

Indudablemente que sí, hijo mio. Hay tentaciones sordas, permanentes, que se insinúan en el alma, en el corazon, sin que, por decirlo así, lo advierta uno mismo; tentaciones vagas, que duran semanas, años enteros, y que minan el alma con un trabajo oculto. Son tal vez las más peligrosas de todas, porque no se desconfia de ellas: no viendo al enemigo, no teniendo siquiera la conviccion de su presencia, no se piensa en combatirle. Tales son esos estados vagos de tristeza, de tédio, de indiferencia, de disgusto, de disipacion, de dejadez, que acaban por absorber á una pobre alma y que preparan insensiblemente su ruina. Tal es sobre todo aquel estado de descorazonamiento á que llama san Francisco de Sales *la más cobarde de las tentaciones*. Cuando el enemigo nos ha hecho

perder el valor de la resistencia le cuesta poco dominarnos.

Parécese entonces el demonio á esas horribles bestias llamadas *vampiros*, que vienen á posarse, durante el sueño, sobre el pecho del hombre y le chupan la sangre con tanta cautela que ni siquiera se apercibe del dolor. La vida se va poco á poco, y si por desgracia la víctima tarda demasiado en despertarse, no se despierta ya jamás.

Atencion, pues, mi buen Jaime, y guárdate de los ardides de aquel á quien la Escritura santa llama *la vieja serpiente*, porque es tan astuto, hábil y suave, como feroz y maldiciente. Resiste siempre, nunca cedas; Jesucristo, que está en tu corazon, te asegura la victoria si tu voluntad se le mantiene fiel. Te lo repito: mientras no hayas consentido libre y positivamente, el demonio se queda á la luna; y tú, mi valiente muchacho, no solamente no has pecado, sino que además eres más querido que nunca en el Corazon de Jesucristo, á quien tan valerosamente acabas de probar la fidelidad de tu amor.

## IV.

### Cómo se deben prever y prevenir las tentaciones.

Aun teniendo la más buena voluntad del mundo, no siempre se puede prever ni por consiguiente prevenir la tentacion. Pero siempre que se puede se debe y se está obligado á ello en conciencia.

En otros términos, se está obligado en conciencia á evitar las ocasiones ciertas y hasta las simplemente probables de pecar.

Así, por ejemplo, sabes por triste experiencia que cuando vas al garito ó al café cedes casi siempre á las indirectas y á las excitaciones de tus compañeros: bebes, te embriagas y ofendes á Dios; en consecuencia has de evitar esta ocasion casi cierta de tentacion y de pecado, y hasta resistiendo á ella pecas ya y gravemente entrando en aquel garito ó en aquel lugar peligroso, porque no es lícito ni permitido exponerse al peligro.

Así tambien sabes por experiencia que frecuentando tal ó cual compañía, tal ó cual jóven, yendo á casa de tal ó cual persona, caes en faltas más ó menos graves contra la santa virtud de la pureza: malas conversaciones, bromas licenciosas, desarreglos de todo género, á veces sumamente graves... Lo sabes, y sin embargo vas: sólo porque vas pecas; y las tentaciones que encuentras, áun cuando resistas á ellas, te son imputables, porque al poner allá los piés has buscado voluntaria y conscientemente la causa. Verdad es que no pecas tan gravemente como si hicieses el mal á que te expones; pero al fin pecas porque comprometes tu alma.

Sabes tambien, por ejemplo, que en jugando á tal ó cual juego te encolerizas fácilmente y blasfemas, y que el tal juego te incita á ello, pues entonces pecas siempre que á tal juego te pongas á jugar, y eres culpable de todas las tentaciones que te vengan.

Lo mismo debe decirse de los malos libros, d las novelas malas, de los malos periódicos; si se tiene la imprudencia de leerlos, sabiendo que son malos, sólo por esto se es ya responsable de los malos pensamientos y de las malas pasiones que su lectura pueda producir. Y otro tanto diré de los bailes públicos, de la mayor parte de los teatros: si vas te expones voluntariamente á las tentaciones y te haces responsable de ellas delante de Dios.

De esto se sigue, mi querido Jaime, que todos nosotros, tantos cuantos somos, tú como los demás, debemos en conciencia evitar todo lo que sabemos que es ocasion de tentaciones; me refiero á tentaciones formales, porque una cosa es prudencia y otra escrúpulo.

—¡Oh! Yo nó tengo que temer tal ó cual peligro. Detesto demasiado estas cosas; soy demasiado bien educado, etc.

No te fies, amigo mio. Cien veces habrás oido contar la lamentable historia del viejo rey Salomon, el más sabio, el más prudente de los hombres. Hasta la edad de ochenta años fué un modelo de religion profunda y de excelente piedad: tan admirables eran sus costumbres como su ciencia. Creyendo sin duda, como tú, que nada tenia que temer del enemigo, tanto por su avanzada edad como por la buena conducta que hasta entonces habia tenido, se expuso á la tentacion, dejó entrar mujeres idólatras en su palacio, y al poco tiempo cayó en desórdenes tan graves, tan prolongados,

que se tiene por dudosa su salvacion eterna. Fué sorprendido por el enemigo de su alma, cuando parecia estar completamente al abrigo de toda sorpresa.

Cuidado, pues, con la presuncion, hijo mio. Sea cual sea tu pasado, sea cual sea la energía ó la sinceridad de tus buenas resoluciones, jamás dejes de desconfiar de tí mismo; teme siempre el pecado, pide á Dios con frecuencia que te ayude, y sé humilde. Tus enemigos pueden ser rechazados; pero nunca los podrás exterminar. Si te dejan actualmente en paz, es tal vez para caer sobre tí con más violencia, precisamente en el instante que menos te lo esperarás. No lo olvides: el gato acecha siempre á los ratones; si á mano viene, se estará largo rato haciéndose el muerto, con los ojos cerrados, sin menearse y ocultando las uñas; y en el momento en que menos se lo espera el raton, da el gato un brinco, cae como un rayo sobre él, y hé ahí cazada la pobre bestezuela.

No es menester que lo digamos nosotros, que se debe velar á todas horas para no caer en la tentacion; el Señor mismo nos lo manda. La vigilancia y la huida de las ocasiones son indispensables hasta á los que están adelantados en la perfeccion, hasta á los Religiosos. A este propósito nos cita san Francisco de Sales el hecho siguiente: «Cierto Religioso de la Tebaida, llamado Silvano, habia sido en el mundo cómico de profesion. Habiéndose convertido y hecho monje, pasó cerca de veinte años en una mortificacion sumamente ejemplar;

sin que jamás se le viese cometer la menor ligereza. Un dia, so pretexto de recrear á sus hermanos, creyó que podia hacer alguna jocosidad. Pero el pobre hombre contó demasiado con sus propias fuerzas, y la pasion por las comedias se despertó en él de tal suerte, que de las jocosidades pasó á otras cosas tan poco edificantes, que se acabó por tomar la resolucion de echarle del monasterio. Y se hubiera llevado á cabo á no haber mediado las súplicas de otro santo monje que respondió de él y prometió que se enmenderia, como lo hizo, llegando despues á ser un gran santo.»

—¿Y qué se tiene que hacer para prevenir las tentaciones?

Te lo he dicho ya; es preciso estar siempre alerta, ser muy humilde y mirar que no esté por allá el gato.

Mira, hijo mio; en esta vida nos encontramos colocados entre cuatro grandes potencias: tres á la izquierda y una á la derecha. A la izquierda, en el lado malo, hay en primer término el mundo con todas sus ambiciones, honores, pompas y vanidades; el infierno con todos sus demonios, de todas las tallas y de todos los colores; y por último, la carne con todas sus voluptuosidades, delicias, placeres y pasatiempos. A la derecha, y en frente de los tres primeros, se halla Nuestro Señor Jesucristo, con todos sus Angeles y sus Santos y con su santa Iglesia. Es preciso que en el decurso de tu vida te coloques siempre resueltamente en el buen costado, á la derecha, con tu Salvador Jesús. Deja

que el mundo grite y se burle tanto como quiera; deja que el infierno ruja y se agite con todos sus diablos; deja que la carne murmure y se desespere: nunca vaciles y haz que cada uno de tus actos grite: ¡Viva Jesús! ¡Viva Jesús en mi espíritu y en mi corazon por medio de los pensamientos cristianos y de las buenas afecciones! ¡Viva Jesús en mi lengua y en mi boca por medio de la pureza y rectitud de todas mis palabras! ¡Viva Jesús en toda mi vida por medio de mi sumision á la voluntad de Dios y de la práctica constante de todos mis deberes!

Tal debe ser, tal será, hijo mio, tu magnífica divisa, y tal será para tí el gran medio de prevenir las tentaciones, tanto á lo menos como sea posible.

Créeme: no se aventurará mucho contigo el demonio si te ve siempre armado de piés á cabeza y dispuesto á recibirle; si vigilas muy de cerca, dia y noche, tus sentidos; si tienes cuidado con tu imaginacion, con tus lecturas y con tus relaciones; si procuras vivir de la fe, huir la ociosidad, evitar cuidadosamente las ocasiones peligrosas y conservar tu alma en la alegría y en la paz de Dios; si, en fin, te acostumbras á orar á menudo desde el fondo de tu corazon y á recordar lo más que puedas que te hallas en la presencia de Dios.

A más de todo esto, mi querido Jaime, procura frecuentar mucho los Sacramentos. Los Sacramentos preservan tanto como curan, y sé, por una larga y dulce experiencia de las almas, que el

jóven que se confiesa y comulga á menudo está sólo con esto preservado de las nueve décimas partes de las tentaciones á que sucumben sus camaradas.

## V.

### De la resistencia de las tentaciones.

Está fuera de toda duda la necesidad de resistir á las tentaciones. Seria mucho más cómodo no hallarse en la precision de resistirlas; pero como esto no puede ser, voy á indicarte, mi buen Jaime, á este efecto un medio que las más de las veces te librará del enemigo tan pronto como le veas apuntar la punta de los cuernos; hélo ahí en pocas palabras.

Envíale á pasear inmediatamente. Trátale como á un perro rabioso. Si adviertes que ha entrado en tu cuarto un perro rabioso, ¿esperarás un sólo minuto para ponerle á la puerta á puntapiés ó á palos? Y él por su parte de fijo que no aguardaria ni un segundo á ceder á tu insinuacion, escapando más deprisa de lo que entró. La viveza de tu recibimiento te habria preservado de toda lucha.

Así es como debemos tratar al demonio en cuanto se presenta á nosotros por medio de la tentacion. No conviene entrar en tratos con él. Desde el momento en que se nota su presencia, hay que rechazarle y cerrarle la puerta sin vacilar. Es una astuta serpiente, un viejo traidor, un embustero. Si la pobre Eva hubiese seguido este método tan expedito,

ni habria sido seducida, ni Adan habria pecado, ni nosotros nos hallaríamos en el estado en que el pecado nos puso.

Te lo repito: en cuanto veas la tentacion, echa lista y enérgicamente al demonio seductor: cada minuto de retardo es para él una victoria. Trátale como á una víbora que se hubiese deslizado junto á tí: de fijo que la rechazarias lo más léjos posible y que la aplastarias antes de dejarte morder. «¿Quieres vencer?—decia san Agustin, hablando de las tentaciones;—aplasta inmediatamente la cabeza del enemigo, impidiendo las sugestiones que hace el demonio para entrar en tu corazon.»

Así, pues, primera regla: no entrar en tratos con las tentaciones y rechazarlas al primer ataque, por leve que sea.

Viene luego la segunda regla, no menos importante, y que consiste en despreciarlas.

—¿Qué entendeis por despreciar la tentacion? ¿Es que no se han de tomar en sério?

Sí, por cierto: es preciso resistirlas muy sériamente. Pero el mejor medio de rechazarlas consiste ordinariamente en hacer de ellas tan poco caso como se pueda y tratar al demonio cual se merece. Cuanto menos nos ocupamos de los miserables perros que ladran junto á nosotros en la calle, más pronto quedamos libres de ellos.

—Sí, pero cuando uno se encuentra con un perro bull-dog...

Verdad es que ne se le puede tratar como á un faldero, y que uno se libra de él como puede, aun-

que sea pidiendo auxilio. Pero la regla que acabo de darte sirve principalmente para los *falderos*, es decir, para las tentaciones ordinarias, habituales, y principalmente para los malos pensamientos, las malas impresiones y los desalientos.

A tu edad, hijo mio, casi todas tus tentaciones no tienen otra importancia que la que torpemente se les da. Considerado en sí mismo, el demonio es un gigante y nosotros somos unos pigmeos; pero desde el momento en que estamos unidos á Jesucristo, que venció y encadenó á ese gigante, ya no es éste para nosotros más que un enemigo vencido de antemano. Y nosotros, con Jesús, que reside en nuestros corazones y que si queremos nos comunicará su victoria, somos vencedores seguros de antemano del triunfo.

Habrás oido hablar sin duda del célebre anacoreta san Antonio. Jóven todavía, rico, guapo y buen mozo, dejó el mundo para no ocuparse más que del amor de Jesucristo y de la eternidad. Solo en las montañas de la Tebaida, en Egipto, trabajaba con sus propias manos, alimentábase únicamente de legumbres, oraba dia y noche, y hacia austeras penitencias. El demonio no cesaba de acosarle, sobre todo por medio de tentaciones deshonestas. No tardó en observar el buen san Antonio que el mejor medio de vencer aquel innoble enemigo era despreciarle: burlábase de él y le decia:

—Ahí me tienes: héme ahí, á mí, Antonio: no temo tus ataques. Aun cuando fueran cien veces más rudos, nada me separaria del amor de Jesucristo.

Y muchas veces este enérgico desden disipaba la tentacion en un abrir y cerrar de ojos.

San Francisco de Sales nos da la misma regla. «Dejad,—dice,—que rabie á la puerta el enemigo; que llame, que golpee, que grite, que ruja y que haga lo peor que pueda, nosotros estamos seguros de que únicamente podrá entrar en nuestra alma por la puerta de nuestro consentimiento. Tengámosla bien cerrada y veamos de vez en cuando si hay en ella alguna abertura. Y de lo demás ningun cuidado pasemos, porque nada hay que temer.»

Tal es mi segunda regla: guárdate bien de olvidarla. Desprecia la tentacion y al tentador.

—¿Y si el demonio no se marchase? ¿y si la tentacion continuare en aumento?

Entonces hay que ponerse animosamente en guardia y, sin perder un minuto, unirse por una fe viva y por una ardiente oracion al buen Jesús que habita y reina en nuestra alma, como más arriba lo hemos dicho.

Ponte vivamente en su santa presencia y llama en tu auxilio al Dios omnipotente, que en la cruz venció á Satanás, que todo lo quiere salvar y que jamás permitirá que la tentacion sea más fuerte de lo que tus fuerzas lo permitan. Díle que le amas, que eres todo suyo, que no pecarás jamás en su santa presencia, que detestas y rechazas el pecado que se te propone, é invoca al propio tiempo á la santísima Vírgen, á la buena y misericordiosa María.

Cual más cual menos, todos los Santos han pa-

sado por eso, como hemos visto; han sostenido esos combates y otros todavía más duros, y apoyados en Jesucristo han resistido hasta el fin y con verdadero heroismo. Hagamos como ellos. Nada concedamos á la tentacion y procuremos hacer precisamente lo opuesto á lo que el demonio quisiera obligarnos á hacer.

San Agustin, que con tan rudas tentaciones tuvo que luchar, nos recuerda á este propósito que nuestro dulce y humilde Salvador Jesús se comparó á sí mismo, en el Evangelio, á la gallina que reune bajo sus alas á sus polluelos para defenderlos contra los buitres y los gavilanes. La cruel ave de rapiña que nos quiere devorar es Satanás, y las tentaciones son sus garras. Nosotros somos los polluelos de la Iglesia, los hijos de Dios y de Jesucristo, y Jesús, con nuestra Madre la santa Iglesia, es la gallina que nos abre sus alas protectoras. Los que bajo de ellas se refugian, se libran de la muerte, es decir, del pecado; los que no escuchan la voz de la Iglesia, la voz de Jesucristo, estos son infaliblemente presa del gavilan.

Abrigo la confianza de que tú, mi querido Jaime, tendrás siempre bastante talento y valor, bastante fe y buen sentido, para mantenerte buen polluelo, sumamente fiel y dócil; que jamás te alejarás de la clueca, y que en cuanto divises un peligro, que en cuanto veas cernerse en el horizonte al buitre ó al gavilan, te apresurarás á ir á acojerte bajo las alas de tu cariñosa Madre. Confio que recurrirás al Señor, y que permanecerás unido,

por la Comunion, por la gracia y por la oracion, al gran Vencedor que á todos nos grita: «*Vivid en Mí y Yo en vosotros. Tened confianza: Yo he vencido al mundo.*

## VI.

### Qué armas hemos de emplear para combatir las tentaciones.

Hemos dicho en general, mi buen Jaime, que es preciso resistir á las tentaciones, que es menester despreciarlas, y que el medio fundamental de vencerlas consiste en unirse estrechamente á Dios nuestro Señor por la oracion y por la sagrada Comunion. Entremos ahora en algunos detalles que van á proporcionarnos materia para útiles resoluciones prácticas.

La Iglesia nos presenta para este combate muchas almas, á cual más excelentes, y por medio de las cuales vencieron los Santos al demonio. La primera de estas es la *oracion*, sobre todo la oracion vocal.

El Señor nos manda, con todas las letras, que oremos, á fin de no sucumbir en la tentacion. En este caso orar es pedir socorro. Tan pronto como te sientas tentado un poco sériamente, llama á tí á Aquel que es el único más fuerte que el demonio, á Jesucristo. Ora y no te canses de orar.

He dicho la *oracion vocal*. Tiene, en efecto, la palabra un poder divino, y poniendo la lengua, los labios, los oidos, todos nuestros sentidos, con la

memoria y la imaginacion, al servicio de nuestra alma, doblamos la fuerza de la oracion.

Si puedes, si eres solo, ora en voz alta: es todavía mucho más eficaz. Reza con fervor, fijándote bien en las palabras, las grandes oraciones católicas, en particular el *Padre nuestro* y el *Ave María*, ó mejor aún el *Acordaos*, ó algunas de las preciociosas invocaciones de las Letanías de la santísima Vírgen. Será utilísimo cantar (por supuesto si estás solo) algun salmo ó algun cántico. La oracion rezada en alta voz, y más aún la oracion cantada, azota, por decirlo así, al demonio.

Harás bien en buscar tambien auxilio en ciertos actos *exteriores* de piedad, tales como orar con los brazos extendidos en forma de cruz delante de tu crucifijo, besar el suelo, abrazar el crucifijo, etc... Es consejo de san Francisco de Sales.

La segunda arma que nos pone en las manos la Iglesia para ayudarnos á combatir al demonio y obligarle á huir, es la *señal de la cruz*.

Mucho miedo la tiene el demonio. La señal de la cruz es la señal de su falta y de nuestra salvacion. Con esta sagrada señal, quebrantaban los Mártires y los Santos á los ídolos, curaban á los enfermos, echaban al demonio del cuerpo de los poseidos y obraban toda suerte de milagros. Todavía hoy, en China y en los países infieles, nuestros misioneros y sus recien bautizados hacen verdaderos prodigios con la sola señal de la cruz. La señal de la cruz es la señal del cristiano, es la señal de Nuestro Señor Jesucristo. Pero es preciso hacerla bien,

con gran religion, pensando en lo que se hace y en nombre de Nuestro Señor Jesucristo.

En tercer lugar el *agua bendita.*

Puede decirse del agua bendita lo que de la señal de la cruz; quema al demonio y le hace huir. Efectivamente la Iglesia, bendiciendo el agua, invoca sobre ella la omnipotencia del Espíritu Santo y exorciza al demonio, diciendo, entre otras cosas, por boca del obispo ó del sacerdote: «Te exorcizo, á fin de que seas capaz de hacer huir á todas las potencias del enemigo, de echarle y de extirparle á él mismo y á sus ángeles apóstatas. Que todo lo que ella rocíe en vuestro santísimo nombre, Señor Jesucristo, sea purgado de la presencia del espíritu inmundo, y librado del temor de la maldita serpiente, y animado con la presencia de vuestro Espíritu Santo.»

El Señor reveló á santa Teresa de Jesús que el agua bendita era un arma poderosa para poner en fuga á los demonios, y principalmente á los demonios impuros. El agua santa les desespera todavía más acaso que la señal de la cruz.

Empléala de hoy en adelante con fe y confianza, hijo mio, y procura tener siempre agua bendita en tu cuartito, cerca de tu cama. Es una excelente costumbre la de tomar agua bendita y hacer la señal de la cruz, no solamente al levantarse y al acostarse, sino tambien cuando se sale de casa por la noche. En los países donde impera la fe, nunca se falta á esta costumbre.

Hé ahí, pues, ya tres medios, tres armas suma-

mente eficaces, de que te podrás útilmente servir en las luchas de tu alma contra el autor y padre del pecado.

Voy á indicarte otras tres.

## VII.

### De otras tres armas muy poderosas para vencer las tentaciones.

Además de la oracion, la señal de la cruz y el agua bendita, hay, hijo mio, otras tres excelentes armas, de que se sirvieron todos los Santos con maravilloso éxito, y que la Iglesia pone en tus manos para desbaratar los complots y los ardides de guerra del tentador.

Primeramente hay las *distracciones exteriores*. Estas con frecuencia te serán no sólo útiles, sino absolutamente necesarias, si quieres desembarazarte de ciertas acometidas sordas que trabajan á la callada y tratan de llevarte á algun pecado de los peores. La imaginacion, la memoria, los sentidos invadidos y como absorvidos por la tentacion, no pueden librarse del demonio sino huyendo. No basta la oracion; es menester una diversion viva y brusca: es menester una ocupacion exterior que nos arranque violentamente de nosotros mismos. Pasa lo que al pobrecito conejo que se halla fascinado por una serpiente boa, de abiertas fauces y de mirada fija y penetrante: si el conejo no rompe este mortal encanto huyendo inmediatamente, está

perdido y en menos de cinco minutos habrá servido de comida al mónstruo.

Ante esta fascinacion del demonio impuro, ó tambien del robo ó de la avaricia, no hay más que un medio de salvacion despues de la gracia de Dios: la distraccion exterior, violenta, y si es posible divertida: es un trabajo interesante y absorvente. No permanezcas solo: habla, bromea y diviértete. Es otro de los consejos de oro que encontramos en los escritos de san Francisco de Sales. «Divertid vuestro espíritu, dice, con algunas ocupaciones buenas y loables; porque estas ocupaciones, entrando en vuestro corazon y posesionándose de él, echarán las tentaciones y sugestiones malignas.»

En segundo lugar hay el *recurso al confesor*, ó en su ausencia á algun otro buen sacerdote.

*El que obra mal detesta la luz,* dice el Evangelio: al demonio le gusta trabajar á la sombra, y el dia claro le da miedo. Cuando un raton está á punto de saquear un armario, basta abrir el armario para hacerle escapar inmediatamente. Cuando el tentador trate de alterar tu alma, ábrela completamente á tu Padre espiritual, á aquel que para tí ocupa exteriormente el lugar de Jesús, y el demonio se marchará sin más cumplidos. El demonio detesta al sacerdote, y le teme como al fuego, ó más bien como á Jesucristo mismo, de quien es sacerdote y ministro.

«El gran remedio contra todas las tentaciones, grandes ó pequeñas, añade san Francisco de Sales,

está en abrir el corazon y comunicar las sugestiones, sentimientos y afecciones que tenemos, á nuestro director, ó en su defecto á alguna persona espiritual y prudente. Notad que la primera condicion que el maligno espíritu impone al alma de aquel á quien quiere afligir y seducir, es la del silencio, como hacen los sediciosos en las conspiraciones, que piden sobre todo que sus empresas y resoluciones sean secretas.»

Procura, pues, hijo mio, acudir al sacerdote, cuando no puedas librarte de tus tentaciones: él te ilustrará, te sostendrá y te dará buenos y santos avisos, que procurarás seguir con religiosa docilidad. Tu Padre espiritual es tu Jesús, es decir, tu Salvador, tu apoyo, tu consuelo.

Yo paso así mi vida ayudando á levantarse y á salvarse á muchos jóvenes que, sin este auxilio, de fijo sucumbirian.

—Si no os tuviese á vos para abriros mi corazon y cobrar valor á vuestro lado, ¿qué seria de mí?— decíame hoy mismo un jóven y excelente obrero, obligado á vivir en un céntro infecto, abominable, donde desde la mañana hasta la noche no oye más que blasfemias é indecencias.

Por último, mi buen Jaime, te recomiendo, como arma defensiva verdaderamente invencible, porque no es otra que Jesucristo en persona, la *sagrada y adorable Comunion.*

La Eucaristía es el Pan de los fuertes, es decir, el alimento sobrenatural y divino que hace fuertes á los que naturalmente son débiles. Es *el trigo de*

*los escogidos*, *el Pan vivo descendido del cielo*, para privarnos de morir, es decir, de pecar.

La Eucaristía, dice el Concilio de Trento, es *el antídoto que nos preserva del pecado mortal;* es el remedio que Dios nos ha dado para que vivamos siempre en Jesucristo.

Seria verdadera locura alejarse de la santa Mesa á causa de la violencia de las tentaciones. ¿Qué dirias tú de un compañero que se alejase del fuego por la violencia del frio? ¿ó de un enfermo que, por respeto al médico y á la medicina, dijera que está demasiado enfermo para tomar los remedios que deben curarle? Así razonan ó más bien disparatan los que dicen:

—Tengo demasiadas tentaciones y demasiado violentas; me perturban demasiado y ensucian demasiado mi imaginacion para que vaya yo á comulgar en este estado. Esto no seria respetuoso.

¡Qué error! ¡Cuán pérfida ilusion!

Precisamente hay que decir lo contrario: debe decirse:

—Estoy sumamente tentado; voy, pues, á ir á mi Salvador. El demonio quisiera embotar mi voluntad, de la misma manera que turba, á pesar mio, mi imaginacion y mis sentidos; voy, pues, á ir á buscar fuerza y valor recibiendo á mi Dios. El demonio y la pasion me dicen que no comulgue: pues voy á comulgar, y á comulgar resueltamente y de todo corazon.

Cuanto mayor es el peligro más se debe recurrir al Salvador. Entonces es cuando hay que echar-

se á los piés de Jesús y gritarle, como los discípulos durante la tempestad:

— ¡Señor, salvadnos! Vamos á perecer.

Y como entonces, se dignará Jesús levantarse y mandar á los vientos y á la tempestad.

San Francisco de Sales, aquel sabio é incomparable director, insiste en que recurramos á la Comunion cuando nos aflige, turba y tienta el demonio. «La Comunion, nos dice, restaura é ilumina el espíritu; recrea y regocija el corazon, y echa de él las tinieblas. Aumenta los hábitos de virtud, embota los aguijones de la carne, mitiga los ardores de las pasiones y hace superar generosamente todas las dificultades. Da fuerza contra las tentaciones, victoria contra los enemigos visibles é invisibles, y nos hace objeto de terror para los espíritus infernales.»

Así, pues, mi querido Jaime, no vaciles jamás en acercarte á Dios, cuyo sagrado cuerpo tiene el poder de guardar las almas para la vida eterna. Recíbele frecuente y religiosamente, á fin de preservarte del mal; y cuando el demonio venga á atacarte, vé á buscar socorro cerca de Jesucristo, á fin de no pecar más y de salir vencedor. Y en vez del pecado mortal que de tí espera Satanás, únicamente obtendrá lo que más teme en el mundo, una ferviente Comunion, y se marchará á probar fortuna á otra parte.

Tales son las armas que Dios y su Iglesia nos presentan á todos para combatir el buen combate. Sirvámonos de ellas como valientes y generosos

soldados de Jesucristo, y á pesar de todos los ardides del enemigo, irémos con paso firme á conquistar el paraíso.

## VIII.

### Qué provecho se puede sacar de las tentaciones.

Dios dice siempre la última palabra en todas las cosas. Si de haber dado á los Angeles y á los hombres el preciosísimo dón de la libertad, para hacerles merecer la felicidad eterna, se ha seguido la infidelidad de determinado número de ellos, Dios saca bien del mal, y de la maldad de Satanás que nos tienta saca maravillosamente el bien de sus fieles servidores.

Así es como podemos y debemos sacar gran provecho de nuestras propias tentaciones; como los labradores sacan considerable provecho del estiércol que produce su ganado. El estiércol en sí mismo es cosa sucia y hedionda; pero mezclado con la tierra, enriquece tan bien los campos, que les hace producir espléndidas cosechas. Las tentaciones tambien en sí mismas son malas, vergonzosas y detestables; mas para los buenos cristianos que las rechazan se convierten en verdaderos tesoros de gracia.

Sirven, en primer lugar y en gran manera, para humillarnos, hacernos tocar con el dedo nuestra debilidad y nuestra miserable inclinacion al mal, y hacernos sentir más vivamente la necesidad que de Jesucristo tenemos para perseverar en el bien.

Ellas nos hacen sentir y expiar nuestro orgullo, que es siempre el vicio fundamental del hombre pecador, no habiendo nada más propio para volvernos á nuestro centro, que la humillacion de las tentaciones, sobre todo de las tentaciones vergonzosas. *¡Señor!* decia el pobre David vuelto en sí de su caida; *Señor, muy bueno ha sido para mí el que me hayais humillado, porque así he aprendido á seguir vuestras huellas.* Cuando nos sentimos rudamente sacudidos por el demonio ya no somos orgullosos. Nos pasa como á los niños: cuando no hay peligro, se hacen los valientes; y en cuanto aparece en lontananza el más pequeño perrito, ya se detienen asustados y les falta tiempo para ir á esconderse entre los pliegues de las sayas de sus madres.

Primera utilidad, pues, de las tentaciones: nos mantienen en la humildad ó nos hacen volver á ella.

En segundo lugar, son una maravillosa prueba de nuestra fidelidad para con Dios. Afirman nuestra resolucion de pertenecerle siempre, cual los fuertes vientos afirman y arraigan más profundamente las encinas que sacuden. ¿Quién no conoce la historia de Job?... Satán, con el permiso de Dios, que auxiliaba con su gracia al que iba á ser probado, le asaltó furiosamente á fin de arrancarle una blasfemia y de hacerle caer en el pecado de desesperacion. A proporcion que iba Job teniendo noticia de las desgracias que sucesivamente le herian y de las que Satanás era secretamente la cau-

sa, su fe, su sumision, su resignacion, su paciencia aumentaban proporcionalmente; y, caido en un sólo dia desde el colmo de las grandezas y de todas las dichas de este mundo en un estado indescriptible de miseria y sufrimientos, no quiso decir otra cosa que estas admirables palabras: *El Señor me lo habia dado todo, todo me lo ha quitado el Señor. ¡Bendito sea su santo nombre!* Ahora bien, la tentacion ha hecho ver quién era Job: ella fué la que de la constancia y fidelidad de este gran Santo hizo un incomparable modelo para las generaciones futuras.

Segunda utilidad de las tentaciones en los corazones fieles: la prueba victoriosa de su fidelidad.

Por último, las tentaciones, si las resistimos, se convierten para nosotros en preciosísimas ocasiones de méritos y en fecunda fuente de santificacion.

Ellas nos desprenden de la tierra y de nosotros mismos, forzándonos, por decirlo así, á unirnos íntimamente con Aquel que es la vida de nuestra alma, y cuya union es el principio único de toda santidad y de toda salvacion. Este divino Salvador ha querido, por nuestro amor y para consuelo nuestro, ser tentado por Satanás en el desierto. Cuando suportamos la presion y la tentacion como Jesucristo, es decir, con suma fidelidad, nos convertimos con El y como El en el racimo del Padre celestial: y la tentacion es la prensa que convierte el racimo en un delicioso vino. Este vino no es otra cosa que el conjunto de las bellas virtudes

que componen la vida cristiana, la fe viva, la humildad, la paciencia, la penitencia, la paz, el gozo espiritual y el santo amor de Dios. Sin la prensa no habria vino; sin el peso de la tentacion no habria virtud probada. Por esto la Sagrada Escritura proclama bienaventurado al hombre que pasa por el crisol de la tentacion, porque, despues de purificado, con la prueba *recibirá la corona de vida.*

Uno de los frutos más saludables de las tentaciones, querido hijo mio, es la tribulacion, el sufrimiento. Sí, el sufrimiento es una de las mayores gracias que envia Dios á los que ama. Oye lo que á este propósito dice el gran doctor de la piedad san Francisco de Sales:

«Al fin y al cabo, estas tan importunas tentaciones vienen de la malicia del diablo; pero la pena y el sufrimiento que ellas nos causan vienen de la misericordia de Dios, que, contra la voluntad del tentador, saca de la malicia de este la santa tribulacion, por la cual aquilata el oro que quiere poner en sus tesoros eternales.

«Digo, pues, así: vuestras tentaciones son del diablo y del infierno; pero vuestras penas y aflicciones son de Dios y del paraíso: las madres son de Babilonia, pero las hijas son de Jerusalen. Despreciad las tentaciones; abrazad las tribulaciones.

«Dios no quiere impedir que seamos tentados, á fin de que, resistiendo, nuestra caridad sea más ejercitada, y pueda, por medio del combate, conseguir la victoria, obtener el triunfo. Si no combatimos no seremos vencedores, y no mereceremos

por consiguiente la corona de la inmortal gloria que Dios nos prepara si quedamos victoriosos y triunfantes.»

Y añade el buen Santo : « ¡ Valor ! os lo suplico : que nada os conmueva ; que el mundo se hunda ; que todo quede sumido en tinieblas, en humo , en ruinas; pero que Dios esté en nosotros, y nada temamos : caminais por encima del mar , entre los vientos y las olas, pero es con Jesús.»

Las tentaciones, malas en sí mismas, pueden por medio de tu fidelidad convertirse en grandes fundamentos de méritos.

—¿Entonces hay que alegrarse de que se tengan tentaciones?

Sí y no. Es menester á la par temer y regocijarnos : temer, porque somos débiles; regocijarnos, porque Jesús, el mismo Jesús, combate en nosotros, con nosotros y por nosotros. «Cuando combates,—dice un gran doctor de la Iglesia , san Juan Crisóstomo,—cuando combates, el Señor está contigo: el Señor es quien lucha y combate. Tus combates son los combates de Dios , tus luchas las luchas de Jesucristo. Toma, pues, tus armas, marcha hácia el enemigo y combátele valerosamente; tu compañero de armas es Aquel que no conoce la derrota.»

Guarda en tu corazon , mi querido Jaime , y pon fielmente en práctica estos paternales consejos respecto á las tentaciones. Pide á tu Angel custodio y á la Inmaculada Vírgen María que te conserve siempre en la gracia de su divino Hijo, Jesucristo , tu Señor y Salvador, que murió en la cruz para alcanzarte la victoria y la felicidad eternas.

# CAPÍTULO V.

## El pecado.

### I.

### Del pecado, que es la ruina de la vida cristiana.

Cuando se tiene la desgracia de sucumbir á la tentacion, se comete *el pecado*.

El pecado es la violacion de la ley de Dios; es en la práctica el desprecio más ó menos formal, más ó menos grave, de su santa voluntad. Y como esta adorable voluntad de Dios es el bien por excelencia, el pecado es, si así se puede hablar, el mal por excelencia; es el mal perfecto, el mal absoluto, que nos separa de Jesucristo, vida y gloria de nuestra alma.

Ya recordarás, hijo mio, lo que hemos dicho anteriormente de la vida sobrenatural de nuestra alma y de nuestra union con Dios. Jesucristo se da y se une á nosotros por su gracia; nos comunica su divino Espíritu, que derramado en nuestra alma, como se derrama en los sarmientos la sávia de la cepa, es la vida de nuestra alma y el principio de la fecundidad para el cielo. El pecado, cuando menos el pecado mortal, hace á nuestra alma lo que al sarmiento le haria una pedrada ó un hachazo que le rompiese ó le separase de la cepa; cesaria instantáneamente la sávia, y por consiguiente convertiria este sarmiento vivo en un sarmiento muerto.

El pecado nos hace perder á Jesucristo, nos separa de Jesucristo, que es, como tantas veces te lo he dicho ya, la vida espiritual y eterna de tu alma. Mientras estamos en la tierra podemos perder á Jesucristo; y por eso, como nos dice el apóstol san Pablo, nos hace *obrar nuestra salvacion con temor y recelo*. No debe temerse á Dios, que es infinitamente dulce y misericordioso; se ha de temer el ofenderle y el perderle, se ha de temer el pecado que nos lo haria perder. Un solo pecado mortal basta para anular la vida de Dios en nuestra alma y para separarnos de nuestro santo y buen Jesús. Un solo pecado mortal basta para hacer caer nuestra alma en poder del demonio, que lo encamina al infierno. *Cae desde el cielo al abismo*, dice san Bernardo. No está todavía en él, pero á él se encamina.

De suerte que el pecado es la muerte del alma. Llámasele mortal cuando es grave y completo. En general pecar es apartarse voluntariamente de Dios para hacer el mal. Pecar mortalmente es apartarse de Dios de tal manera, que la union de la gracia se halla enteramente rota, y que la pobre alma, huérfana del Espíritu Santo, separada de Jesucristo, no vive ya con la vida de Dios. «Así como el alma es la vida del cuerpo, así tambien Dios es la vida del alma,—dice san Agustin;—y así como el cuerpo muere cuando se queda sin el alma, tambien el alma muere cuando pierde á Dios.» Díme, pobre hijo mio, ¿no es esto la mayor de las desgracias?

—¡Oh! sin duda; pero ¿qué se necesita para que un pecado sea mortal y nos haga perder al Señor?

Conviene mucho que lo sepas bien: esto te evitará grandes pesadumbres. Hélo ahí.

Tres condiciones se necesitan para que un pecado sea mortal: 1.° una materia grave; 2.° un conocimiento completo de la gravedad del mal que se va á hacer; y 3.° una voluntad completa y formal de hacer lo que se sabe ser gravemente prohibido. — Así como un trípode cae al suelo desde el momento en que le falta uno solo de sus tres sostenedores, de igual manera un pecado no es ni puede ser mortal cuando no reune estas tres condiciones.

—Y si yo por error creyese que tal ó cual accion está gravemente prohibida, y sin embargo la ejecutase, ¿cometeria un pecado mortal?

Sí, hijo mio, porque el pecado está ante todo en la intencion y en la voluntad. El gran doctor santo Tomás dice: «Cométese siempre el pecado mortal cuando pecando se tiene la persuasion de que se hace un pecado mortal.» Por ejemplo: crees que tal ó cual pequeña desobediencia, que tal ó cual pequeña mentira, robo ó accion indecorosa, es un pecado mortal, mientras que en realidad no es más que una ligera falta, á veces ni falta siquiera; sin embargo, lo haces consciente y voluntariamente; pues cometes un pecado mortal. Efectivamente, tu voluntad ha dado á esta pequeña infraccion una gravedad que no tenia en sí misma; y si

*materialmente* no ha habido pecado grave, lo ha habido, como dicen los teólogos, *formalmente*. En otros términos: *para tí* ha habido, en este pecado, conocimiento completo, aunque erróneo, y por último voluntad plena y entera.

En todo lo que atañe á la conciencia, la voluntad juega siempre el principal papel; porque despues de todo, la voluntad es nosotros mismos; es la que nos hace buenos ó malos, es la que nos hace merecer ó desmerecer.

Mi querido Jaime, procura tener siempre en presencia de tu buen Dios una voluntad recta, enérgicamente resuelta á jamás hacer el mal con propósito deliberado, y á hacer siempre lo mejor que puedas aquello que sepas que es bueno. Podrás á veces engañarte, de seguro, pero no pecarás porque no te apartarás voluntariamente del Dios de tu corazon.

## II.

### De los terribles efectos del pecado mortal.

Mi buen Jaime, no cometas jamás un pecado mortal. El pecado mortal seria para tu alma lo que la muerte para tu cuerpo. ¿Has visto alguna vez un cadáver en disolucion? ¡Qué horror! ¡qué infeccion! ¡qué color lívido y repulsivo!... Pues tal y peor todavía es á los ojos de Dios y de sus Angeles el alma en pecado mortal, el alma privada de Jesucristo y huérfana del Espíritu Santo.

Ninguna lengua humana podrá jamás decir lo que hace de un alma el pecado mortal. Dios se lo hizo ver un dia á santa Teresa. «Veia el alma, — decia ésta, — como un inmenso diamante tan resplandeciente de luz que parecia ser todo luz: era maravillosamente bella. De repente ví, en lugar de esta luz, no sé qué aterradora figura enteramente tenebrosa, cuya vista horrorizaba; y creo que si esta vista hubiese durado más largo tiempo, yo hubiera perdido el conocimiento y habria muerto de terror. Mi divino Maestro me dijo que aquella era una muy débil imágen de lo que hacia en el alma el pecado mortal, y principalmente el pecado deshonesto.»

El alma en pecado mortal ha perdido á Dios. ¿Quién podrá jamás comprender lo que es perder á Dios? Para comprender el pecado mortal seria preciso poder comprender el infierno y el fuego eterno de los condenados y el peso infinito de la maldicion divina.

Seria preciso poder sondear los infinitos abismos de los dolores de Nuestro Señor Jesucristo; seria preciso poder comprender su Pasion, su agonía y su sudor de sangre; seria preciso poder comprender la cruz y el Calvario. Perder á Jesucristo es perder la verdadera vida; es perder la verdadera dicha, la paz, la alegría, el cielo.

El jóven que comete el pecado mortal es un traidor, un deicida, que pone en sí mismo nuevamente la causa de la crucifixion y de todos los sufrimientos de Jesús. Es un abominable ingrato, que

pisotea la sangre y el amor de su Dios; es un loco, que por un miserable placer arriesga toda su eternidad; un sacrílego, que desprecia (prácticamente á lo menos) su Bautismo, su salvacion y todas las magníficas gracias de que fué colmado por la bondad de Dios. «El pecado mortal, — dice el gran mártir del Coliseo, san Ignacio, obispo de Antioquía;—el pecado mortal es un gérmen de Satanás que transforma al hombre en demonio.»

Y si el cometer el pecado mortal es una gran locura, calcula un poco lo que se debe pensar del cristiano que permanece voluntariamente en él. «No puedo comprender,—exclamaba santo Tomás de Aquino,—cómo un hombre en estado de pecado mortal puede reir y tener alegría.»

Desde que se tiene la desgracia de perder á Dios, es menester á toda costa esforzarse en recobrarle, y sin tardanza alguna volver á entrar en su gloria, primero por un profundo arrepentimiento, bien vivo y bien cordial, y luego por una humilde y sincera confesion.

Cuando te dejas caer en tierra, en el barro, ¿qué haces? ¿Piensas únicamente en quedarte allí, enteramente enlodado y súcio? Apenas caido te levantas, y tu primer cuidado consiste en ir á lavarte y á cepillarte. Ahora bien, tú sabes ya, mi querido Jaime, que Jesucristo tiene confiado á sus sacerdotes el único cepillo que tiene el poder de hacer desaparecer todas las manchas de las almas.

¡A cuántos jóvenes he visto admirables en este punto! Apenas el aturdimiento ó la debilidad les

habian hecho caer, levantábanse animosa y humildemente, llenos de confianza en el misericordioso Corazon de Jesús, é iban á confesarse con encantadora franqueza, para no permanecer ni un solo momento más por su culpa en pecado mortal. Si alguna vez, hijo mio, tienes la desgracia de cometer algun grave pecado, que no lo permita Dios, habrás de seguir su ejemplo y aprovechar la primera ocasion que tengas para ir á purificarte confesándote.

A veces va en ello la salvacion eterna. Contábaseme, hace algunos años, la historia de un pequeño aprendiz de trece á catorce años, quien encontrándose un sábado por la noche, á hora bastante adelantada, con su madrina en el momento en que iba á entrar en su casa, la confesó francamente que, habiendo cometido no sé qué grave falta, no habia querido aguardar al dia siguiente para confesarla.

—En un principio,—añadió,—vacilaba un poco; pero ahora estoy muy contento y no tengo peso alguno en el corazon.

La buena madrina le felicitó y lo abrazó maternalmente.—¡Al dia siguiente el aprendiz fué encontrado muerto en su cama!

Hay personas de corazon egoista, de conciencia grosera, que se figuran que habiendo cometido un pecado mortal, pueden cometer dos, tres, cuatro, seis, diez... ¡como si hubiese negocio en pecar! y como si hasta suponiendo el perdon, no estuviese ahí el purgatorio con su fuego terrible y vengador!

Figúranse que la muerte del alma es como la del cuerpo, lo cual es un error gravísimo. Una vez muerto el cuerpo, por más cuchilladas y golpes que se le diesen no seria más muerto que antes. Pero para el alma, cada golpe mortal, es decir, cada pecado, le aleja más y más de Jesucristo, que es su vida, su vida eterna. El alma es un espíritu, y por esto puede ser más ó menos viva, más ó menos muerta: es tanto más viva cuanto más perfectamente unida está con Jesucristo por la gracia, por la Eucaristía, por la pureza, por el amor; es tanto más muerta cuanto más alejada de El se halla por los pecados más graves y más repetidos. Es como el termómetro: cuanto mayor es el calor más sube el mercurio los grados que están encima del cero; y cuanto más intenso es el frio, más desciende el mercurio los grados que están debajo del cero. Es evidente que hace mucho más frio á los veinte grados que á cero, más á treinta que á veinte. El frio es la muerte, el hielo del pecado mortal; cuanto más se peca, más se desciende en la muerte. En el último grado, abajo de todo, allá donde un hombre pecador parece no poder llegar, está Satanás, el horrible jefe y padre de los pecadores.

—¿Cuando se comete un pecado mortal el Señor se aleja?

Sí y nó. Nó, en el sentido de que somos nosotros quienes cambiamos, quienes nos volvemos malos, quienes nos alejamos de El, quienes le dejamos, como en otro tiempo se alejó el hijo pró-

digo de su buen padre y del hogar paterno: sí, en el sentido de que el Señor, que es la santidad misma, no puede vivir donde encuentra pecado.

Cuando cierras los ojos en pleno dia, no ves; y díme, ¿es la luz la que de tí se aleja? ¿no eres tú mismo quien te privas de la luz? Asimismo, cuando hemos locamente echado de nuestra alma á Jesucristo, nosotros le obligamos á que se aleje, á que se separe de nosotros.

Pero solamente se aleja del pobre pecador hasta donde su santidad lo exige: su bondad y misericordia le atraen sin cesar hácia nosotros, y está como á la puerta de nuestro corazon, diciéndonos: « Ahí me tienes; te aguardo, te llamo, ¡ábreme!»

¡Cuánta bondad y cuánta mansedumbre, unidas á la santidad infinita! ¡Oh mi Salvador Jesús! No, jamás os echaré de mi corazon; jamás, con el auxilio de vuestra gracia y de vuestros sacramentos, cometeré un pecado mortal! ¡Quiera la Virgen Santísima alcanzarme la dicha de permanecer siempre, siempre fiel á vuestra gracia, hasta el último suspiro de mi vida!

## III.

### Cómo podemos preservarnos del pecado mortal.

Se puede siempre, y por consiguiente se debe. Jamás estamos *obligados* á cometer un pecado mortal. Se nos puede forzar á veces por la violencia á hacer, á pesar nuestro, cosas materialmente ma-

las; pero desde el momento en que no hay la voluntad, no hay ni puede haber pecado: porque, como ya hemos dicho, el pecado es, ante todo, un acto de voluntad, de la voluntad libre.

En cuanto al pecado verdadero, nos preservamos de él empleando los medios necesarios. Tres principales te voy á indicar, hijo mio muy amado.

El primero, absolutamente necesario, consiste en evitar lo más cuidadosamente posible las ocasiones peligrosas. Algo hemos dicho ya de esto hablando de las tentaciones; pero hay la diferencia de que no siempre podemos prevenir estas tentaciones, mientras que podemos *siempre*, entiéndelo bien, *siempre* preservarnos del pecado.

*Quien ama el peligro morirá en él*, ha dicho el Hijo de Dios. El que ponga los dedos en el fuego se quemará. El que trague veneno se envenenará. Esta es una verdad de fe y de sentido comun á un mismo tiempo. Así, pues, mi querido Jaime, si quieres preservarte, evita tanto como puedas las ocasiones de pecar; si quieres evitar el pecado deshonesto, evita tal imprudencia que tú sabes y que ya repetidas veces te ha hecho caer; evita la compañía de ese camarada, de ese truhán, cuyas conversaciones y bromas giran siempre sobre esas cosas; evita la lectura de esas malas novelas, de esos libros licenciosos que tan extendidos están en nuestras ciudades y en nuestras aldeas; evita los bailes públicos y los teatros malos; evita, en una palabra, todo lo que es capaz de arrastrar á un jóven al mal. —Y lo que te digo del pecado deshonesto te lo diré

con no menos verdad de todos los otros, de la ira, de la pereza, de la gula, de los juegos de azar, etc.

En segundo lugar te recomiendo, como grande y poderoso preservativo, la oracion de cada dia, como tambien el exámen de conciencia. En la oracion de la mañana prepara tu dia, prevé las ocasiones peligrosas que se podrán presentar, como buenas y fuertes resoluciones, y entra así en campaña, provisto de tu armadura completa. Durante el dia renueva de vez en cuando estas resoluciones, y pide al Señor y á la Vírgen Santísima que te las bendigan. Por último, en tu oracion de la noche, antes de acostarte, examina sériamente tu estado, pide perdon á Dios de las faltas que se te han escapado, y prepara tu noche como por la mañana has preparado tu dia. Bajo el punto de vista de la santa virtud, este consejo es de importancia suma, y si lo observas fielmente, encontrarás en él un excelente preservativo contra el pecado. Vigila bien por la mañana y por la tarde, noche y dia; el lobo busca devorarte; el enemigo busca matarte.

El tercer preservativo, indispensable tambien, que te recomiendo si quieres conservarte en estado de gracia, es la Confesion regular y la Comunion, no solo regular, sino frecuente. Este es el medio de los medios. La Confesion, acompañada de los buenos avisos, de los estímulos, de las direcciones de tu Padre espiritual, te hará evitar la mayor parte de las ilusiones y peligros á que tan expuesto se está á tu edad; y con esto aprenderás á discernir cada dia mejor lo bueno de lo malo, lo que

se debe hacer y lo que conviene evitar. La sagrada Comunion, que vendrá frecuentemente á coronar tus confesiones, te traerá la fuerza necesaria para seguir fielmente los consejos de tu director; te comunicará la fuerza misma de Jesucristo, como el fuego que se infiltra en el carbon le comunica su calor. El mismo Concilio de Trento nos enseña formalmente que Nuestro Señor Jesucristo instituyó el adorable sacramento de la Comunion como *un antídoto que nos preserva de los pecados mortales.*

Si hay tantos aprendices y jóvenes obreros que abandonan á Dios despues de su primera Comunion, que caen y vuelven á caer en grandes pecados, que llegan á ser víctimas de los malos hábitos, que olvidan el camino de la iglesia por el del garito y del café, débese ante todo, no vacilo en afirmarlo, á que no comulgan con bastante frecuencia ni se les hace comulgar.

Pobrecito pecador, vé á tu buen Jesús, vé á tu Salvador para que te salve. Débil, acude á Aquel que es el único fuerte, á fin de que te fortalezca contra tí mismo, contra tus pasiones, contra tu ligereza, contra los asaltos y seducciones exteriores. Vé á buscar en Jesús lo que te falta y lo que El te quiere dar.

¡Cuán astuto es el demonio en la guerra que hace á las almas! Para alejarnos de Jesucristo, nuestro único Salvador, y del gran Sacramento de su amor, pone por delante toda clase de ardides y agradables pretextos: hácese el devoto y el teólogo.

—No comulgues tan á menudo,—dice á ese po-

bre aprendiz, á aquel pobrecito obrero;—no eres bastante instruido, nó tienes bastante tiempo para consagrarte á la oracion durante la semana. Esto estaria bien si pudieses ir á misa todos los dias, como los que no tienen nada que hacer. Pero tú has de trabajar; bastante es que vayas todos los meses y áun en las cuatro ó cinco principales festividades del año. Aún podrás prepararte mejor y ser más respetuoso, y además sacarás mejor provecho. ¿Ves á fulano y á zutano? Son buenos y piadosos, y sin embargo no van más que por las Pascuas y por Navidad. Deja decir á los curas: son personas exageradas. Quisieran hacer de nosotros unos capuchinos. Créeme, no vayas demasiado á menudo. Y luego, que esto priva de divertirse y de hacer lo que los demás.

¡Ah! ¡Cuántas pobres almas se dejan coger por esos silbidos de la vieja serpiente, como en aquel tiempo Eva en el paraiso terrenal! Con la sola diferencia de que á Eva le decia:

—Come y verás.

Mientras aquí te dice.

—No comas, á lo menos con tanta frecuencia, y verás.

Así pues, mi querido Jaime, si quieres evitar el pecado y el vicio, si quieres guardar una fe viva y costumbres puras, vé frecuente y regularmente á las fuentes de salvacion, que son los dos incomparables sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. No te dejes distraer por nada ni por nadie. Añade á esto la buena oracion y el huir las tentaciones, *¡y verás!*

Tales son, mi buen Jaime, los tres principales medios que te recomiendo en nombre de Dios, para preservarte del pecado mortal.

## IV.

### Cómo podemos purificarnos del pecado mortal.

Hemos visto cómo podemos *preservarnos* del pecado mortal, y te he indicado tres medios principales que no perderás jamás de vista; primero, el huir las ocasiones, áun las agradables y seductoras; la exactitud en el orar y orar bien mañana y noche, renovando tus resoluciones y preparando tus noches y tus dias; y por último, la regular frecuencia de los Sacramentos, la más cordial franqueza y confianza con tu Padre celestial, y la Comunion frecuente, recogida y piadosa.

—Pero si por fragilidad ó por sorpresa llegase á cometer alguna falta grave, ¿qué habria que hacer?

Ante todo, mi buen Jaime, no desanimarse. El desaliento es el pecado de los pecados. ¿Qué fué Judas, sino un pecador que se desalentó y que por desaliento se perdió? Si arde eternamente en el infierno, el desaliento le llevó allá. Hubiera sido perdonado como san Pedro, si como san Pedro hubiese tenido confianza en su buen Maestro y se hubiese amorosamente arrepentido. Hubiera sido perdonado como el buen ladron, si como el buen ladron hubiese lanzado á Jesucristo el grito de un corazon arrepentido, lleno de esperanza y de humildad.

Jamás lo olvides, áun en las caidas más graves y más profundas: Dios es siempre el Dios de bondad: Jesús lo perdona *todo*, absolutamente todo á los pobres pecadores que sinceramente se arrepienten y que piden perdon.

Pero, me dirás tal vez, ¿cómo lo haré para pedir perdon de manera que esté seguro de ser perdonado?

El medio es muy sencillo, y está trazado por la mano misma de Jesucristo. Consiste en ir á confesarse, y confesarse de todo corazon. La Confesion es la más maravillosa, la más prodigiosa invencion del misericordioso amor de Dios para con los pecadores arrepentidos. Es un prodigio cada dia renovado al través de todos los siglos y sobre toda la superficie de la tierra, por el cual resucita Jesús á las almas que ha matado el pecado: y este prodigio lo obra por el ministerio y palabras de sus sacerdotes, como efectuó en otro tiempo la resurreccion de Lázaro por el ministerio y las palabras de la humanidad de que se habia revestido. Jesucristo, el Hombre-Dios, resucitó á Lázaro: el sacerdote, el hombre de Dios, resucita á los pecadores. Por esto Jesucristo escogió el mismo dia de su resurreccion, el dia de Pascua, para instituir este admirable sacramento de la Penitencia, que no es otra cosa que el sacramento de la resurreccion de las almas y el último esfuerzo de la divina misericordia.

Cuando se ha tenido la desgracia de pecar mortalmente, de separarse de Jesucristo por un pecado grave, la Confesion, unida al arrepentimiento, es el

único medio de recobrar la gracia de Dios. Cuando puede uno confesarse, lo debe hacer: no habiendo confesion, no hay perdon: el mismo Dios lo ha decidido así, y ningun hombre sobre la tierra tiene el derecho de cambiar esta ley. La contricion viva, las lágrimas, las penitencias exteriores, las oraciones y las súplicas serian impotentes para devolverte la gracia de Dios, si, pudiendo confesarte, no quisieras ó no te atrevieras á hacerlo. Esto es de fe.

Esto fué lo que le sucedió á un jóven, cuya terrible historia refiere san Antonino de Florencia. Hasta la edad de diez y seis años se habia conservado perfectamente puro, gracias á la Confesion y Comunion semanales. Sucedióle, á lo que parece, que se dejó arrastrar entonces á una falta gravísima, y no tuvo el valor de ir á descargarse de ella inmediatamente.

—Me confesaré el domingo, se dijo.

El domingo tampoco se atrevió: hizo una confesion más que incompleta, y comulgó, como de costumbre, con su familia. Acosado por los remordimientos, quiso volver á encontrar á su confesor: pero el demonio del amor propio supo tan hábilmente cerrarle la boca, que sus confesiones, y por consiguiente sus comuniones, únicamente sirvieron para hacerle cada dia más desgraciado. Los remordimientos aumentaban en proporcion á sus sacrilegios; se habia vuelto triste, sombrío, apenado; hacia grandes penitencias: lo hacía todo, menos lo que tenia que hacer, que era confesarse humilde y sinceramente. Entre los que le conocian pasaba por un pequeño santo.

No pudiendo ya más con su pena, acabó por entrar en un convento muy austero de las cercanías.

— Allí á lo menos lo diré todo, — se decia, — y haré penitencia todo el resto de mi vida.

Entró, pues, en el convento con autorizacion de sus piadosos padres; pero el entrar solamente en el convento no da humildad ni cambia el corazon. Viéndose estimado de sus superiores, que no habian oido decir de él más que bien, dilató para más tarde la confesion de sus tristes secretos. ¡Ay! más tarde era siempre más tarde, y el mañana jamás llegaba á convertirse en hoy. De ilusion en ilusion, el pobre jóven, dominado siempre por la mala vergüenza, pasó todavía muchos años en tan lamentable estado. Hacia penitencias extraordinarias, y en el convento como en el mundo se le tenia por un santo. Precisamente era esto lo que le perdia.

Llegó hasta el punto de pedir la muerte á fin de que en aquel momento supremo pudiese descargar su conciencia. Cayó enfermo, y tan de peligro, que se pensó en administrarle los santos Sacramentos; pero sobrevino el delirio, y murió sin haber podido confesarse.

Dos dias despues, mientras se preparaban sus funerales, apareciόse, todo envuelto de fuego, á uno de sus Hermanos; refirióle su terrible historia, y en nombre de Dios le mandó que fuese á explicársela á sus superiores.

Lo repito: cuando uno puede confesarse, la confesion es la condicion indispensable del perdon; y

en tal caso el arrepentimiento sin la confesion seria estéril.

Para hacer más completa la resurreccion del alma, nada hay más útil que añadir la sagrada Comunion á la absolucion. Siendo la Comunion el sacramento de la fortaleza y de la perseverancia, nada más lógico, cuando uno se ha purificado del pecado mortal por medio de una buena confesion, que acudir sin demora á aquel *Pan de los fuertes*, que no es otro que el mismo Jesús, Salvador y buen Pastor de las almas. Una buena Comunion borra de una manera admirable las huellas de los pecados perdonados; y nada hay que pueda mejor volver á ponernos enteramente de pié despues de nuestras debilidades.

Despues hay que hacer penitencia, es preciso expiar nuestros pobres pecados. No te faltarán ocasiones para esto, querido hijo mio: sin contar las pequeñas mortificaciones voluntarias que te podrás imponer, tendrás siempre medio de ofrecer á Dios en expiacion las fatigas de tu trabajo de cada dia, los disgustos y las penas de tu vida, el frio y el calor, las pequeñas humillaciones y contradicciones á que tu misma condicion te expone, etc.

—Pero ¿si uno no puede confesarse? ¿si no hay sacerdotes en aquel sitio?

Entonces Dios perdona directamente, pero con la condicion de que el arrepentimiento sea *perfecto*. La contricion perfecta, acompañada del deseo sincero de confesarse tan pronto como se pueda, echa inmediatamente el pecado y vuelve el alma al es-

tado de gracia. Pero aún en este caso, para que la contricion pueda borrar el pecado mortal, *es preciso*, dice el Catecismo del Concilio de Trento, *que sea tan vehemente, tan viva, tan llena de amor de Dios, que la viveza del arrepentimiento iguale á la magnitud de las faltas.* Debes hacerte cargo, mi buen Jaime, que esta contricion perfecta, muy fácil para los cristianos fieles, no lo es mucho para las almas indiferentes que viven habitualmente separadas de Jesucristo por el pecado. Es, sin embargo, posible á todo el mundo, mediante el auxilio de Dios. No lo olvides, pues, hijo mio: si alguna vez, no lo permita Dios, te encuentras en peligro de muerte, en mal estado de conciencia y sin poderte confesar, entonces será preciso que excites en tí un grande arrepentimiento y un grande y vehemente amor de Dios.

¡Que la Vírgen santísima sea contigo, mi querido Jaime! ¡Que ella te alcance la gracia de detestar toda clase de pecado, que te preserve de él y guarde tu inocencia! Y si tienes la desgracia de ser débil, que ella te alcance, con la gracia del arrepentimiento, la de confesarte siempre con toda sinceridad, de jamás desanimarte y de recurrir con inquebrantable confianza al gran sacramento de tu Salvador Jesucristo.

## V.

### Si los pecados capitales son siempre pecados mortales.

Llámanse pecados capitales los vicios de donde nacen los pecados; nacen, en efecto, los pecados de los vicios, como nacen los rios de las fuentes. Hay siete pecados capitales que enumera el Catecismo y que tú conoces como todo el mundo, mi querido Jaime: la soberbia, la envidia, la avaricia, la ira, la lujuria, la gula y la pereza.

Llámaseles *pecados capitales*, de una palabra latina que quiere decir *jefe, príncipe*. Estas siete especies de pecados, ó más bien estas siete especies de vicios, son efectivamente los árboles que producen todos nuestros pecados como otros tantos frutos malditos y envenenados.

Los pecados capitales son, como dicen los teólogos, mortales por su naturaleza, es decir, que hay en ellos con qué matar al alma y separarla de Jesucristo. Así en la soberbia hay con qué matar al alma que se abandona á ella voluntaria y plenamente; lo mismo en la envidia, lo mismo en la avaricia y en las demás. Pasa lo que con los venenos, que todos son mortales por su naturaleza, y si se toman en cierta cantidad ocasionan infaliblemente la muerte.

Los pecados capitales son mortales siempre que versan sobre una materia grave y que se cometen

con pleno conocimiento y voluntad entera. Si llega á faltar una de estas tres condiciones, condiciones esenciales para que un pecado cualquiera sea pecado mortal, no hay más que pecado venial. Ejemplos:

La *ira*. Tú te impacientas, sea en el taller, sea en el juego; te escapa una palabra fuerte; llegas hasta á atropellar á tu compañero, y hasta le das un cachete. Esto es ira, ¿no es verdad? Y la ira es indudablemente uno de los siete pecados capitales: y sin embargo, tu falta no pasa de ser un pecado venial. Por el contrario, te incomodas violentamente, rompes los chismes, pegas grave y groseramente á tu compañero; dejas escapar una oleada de palabras malas, de blasfemias y juramentos; lo notas perfectamente, pero por eso continúas: y haces todo eso delante de gente, en presencia de niños á quienes escandalizas: pecado mortal de ira.

La *soberbia*. Tú procuras parecer buen mozo, emperegilándote, cuidando minuciosamente de tu peinado; te miras á derecha é izquierda en el espejo; estudias posiciones, te alabas con tus compañeros de lo que has hecho ó dejado de hacer; buscas un cumplido: esfuerzas tu imaginacion... vanidad, sed de gloria, pecados de orgullo, pero veniales. Por el contrario, para ser elogiado, admirado y adulado, te expones á algun grave peligro; por vanidad arriesgas la salud ó hasta la vida; te empeñas, en materia grave, en hacer cosas que tus padres, tu confesor, tus más formales consejeros

te declaran en voz alta que son malas; por una loca ambicion comprometes todo tu pequeño capital y hasta el de tu familia para llegar á algun brillante destino que satisfaga tu vanidad, y otras cosas por ese estilo: pecados de orgullo ó de soberbia, y pecados graves, pecados fácilmente mortales.

La *avaricia.* Tú eres un mezquino, amas tanto á diez céntimos como á tu vida; las faltas que te hace cometer esta triste pasion son de fijo pecados de avaricia, pero todavía no son más que pecados veniales.—Adelantando en edad, dejas desarrollar tu inclinacion; so pretexto de economizar para la vejez acumulas escudo sobre escudo, prestando á tanto semanal ó á crecido interés; pecados de avaricia y pecados graves. En Normandía se me habló de un jóven obrero, avaro como él sólo, de tal suerte avaro, que habiendo caido gravemente enfermo se negó hasta en sus últimos momentos á restituir cinco francos y medio que habia, si no sustraido, pescado á lo menos á un pobre compañero suyo. Bien se le dijo abiertamente que iba en ello la salvacion de su alma, que no podria recibir los sacramentos, etc., todo fué inútil; el amor al dinero le dominó, y el infeliz murió sin Sacramentos, yendo á parar Dios sabe donde y sin su dinero.

Aplica tú mismo, mi querido hijo, estas reglas á los demás pecados capitales: á la *gula*, por ejemplo, á la intemperancia, que sobre todo á tu edad, no son frecuentemente más que pecados veniales, aturdimientos, pero que se convierten en grandes pecados mortales cuando llegan á la embriaguez,

propiamente dicha, á la embriaguez voluntaria; á la *pereza*, que tan frecuente es en los pequeños detalles de la vida de los niños y de los jóvenes, en quienes se halla entonces en estado de pecado venial; pero que se convertirá en falta grave y gravísima, si por cobardía ó negligencia despreciase deberes de importancia; la *envidia*, que tomando pié de bagatelas y no haciendo más que pasar por la mente y por el corazon, no es nunca otra cosa que una ligera falta; pero que puede convertirse en un pecado muy malo y muy grande si se le deja arraigar y degenerar en odio. Cuando llega á tal estado, la envidia es terrible y feroz: testigo Cain matando á su hermano Abel.

A propósito dejo de hablarte de la *lujuria*, por que en esto hay con menos frecuencia faltas simplemente veniales que no excusan el aturdimiento de la juventud, la ignorancia y la debilidad; por lo cual es preciso andarse con sumo cuidado, porque es más grave el peligro en esto que en lo demás, por ser este pecado tan comun á tu edad.

Así pues, los siete pecados capitales, con ser por su naturaleza mortales y muy mortales, pueden á menudo no ser sino faltas de poca monta en sí mismas; lo cual depende, no de su naturaleza, sino de las circunstancias que los acompañan, de la falta de conocimientos ó de reflexion, de las inclinaciones, etc...

Corta, hijo mio, corta tanto como puedas los pecados capitales. No digas que no llegarás jamás al pecado mortal. El Señor nos dice á todos que *el que*

*se expone al peligro perecerá en él.* Para no caer en el precipicio, lo mejor es no caminar por sus bordes.

## VI.

### De los pecados veniales y de sus tristes efectos.

Hay espíritus poco serios que se figuran que el pecado venial y nada vienen á ser lo mismo. «En todo caso, dicen, no es gran cosa.» Me acuerdo de una bonita caricatura que representaba á una señora mayor que iba á confesarse, y que al ir á arrodillarse al pié del confesonario, volvia ligeramente la cabeza y decia con aire de triunfo: «Yo no tengo más que pecados veniales.»

Sin querer exagerar nada, y sin decirte, hijo mio, que por un rasguño, por un grano ó por un pinchazo, necesitas meterte en la cama, llamar al médico, al notario y al cura, quisiera sin embargo hacerte comprender que el pecado venial, con ser tal, es un mal muy malo y que no debe tratarse á la ligera.

Es *venial* un pecado siempre que le falta una de las tres condiciones que precedentemente hemos indicado, á saber: cuando la materia del pecado es de poca importancia, aún cuando hubiese pleno conocimiento y voluntad formal; ó bien cuando en materia grave hay conocimiento imperfecto ó poca voluntad. Fíjate bien en que para que haya pecado debe haber voluntad: sin el libre consentimiento de la voluntad, no puede haber pecado ni mortal ni venial.

El pecado mortal da la muerte á nuestra alma; la separa totalmente de Jesucristo. El pecado venial debilita nuestra union con El. El uno es la muerte, el otro la enfermedad. El pecado venial, cuando se comete con propósito deliberado, contrista en nosotros al Espíritu Santo, hiere el amor de Jesucristo, embota la conciencia, debilita el espíritu de fe, nos quita el fervor, el celo y la alegría del corazon, y nos hace desagradable la oracion, la piedad, la penitencia y la sagrada Comunion. Pesa una á una estas palabras, mi buen Jaime, reflexiona buenamente sobre cada uno de estos tristes efectos del pecado venial, y díme despues lo que opinas.

Para un jóven piadoso, el pecado venial debe ser más temible que el pecado mortal. El pecado mortal nos causa horror, por poco que seamos formalmente cristianos. Por lo contrario, el pecado venial, que por su naturaleza es pequeño, sin gravedad notable, no nos da miedo; no desconfiamos de él y esto le permite deslizarse é insinuarse fácilmente en nuestras costumbres; poco á poco mina en nuestra alma el edificio de la piedad, seca en ella las fuentes de la gracia y prepara insensiblemente el triunfo completo del demonio, esto es, la caida en el pecado mortal.

Aquellos que con propósito deliberado se abandonan á los pecados veniales, hacen como esos jóvenes imprudentes que durante el estío, só pretexto de bañarse, entran en un estanque que no conocen. Empiezan por meter un pié en el agua, y como el agua es fria y en el fondo hay lodo, se

detienen vacilantes; pero el deseo de bañarse les domina y adelantan un paso, dos, tres. Sienten que se hunden y se detienen nuevamente; pero al cabo de un instante vuelven á avanzar, y se encuentran ya con agua ó mejor con lodo hastas las rodillas.

—Hay que detenerse,—dicen,—y tentar mejor el camino: si hubiese algun hueco podríamos ahogarnos.

Mas entre tanto siguen avanzando, y avanzan siempre hasta el momento en que, faltándoles de repente el pié, se hunden en algun pantano y se ahogan, ó cuando menos corren el riesgo de ahogarse miserablemente. Cada pecado venial es un paso más hácia el pantano, el pantano del pecado mortal, en cuyo fondo nos espera aquel á quien la Sagrada Escritura llama *el príncipe de la muerte*, el horrible, el detestable Satanás, enemigo de la vida de nuestras almas y del Autor adorable de esta vida, que es Jesucristo nuestro Señor.

Por el amor de Dios y por el de tí mismo, teme siempre mucho, mi querido Jaime, el pecado venial. *Aquel que desprecia las faltas pequeñas caerá poco á poco en las grandes,* dice la Sagrada Escritura. Los pecados veniales son las gotas de agua que forman los torrentes, esos torrentes que arrancan de raiz los árboles y las rocas.

Por esto dice el gran doctor santo Tomás, que «el verdadero cristiano ha de preferir la muerte y cualquier sufrimiento antes que cometer un sólo pecado, no solamente mortal, sino hasta venial.»

Y en el pecado venial hay infinitos grados. Pasa como con los granos que el ardor de la sangre produce á veces en la piel: los hay tan pequeños, tan poco salientes, que apenas se ven y que ni siquiera se tiene ganas de rascarlos: hay otros más grandes, más colorados, que crecen rápidos, pero que pasan pronto sin que uno se ocupe casi de ellos; otros, peores, necesitan algunos cuidados y exigen refrescos y emplastos; otros son verdaderos agujeros, que dan fiebre, hacen verdadero mal y expelen sangre averiada: vienen luego los diviesos, especie de horrorosos agujeros, dañosos, inflamados, que os hacen guardar cama y reclaman el auxilio del médico y á veces hasta el del cirujano: y por último, sobre todo esto, sobre del divieso, se eleva lo que se llama el antrax, mal gravísimo, que puede causar la muerte, que necesita profundas y dolorosas incisiones, y que trae siempre la gangrena. Todo esto constituye la deliciosa familia de los granos: pero ¡qué diferencia, gran Dios, entre el granichuelo número uno, y su enorme cofrade del número seis, el antrax!

Pues esto mismo acontece con todos nuestros pecados veniales: desde la mentirilla apenas voluntaria que se escapa por decirlo así inadvertidamente en un primer movimiento, hasta la mentira descarada que sostiene el muchacho para evitarse un castigo ó sostener su amor propio; desde la pequeña impaciencia apenas visible, hasta la tormentosa cólera que estalla en cachetes, puñadas ó puntapiés; desde la pequeña desobediencia que nada

significa, aunque realmente sea una falta, hasta la formal y solemne desobediencia que atrae y merece un buen castigo del padre, una buena reprimenda de la madre, ó una amenaza de despido del taller ó hasta de la Asociacion.

Una palabra más, por cierto de gran importancia. Hay algunos que se figuran que, para cometer un pecado, es menester hacer materialmente tal ó cual cosa prohibida. No hay tal cosa: un pecado se puede cometer con el pensamiento, con el deseo. El noveno mandamiento de la ley de Dios, no habla de actos, sino únicamente de deseos impuros; y el décimo no habla de *actos* de robo ó de injusticia, sino únicamente de proyectos y deseos de robar. Estos malos pensamientos, estos deseos prohibidos, pueden ser pecados y hasta pecados mortales, y lo son siempre cuando se refieren á cosas gravemente culpables, cuando se ve claramente la gravedad de la cosa, y cuando á pesar de ello nos complacemos en el mal pensamiento, conservándolo voluntariamente, acariciándolo y no tratando de librarnos de él.

Atencion, pues, hijo mio; cuidado con tu conciencia. No te figures que porque exterior y materialmente no has cometido una mala accion que tenias intencion de cometer, un robo, por ejemplo, ó una indecencia ó una venganza, no te figures, digo, que no has pecado: y si examinándote descubres que has dado un consentimiento verdadero y cierto, no dejes de arrepentirte y confesarte de él.

Veamos ahora lo que se debe hacer para combatir eficazmente el pecado venial.

## VII.

### Qué se debe hacer para combatir eficazmente el pecado venial.

Mi buen Jaime, cuando te sientas tentado á cometer un pecado, por ligero y venial que pueda parecerte, acuérdate en seguida de que tu Dios está allí, de que Jesús está en tu corazon, contigo y en tí. El te ve, te quiere y te llama, y te da su gracia para resistir. Desde el fondo del santuario de tu alma te dice: «Hijo mio muy amado, ¿por qué quieres herir mi Corazon? ¿tendrás el valor de entristecer mi amor?»

Realmente, todo pecado es una especie de insubordinacion contra Jesucristo y contra su santo amor. Por favor, hijo mio, respeta á Jesucristo, y no olvidemos este apóstrofe que san Agustin dirigia al pecador: «Reconoce en tí á Jesucristo; respeta en tí á Jesucristo.»

—Pero ¿puede evitarse enteramente el pecado venial?

Desgraciadamente no. Dada la debilidad humana, podemos estar seguros de que, por eso ó por aquello, darémos algunos pasos en falso, sino en materia grave, á lo menos en materia leve. *Siete veces cae el justo*, es decir, á menudo; son las propias palabras de la sagrada Escritura. La Iglesia llegó á condenar como herética la siguiente tésis de un soñador del siglo XVI, llamado Bayo: «Al verdadero cristiano le es posible no caer jamás en pecado, hasta venial.»

Lo que es posible, y lo que debemos hacer todos, tú y yo, es no querer nuestras faltas, ni áun las más leves: no cometerlas jamás deliberadamente; arrepentirnos de ellas inmediata y sinceramente; renovar todos los dias nuestra resolucion de permanecer fieles á Dios hasta en las menores cosas.

La oracion bien hecha por la mañana y por la noche, como más arriba hemos dicho; la atencion á la presencia de Dios en nuestro corazon; las buenas lecturas y la asiduidad en los ejercicios religiosos de la Asociacion ó de la parroquia; un tierno amor hácia la santísima Vírgen y hácia san José, y además de todo esto, la Comunion frecuente, bien dispuesta y bien cordial: tales son los medios más adecuados para hacernos evitar el pecado venial. Examínate, mira hasta qué punto llegas en cada uno de estos puntos, y toma sérias resoluciones para el porvenir.

—Pero, por más que hago, siempre caigo en las mismas faltas. Momentos hay en que casi pierdo la esperanza.

¿Perder la esperanza? ¡No faltaba más! Cuando se tiene fe y corazon, hijo mio, no se pierde la esperanza. Sean cuales fueren tu voluntad, tu virtud y tu piedad, jamás olvides que en el fondo no eres más que flaqueza y miseria; y cuando caigas, conténtate, como dice el buen san Francisco de Sales, con levantarte humildemente, es decir, con arrepentirte, sin enfadarte, sin desanimarte, sin ni siquiera sorprenderte. ¿Es acaso sorprendente que

la debilidad sea débil y que la miseria sea miserable?

¿Sabeis cuales son los que se desaniman ante sus debilidades y sus frecuentes recaidas? Son los jóvenes que se figuran ser casi perfectos y á quienes la necesidad de reconocerse y confesarse pecadores humilla mucho más que la desgracia misma de haber ofendido á Dios. Por amor propio, más bien que por amor de Dios, se irritan por haber caido. Y la prueba está en que les cuesta más de confesarse que de arrepentirse.

No, no tienes que desanimarte jamás, suceda lo que suceda. No, no tienes que sorprenderte tanto de que siempre vuelvas á caer en las mismas faltas; la mala tierra es la que produce las malas yerbas. Es el polvillo de cada dia que cada dia se tiene que quitar. En realidad en esto nuestra pobre alma se parece á nuestro cuerpo: las personas más limpias y más aseadas, cojen siempre un poco de polvo; y para ir siempre limpias, se ven precisadas á lavarse, peinarse y cepillarse cada dia. Tambien nuestra alma necesita purificarse todos los dias del mismo polvo que todos los dias la viene á cubrir.

Por lo demás, estas miserias cotidianas son muy útiles: sirven para humillarnos y para hacernos sentir á cada instante cuán débiles somos y cuánta necesidad tenemos del auxilio y de la misecordia de Dios.

—Pero ¿qué debo hacer para librarme de mis pecados veniales?

Como te decia hace poco, debes no complacerte

en ellos y arrepentirte en cuanto de los mismos tengas conciencia. Sin arrepentimiento no hay perdon posible para ningun pecado: la santidad infinita de Dios se opone á ello. «Mientras subsista la voluntad de cometerlo, el pecado, aunque sea venial, no puede ser perdonado,» —dice santo Tomás.

El remedio directo del pecado venial es el amor de Dios. ¡Qué bello y dulce remedio! ¿no es verdad, hijo mio? Y es sencillísimo: siendo el pecado venial una simple debilidad en el amor de Dios, el remedio está naturalmente en este mismo amor reavivado, excitado, aumentado. De suerte que un sólo acto de amor de Dios tiene el poder de borrar *todas* nuestras faltas veniales sin que haya necesidad de recordárnoslas actualmente y una por una. Pero ya comprendes que es preciso que este acto salga del corazon: si te contentares con rezar maquinalmente la fórmula del Catecismo: «Dios mio, yo os amo con todo mi corazon, con toda mi alma, etc...,» esto no serviria para nada. *Dios mira al corazon,* añade la sagrada Escritura; y es menester que sea el corazon el que hable por medio de los labios.

Por lo demás, no hay necesidad de decir una fórmula determinada: basta con que se exprese el amor de Dios. Podrás decir, por ejemplo: «¡Jesús, yo os amo!» O bien: «¡Dios mio! perdonadme: os amo con todo mi corazon.» O tambien: «Mi buen Jesús, yo os amo: tened piedad de mí!» O por fin, esta pequeña invocacion que el santo abate Olier, fundador de los seminarios en Francia, tenia cons-

tantemente en los labios: «¡Jesús, amor mio!» Toma la excelente costumbre, hijo mio, de hacer con frecuencia estos tan sencillos actos de amor de Dios. Con ellos se quemarán y desaparecerán tus pequeñas faltas habituales.

Y nota bien, que no es absolutamente necesario rezar estos actos y proferirlos exteriormente: basta con formularlos en el fondo del corazon, allí donde está Jesucristo, que no tiene necesidad de nuestras palabras para oirnos. Sin embargo, cuando puedas, dílas de corazon y de boca: son más eficaces y más saludables.

Además, para ayudarnos á librarnos de nuestras tras faltas veniales, la Iglesia nos ofrece muchos medios exteriores muy sencillos, entre otros el rezo piadoso del *Padre nuestro* y del *Confiteor*, la señal de la cruz con agua bendita, la lectura del Evangelio, la simple entrada en una iglesia consagrada, la asistencia á la Misa, el pan bendito, la bendicion de un Obispo, etc... Generalmente se hace poco caso de esos excelentes medios de diaria purificacion. Y sin embargo, cada uno de ellos basta, te lo repito, para borrar los pecados veniales que se ha tenido la desgracia de cometer.

Pero el mayor y más poderoso medio de combatir exteriormente el pecado venial, es la sagrada Comunion, como vamos á ver en seguida.

## VIII.

### De la sagrada Comunion bajo el punto de vista del pecado venial.

Cuando hablo aquí del pecado venial, entiendo los pecados de fragilidad, y no los pecados veniales cometidos delibèradamente, cometidos fácil y frecuentemente. Bien comprendido esto, te digo con la Iglesia que nuestras faltas veniales, nuestras debilidades y enfermedades de cada dia, en vez de alejarnos de la sagrada Comunion, deben más bien impulsarnos á ella. La Comunion frecuente es, en efecto, segun lo que nos enseña formalmente el Concilio de Trento y la Santa Séde, *el antídoto que nos libra de nuestras faltas cotidianas.*

Estas palabras, tan poco conocidas y menos meditadas, encierran para todos nosotros una gran leccion. Ellas nos enseñan que la sagrada Comunion es, no una recompensa debida á la fidelidad de los justos y de los perfectos, sino un remedio, *uñ antídoto* preparado por la misericordia de Dios para los débiles, los enfermos, los imperfectos, con la sola condicion de que tengan en el corazon una verdadera buena voluntad de evitar el pecado y ser fieles á Jesucristo. El dia en que habrás comprendido bien esto, mi querido Jaime, el dia en que empezarás á poner en práctica esta santa doctrina, habrás dado un paso inmenso en el camino de tu eterna salvacion.

No es solamente la Confesion, sino que es ade-

más y sobre todo la Comunion, lo que está destinado en los designios de Nuestro Señor Jesucristo á levantar á las buenas almas de sus debilidades de cada dia, consecuencia inevitable del pecado original y de las concupiscencias. Sí, por la Comunion es como nuestro misericordioso Salvador quiere purificarnos de nuestros pecados de fragilidad, sostenernos en las mil ocasiones de caer que se presentan en el decurso de nuestros dias, y conservarnos en su gracia y en su amor. Lo repito, hijo mio, esta es la pura y legítima enseñanza de nuestra Madre la santa Iglesia.

La Comunion frecuente (y por esta entiendo la Comunion de los domingos y de los dias festivos) tiene una doble ventaja: aumentando nuestra fe y nuestra buena voluntad, nos preserva de muchos pecados, no sólo mortales sí que tambien veniales; y además nos purifica de ese polvo de que hablábamos más arriba, es decir, de esa multitud de pequeñas faltas de amor propio, de flaqueza, de ligereza, de ignorancia, de ilusion, que diariamente empañan casi insensiblemente la perfecta pureza y el brillo de nuestra alma. «Por la verdad de este Sacramento, dice santo Tomás hablando de la sagrada Comunion, son borrados nuestros pecados veniales.» — ¡Y pensar despues de esto que hay jóvenes, y muchos, que tienen miedo de comulgar! ¡que dicen que es peligroso el comulgar con frecuencia, y que es faltar al respeto que se debe al Señor!

Pero entendámonos bien. Supongo siempre la

buena y sincera voluntad de evitar el mal tanto como se pueda, y de no cometerlo jamás como no sea por fragilidad y con mala disposicion de corazon. Está *bien dispuesto* un corazon cuando se halla en este estado, y está más ó menos *mal dispuesto*, segun que le falta más ó menos esta buena voluntad. En este último caso, en el cual no quiero suponer que tú puedas encontrarte, ó que cuando menos quieras sostenerte, las cosas cambian de aspecto. La voluntad más ó menos determinada de cometer el pecado venial es realmente incomparable con un sincero amor de Dios, y este amor sólido y sincero es el que se requiere para la Comunion frecuente. Ya lo ves, pues; si por desgracia cayeras en tal estado de negligencia, seria faltar al respeto y á la delicadeza debidos á Dios nuestro Señor en el santísimo Sacramento, el acercarte á Él tan á menudo como los cristianos bien dispuestos y preparados.

Sin embargo, hasta con las imperfectas disposiciones que acabo de indicar, no deberias vacilar en comulgar á menudo, cada domingo y á veces con mayor frecuencia, si tu padre espiritual te invitase á ello y lo juzgase necesario para preservarte del pecado mortal; y este caso es menos raro de lo que se cree. Ante todo es preciso adoptar los medios de mantenerse en estado de gracia por ser ésta la base fundamental de toda la vida cristiana, y siéndolo con mayor razon de la piedad. Esta regla es de inmensa importancia y nunca me cansaria de aconsejarte que adaptases á ella tu conducta, no

solamente ahora y durante los años de tu adolescencia, sino más tarde cuando seas hombre, durante toda tu vida.

Yo paso mi vida asistiendo á mudanzas admirables, á veces hasta súbitas, obradas por esta santa práctica de la Comunion frecuente, de la Comunion regular de todos los domingos y dias festivos. Conozco aprendices, jóvenes obreros, jóvenes de todas las condiciones, á quienes esta perseverante fidelidad ha hecho entrar y perseverar en un estado de alma tan puro y bueno que encanta. No son impecables: no es tal el objeto de la sagrada Comunion, ni frecuente ni cotidiana; pero en realidad casi no pecan. Sus faltas no tienen consecuencias ni raíces en la voluntad; y si alguna vez caen en pecado de alguna gravedad, se levantan pronta y fácilmente, y vuelven á encontrarse de pié sin que, por decirlo así, deje señal alguna su caida.

Para las almas buenas como la tuya, querido Jaime, la Comunion es el gran secreto de la perseverancia y del verdadero amor de Dios; acude á ella con frecuencia y alegría. Procura no pasar domingo alguno sin ir á robustecerte de nuevo en el Sacramento de la pureza y del amor. La santísima Vírgen te amará más cuanto más unido estés con Jesús; cuanto más vea que su adorable y adorado Hijo vive en tí y se convierte en Dueño de tu corazon, más te querrá, bendecirá y mirará como á su hijo muy amado.

## IX.

### De los pecados de escándalo y de sus diferentes formas.

Al terminar estas conferencias sobre el pecado, quiero llamar especialmente tu atencion, hijo mio, sobre una especie de pecados sumamente perniciosos, que se llaman *pecados de escándalo.*

El *pecado de escándalo* es el que se comete cuando, de cualquier manera, se hace pecar á los demás. Es un pecado que es la causa ú ocasion de otro ú otros pecados. Desde luego puedes ver, mi buen Jaime, el carácter especial y la particular gravedad de esta clase de pecados; es, por decirlo así, un gérmen de pecados, y este gérmen es á veces inextinguible, pudiendo hasta llegar á terribles é incalculables proporciones. Efectivamente, el pecado de escándalo nos hace responsables, no solamente, como los demás pecados, de nuestras faltas particulares, sino tambien y muy especialmente de todas las faltas que tenemos la desgracia de hacer cometer á los demás, sea directa ó indirectamente. Y con esto nos hacemos responsables de muchos pecados que no conocemos, porque, como decíamos, se ha sido causa ú ocasion de ellos.

Hé ahí las principales maneras de cometer el pecado de escándalo. Escucha bien:

1.° La primera, *mandando* el mal. A tu edad no es fácil que se pueda mandar cosa alguna; pero más tarde ya es diferente. No cabe duda alguna de

que un superior cualquiera que mande á sus subordinados hacer algo malo es directamente responsable de ello delante de Dios y de los hombres. Así un amo que mande á sus trabajadores ó aprendices que trabajen el domingo, bajo pena de despedirles, comete en primer lugar un pecado mortal por su propia cuenta y además carga su conciencia con el doble pecado mortal que cometen cada uno de aquellos infelices, á saber: el trabajo del domingo y la pérdida de la Misa.—Así tambien un padre ó una madre que mandan á sus hijos que vayan á robar algo en el jardin ó en el patio de un vecino, este padre ó madre, á más del pecado que cometen ellos mismos mandando violar la ley de Dios, se hacen culpables del pecado de sus hijos.

Esta primera fórmula del pecado de escándalo constituye la terrible responsabilidad de todos aquellos que mandan. Juzga por ahí de la extension que puede alcanzar el pecado de un soberano, de un ministro, de un general, de un prefecto, de un magistrado, de un industrial, de un alcalde, de una autoridad cualquiera, que teniendo á mano la fuerza, mandan el mal.

2.° La segunda manera de cometer el pecado de escándalo consiste, no en mandar, sino en *aconsejar* el mal. Das un mal consejo á un camarada: primer pecado para tí mismo. Este lo sigue: peca para él y para tí. Tu consejo es el que le ha hecho pecar y de él darás cuenta al tribunal de Dios. Así son todos los malos amigos: por esto, hijo mio, conviene huir de ellos como de la peste

peor. Los malos consejos dados á los niños, sobre todo en materia de costumbres, hacen muy especialmente culpables á los que los dan, porque hacen perder á estos pobrecitos su inocencia y les incitan al mal, á veces para siempre. Y por esto puede llegarse á ser responsable, no solamente del primer pecado, no solamente de toda la série de pecados que siguen al primero, sino hasta de la eterna condenacion de las almas que así han sido arrastradas al mal.

Esta segunda especie de pecados de escándalo es, por desgracia, harto frecuente en los talleres, en las escuelas y en las Asociaciones, y se desliza hasta entre los mejores. Es la vieja serpiente que prosigue cerca de las almas el oficio que inauguró cerca de Eva.

3.° Tercera especie de pecados de escándalo: *poner la causa directa* que hace ó hará pecar á los demás. Así, por ejemplo, escribir un libro malo, un libro impío ú obsceno, imprimirlo, editarlo, venderlo, comprarlo, darlo, prestarlo: el que comete este grande y muy grande pecado se hace, además, responsable ante Dios de todos los malos pensamientos y de todos los desórdenes de la mente del corazon ó del cuerpo que sean la consecuencia de aquella mala lectura. Este mal se multiplica hasta lo infinito, y el culpable que lo comete pone la causa de los pecados que se cometerán do quiera que su libro penetre: y ciento y doscientos años despues de su muerte será todavía la causa directa de todos los pecados que su libro haya ocasionado.

¡Ya ves, hijo mio, qué crímen, ó más bien qué multitud de crímenes cometió Voltaire, por ejemplo, cuando escribió y publicó sus blasfemias contra el Señor, contra la Vírgen santísima, contra la Iglesia y contra la fe! Ya ves la terrible extension del crímen que cometió Renan cuando escribió y publicó sus pérfidos ataques contra Jesucristo, traducidos en todos los idiomas del mundo y por do quier esparcidos por los francmasones. Calcula, si puedes, la extension del pecado de un Beranger, de un Piron y de tantos otros cancioneros impúdicos, cuyos obscenos estribillos se cantan hoy por do quiera y se cantarán tal vez por largo tiempo todavía. Piensa en la enormidad y en la multiplicacion del pecado de un novelista impio é impuro, tal como Paul de Kock, Pigault-Lebrun, Jorge Sand, Eugénio Sue y otros, que han envenenado y siguen envenenando á generaciones enteras.

Lo repito, son pecados innumerables, pecados que se multiplican cada dia. Cincuenta, cien años despues de muertos, estos grandes culpables pecan todavia y siguen pecando, pecando más y más. ¡Esto hace temblar por ellos!

Lo mismo dirémos de los pintores y grabadores que hacen ó reproducen cuadros indecentes; de los escultores que hacen esas estatuas cuya descarada desnudez atrae las miradas y excita los malos pensamientos de tantas personas. Y sin llegar á los artistas, hay que decir otro tanto de esos pilluelos que, en las paredes y en los excusados, dibujan infames representaciones ó escriben cosas repugnan-

tes. A más del gravísimo pecado que entonces cometen, ponen la causa de millones de pecados de que responderán en el justísimo juicio de Dios.

Cometen, por último, esta misma clase de pecados de escándalo aquellos que crean, bajo una forma cualquiera, centros de pecado, tales como un mal teatro, un baile público, una mala casa, una lógia de francmasones, una escuela protestante, un templo herético, etc., etc.; ó bien los que hacen ó publican uno de esos mil malos periódicos demagógicos é impíos, cuyos nombres conoce todo el mundo y que cada dia penetran hasta la buhardilla del obrero y la choza del labrador, para sembrar en ellas la corrupcion y la muerte. No vacilo en afirmar que estos pecados son peores que los robos y los asesinatos que conducen al patíbulo.

4.° La cuarta especie de pecados de escándalo es el *mal ejemplo*. Los ejemplos hablan con frecuencia con más fuerza que los libros y los discursos. Cuando son malos, los ejemplos son detestables y corruptores; y el que tiene la desgracia de darlos á los demás toma sobre su cabeza su pecado personal y todos los pecados ajenos nacidos del suyo.

En los jóvenes es muy comun este pecado de escándalo. Examínate, mi querido Jaime; si te acuerdas de haber dado alguna vez malos ejemplos, pide á Dios que te perdone y ruega por todos aquellos á quienes has escandalizado, esto es, arrastrado al mal. Forma la enérgica resolucion de nunca dar

en torno tuyo más que buenos ejemplos, y con mayor motivo no darlos jamás malos, ni en la familia, ni en la escuela, ni en la Asociacion, ni en el taller, ni más adelante en el ejército ni en parte alguna.

¡Cuántos infelices niños, aprendices y jóvenes se han perdido por el contagio del mal ejemplo! ¡Cuántas excelentes escuelas han sido contaminadas durante largos años por la sola influencia del ejemplo de tres, cuatro ó cinco muchachos de mala índole! Los demás les han seguido como corderos, y han hecho el mal despues de ellos y por causa de ellos. ¡Cuántos talleres dignísimos han visto completamente maleada su atmósfera por la influencia de un solo pilluelo, fanfarron de impiedad ó fanfarron de vicio! ¡Y cuántas Asociaciones y Círculos, del todo excelentes, llenos de fe y de fervor, se han visto degenerar en menos de un año á consecuencia de los ejemplos de una mala cabeza, de falta de sumision ó de alguna cosa peor! De algunos sé que jamás han podido levantarse y que ha sido preciso cerrar. ¿Quién fué, quién es el autor de este contratiempo? Aquel ó aquellos que con sus malos ejemplos introdujeron en ellos los elementos de su descomposicion. Ellos son los responsables de todo el mal que han causado á gran número de niños y de familias, y proporcionalmente de todo el bien que han impedido que se hiciera.

Pero no es esto todo, y vamos á ver las otras formas de que puede todavía revestirse el horrible *pecado de escándalo.*

## X.

### De algunas otras formas del pecado de escándalo.

Hemos dicho que los pecados de escándalo son aquellos que para los demás se convierten en causa ú ocasion de pecar. Son pecados personales, complicados, agravados y multiplicados por los pecados ajenos. Hemos indicado las cuatro primeras formas bajo las que se puede cometer esta dañina especie de pecados, á saber: cuando se manda el mal, cuando se aconseja, cuando se pone directamente la causa y cuando se da el ejemplo. Continuemos esta triste pero utilísima clasificacion, y en cada número, mi querido Jaime, examínate y si es menester refórmate.

5.° La quinta manera de cometer este malaventurado pecado, es la de *ayudar á hacerlo*. Así, por ejemplo, sostener la escalera ó hacer centinela mientras un compañero escala una pared y entra en una casa para dar en ella algun disgusto; hacer de tercero en una correspondencia ilícita; comprar y traer á los demás un libro malo ó grabados indecorosos ó cosas por el estilo; es hacerse lisa y llanamente responsable de esos pecados, puesto que se coopera á ellos y las más de las veces no serian posibles sin su cooperacion.

Es indudable que un criado, por ejemplo, á más de su pecado personal, se carga la conciencia con los pecados que cometen su señor ó alguno de sus ca-

maradas cuando se entiende con él para dejarle salir de noche sin que nadie lo sepa, y para ayudarle á volver á entrar, sin meter ruido, al regreso de un baile ó de alguna mala escapatoria.

6.° Se es tambien responsable de los pecados de los demás cuando se les *aprueban* más ó menos formalmente. En el taller ó en el Círculo un compañero hace burla en tu presencia de la Religion, ó habla de cosas súcias, y por respeto humano, y hasta por ligereza y simpatía, ries y le das á entender que eres de su opinion: participas de su falta.

Nada hay más comun que esta aprobacion dada al mal por falta de carácter. Se envalentona á los que hacen el mal y se les excita á continuar, mientras que con un poco más de fe y de energía se les haria tal vez emprender retirada.

En todos los talleres y hásta en todas las Asociaciones se encuentran de esos malos embrolladores, que se hacen el libertino y cuentan cosas indecentes, y todo para conquistar algunas risas y algunos aplausos. Si se les rechazase, cesarian y no tendrian gana de volver á empezar. De consiguiente, si les aplaudes, te conviertes, hijo mio, en otro cómplice de esos tristes bufones; y quien dice cómplice, dice culpable. Jamás aplaudas al mal: jamás lo apruebes.

7.° Otra forma, desgraciadamente muy frecuente, del pecado de escándalo consiste en *consentir* el mal. Es menos grave que aplaudirlo: en el simple consentimiento hay más debilidad que

malicia, pero es culpable esta debilidad, y puede hacernos partícipes de faltas gravísimas y hasta de crímenes.

¡Cuántos niños y jóvenes hay que únicamente hacen el mal porque se les propone! Siempre son raros, á Dios gracias, los corruptores; pero desgraciadamente los caracteres débiles están á la órden del dia, hasta entre los buenos; y basta un mal compañero para arrastrar en pos á todo un rebaño de esos. Los carneros son buenos, pero son tontos; y te aconsejo firmemente, mi buen Jaime, que no imites en este punto su necedad.

Resiste enérgicamente al mal desde el instante mismo en que se te proponga. He conocido á un guapo muchacho llamado Enrique, hijo de un militar, y que tenia tanta sangre en las venas como fe y piedad en el corazon. Tenia quince años é iba todavía á la escuela. A la mitad de no sé qué clase, oye ruido el profesor, se vuelve, mira, y ve á mi Enrique de pié con los ojos centelleantes, la indignacion retratada en la frente y con la mano levantada y á punto de caer sobre un condiscípulo que tenia al lado. Este acababa de hacerle no sé qué proposicion ligeramente infame.

—Repítelo,—habia gritado el bravo Enrique irguiéndose cuan alto era;—repítelo, y te planto la mano en la cara.

El profesor, momentáneamente sorprendido, felicitó á su animoso discípulo en cuanto se hubo enterado del caso; todos sus condiscípulos hicieron otro tanto, y no se sabe que el pilluelo volviese á tentar el vado.

8.° Cométese el pecado de escándalo *tolerando* el mal, cuando se puede impedir. Claro está que, cuando se puede, se debe en conciencia impedir el mal. No impedirlo es participar indirectamente de él.

No siempre se puede impedir el mal; pero muchas veces se impediria si se quisiese, si se tuviese un poco más de fe ó de energía. Así, por ejemplo: ¿te creerias en conciencia desobligado si sabiendo que se urde un complot en el Círculo ó en tu casa no advirtieses á tus padres ó al director? ¿No serias responsable del mal que habrias podido impedir? Un mal compañero introduce en tu escuela libros protestantes ó libros inmorales: ¿no comprendes que, siendo un muchacho cristiano y honrado, tienes en conciencia la obligacion de prevenir á aquellos que pueden hacer cesar ese desórden?

Se dirá que esto es ser soplon ó espía. No es verdad: soplar ó espiar es malo, y nunca debe hacerse. Lo que yo pido es un acto de valor y de caridad. Denunciar el lobo ó el fuego, es un acto de caridad. Denunciar el lobo es salvar al rebaño; advertir el fuego en cuanto se distinguen las primeras llamas es salvar la casa.

Un *soplon*, como se llama á los noticieros, es aquel que denuncia á un camarada por el odioso placer de hacerle castigar: es una pura maldad, acompañada de algo de cobardía y de sorna. Nunca se ha de querer ser soplon. Pero denunciar el lobo es cosa muy diferente. Cuando se advierte á la au-

toridad para que pueda impedir el mal, cuando se advierte al pastor para que pueda salvar al rebaño, se ejecuta un acto sumamente meritorio, muchas veces animoso, siempre una obra de caridad y de conciencia.

No es que se trate de hacer castigar á un compañero: se quiere únicamente, ó cuando menos ante todo, privarle de hacer daño á los demás. Si de ahí le viene un castigo, peor para él. ¿Se debe acaso dejar que se queme la casa con sus habitantes por temor de que el incendiario sea detenido por los gendarmes?

Ahora que los pícaros llamen *soplon* ó *espía* al compañero digno y concienzudo que cumple con su deber, libres son de decirlo. Pero la palabra no afecta á la cosa: ante todo hay que hacer el bien. Nunca mejor ocasion que ésta para aplicar aquí el refran: *Haz lo que debas, suceda lo que suceda.*

9.° Por último, la última forma del pecado de escándalo, que nos hace participar indirecta, pero verdaderamente, de los pecados de los demás, es el *sacar conscientemente provecho* de ellos. Tu compañero ha robado veinte francos á su padre; lo sabes: él propone á tí y á dos ó tres compañeros más ir á divertiros con ese dinero, ir á la fonda, al café, al baile... y aceptais: tú y los otros participais del pecado del ladron.

Igualmente si aceptas un libro, áun cuando sea un buen libro, robado al librero, al maestro ó al condiscípulo, y otras cosas por el estilo.

Tales son, hijo mio, las nueve diferentes formas

con que puede revestirse el detestable pecado que aquí te señalo. No lo olvides jamás: te harás responsable de los pecados ajenos si los ordenas, si los aconsejas, si pones la causa de ellos, si das el ejemplo de ellos, si ayudas á cometerlos, si los apoyas y los aplaudes, si los consientes, si pudiendo impedirlos los toleras, y por último si te aprovechas de ellos. El pecado de escándalo es, en este sentido, el más grave, el más considerable de topos. Evítale, pues, como el fuego.

Y hé ahí ya terminado este asunto tan temible y tan práctico: el pecado. Relee de vez en cuando, mi buen Jaime, las diez breves conferencias que á él hemos consagrado. Esto te ayudará poderosamente á ver claro en tu vida cotidiana y á preservarte, en muchas circunstancias, de la mayor de todas las desventuras, la de ofender al Corazon de tu Dios.

---

# CAPÍTULO VI.

## La falsa piedad.

### I.

### En qué consiste la falsa piedad y cuán peligrosa es.

Entiéndese por *falsa piedad* la ilusion de ciertas personas que creen tener piedad y que sólo la tienen en apariencia. Es como la moneda falsa, que parece buena sin serlo.

La falsa piedad está mucho más extendida de lo que se cree. Escuchando lo que sobre este punto tengo que decirte, examínate tambien sériamente, mi querido hijo, y ve lo que haya de reformarse en tu piedad.

—¿En qué consiste, pues, esta ilusion á que dais el nombre de falsa piedad?

Consiste generalmente en contentarse de prácticas exteriores de religion, sin tomarse gran trabajo en reprimir las propias faltas y en adquirir virtudes sólidas; ó bien, lo que no es menos perjudicial, en despreciar ciertas prácticas esenciales en la creencia de que bastan los buenos sentimientos para agradar á Dios é ir al cielo.

Ya ves, mi buen Jaime, cuán importante es que te examines bien sobre estos dos puntos. En primer lugar, ¿eres tú de aquellos que se contentan con las costumbres buenas y virtuosas y que sólo á la ligera y como de léjos velan por la pureza de su conciencia? Estos son los que dicen:

—Yo nunca dejo mi oracion de mañana y noche, y son contados los dias en que no rezo á lo menos una parte de Rosario: no trabajo los domingos: voy á Misa y al Oficio: el señor Cura está muy contento de mí: me confieso cada mes con toda regularidad, y hasta á veces más á menudo, y comulgo muy gustoso: tengo en mi cuarto un bonito Crucifijo, una hermosa imágen de la Vírgen y agua bendita: llevo encima dos escapularios y tres medallas, y todo el mundo me encuentra muy piadoso.

Y durmiéndose en eso, el tal buen muchacho no

se ocupa gran cosa del fondo de su conciencia, ni de reprimir tal ó cual naciente defecto, ni tal ó cual vicio que comienza á apuntar; la molicie, por ejemplo, ó la intemperancia, ó la vanidad, ó el mal genio, ó los juegos interesados, ó los placeres peligrosos, ó la funesta manía de leerlo todo... Opérase poco á poco una revolucion en el corazon de este pobre jóven: repártese entre el bien y el mal, y su vida ofrece la más singular mezcolanza de prácticas cristianas y de defectos muy poco edificantes, de que los malos compañeros se aprovechan para declamar contra la piedad.

Examinemos despues si, por el contrario, te sentirás inclinado á hacer como tantos otros jóvenes que, haciéndose ilusiones sobre el cumplimiento de sus deberes, creen que para ser buen cristiano basta ser hombre honrado, respetar la Religion, evitar el mal y tener buen corazon. Bajo este pretexto desdeñan ciertos excelentes actos del servicio de Dios, no tienen bastante cuidado con los mandamientos de la Iglesia, de la Cuaresma y de los dias de abstinencia; practican poco los Sacramentos, no rezan bastante, descuidan la devocion á la santísima Vírgen y se deslizan poco á poco en la tibieza. Estos se ilusionan lo mismo que los primeros, y ni los unos ni los otros sirven al Señor como el Señor quiere ser servido.

Sea cual sea la forma de que se revista, la falsa piedad trae deplorables consecuencias, tanto para nosotros mismos como para los demás.

Para nosotros mismos, porque nos engaña ha-

ciéndonos creer que servimos á Jesucristo, mientras que en realidad estamos llenos de amor propio, y á veces hasta separados de Dios por el pecado mortal. Especialísimamente peligrosa es aquí la ilusion: es la ilusion del fariseo á quien tanto cegaron sus prácticas religiosas, que puede decirse que ellas le perdieron.

Para los demás, porque escandaliza á gran número de fieles y perjudica mucho á la verdadera piedad, que los enemigos de la Religion confunden con la falsa. Los mundanos se figuran, en efecto, que esos católicos de contrabando son piadosos, y por ellos juzgan de todos los demás.

Las chocantes defectuosidades de la falsa piedad son las que más han contribuido á hacer tomar en mal sentido, entre los mundanos, los nombres de *devoto* y de *devota*. Considerada en sí misma, nada más bello que esta denominacion: *devoto* viene, en efecto, de una palabra latina que significa *abnegado,* atento. ¿Qué cosa más bella y más noble que la abnegacion? y entre todas las abnegaciones, la más excelente ¿no es la abnegacion para con Dios? Sin embargo, la malicia de la impiedad por una parte, y por otra las extravagancias de la falsa piedad, han llegado á hacer el nombre de *devoto,* y sobre todo el de *devota,* sino despreciable, á lo menos ridículo y mal sonante.

Si algun malcriado cree injuriarte, mi excelente Jaime, llamándote devoto, déjale decir y búrlate de su ignorancia. Sé devoto en el verdadero sentido de la palabra, es decir, cordialmente adicto á

tu buen Jesús, á su adorable Sacramento, á su Madre santísima, á su Iglesia, á su Vicario nuestro santo Padre el Papa, y en general á todo lo que Dios ama y bendice.

Los que declaman contra los *devotos* son casi todos, por no decir todos, individuos más ó menos averiados bajo el punto de vista de la fe y de las costumbres. Estos son los *espíritus fuertes* de garito y de taller, que no van á Misa, que viven sin Dios, y las más de las veces de una manera muy poco honrosa. Para ellos devoto es sinónimo de cristiano, y sus invectivas son una honra para el verdadero servidor de Dios.

Deja que digan y se rian. Las más de las veces gritan contra tí únicamente para no oir la voz de su conciencia que les dice: «Tú deberias hacer como él: ¿por qué no haces tú lo que él hace? No eres más que un cobarde.»

Valor, pues, hijo mio. Sirve á tu Dios sin miedo y sin vacilaciones. El que persevera en la piedad, en la buena y verdadera piedad, en medio de las luchas, no hace más que ganar méritos delante de Dios y delante de los hombres.

## II.

### De qué proviene la falsa piedad y cómo podemos garantirnos de ella.

Las causas ordinarias de la falta de piedad son, ante todo, la ignorancia de los principios y reglas de la verdadera piedad cristiana, y á veces tam-

bien las ilusiones del amor propio y la obstinacion en las ideas propias.

Nada hay más frecuente, sobre todo entre la juventud obrera, que la ignorancia de los verdaderos principios y de las verdaderas reglas de la piedad; y francamente, muchas veces no es de nadie la culpa. De cada cien aprendices ó jóvenes obreros hay más de noventa que, poco despues de su primera Comunion y de la Confirmacion, puestos en aprendizaje, han interrumpido forzosamente el aprender el catecismo y se han ido con el ligerísimo bagaje de instruccion religiosa elemental que habian recibido al prepararse para su primera Comunion. Estos elementos de instruccion cristiana son ciertamente muy necesarios y hasta absolutamente indispensables; pero distan mucho de ser suficientes, sobre todo bajo el punto de vista de la piedad. Son los cimientos de la casa; pero de esto á la casa hay mucha diferencia.

De esto puedes ya deducir, mi querido Jaime, la inmensa utilidad y la excelencia de esos Círculos, de esas Asociaciones católicas, donde cada domingo se continúa, bajo una forma familiar esencialmente inteligible y práctica, el curso de instrucciones destinado á desarrollar poco á poco los preciosos gérmenes del catecismo y á formar para el servicio de Dios la mente y el corazon del jóven obrero que quiere conservarse cristiano. Las ordinarias instrucciones de las parroquias, con ser tan excelentes, sólo imperfectamente llenan es-

te objeto; hechas principalmente para las personas de mayor edad, nada tienen especial para el aprendiz y para el jóven, y muchas veces son demasiado fuertes para él, y por consiguiente le aprovechan mucho menos.

Si tienes, pues, hijo mio, la dicha de tener en la ciudad ó en el pueblo donde vivas una de estas Asociaciones católicas que, á Dios gracias, se multiplican actualmente por dó quier, haz todo lo posible para entrar en ellas, y cuando hayas sido admitido, aplícate especialísimamente en instruirte á fondo en los principios y en las reglas del servicio del Señor.

Además de las instrucciones propiamente dichas que en ellas recibirás de la boca del sacerdote y de los buenos consejos que en ellas te darán cristianos de probada fe, pide que se sirvan prestarte algunos buenos libros, á fin de suplir con su lectura lo que el sacerdote no siempre puede decir.

Entre estos libros te recomiendo muy especialmente las vidas de los Santos: no estas pequeñas vidas de tal manera reasumidas que no ofrecen detalle alguno, sino esas bellas y excelentes vidas en uno ó más volúmenes, que permiten adquirir una especie de conocimiento íntimo del Santo ó de la Santa de que tratan, y que inician al lector en el espíritu, en los sentimientos, en las costumbres de esos grandes servidores de Dios. La vida de los Santos es, despues de la lectura del Evangelio, la más excelente de todas las lecciones de piedad y de amor de Dios. Todo el mundo puede compren-

der esas lecciones, porque comprenden á la vez la moral cristiana en teoría y en accion. Es como la música cantada, cuya belleza pueden todos comprender con sólo tener oido.

Entre los Santos te recomiendo muy especialmente á tres, cuyos ejemplos y admirables escritos pueden aprovecharte más y formarte en la piedad: son, á saber, el humilde y pobre san Francisco de Asis, san Francisco de Sales, y por último san Vicente de Paul. No excluyo por eso á los otros, que, cada uno en su género, ofrecen admirables ejemplos de todas las virtudes; pero te indico esas tres como especialísimamente provechosas para tu alma. A ellas añadiré la relacion de las Actas de los Mártires, antiguas y modernas, y por consiguiente los *Anales de la propagacion de la fe:* la sangre de los Mártires habla más alto y mejor que los libros más bellos.

Tal es, mi querido Jaime, la causa primera y más habitual de la falsa piedad: la ignorancia de los verdaderos principios.

Las otras dos son más personales y dependen más de nuestra voluntad: son, como te indicaba hace poco, el amor propio con sus ilusiones, y, como consecuencia casi inevitable de este amor propio, la obstinacion en las propias ideas.

He conocido muchos jovencitos, muy buenos en el fondo, muy amables, que prometian ser un dia jóvenes modelos, y á quienes el amor propio ha hecho desviar. Llegados á tu edad, á los quince, diez y seis ó diez y siete años, se han creido pe-

queños sabios: no han querido escuchar más á sus padres ni á sus maestros; hasta su Padre espiritual ha perdido poco á poco el ascendiente, tan legítimo y tan saludable, de su autoridad sobre su espíritu, y no escuchando más que á ellos mismos, ó, lo que era todavía peor, escuchando únicamente á compañeros aturdidos y faltos de experiencia, han caido de inconsecuencia en inconsecuencia, han hecho mil torpezas que de buena ó de mala gana han tenido que tragar, se han vuelto desobedientes, impertinentes, testarudos y absurdos, y sin llegar á ser del todo malos, sin perder completamente sus buenos hábitos religiosos, han degenerado en gran manera y han destruido las más legítimas esperanzas.

Si te reconoces á tí en este retrato, hijo mio, detente mientras estás á tiempo todavía. Desanda tu camino; vuelve á ser lo que eras hace uno ó dos años, dócil, bueno, obediente á las direcciones de tu confesor, desconfiado de tí mismo, modesto, sencillo y sólida y sériamente cristiano.

Como ves, el amor propio es el padre del orgullo, y el orgullo es el enemigo más directo de la buena y verdadera piedad católica. Cuanto más humilde, más cristiano se es. Cuanto más sumiso de espíritu y de corazon serás á las santas direcciones de tu confesor y de tus cristianos padres, más fácil te será, mi querido Jaime, evitar las acechanzas del demonio y sostenerte verdadero servidor, verdadero discípulo de Aquel que ha dicho: *Yo he dado el ejemplo á fin de que hagais lo que Yo*

*he hecho;* y que, por medio de su divino Espíritu, vive y reina en tu estimada alma.

Si sigues los pequeños consejos que acabo de darte, tu piedad será siempre verdadera, sin mezcla alguna y segun el Corazon de Jesucristo. Llegarás paulatinamente á ser un cristiano verdaderamente instruido en las vias de la santificacion y de la salvacion. Comprenderás que la obediencia es, sobre todo á tu edad, la base y la salvaguardia de toda virtud sólida; que las prácticas exteriores, inclusos los mismos Sacramentos, no son sino medios, pero medios indispensables para permanecer unido á Jesucristo y para vivir santamente. En una palabra, evitarás los peligrosos escollos de la falsa piedad, que tan fácilmente pueden hacer zozobrar tu navecilla y perderte para siempre.

---

# CAPÍTULO VII.

## Cualidades de la verdadera piedad.

### I.

### De las cualidades que ha de tener la verdadera piedad, y como ante todo ha de ser católica.

Nuestra piedad, para ser verdadera, sólida y perfecta, para santificarnos bien y para edificar al prójimo, tiene que estar revestida de ciertas cualidades; y la primera de todas es la de que sea real y plenamente *católica.*

Llamo piedad real y plenamente católica á la que se regula siempre y en todo por los principios propuestos por la Iglesia, y especialmente por la Iglesia Romana, Madre y Maestra de todas las Iglesias del mundo. La Iglesia Romana, cuyo legítimo obispo es el Papa, y que, por esta razon, tiene privilegios de que no gozan las otras, conserva la doctrina y las tradiciones de la verdadera fe. Es tambien cierto que conserva y conservará siempre el depósito no menos precioso de la verdadera piedad, que al fin no es sino la práctica de la verdadera fe. Y lo es igualmente que toda doctrina que no esté de acuerdo con la doctrina y las enseñanzas del Papa y de la Iglesia Romana está convicta de error, como tambien toda piedad que se aparta de las enseñanzas y de las tradiciones de la Iglesia nuestra Madre es una piedad falsa, una piedad adulterada.

La piedad, en efecto, se nos propone é impone, lo mismo que la fe, por el Vicario de Jesucristo, Jefe supremo de su Iglesia y Doctor infalible de su santa Religion. La piedad, lo mismo que la fe, no es cuestion de capricho ó de sentimiento, dejada á la merced de cada cual, y que cada cual puede modificar á su antojo. Nuestros obispos, y con ellos nuestros sacerdotes, nos transmiten los principios, las leyes, las reglas de la verdadera piedad cristiana; y así como su primer deber es el de transmitirnos estos principios sin cambiar nada, así tambien el primer deber que tenemos todos nosotros, sabios é ignorantes, viejos ó jóvenes, ricos ó

pobres, es el de poner fielmente en práctica estos principios y estas reglas, sin querer forjarnos, como los protestantes, una piedad convencional y de capricho. En materia de piedad, como en materia de fe, es menester ser sumiso á la Iglesia, y ser esto antes que todo. Unicamente á este precio se es católico; y esto es lo que se ha de entender por una piedad verdaderamente católica.

Esta buena y verdadera piedad, única que está conforme con el corazon de Jesucristo, entiende la práctica interior y exterior de la Religion, la práctica de los Sacramentos y de todos los ejercicios de devocion, como la entiende la Iglesia y como la enseña la Santa Sede. Ama y aprueba lo que aprueba la autoridad católica, adopta lo que ella aconseja, y rechaza lo que ella condena.

Es una piedad que no se conduce segun sus ideas propias, segun sus preocupaciones de educacion ó de país; que no se forja por sí misma imaginarios principios de virtud ni de perfeccion.

Hijo mio, sé profundamente católico en tu piedad como en todas las cosas. Con la Iglesia, sé todo de Jesús, búscale en todo, adórale, amále con todo tu corazon. Atento á su presencia, fiel á su gracia, permanece íntimamente unido á El en el vivo santuario de tu alma. Acude ló más á menudo, lo más piadosamente que puedas, á recibirle en su tres veces santo, bueno y adorable Sacramento, en el cual se da á tí para conservarte suyo. Ama á su Madre, ama á su Iglesia, ama á su Vicario, ama á sus sacerdotes.

La verdadera piedad católica descansa toda entera sobre la piedra angular de la santidad, sobre el único cimiento puesto por el mismo Dios, y que es Jesucristo: Jesucristo, tal como la Iglesia nos le da: Jesucristo, tal como le propone á nuestro amor y á nuestra imitacion.

Así, pues, la primera cualidad que ha de tener nuestra piedad para ser verdadera y pura, es la de ser católica, es decir, de tener al Vicario de Jesucristo por director y director supremo, y al mismo Jesucristo por centro y por soberano amor.

## II.

### De otras várias cualidades que ha de tener la verdadera piedad.

Queda, pues, sentado que la primera cualidad que ha de tener nuestra piedad es la de ser plenamente católica. Vamos ahora á ver que ha de ser además inteligente é instruida, positiva y práctica, y por último cordial.

1. *Inteligente* é *instruida.* Tu piedad, mi querido Jaime, ha de ser inteligente, y por consiguiente ilustrada é instruida. Ya recuerdas lo que más arriba decíamos de los peligros de la ignorancia en materia de religion y de piedad. Si la ignorancia es una de las causas principales de la falsa piedad, puede afirmarse que un conocimiento bien exacto y un estudio bien concienzudo de todo lo concerniente al servicio de Jesucristo son

uno de los elementos más esenciales de la verdadera y sólida piedad.

Sí, es menester instruirte, é instruirte á fondo en todo lo concerniente á la oracion, que es como el alma y la aspiracion de la piedad. Sobre esto encontrarás excelentes direcciones en la *Introduccion* de san Francisco de Sales, en uno de los tratados de la *Perfeccion cristiana* de Rodriguez, y por último, sin hablar de otros muchos buenos libros, en un opúsculo de san Alfonso de Ligorio, intitulado *Del gran medio de la oracion*. San Alfonso decia que aquel librito era, á su entender, el mejor de todos los que habia compuesto. La oracion es, en efecto, una ciencia, cuyas leyes conviene conocer, y por consiguiente aprender; un arte que todo verdadero cristiano debe conocer y practicar.

Necesitas instruirte, sobre todo, en las virtudes cristianas, y para esto te indico tambien dos excelentes fuentes: la *Introduccion* que te acabo de citar y una pequeña obra maestra del mismo san Alfonso de Ligorio, que tiene por título: *Práctica del amor á Jesucristo*. Has de instruirte de una manera muy precisa sobre lo que es bien y lo que es mal, sobre lo que está simplemente aconsejado, lo que está terminantemente prohibido y lo que está simplemente señalado como peligroso.

Has de instruirte en las reglas de la devocion al santísimo Sacramento, al sagrado Corazon, á la Vírgen santísima, á san José, á los Santos; en una palabra, en todo lo que atañe á la vida y á las perfecciones cristianas.

Tambien aquí tocamos con el dedo la utilidad de las casas de Patronato, de los Círculos católicos de jóvenes y otras Asociaciones buenas, cuya sólida instruccion religiosa, hecha con toda regularidad cada domingo, es como la luz que alumbra, como la llama que calienta y vivifica.

Cuanto más instruido estés en materia de piedad, más fácil te será, mi querido hijo, servir bien á Dios. Con ello evitarás el insoportable azote de los escrúpulos, que provienen casi siempre de un conocimiento incompleto ó falseado de la moral cristiana. No tendrás que temer tampoco las supersticiones que producen una fe ininteligente y creencias mal definidas. En fin, la piedad evitará el doble escollo del rigorismo y del relajamiento, dos pestes tan fatales la una como la otra.

Conociendo así de una manera precisa lo que es de precepto y lo que es de consejo, lo que es pecado y lo que es imperfeccion, sacarás de esta luz una gran fuerza para seguir siempre el buen camino, para ser á la vez ferviente y razonable en tu fervor, respetable y por consiguiente respetado en tu piedad. Nada hay más contrario al espíritu cristiano que una piedad mezquina, estrecha y baja.

2. La verdadera piedad ha de ser *positiva* y *práctica*. Entiendo con eso que en nuestra piedad hemos de evitar con gran cuidado las sutilezas, las abstracciones metafísicas, no vivir entre teorías que sólo servirian para divertir la imaginacion y para satisfacer la curiosidad, y no darian las más de las veces otro resultado que el de enorgullecernos haciéndonos creer que somos raza de sabios.

No está ahí el servicio de Dios, ni se sostiene así en las nubes el amor de Jesucristo. Que los pietistas protestantes se mantengan así en la region aérea, sea. Pero nosotros, hijos de Dios y de su Iglesia, no debemos contentarnos con esta vaga religiosidad, más ó menos poética, seductora á veces, pero siempre hueca, que desciende únicamente de las regiones de la imaginacion y del sensibilismo.

En la piedad del verdadero católico, todo ha de tender á la práctica de las virtudes. Las doctrinas espirituales más elevadas, cuando son verdaderas, son siempre prácticas, pues el Señor cuando ilumina nuestra inteligencia lo hace para llegar á nuestro corazon, para santificar el libre ejercicio de nuestra voluntad, y para llenar así con su gracia todo el plan de nuestra vida.

Este carácter esencialmente práctico y santificante es el sello de los verdaderos libros de piedad, como lo es de los verdaderos sacerdotes, de los santos predicadores y confesores. Encuéntrase en todos los escritos de los Santos y en la historia de sus vidas, cuando esta historia está bien hecha. Todo en la Iglesia está destinado á hacer conocer, á hacer servir, á hacer amar á Jesucristo; y lo que no tiende á este objeto directa ó indirectamente, no es digno de ocupar un solo instante la imaginacion de un cristiano.

3. La verdadera piedad ha de ser *buena* y *cordial*. ¿Qué es, en efecto, mi querido Jaime, la piedad cristiana, sino el amor filial que Jesucristo nos comunica para Dios su Padre, convertido por la gra-

cia en nuestro Padre, y para la santísima Vírgen su Madre, convertida tambien en nuestra Madre universal? Su amor hácia la Iglesia y hácia todos los hombres es el que su divino Corazon comunica al nuestro, y el que nos hace unir al amor de Dios y de la santísima Vírgen el amor de la Iglesia y del prójimo. Así, pues, toda la piedad se reduce al amor y santa caridad de Jesucristo.

Ahora bien, el amor dilata el corazon, y nos hace buenos, afectuosos, tiernos, amantes y desprendidos. Produce en nuestro corazon lo que en el oro el fuego: le calienta, le penetra, le destruye su dureza natural para ablandarle, derretirle y hacerle así capaz de adaptarse á todas las necesidades. Así un cristiano que no tuviese corazon, ó cuyo corazon fuera seco, duro, sin afeccion, sin bondad, sin misericordia, no seria más que una apariencia de cristiano.

La piedad, cuando es de buena ley, nos inspira siempre, con el saludable temor del pecado, una confianza sin límites en la infinita bondad de Dios, nuestro Padre y Salvador. Ella nos hace amar su misericordia, que no es más que una forma admirabilísima de su dulce y santo amor. Ella nos lanza, por decirlo así, en cuerpo y alma á los abismos de su sagrado Corazon y, lo que viene á ser lo mismo, á los maternales brazos y al Corazon inmaculado de María.

Ten, pues, cuidado, hijo mio, con esta piedad de cabeza y de imaginacion que deja seco y duro el corazon; y por otra parte, nunca tomes como

una buena piedad de amor lo que es sólo una devocion puramente sentimental, que se contenta con afecciones, se nutre de enternecimientos, sin jamás traducirse sériamente en sacrificios ni para con Dios, ni para con la Iglesia, ni para con el prójimo. El verdadero amor vive de sacrificios. Jamás dice *demasiado*, ni tan siquiera *bastante*.

Así, pues, para ser verdadera y de buen cuño, nuestra piedad ha de ser ante todo católica, y además inteligente é instruida, positiva y práctica, y por último, amante, buena y cordial. ¡Oh, Dios mio, cuán dichosos seríamos si fuésemos todos así!

Pero no esto todo, y nuestra piedad ha de ir revestida de otras cualidades que he de señalarte todavía.

## III.

### De otras cuatro preciosas cualidades que distinguen la verdadera piedad.

Las diversas cualidades que adornan y hacen resplandecer la verdadera piedad parécense á los diversos trajes de que un rey quiere ver provista á la reina su esposa, á fin de que todos sus súbditos le rindan más gustosos los honores debidos. Y así como este aderezo real se compone forzosamente de gran número de piezas, así tambien el régio vestido de la piedad está formado por muchas cualidades, á cual más preciosas, y concurriendo cada una de ellas á hacerla brillar con todo esplendor. El gran Rey del cielo, Jesucristo,

quiere que el alma cristiana, su esposa, esté así adornada, y sólo con esta condicion se digna hacerla sentar á su lado.

Hemos visto las cuatro primeras piezas de este precioso vestido, las cuatro primeras cualidades de que nuestra piedad debe estar revestida y adornada. Hé ahí otras cuatro, no menos excelentes y no menos necesarias.

1. La verdadera piedad es *dulce, indulgente* y *caritativa*. Hemos de ser severos con nosotros mismos é indulgentes con los demás. «Nuestro corazon, decia san Benito Labre, ha de ser hierro para nosotros, carne para el prójimo, fuego para Dios.»

Santa Juana de Chantal escribia del bienaventurado Padre san Francisco de Sales, que «su dulzura era incomparable.» Es imposible decir la gran suavidad y mansedumbre que habia derramado Dios en su alma. Su cara, sus ojos, sus palabras y todas sus acciones no respiraban más que dulzura y mansedumbre. Hasta la derramaba en los corazones de aquellos que se le acercaban. Gustaba de recordar las palabras del Salvador: *Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazon*, y decia que desde la edad de diez años, en que habia hecho su primera Comunion, tenia esta divina leccion grabada siempre en su mente.

Si nada hay más edificante que una piedad dulce é indulgente, tampoco nada que lo sea menos que una de esas piedades duras, exigentes, secas, sin misericordia para las ajenas flaquezas, como la que se encuentra todavía con harta frecuencia en

los cristianos que no velan bastante de cerca sobre su corazon.

Procura, mi buen Jaime, ser siempre indulgente para con los demás, y no arrojarles con demasiada prontitud la piedra aunque les hayas visto caer en alguna falta. No tomes la costumbre, tan poco cristiana, de censurar, medir y despellejar al prójimo ni en broma. Juzga siempre á los demás con misericordia y caridad, y no les condenes fácilmente.

Esto no quiere decir que deba tolerarse el mal cuando se puede impedir, ni permanecer indiferente ante los malos. Esto no seria indulgencia ni bondad, sino flaqueza; seria una muy culpable indiferencia. El cristiano no debe ni puede ser *tolerante* con las doctrinas ni con los principios: su indulgencia no debe ir más que sobre las personas á quienes debe compadecer y sufrir hasta donde pueda. Es preciso distinguir siempre entre los malos corazones, los propiamente dichos malvados y los débiles ó aturdidos. Sin ser débil, se ha de ser bueno; y, sin dejar de detestar el pecado, se ha de procurar ser como Jesús, paciente y dulce con el pecador.

2. La verdadera piedad es *sencilla* y *amable*. Entiendo por esto una piedad franca, que evite toda afectacion, todo visaje, toda enojosa singularidad; una piedad que no tenga manías, que procure no chocar con nadie sin necesidad, y que se esfuerce en ser siempre afable, cumplida, graciosa, y que se acomode fácilmente al humor de los demás.

El verdadero cristiano ha de ser atento con todo el mundo. No lo olvides ahora ni nunca, mi querido Jaime; una persona piadosa no ha de ser ni tosca ni descontentadiza; no ha de aburrir ni cansar; ha de evitar ese exterior forzado y estirado que distinguia á los jansenistas, esas exterioridades de austeridad enojosa, ceñida, que rechaza á cuantos se le aproximan y que hace decir á los mundanos:

—Si esto es piedad, muchas gracias; no quiero de ella.

El apostolado en nuestras Asociaciones obreras, como en el taller, como en la familia, es la piedad sencilla y amable.

3. La verdadera piedad ha de ser *prudente en su celo*. A la verdad, todos cuantos somos debemos ser celosos de la gloria de Dios nuestro Señor y de los intereses de su Iglesia; celosos de la salvacion de nuestros hermanos, de las buenas obras y sobre sobre todo de nuestra santificacion; pero esta actividad enteramente cristiana, este piadoso celo, tan legítimo, ha de estar siempre regulado por la prudencia. No basta hacer el bien, es preciso hacerlo bien.

Examinate en presencia de Dios, y mira si al ardor de tu celo añades siempre la justa medida de la prudencia; si tu celo es á veces intempestivo, desacertado, inoportuno, ridículo, falto de tacto y de criterio; si empleas á veces en tu abnegacion una impetuosidad de carácter que no es segun el Señor. ¿Haces siempre pasar, como conviene, el

deber ante todo? ¿No te sucede á veces sacrificar á prácticas de pura devocion, á obras buenas que son únicamente de consejo, deberes propiamente tales, deberes de conciencia, de estado ó de familia? Obrar de tal manera chocaria, y con razon, á muchas personas que te rodean, y que, menos piadosas tal vez que tú, estarian muy contentas si encontrasen en eso una ocasion para echársete encima, ó más bien, de burlarse de la piedad.

Sé, pues, siempre tan prudente como celoso. Esto es muy importante, sobre todo entre la juventud.

4. Por último, la verdadera piedad ha de ser *firme ante las exigencias del mundo*. Te lo he recomendado ya repetidas veces, hijo mio; ten mucho cuidado. El mundo en medio del cual vives es malo. Y no solamente está corrompido, sino que además es corruptor.

¡Cuidado con las ilusiones! A un verdadero cristiano no le es permitido poner juntas la piedad y el mundo. Aun cuando vivamos en el mundo y en medio de los mundanos, no debemos adoptar sus frivolidades, sus falsas ideas, ni su vida absurda y fútil. Es absolutamente imposible hermanar las piadosas costumbres del buen cristiano con las locuras de ciertos placeres mundanos, con los mil refinamientos de la vanidad, de la sensualidad y de la molicie.

Mantente, pues, siempre firme en el servicio de tu Dios y no te dejes dominar por nada ni por nadie.

Tales son, mi querido Jaime, las principales cualidades con que procurarás embellecer siempre tu piedad. Tu alma así adornada será agradable á los ojos de Jesucristo y de sus Angeles, y tú te atraerás, con las bendiciones celestiales, las simpatías de todas las personas de bien, y el afecto y el respeto de todos tus camaradas.

## IV.

### Como en la verdadera piedad todo se ha de referir á Jesucristo.

Antes de pasar á la explicacion detallada de las virtudes cristianas, quisiera, mi querido Jaime, echar una ojeada sobre todo lo que hasta ahora llevamos dicho, y resumir así, á guisa de epílogo, todo lo que acabamos de decir tocante á la vida cristiana y á la piedad.

¿Has comprendido bien esta verdad fundamental que ilumina, domina y vivifica todas las demás, á saber, que para ser verdaderamente piadoso es menester que tú vivas unido á Jesucristo, y que Jesucristo lo sea todo para tí? Ahí está el fondo, la esencia de la piedad.

Como ves, hijo mio, nosotros no somos *deistas*, sino cristianos. Quien dice cristiano, dice hombre de Jesucristo, miembro vivo de Jesucristo. Nuestro Dios es Jesucristo, el adorable Hijo de la santísima Virgen, María, el Verbo encarnado, *en quien reside corporalmente la plenitud de la Divinidad*, co-

mo dice san Pablo; Jesucristo, por quien llegamos á Dios Padre, y en quien encontramos al Padre y al Espíritu Santo, es decir, al Dios vivo, al Dios único y verdadero.

Hay algunos que ponen á Dios á un lado y á Jesucristo á otro, como si Jesucristo no fuese Dios con el Padre y con el Espíritu Santo, y como si hubiese un Dios fuera de Jesucristo.

Ahora bien, como hemos dicho, Jesús nuestro Dios se digna unirse á nosotros y vivir en nosotros por su gracia, y darnos además, por la Eucaristía, su Carne y su Sangre como alimento, á fin de mantener y fortificar la union de su gracia. Y desde el fondo de nuestra alma, donde se digna residir, derrama en nosotros el Espíritu Santo, que obra en nosotros el misterio de la vida y de la piedad cristianas.

Con esto comprenderás, mi querido Jaime, como en la vida y en la piedad cristianas todo viene de Jesucristo, todo pertenece á Jesucristo y todo ha de tener á Jesucristo por objeto y por fin.

Cuanto más irás á Jesucristo, así en tu corazon, como al pié de sus altares y en la sagrada Eucaristía, más beberás la vida en la verdadera fuente; y se entiende la vida de tu alma, que nace de su union con Jesucristo. Cuanto más pensarás en Jesucristo, más le adorarás y le amarás en el doble santuario de tu corazon y del altar, y cuanto más tambien obrarás como cristiano, más sólida y verdaderamente cristiana será tu piedad. ¿Comprendes bien esto? Para obrar bien, es menester que

vivas para Jesucristo, como Jesucristo, con Jesucristo y en Jesucristo.

Y practicando el bien, únete interiormente á Jesucristo, que te conceda la gracia de hacerlo, que lo hace contigo y en tí, y por cuyo amor lo debes hacer. Cuando rezas, une tu oracion á la de Jesucristo, la cual, desde el fondo de tu corazon, sube incesantemente hasta el Padre celestial. En los mil pequeños ejercicios de la caridad fraternal, ten presente á Jesucristo, que vive en tí y en tus hermanos, que te comunica su caridad y su dulzura, y que te dice interiormente: «Todo el bien y todo el mal que haces al menor de mis hermanos, á Mí es á quien lo haces.» En una palabra, esfuérzate en el exámen de tus pensamientos y de tus acciones, en vivir para Jesucristo, en obrar como Jesucristo y en permanecer fielmente en Jesucristo. Ahí está el resúmen tan sencillo como perfecto de toda la piedad cristiana. Es lo *único necesario* de que habla el Señor en el Evangelio. Seria menester que cada uno de nosotros pudiera decir, en todo y siempre, como la vírgen mártir de Sicilia, santa Águeda: «Mi corazon está sólidamente afirmado y fundado en Jesucristo.»

Decíate al principio que la piedad ha sido formada para todo el mundo; y ¿cómo podria ser de otra manera, cuando no es otra cosa que la participacion, en un grado cualquiera, de los sentimientos y de la santidad de Jesucristo, y cuando, por medio de la gracia, Jesucristo se digna descender, habitar y vivir en todos sus fieles?

Decíate que para ser piadoso era menester renunciarse; y ¿no es esto muy sencillo, cuando al renunciar á sí mismo y al mundo no es otra cosá que la operacion preliminar que allana y prepara el sitio donde el santísimo Señor Jesús quiere establecerse y reinar sin obstáculos? A lo menos es natural, ¿no te parece? que arrojemos sin vacilár todo aquello que pudiera privarle de entrar ú obligarle á salir.

Decíate que la vida de tu alma procede de su union con Jesucristo, y por Jesucristo con el Padre celestial. Ahí está el inefable misterio de la gracia, que es el primer fundamento de la vida y de la piedad cristiana, y sobre el cual casi nadie reflexiona sériamente. El Señor desde el fondo de nuestra alma nos comunica su vida enteramente santa, y combate con nosotros al demonio, que es su enemigo y el nuestro, que quiere destronarle, privarle de reinar y arrancarnos á su amor.

Decíate, por último, como á ejemplo de Aquel que en tí vive has de ser excelente exterior é interiormente, y como tu piedad, que toda entera viene de El, cual viene del sol el rayo de luz, cual del fuego viene el calor, ha de estar toda llena del espíritu de Jesucristo, de la verdadera santidad de Jesucristo, de la humildad, de la paz y de la fuerza de Jesucristo.

Ya ves, pues, mi querido hijo, que todo en la piedad ha de referirse á Jesucristo. Jesucristo ha de ser para tí lo que el sol es para el cielo y para la atmósfera, lo que es el agua para el pez, que en

ella vive y se mueve, y que de ella saca su vida, su nutricion, su fuerza y su alegría. Tal es la bella y santa piedad cristiana.

Practícala lo mejor que sepas, sin desanimarte jamás, suceda lo que suceda: este es el camino del cielo.

Y ruego á la Vírgen santísima y á san José que te bendigan, hijo mio, y te conserven todo para Jesús.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# ÍNDICE.



---

ERRATA.—En la pág. 97, último aparte, olvidóse de poner el título del artículo, que, sin embargo, consta en el índice.

---



# OPÚSCULOS DE PROPAGANDA CATÓLICA,

## por D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

**A una señora... y á muchas.** — 30 cénts. de real.

**Cosas del dia** ó respuestas católico-católicas á algunos escrúpulos católico-liberales.—70 id.

**Devoto octavario** al dulce Niño de Belen en el santísimo Sacramento.—50 id.

**El clero** y el pueblo.—80 id.

**El dogma más consolador.**—50 id.

**La chimonea** y el campanario.—70 cénts.

**Las diversiones y la moral.**—1 real y medio.

**La voz** de la Cuaresma.—40 cénts.

**Los desheredados.**—30 cénts.

**Los malos periódicos.** — 30 id.

**Manual** del Apostolado de la prensa.—80 id.

**Octavario** á Cristo resucitado.—50 id.

**¿Para qué** sirven las monjas?—70 id.

**¿Qué falta** hacen los frailes?—60 id.

**Los frailes de vuelta.**— 50 id.

**¡Pobres espiritistas!** — 60 id.

**¿Qué hay** sobre el espiritismo?—70 id.

**Ricos y pobres.** — 50 id.

**Casa y casino.**— 40 id.

**Nimiedades católicas.**—40 id.

**El dinero** de los católicos.—1 real.

**El espíritu parroquial.**—1 id.

**Mes de Junio** dedicado al sagrado Corazon de Jesús.—Edicion económica, 1 real y medio el ejemplar. Edicion de lujo, 3 rs. en rústica, y 7 con planchas y canto dorado.

**Montserrat.** Noticias históricas de este célebre Santuario.—2 rs.

**Devoto novenario** á la Reina de los cielos en el misterio de su gloriosísima Asuncion.—50 cénts.

**Bien ¿y qué?** Reflexiones cristianas para aliento de los debiles y confusion de los malvados en épocas de persecucion.—60 cénts.

## LECCIONES DE TEOLOGÍA POPULAR.

I.—**La Biblia** y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.—24 cénts.

II.—**Ayunos** y abstinencias: La Bula.—24 id.

III.—**El Concilio:** La Iglesia: La Infalibilidad.—36 id.

IV.—**El purgatorio** y los sufragios.—30 id.

V.—**El culto** de san José.—20 id.

VI.—**El culto** de María.—30 id.

VII.—**El protestantismo,** de dónde viene y á dónde va.—80 id.

VIII.—**El culto** é invocacion de los Santos.—32 id.

IX.—**Efectos canónicos** del matrimonio civil.—40 id.

X.—**Misterio** de la Inmaculada Concepcion.—24 id.

XI.—**El matrimonio civil.**—34 id.

XII.—**El púlpito** y el confesonario.—50 id.

XII.—**El Padre nuestro.**—60 id.

XIV.—**Las penas del infierno.**—60 id.

## TRADUCCIONES DEL MISMO AUTOR.

**El Niño Jesús,** por Mons. Segur.—60 cénts. en rústica y 2 rs. en percalina.

**El miedo** al Papa, por Mons. Gaume.—70 cénts.

**Imitacion** de María, por un monje premonstratense. —60 id. en rústica y 2 rs. en percalina.

**La Confesion** y la Comunion, por Mons Segur.—90 cénts. en rústica, y 2 rs. en percalina.

**La Pasion,** por id.—50 cénts.

**La secta** católico-liberal, por id. 1 real y medio.

Por cada diez ejemplares de las anteriores obritas se dan dos gratis.

BIBLIOTECA LIGERA.

Se han publicado hasta ahora los libritos siguientes: I, ¿Hablemos de religion?—II, ¿Quién se ocupa hoy de eso?—III, ¿En qué quedamos, hay ó no hay Dios?—IV, La razon de la sinrazon.— V, ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?—VI, Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—VII, ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?— VIII, Los amigos del pueblo.— IX, ¿Y si hay?—X, ¡A confesar!— XI, ¿Soy católico?—XII, Amigo leal.—XIII, Jesucristo y el Evangelio.—XIV, ¿Milagros? No soy tan bobo.—XV, No me hable V. del Papa.—XVI, Padre nuestro, Ave María y Gloria.—XVII, ¿Y cómo no hay ahora milagros?—XVIII, Yo no creo sino lo que comprendo.—XIX, ¿Y eso de la Bula?—XX, Libertad, igualdad, fraternidad.—XXI, La santa Cuaresma.—XXII, Muerte y juicio.—XXIII, Infierno y gloria.—XXIV, Querer es poder.—XXV, ¡Esos Curas, los hay tan malos!—XXVI, Bueno sí, pero no beato.— XXVII, Honrado, y esto basta.— XXVIII, Dios no se mete en eso.—XXIX, ¿Para qué necesito yo Sacramentos?—XXX, Dios quiere el corazon.—XXXI, Todos somos iguales.—XXXII, Más trabajo y menos fiestas.—XXXIII, ¡Qué dirán!—XXXIV, ¡Dad al Papa!—XXXV. Pero ¿de veras os parece que hemos de resucitar?— XXXVI, ¡Calla, blasfemo!— XXXVII, Lo de Lourdes.—XXXVIII, ¡A veces uno duda si hay Providencia!—

XXXIX, ¡Pobre de mí... no tengo tiempo! — XL, Y ¿por qué no he de leer yo todo lo que quiero?— XLI, Esos Curas... por todo piden dinero.—XLII, Belen y la cuestion social. — XLIII, Principio y fundamento. —XLIV, Lo que se va y lo que se viene. — XLV, Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo. — XLVI, A vela y remo. —XLVII, ¡Las fiestas! ¡Las fiestas! — XVLVIII, Tolerantes é intolerantes. — XLXIX, Terquedades católicas. —L. ¡No, no prevalecerán! — LI. ¿Religion? ¡A los Curas con ese embrollo!— LII. Pero, ¿cómo puede ser lo de la Eucaristía?— LIII. Los frailes holgazanes.— LIV. Historia contemporánea.— LV. ¡Se va á espantar el enfermo si le hablan de Sacramentos! — LVI. La librería de mi amigo.— LVII. Corazones partidos. — LVIII. ¡Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos. — LIX. Vamos andando. — LX. Los pocos y los muchos. —LXI. Ganar para la vejez. — LXII. Poncio Pilatos. — LXIII, Mira que te mira Dios. — LXIV, El santo Rosario. — LXV, ¿Y hay de veras Purgatorio? —LXVI, Amigos más allá de la tumba. — LXVII, Celestial compañero. —LXVIII, Ni fe sin obras, ni obras sin fe. — LXIX, La santa Inquisicion. — LXX, ¿Los Curas? ¡Bah! son hombres como nosotros.— LXXI, Cuentas galanas.—LXXII, El secreto de bien morir. —LXXIII, ¡Eternidad! ¡Eternidad!— LXXIV, Higiene espiritual.

PRECIOS: Un ejemplar, 2 cuartos; doce de un mismo número, 2 rs.; ciento de id., 16; quinientos, 75; mil, 140.

La coleccion de los 74 números publicados, 12 rs.

Los 50 primeros libritos encuadernados en dos tomitos en percalina, 12 rs.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.



# EL OBRERO CRISTIANO.

## BREVES CONSEJOS ESPIRITUALES

PARA

USO DE LOS JÓVENES,

POR

MONS. DE SEGUR.

VERSION ESPAÑOLA

DE

D. J. Luis Obiols.

TOMO SEGUNDO.

Aprobado por la Autoridad eclesiástica.

BARCELONA:
TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5,
1882.

# EL OBRERO CRISTIANO.

## CAPÍTULO I.

### Las virtudes cristianas.

### I.

**Como Jesucristo Señor nuestro es el principio de las virtudes cristianas.**

Vamos á continuar, mi querido Jaime, el curso de nuestras pequeñas conferencias sobre la vida cristiana y sobre la piedad. En la primera parte de este modesto trabajo hemos estudiado en una cincuentena de familiares conferencias la naturaleza y los fundamentos de la piedad. Confio que te acuerdas de aquellas importantes explicaciones y que no has perdido de vista esta verdad fundamental, sobre la que reposa enteramente toda la vida cristiana, á saber, que nuestro gran Dios y dulcísimo Señor Jesucristo se digna por su gracia vivir en nosotros con su Padre y su Santo Espíri-

tu, y que por lo mismo el cristiano es templo vivo de Dios.

La vida cristiana se reduce, pues, á la union santificante de Jesucristo con nuestra alma, lo que se verifica por la gracia y por la sagrada Comunion. Esto es lo que hemos visto ya. Vamos ahora á ver las flores y los frutos de esta union, quiero decir, las *virtudes cristianas*. Despues de algunas explicaciones generales, necesarias para comprender bien las cosas, entraremos en el detalle, y, Dios mediante, estudiaremos, una despues de otra, estas admirables virtudes: la fe, la esperanza, la caridad, la penitencia, la humildad, la mansedumbre y otras.

Y ante todo, vamos á ver: ¿qué es una *virtud?* Es una palabra que habrás oido pronunciar muy á menudo, pero sobre la cual no tienes tal vez, hijo mio, ideas bastante claras. Escucha bien.

La palabra *virtud* viene del latin *virtus*, que significa fuerza. Y á su vez la palabra *virtus* viene de *vir*, que quiere decir hombre. Es lo opuesto al *defecto* ó al *vicio*, palabras que expresan una debilidad cualquiera, una corrupcion, una falta de fuerza y de vida. Toda virtud implica, pues, algo de noble, de grande, de varonil, de estimable; y por el contrario, todo defecto y todo vicio suponen debilidad, cobardía, algo miserable y despreciable. Para ser vicioso basta con dejarse llevar por la corriente del mal; para ser virtuoso es preciso luchar contra esta corriente y remontarla. Quien dice vicioso, dice vencido; por el contrario, virtuoso quiere decir vencedor.

Una virtud es, en general, una disposicion habitual de nuestra alma que la mueve á hacer tal ó cual bien. Ejemplos: La mansedumbre es una disposicion habitual que nos mueve á ser apacibles, graciosos, afables y á reprimir las impaciencias. La pureza es una disposicion habitual que nos mueve á dominar nuestras malas pasiones y á conservarnos castos é inocentes delante de Dios y de los hombres. La obediencia es una disposicion habitual que nos mueve á someternos gustosos á nuestros superiores, como debemos. Y así de todas las virtudes.

Toda virtud es, pues, una disposicion á hacer tal ó cual bien. Pero para que una virtud cualquiera sea *cristiana* es menester que venga de Jesucristo. Una virtud cristiana es una virtud de Jesucristo, que este divino Maestro se digna comunicarnos por su gracia y que practicamos en union con El.

Así, Jesús es humilde; El nos comunica su humildad, y nosotros nos hacemos humildes con El, por El, en El y como El. Sin esto nuestra humildad no seria una virtud cristiana, sobrenatural y meritoria. Así tambien, Jesús es manso: El nos comunica su santa mansedumbre, y nosotros nos hacemos mansos por El, con El, en El y como El. Sin esto nuestra mansedumbre no seria la cristiana virtud de la mansedumbre.

Comprende bien esto, mi querido Jaime, porque es esencial. Todas las virtudes cristianas derivan de Jesucristo Nuestro Señor, todas sin excepcion. Así como en una cepa todos los racimos de uvas

que cuelgan de cada uno de los sarmientos pertenecen á un mismo tiempo á la cepa y á los sarmientos; de igual manera las virtudes cristianas de cada fiel pertenecen á la vez á Jesucristo y á sus fieles. Viviendo por su gracia en el fondo de nuestro corazon, Jesús nos comunica sus virtudes llenándonos de su Espíritu, que nos aparta del mal y nos inclina á todo lo que es santo.

El Espíritu de Jesucristo, derramado en nuestra alma, viene á ser la sávia, la única sávia de todas las virtudes cristianas.

En el centro del Paraíso terrestre Dios habia hecho brotar una fuente misteriosa que esparciéndose en forma de cruz en cuatro rios, regaba y fecundizaba aquella tierra de bendicion. Nuestra alma, dice san Ambrosio, es el verdadero paraíso terrestre de Jesucristo; presente El mismo en el centro de este Eden, el Señor es la fuente de vida que riega y fecundiza su suelo. Es la fuente única de las virtudes que hacen avanzar á los cristianos fieles por el camino de la vida eterna.

Y así todas nuestras virtudes pertenecen á Jesucristo, vienen de Jesucristo y nos hacen cada dia más conformes con Jesucristo.

Por medio del Bautismo, de la gracia y de la Eucaristía, estás, hijo mio, como plantado en Jesucristo, y Jesucristo se convierte en fecunda tierra que nutre, vivifica y hace crecer los árboles que sostiene. El árbol extiende sus raíces en la tierra, para beber en ella el líquido, la sávia que lo ha de vivificar. Así tu estás en Jesucristo, bebiendo

El por la oracion, la piedad y los Sacramentos, la divina sávia de todas las virtudes cristianas.

En El bebes la luz de la fe, que ilumina tu espíritu y le hace cristiano.

En su corazon bebes el amor de Dios, el de la santísima Vírgen, el de la Iglesia, el del prójimo; en una palabra, la caridad cristiana, que es la vida de tu corazon.

En Jesucristo adquieres todas las virtudes que están destinadas á hacer de tí un verdadero cristiano, siendo las principales el temor de Dios y la esperanza, la penitencia, la mortificacion, la humildad y la mansedumbre, la pobreza, la castidad y la obediencia, la paciencia, la paz y la alegría del corazon.

Hé ahí, mi buen Jaime, un primer resúmen general que te pido comprendas y medites sériamente. Estos pensamientos son tal vez un poco elevados, y por consiguiente un poco difíciles de coger en el primer momento; pero son profundamente útiles á aquel que se toma la molestia de penetrarse de ellos; y le ayudan poderosamente á permanecer fiel á Dios y á practicar con inteligencia sus pequeños deberes de cada dia. Es como un labrador que cultiva mucho mejor su tierra y la hace valer mucho más, cuando, despues de haberla examinado, la conoce á fondo y se da cuenta de lo que puede producir.

## II.

### De las virtudes naturales.

Aun en los mismos cristianos, no todas las virtudes son virtudes cristianas. Hay virtudes que son puramente naturales, es decir, que provienen, no de la gracia, sino de la naturaleza. Estas son las que se llaman *cualidades naturales*.

Estas cualidades naturales son buenas y felices tendencias que están en nosotros sin nosotros; nos vienen de una naturaleza feliz, del temperamento ó de la educacion. Tales son, entre otras:

La *bondad de corazon*, feliz y excelente disposicion natural que nos lleva desde niños, aún antes de que tengamos conciencia de ello, á amar á los que nos rodean, á compadecer las penas de los otros, á sacrificarnos por ellos, á ser reconocidos, afectuosos y benéficos;

La *generosidad*, noble y bella tendencia, desgraciadamente harto rara, que nos arrastra á toda clase de sacrificios, al ardor en el bien, á la abnegacion, y que es la oposicion al egoismo;

La *energía*, que es lo opuesto á la debilidad, á la pusilaminidad, á la molicie, á la inconstancia, y que nos hace firmes en la práctica de nuestros deberes, perseverantes, naturalmente animosos ante las dificultades y los peligros;

El *buen carácter*, que nos hace naturalmente dulces, amables, fáciles de contentar, alegres y buenos amigos;

El *amor al trabajo*, preciosa disposicion opuesta á la holgazanería y á la ligereza, que desde la infancia y por una especie de instinto nos hace amar los deberes de nuestro estado, y preferir á las bagatelas una vida séria, ocupada y útil;

El *órden* y la economía, que hacen al jóven arreglado, sóbrio, fácil de contentar, aseado, exacto y económico sin ser avaro;

La *probidad* ó la honradez, excelente disposicion felizmente muy comun entre nuestra juventud obrera, que nos inspira instintivamente el horror, no solamente al robo, sino tambien á la falta de delicadeza, y que haria que prefiriéramos sufrirlo todo antes que robar un céntimo;

La *modestia*, cualidad singularmente rara en la juventud, opuesta al amor propio, á la vanidad, al afan de gloria, que nos incita á no ocuparnos nunca de nosotros mismos sin necesidad, á no hacer ostentacion del bien que practicamos y á no buscar los cumplimientos ni el ruido;

La *franqueza*, buena y simpática disposicion natural que nos inspira horror á la doblez y á la mentira que nos hace presentarnos tales cuales somos, con el corazon en la mano é incapaces de engañar;

La *prudencia*, sabiduría práctica, muy rara á tu edad, mi querido Jaime, que priva á la franqueza, al buen corazon y á nuestras restantes cualidades de excederse y de degenerar en defectos: la franqueza en inconsecuencia, el buen corazon en bonachonería, la generosidad en bobería ó en prodi-

galidad, el órden y la economía en avaricia, y así de las demás.

Todas estas cualidades ó virtudes naturales, son sin duda alguna excelentes, pero no bastarian para hacer de tí un cristiano. Por sí solas no harian de tí más que un hombre honrado segun el mundo. Y todo porque vienen solamente de nuestro natural más ó menos afortunado, y no de la gracia de Jesucristo, que es la única que hace al cristiano.

Aunque muy buenas en sí mismas, nuestras virtudes naturales no se hacen meritorias para el cielo hasta que procuramos santificarlas por medio de la religion y de la piedad. No hay verdaderas virtudes cristianas, dice el grande obispo y doctor san Agustin, sino allí donde se encuentra la verdadera piedad cristiana; y el mismo Jesucristo Señor nuestro nos enseña en su Evangelio, que si no permanecemos unidos á Él por la gracia, la fe y el amor, quedaremos estériles para la eternidad y semejantes á troncos desecados: *Así como el sarmiento no puede por sí mismo llevar fruto, si no permanece unido á la cepa; asimismo vosotros*, nos dice á todos, *si no permaneceis en Mí. En efecto, sin Mí nada podeis.*

Ya lo ves, hijo mio: las virtudes que tienen por principio á Jesucristo y á su gracia son las únicas vivificadas por la divina sávia; las únicas que producen frutos para la vida eterna; las únicas virtudes cristianas.

— Pues entonces, ¿de qué sirven las virtudes naturales si no son meritorias para el cielo?

Son muy útiles, porque preparan nuestro espíritu y nuestro corazon para recibir sin obstáculos la gracia de Dios, y porque así nos facilitan mucho la adquisicion y el ejercicio de las virtudes cristianas. Por ejemplo: si tú estás naturalmente inclinado á la dulzura y al buen carácter, es evidente que para practicar la paciencia y la mansedumbre cristianas tendrás mucho menos que hacer que tal ó cual compañero tuyo, que es naturalmente violento y arrebatado. Así tambien, si, merced á un temperamento bien arreglado, detestas las cosas deshonestas, te será mucho más fácil conservarte casto y puro á tí que á tal pobre jóven que se siente naturalmente inclinado á las malas pasiones.

Podríase compararse el buen natural á una tierra excelente en la cual se facilita el trabajo del labrador por no haber en ella piedras, ni raíces, y por la calidad misma del suelo: la simiente germina sin dificultad en ella, y mediante un cultivo ordinario se produce una rica cosecha. Un mal carácter, por el contrario, es como un terreno pedregoso, difícil de cultivar, donde el pobre labrador encuentra toda clase de dificultades para la preparacion y la recoleccion de la cosecha.

Pero para que una tierra buena ó mala produzca algo es preciso cultivarla, ¿no es verdad? Y sean las que fueren tus felíces disposiciones naturales, mi buen Jaime, si no las cultivas ó si las cultivas mal desdeñando la oracion y los Sacramentos, nada ó casi nada obtendrás para tu salvacion.

Más aún; si fiándote en tu buena índole, no te

tomas la molestia de adquirir las verdaderas virtudes cristianas sirviendo generosamente á Jesucristo, tus buenas cualidades, léjos de aprovecharte, serán para tí un lazo, porque por ahí te cogerá y te perderá el demonio, persuadiéndote muy fácilmente de que no tienes necesidad de molestarte ni de darte tan mal tiempo para ser cristiano, puesto que tienes ya un corazon y un carácter tan buenos, y eres además laborioso, honrado, estimado de todo el mundo, etc...

Bajo el punto de vista religioso, llegarias á ese punto de humillacion en que veia no hace muchos dias á una anciana señora que, desde hacia casi ochenta años, habia absolutamente abandonado el servicio de Dios, y que, confiando en sus virtudes naturales, decia tranquilamente:

—Yo no tengo necesidad de rezar, ni de confesarme, ni de ser cristiana. Aun haciendo todo esto tampoco seria mejor... Jamás he hecho mal á nadie; he hecho todo el bien que he podido á los demás, y nunca he faltado á mis deberes de hija ni de esposa. Nada tengo que reprocharme.

Esto es lo que se llama por el mundo la religion del hombre de bien, es decir, la religion de aquellos que no la tienen, ó mejor una manera decente de no tener religion. La *religion* de las virtudes naturales jamás privará á nadie de ir al infierno. Afortunadamente para ella, la pobre mujer citada se convirtió dos meses antes de morir, á la edad de noventa y tres años.

Repitámoslo, pues, al terminar: las virtudes na-

turales son excelentes y muy útiles, pero no bastan; para hacerlas cristianas y meritorias es menester santificarlas por la fe y por la práctica de la fe. El cristiano no cabe duda de que ha de ser *hombre de bien*; pero ha de ser más, infinitamente más que eso: ha de ser hijo de Dios, fiel servidor de Dios, verdadero discípulo de Jesucristo, hombre de la fe y del Evangelio: en una palabra, ha de ser cristiano.

## III.

### Cómo se adquieren y cómo han de practicarse las virtudes cristianas.

Para adquirir las virtudes cristianas, sin las cuales no se es verdadero discípulo de Cristo, es menester ante todo conocerlas bien.

Para esto es preciso, mi buen Jaime, leer y meditar el Evangelio. El Evangelio es, como sabes, la relacion compendiada de los ejemplos y reglas de santidad que nos dejó el Señor. Es como el espejo de todas las virtudes cristianas, que, como has visto, no son más que las virtudes de Jesucristo comunicadas por la gracia á sus fieles. Imitar á Jesucristo, penetrarse bien de sus palabras y de sus ejemplos; tal es la primera condicion para conocer y, por consiguiente, adquirir las virtudes cristianas. No se puede adquirir lo que no se conoce.

Despues se ha de procurar estudiarlas en los buenos libros de piedad que la Iglesia ha aprobado y que más recomienda. En estas breves conferencias

no vamos á hacer más que reducir y poner al alcance de los jóvenes las excelentes lecciones contenidas en aquellos libros. No todos los llamados libros de piedad son igualmente buenos y útiles. Recientemente un jóven me vino completamente alarmado (y tenia para qué) con uno de esos pretendidos libros buenos, que trataba del sacramento de la Penitencia. Inconcebible es lo que allá dentro habia: un exámen de conciencia de unas sesenta páginas (!) desollaba y prensaba tan bien, ó mejor tan mal, la conciencia del pobre lector, que éste se encontraba cargado, en cada página, con veinte y cinco ó treinta pecados que se llamaban mortales. Todo era pecado mortal: segun el absurdo autor, no se podia dar un paso ni decir una palabra sin cometer media docena de pecados mortales. Era uno de esos numerosos libros, mal llamados de piedad, jansenismo y galicanismo que inundaron la pobre Francia durante más de dos siglos. Esos libros son una verdadera peste, y te los denuncio para ahora, para más adelante y para siempre.

Pero como tú no puedes juzgar de esto por tí solo, consulta sobre tus lecturas y sobre los libros que se te presten ó se te den á tu director espiritual, ó á algun otro sacerdote conocido por su adhesion á la Santa Sede, por su saber y por su virtud. Te he recomendado ya en general y te recomiendo todavía las Vidas de los Santos, sobre todo las que han sido escritas por testigos contemporáneos suyos, como igualmente los libros de piedad escritos por los Santos.

A más de estos dos primeros medios de adquirir las virtudes cristianas y de practicarlas con fervor y prudencia á la vez, te recomiendo que abras completamente tu corazon al guia de tu alma, á tu confesor. Y no hablo aquí simplemente de la sinceridad en la confesion; hablo, nótalo bien, hijo mio, de ese modo de abrir el corazon que pone á nuestro padre espiritual al corriente de todo lo que de cerca ó de léjos concierne á los asuntos de nuestra conciencia, como, por ejemplo, de nuestras tentaciones, de las dificultades espirituales que encontramos en el servicio de Dios, de nuestros defectos naturales, de nuestras tendencias buenas ó malas, del bien que hacemos ó que más nos gusta hacer, etc. Las direcciones que te dará tu padre espiritual en tal motivo serán para tí de una utilidad inmensa: ellas desarrollarán en tu alma preciosos gérmenes, impedirán las ilusiones y te ayudarán extraordinariamente á practicar las virtudes cristianas.

Y despues pon manos á la obra resueltamente y sin aplazarlo para mañana, siguiendo esta sencilla y admirable regla de san Francisco de Sales: *No acostumbro aplazar para mañana lo que puedo hacer hoy. ¿Quién sabe si tendré yo un mañana?* Empieza con la firme voluntad de adquirir á toda costa estas bellas virtudes, tan queridas al Corazon del Señor y á las maternales miradas de la santísima Vírgen.

—Muy bien, pero ¿por dónde empezar?

Es indudable, mi querido Jaime, que ha de requirirse cierto órden en la conquista de las virtu-

des cristianas; toda conquista supone un plan de campaña. «Deben preferirse, dice san Francisco de Sales, las más excelentes y no las más aparentes, las mejores y no las más estimadas.» Deben preferirse las virtudes que están más conformes con nuestro estado, con nuestra vocacion, con nuestra edad, con las condiciones especiales en que nos encontramos, y no las que se adaptan mejor á nuestros gustos.

A más de las virtudes generales que hemos de practicar todos lo mejor que sepamos, hay ciertas virtudes especiales que responden más directamente á los deberes especiales de nuestro estado. Así un niño, un estudiante, un aprendiz ha de aplicarse especialísimamente al respeto á sus superiores y á la obediencia. Un jóven debe buscar especialísimamente la castidad, la perseverancia, la frecuencia de los santos Sacramentos, y evitar los malos compañeros y los placeres malos. Un soldado ha de dedicarse particularmente á la templanza, á la energía contra el respeto humano, á las buenas costumbres y al respeto de la disciplina. Un comerciante, á la probidad y á la santificacion del domingo. Y así de los demás. Y en efecto, una ha de ser la piedad del obrero, otra la del niño, otra la del Religioso ó del hombre de mundo ó del labrador. Todos estamos llamados á cantar, en la gloria de nuestro Dios, el mismo trozo de música, bajo la direccion del Señor; pero cada uno de nosotros segun su voz, es decir, segun su vocacion particular, está encargado de eje-

cutar su papel y con su peculiar instrumento. El conjunto forma un admirable concierto que resuena por toda la eternidad y que acompañan los suaves coros de los Angeles.

—Pero ¿no valdria más esforzarse en adquirir todas las virtudes á la vez?

En teoría esto seria indudablemente lo mejor; pero en la práctica, y vista nuestra flaqueza, no nos es posible emprender un trabajo tan grande. *Quien mucho abarca, poco aprieta,* dice el refran.

Es menester hacer aquí lo que aquel viejo de la fábula, que habia apostado con tres robustos jóvenes, que romperia todo un haz de flechas contra el cual acababan de esforzarse los tres inútilmente. El buen viejo cortó la cuerda que las ataba, y tomándolas de una en una las rompió con suma facilidad. Así se ha de hacer con las virtudes, cuyo bello y poderoso haz es presentado á cada uno de nosotros. Dividamos el trabajo y tomemos las virtudes una á una á fin de no consumirnos en vanos esfuerzos, como los jóvenes de que acabamos de hablar.

¿Quieres, mi buen Jaime, que te dé sobre esto un precioso consejo? Empieza animosamente por la virtud que más falta te hace, que más te cuesta y que más directamente se opone á tu defecto dominante. Habiendo san Francisco de Sales notado desde niño que era muy inclinado á la violencia y á la cólera, se aplicó casi únicamente durante toda su vida á conquistar y conservar la mansedumbre; y esto es lo que ha hecho de él esta maravilla de virtud que todos admiramos.

Esta virtud opuesta á tu defecto dominante se convertirá á los ojos de Dios y de sus Angeles en un signo especial con el cual te reconocerá el cielo por verdadero cristiano, por hombre de fe y de valor, por verdadero soldado de Jesús crucificado. Ella será como el fondo de tu vida espiritual, sobre el cual vendrán sucesivamente á posarse y ligarse, como en una bella tapicería, todas las flores, todo el trabajo de las demás virtudes.

Todos los Santos han tenido esta virtud fundamental, esta virtud dominante, y ella es la que principalmente los ha santificado. Tal ha sido para san Francisco de Sales, como acabamos de decir, la mansedumbre; para san Vicente de Paul, la caridad hácia los desgraciados; para san Francisco de Asis, la cristiana virtud de pobreza y desprendimiento; para san Francisco Javier, el zelo de las almas; para san Cárlos Borromeo, el amor de la Iglesia; para san Bernardo, el amor á la santísima Vírgen, etc., etc.

Permíteme una observacion general muy importante antes de terminar; todos nosotros hemos de tener, en cierto grado, todas las virtudes cristianas: la ausencia *total* de una sola de ellas paralizaria á las demás y seria la ruina de nuestra alma. Así por ejemplo, si fueses avaro, por más que tuvieses las demás virtudes, tu avaricia te perderia y todas tus virtudes no te librarian de ir al infierno. Lo mismo seria si tuvieses malas costumbres. Cuando hace mucho frio, si una sola ventana queda abierta en una habitacion hay la seguridad de he-

larse en ella, por más que todas las otras ventanas estén cuidadosamente cerradas. Si te hiriesen mortalmente en uno solo de los órganos esenciales de tu cuerpo, por perfectamente sanos que estuviesen todos los demás órganos, no dejarias de morir.

Verdad es, empero, que entre las virtudes cristianas las hay que son más fundamentales, y que todos los cristianos han de practicarlas siempre y por do quiera. Estas virtudes son para la vida cristiana lo que la sal en la comida: sin la sal todos los guisados son insípidos; la sal sola les da sabor.

Aparece en primera línea y ante todas la fe, despues la esperanza, á la cual hay que añadir el temor de Dios; despues la caridad, luego la virtud de religion ó adoracion, la virtud de penitencia, la humildad, la mansedumbre, la virtud de pobreza, la castidad, la obediencia y la paciencia.

Unas despues de otras las irémos estudiando, con la gracia de Dios. Comencemos por la fe, que las sostiene todas, como sostiene y produce la tierra todas las flores de un bello jardin.

# CAPÍTULO II.

## La fe.

### I.

### Qué es la virtud de fe y cómo nos la da el Señor.

Escucha bien, hijo mio. Hé ahí uno de los asuntos más importantes, sobre todo para tí que estás obligado, por tu estado, á vivir en un centro poco cristiano, donde Jesucristo es poco ó mal reconocido, y donde con harta frecuencia valen todavía menos las ideas de las personas que sus costumbres.

La virtud de fe es esta virtud cristiana que nos hace recibir con humildad y amor todo lo que el Señor nos enseña por medio de su Iglesia.

Tener fe es tener esta disposicion; es ser sumiso de corazon y de pensamiento á la enseñanza de la Iglesia católica, que es, como sabes, la única verdadera Iglesia de Jesucristo; y por consiguiente, es creer desde el fondo del corazon todas las verdades que nos enseñan el Papa y los Obispos, ministros de Jesucristo y pastores de la Iglesia. No tener fe es, por una ú otra razon, vivir fuera de esta divina enseñanza, y estar privado, por consiguiente, de las luces de la verdadera Religion. Para nosotros bautizados, que vivimos en país cristiano, no tener fe es no querer someterse á la autoridad docente del

Papa y de los Obispos, es no querer creer todo ó parte de lo que ellos nos enseñan á todos en nombre de Jesucristo.

Jesús nos da la virtud de fe, como nos da todas las demás virtudes. De El nos viene la fe, como del sol nos viene la luz. Jesús, Dios vivo, es la luz y la vida de nuestras almas, y es El quien saca de su divino Corazon, para comunicarla al nuestro, esta perfecta sumision de la inteligencia y del corazon, que es como el alma de la virtud de fe, y nos hace recibir con amor la enseñanza divina.

—Y ¿cómo nos da el Señor la fe?

Hélo ahí. Jesús nos da la fe *exteriormente* por su Iglesia é *interiormente* por su gracia. Mientras que por el exterior nos habla por ministerio de sus enviados, que son el Papa, los Obispos y los Sacerdotes, nos da en el interior la gracia de la fe, que nos inclina á creer de corazon y á profesar de boca todas las verdades que en su nombre se nos enseñan.

Los Pastores de la Iglesia católica son los únicos que han recibido del Salvador la mision de predicar á los hombres la Religion y sus saludables verdades. Por ellos, por el Papa y por los obispos nos las enseña Jesucristo, quien les ha dicho en la persona de san Pedro y de los Apóstoles: *Recibid el Espíritu Santo. Así como mi Padre me ha enviado á Mí, Yo á mi vez os envio á vosotros. Id, pues; enseñad á todas las naciones: enseñadles á observar mi ley. Predicad la nueva de salvacion á toda criatura; aquel que os creerá será salvado, y aquel que no os creerá será condenado. Aquel que os escucha, me es-*

*cucha á Mi; aquel que os desprecia, me desprecia. Y ved ahí que Yo mismo estoy con vosotros hasta el fin de los siglos.*

Y al primer Papa san Pedro le ha dicho: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las potestades del infierno no prevalecerán contra de ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que tú habrás atado en la tierra, atado será en los cielos; y todo lo que habrás desatado en la tierra, será desatado en el cielo.*

En virtud de estas palabras del Hijo de Dios, el Papa, sucesor de san Pedro, y los Obispos, sucesores de los Apóstoles, enseñan al mundo desde cerca diez y nueve siglos; y su autoridad es la autoridad misma de Jesucristo. El Papa, heredero de las promesas hechas á san Pedro, posee la plenitud de esta divina autoridad, y por esto es infalible cuando enseña las verdades de la fe. Todos los hombres, sin excepcion, están obligados á someterse á su autoridad, y por consiguiente, á creer en sus enseñanzas, sin permitirse discutirlas. No está permitido discutir las enseñanzas del Papa, Vicario de Jesucristo, como no lo está el discutir las enseñanzas del mismo Jesucristo. Escuchar al Papa es escuchar á Jesucristo.

Hasta los Obispos están obligados á esta sumision, porque el Papa es su superior, como lo es nuestro; hé ahí porque escuchando á los Obispos católicos, es decir, fieles á Jesucristo, escuchamos al mismo Papa y estamos seguros de no engañarnos.

Siendo los sacerdotes los auxiliares y cooperadores de los Obispos, hemos de escucharles como si oyésemos á nuestros Obispos. Tal es la regla viva, la regla divina é infalible de la fe: la enseñanza del Papa, repetida y explicada por los Obispos, y llegando á nosotros por la mediacion de nuestros sacerdotes. ¡Oh, mi querido Jaime! ¡cuán grande y á la par bello y sencillo es esto!

De suerte que la sumision á la enseñanza infalible de la Iglesia es la primera condicion de nuestra fe, y el objeto de esta nuestra fe son las verdades que los Pastores de la Iglesia nos transmiten en nombre de Jesucristo.

Y hé ahí de qué manera nos da exteriormente Jesús la fe. ¿Comprendes bien eso, hijo mio muy amado?

Al mismo tiempo nos la da interiormente por medio de su gracia. Sin la gracia sería inútil que oyésemos predicar á los sacerdotes, ni á los Obispos, ni áun al Papa, porque no alcanzaríamos la fe. Realmente, la fe, como todas las otras virtudes cristianas, es un dón sobrenatural, una gracia de Dios; y Jesús, en nombre de su Padre, es quien nos la infunde desde lo alto del cielo. Mientras sus ministros nos hablan al exterior, Jesús se acerca interiormente á nuestra alma, llama á nuestra puerta, y cuando escuchamos su voz le abrimos la puerta de nuestro corazon. Entonces brilla la luz divina en nuestra alma, inundándola de celestiales resplandores; el Espíritu de Jesucristo, que es el Espíritu Santo, abre nuestro corazon á las santas

verdades que predica la Iglesia; nos las hace gustar, nos las hace amar, y así es como, por medio de su gracia, nos da interiormente la fe.

Esta gracia de la fe á nadie se la niega; y todos los que tienen la dicha de oir exteriormente las enseñanzas de los sacerdotes de Jesucristo, pueden, si quieren, obtener la fe. Si no creen, es que hay algo que cojea en sus disposiciones.

La fe es el primer dón de Jesucristo y de su gracia. Es el fundamento de todo el edificio espiritual de tu salvacion y de tu santificacion. Es la raiz que produce y lleva todas las virtudes. Sin ella no hay cristiano. Cuanto más viva y profunda es, más vigorosa es la vida cristiana.

¡Hijo mio, querido hijo mio! ¡Si supieses cuánto vale ese dón de Dios!... Tú lo posees, como un niño á quien se le hubiese dado aquel magnífico diamante llamado el Regente que en otro tiempo adornaba la corona Real de Francia y que valia más de dos millones de francos. El niño lo habria cogido con sus manecitas; lo habria encontrado, de fijo, muy hermoso; pero no habria sospechado su valor. Así obramos nosotros, hijos de Dios y de la Iglesia. Gracias á Dios, tenemos la fe; somos sumisos de mente y corazon á Jesús y á su santa Iglesia; y sin embargo, es una verdad que no cesaré de repetirte, no conocemos nuestro tesoro, ni comprendemos verdaderamente su valor si no es con la luz de la eternidad.

Mientras esperamos el dia en que esta luz nos llegue, tengamos bien cogido este nuestro divino

diamante, y no permitamos que nadie nos lo robe, ni el demonio interiormente, ni exteriormente el mundo.

## II.

### Que para creer razonablemente no es necesario comprender.

Para creer las verdades que la Iglesia nos enseña infaliblemente en nombre de Jesucristo, no hay necesidad alguna de comprenderlas. Basta conocerlas bien clara y explícitamente; y para esto basta escuchar á los Pastores de la Iglesia.

Hay algunos que dicen: «Yo no creo más que aquello que comprendo.» Frecuentemente debes haber oido repetir esta solemne tontería. Los que la sostienen son unos orgullosos que no saben lo que dicen.

En tanto es así que, si no creyesen más que aquello que comprenden, no creerian nada, absolutamente nada. No creerian que existen, porque la existencia es un grande é incomprensible *misterio*, esto es, una verdad que se puede perfectamente conocer y probar, pero que no se puede comprender. ¿Cómo existes tú? ¿Cómo existen ellos? ¿Qué es la vida? No lo comprenderán jamás, como tampoco lo comprenderás tú ni nadie en el mundo.

Si no creyesen más que aquello que comprenden, no creerian en la luz que les alumbra ó los deslumbra, ni en el calor que les calienta ó les

abrasa, ni en la tierra que les sostiene, ni en el aire que respiran, ni en los árboles y plantas que crecen en torno de ellos, ni en el agua que corre, ni en el viento que sopla, ni en los alimentos que comen y digieren, ni en el fuego que hace fundir los metales y endurecer los huevos: no creerian en nada de lo que ven, de lo que oyen ni de lo que tocan. Porque jamás han comprendido, ni comprenderán, ni comprenderá nadie jamás el *fondo* de todas estas cosas. La naturaleza, cuya existencia es absolutamente cierta, es un inmenso misterio, compuesto de tantos misterios pequeños como elementos y séres creados hay en ella. Y es un misterio porque es la obra directa de Dios, y Dios es incomprensible en sus obras como en sí mismo.

Ahora bien; siendo la Religion la obra directa de Dios, como la naturaleza, pero en un grado todavía mas excelente, ¿no es lógico que las verdades de la Religion sean misterios, como lo son las de la naturaleza? Todo lo que sale de la mano de Dios lleva el sello y como la marca de Dios: y esta marca es el sér incomprehensible. Y ¡cosa digna de ser notada! únicamente es incomprehensible aquello que viene de las manos de Dios, esto es la Religion y la naturaleza. Todo lo demás, es decir, todo lo que viene de los hombres, es ó comprehensible ó absurdo: comprehensible, esto es, que está al nivel de la razon; absurdo, esto es, contrario á la razon. Las verdades de la Religion son *superiores* á la razon.

Ya ves, pues, mi buen Jaime, que los que pre-

tenden no querer creer más que aquello que comprenden, no saben lo que dicen.

Pero, como decia hace poco, son orgullosos. No quieren comprender ó no comprenden que précisamente para humillar y contener el orgullo de la razon humana ha querido Dios que el hombre, hasta el mas sabio, no pueda comprender nada de lo que viene directamente de su Criador. Nos ha rodeado, por decirlo así, de misterios naturales y sobrenaturales para recordarnos sin cesar su omnipotencia y nuestra debilidad.

Y ahora pregunto á todo hombre sensato: cuando todo esto se recuerda, ¿es difícil creer los misterios de la Religion?

La fe humilla, no la razon, sino el orgullo de la razon; y en esto nos presta á todos un gran servicio. Como dice admirablemente el Apóstol san Pablo, *la fé destruye las pretensiones de la ciencia humana, y todo lo que orgullosamente se levanta contra la ciencia de Dios y doblega nuestra inteligencia bajo el yugo de Jesucristo.*

Hay, pues, dos motivos por los cuales debemos creer, sin comprenderlas, las verdades reveladas; primeramente, porque llevan el sello de las cosas divinas, y segundo, porque esta sumision de nuestra mente es el remedio directo de nuestro orgullo natural.

En este mundo, mi querido hijo, no tenemos la vista que tendremos en el otro; en la eternidad seremos capaces de ver á Dios cara á cara en los esplendores de la gloria, y, á lo menos en parte,

comprenderemos entonces lo que ahora no creemos; pero en este mundo nuestros ojos se parecen á los de los mochuelos. «Porque, dice san Francisco de Sales, así como el mochuelo tiene la vista bastante fuerte para ver la sombría luz de la noche serena, pero de ningun modo para ver la claridad del medio dia, que es demasiado viva para que ojos tan túrbios é imbéciles la puedan recibir; así tambien nuestro entendimiento, que es bastante fuerte para considerar las verdades naturales, no podría, sin embargo, ni aún con la luz de la fe, alcanzar á comprender las verdades divinas en sí mismas.»

Y añade el buen Santo: «Es tan débil la inteligencia humana, que cuando quiere investigar con demasiada curiosidad las causas y razones de las cosas divinas, se enreda y aturrulla en un laberinto de dificultades, de las cuales no puede llegar á desembarazarse. Parécese al humo; porque subiendo se sutiliza y sutilizándose se desvanece; y en lugar de llegar á la ciencia de la verdad, cae en la locura de su vanidad. Los orgullosos investigadores son como aquellos que padecen vértigo; paréceles que todo da vueltas en todos sentidos á su alrededor, no obstante ser su cerebro y su imaginacion, y no las cosas, las que dan vueltas.»

Tales son, mi buen Jaime, los grandes talentos de café y de taller que dicen á veces con aire de calavera: «No creo sino aquello que comprendo.»

Nosotros los cristianos creemos sencilla y razonablemente lo que Dios se ha dignado revelarnos de

él mismo y de sus obras, y nos sometemos gustosos á la autoridad de la Iglesia, que no puede engañarse ni engañarnos. Cuando se está seguro de la absoluta verdad de una cosa, es lo más lógico y razonable que se admita, compréndase ó no se comprenda.

Para obtener la fe no se necesita ser sabio; basta ser sincero y humilde. La ciencia, cuando va unida á un sencillo amor de la verdad, eleva indudablemente y robustece mucho la fe; pero puede poseerse una fe muy excelente sin poseer esta ciencia.

Esto es lo que decia en cierta ocasion el gran doctor franciscano san Buenaventura á un humilde Hermano de su Comunidad, llamado el Hermano Gil, y que la Iglesia ha colocado entre los Bienaventurados. Mientras estaba trabajando san Buenaventura, el Hermano Gil habia entrado en su celda; y como el Santo se habia quedado absorto en su trabajo, el Hermano se habia puesto de rodillas detrás de él, contemplándole con religiosa admiracion.

—¿Qué haces ahí, hermano Gil?—preguntóle el santo Doctor no bien reparó en él.

—¡Ay, Padre!—respondió el Hermano Gil;—pienso que eres muy dichoso con ser sabio. Nosotros los ignorantes somos como pobres bestias, no comprendemos nada, y no podemos, como tú, amar al Señor Jesús.

—¡Qué estás diciendo, Hermano Gil!—exclamó san Buenaventura; —¿te figuras acaso que para

amar á Jesucristo se necesita ser sabio? Si tienes el corazon más puro y más humilde, sábete, Hermano Gil, que puedes amar al Señor tu Dios más perfectamente que el más sabio Doctor.

—¡Qué!—repuso maravillado el Hermano;—¿puedo amar á Jesús tanto como tú, Padre?

—Tanto como yo y más que yo,—contestó el Santo,—si tu corazon es más puro que el mio.

Al oir esto, el bienaventurado Hermano Gil, arrebatado de alegría, entra en éxtasis, y cuando volvió en sí de su arrobamiento, radiante aún de luz el rostro y abrasado el corazon de amor divino, sale del convento, y recorriendo las calles de Asís detiene á todos los transeuntes diciéndoles:

—¡Oh hermanos, hermanos mios, regocijaos conmigo; porque, si queremos, podemos amar á Dios tanto como el gran doctor Buenaventura!

Sí, mi buen Jaime, puedes creer y amar tanto y aún más que los más sabios teólogos. En el órden de la gracia, los sabios son los verdaderos fieles, los humildes, los santos, los hombres de oracion y de amor. El mismo Señor lo ha declarado cuando ha dicho: *Gracias os doy, Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, porque habeis ocultado estas cosas á los sabios y á los hábiles, y las habeis revelado á los humildes. Sí, Padre mio, así es como vos lo habeis querido.* Tambien se ven á veces pequeños Hermanos legos y simples Religiosas, que tienen más luces, en las cosas de la fe y de la piedad, que los más hábiles Doctores.

Así, pues, hijo mio, la ciencia que se requiere

para tener una gran fe, una fe viva y ardiente, es la ciencia de la humildad, de la pureza y del amor. Te la deseo de todo corazon y te recomiendo que se la pidas á Dios con insistencia.

---

# CAPÍTULO III.

## La fe y el espíritu de fe.

### I.

### De la gran diferencia que existe entre la fe y el espíritu de fe.

Hay diferentes grados en la fe, que varian hasta lo infinito, desde el pobre jóven mundano, ignorante, aturdido é indiferente, que conserva apenas la fe necesaria para poderse salvar, hasta el gran santo, radiante de celestiales luces, que es todo de Jesús.

Estos grados de la fe son los innumerables escalones de la escalera de Jacob, que desde la tierra se eleva hasta el cielo. Como va la luz aumentando siempre desde que despunta la aurora hasta llegar al medio dia, siempre igual en cuanto á la sustancia pero diferente en cuanto á la medida; así la *Luz de vida*, Jesucristo, se levanta en el cielo de nuestras almas y las ilumina gradualmente.

Al nacer el dia, la luz del sol empieza por disipar las tinieblas de la noche, despues hace distin-

guir los objetos, luego los hace distinguir mejor, y por último los ilumina plenamente con todos sus detalles, sus defectos y su belleza; así Jesús, verdadera luz, nos hace primeramente discernir el bien del mal, disipa las tinieblas de nuestra alma, ilumina poco á poco nuestro camino, y acaba, cuando la atmósfera de nuestra alma está libre de toda nube, por esparcir por ella sus divinos resplandores, que hacen comprender los más íntimos secretos de la piedad.

Cuando la fe es tan viva y tan elevada que ejerce sobre nuestra vida una influencia profunda y de todos los instantes, llámase entonces *espíritu de fe.*

El espíritu de fe es, con respecto á la fe, lo que el espíritu de vino con respecto al vino; lo que la crema con respecto á la leche; lo que la riqueza con respecto á la comodidad; lo que la santidad con respecto á la simple virtud. El espíritu de fe es el alma de la vida cristiana; reforma nuestras ideas, nuestro juicio, nuestras afecciones, nuestras tendencias, nuestro gusto, nuestras costumbres; nos da una gran delicadeza de conciencia, llenando de luz hasta los más recónditos pliegues de nuestro corazon, y nos hace vivir en esta vida superior, que por esta razon se llama *la vida de la fe.*

He tenido la dicha de conocer á algunos jóvenes, y conozco todavía algunos, que viven así en una fidelidad admirable á Jesucristo, orando mucho, comulgando muy á menudo, evitando las más pequeñas faltas, y puros como Angeles. Sé de uno en particular, hoy ya hombre hecho y provisto de

grandes bigotes, que desde la edad de trece ó catorce años ha correspondido tan bien á la gracia de Dios, que su vida era, en toda la extension de la palabra, una vida de fe. Este buen muchacho, en medio de los peligros de la vida de París, en escritorios que apenas valian tanto como los más asquerosos talleres, encontraba medio, gracias á la sagrada Comunion y á la atencion continua á la presencia de Dios, para vivir todo en Dios. Era cristiano de la cabeza á los piés; cristiano en sus juicios y en sus apreciaciones, cristiano en sus conversaciones, cristiano en sus amistades: anteponia Jesucristo á todo, y daba siempre y en todas partes buen ejemplo. Su nombre habia llegado á ser sinónimo de bondad, de dulzura, de verdadera virtud, de religion séria y amable. Entre los miembros de una sociedad de jóvenes en la cual se habia hecho inscribir, brillaba este buen muchacho como una purísima luz.

No desesperes de llegar á esta perfeccion: es menester, hijo mio, procurar animosamente conseguirla. Comienza, pues, por pedir, y pedir á menudo al Señor, que se digne darte una fe bien viva: *Señor*, decíanle un dia sus Apóstoles; *Señor*, *aumentadnos la fe*. Él te concederá el espíritu de fe, si se lo pides con humildad y perseverancia, y tu vida será profundamente cristiana hasta en sus menores detalles.

Cuanto más comun es la fe, más raro es el espíritu de fe; y esto hasta entre los jóvenes cristianos. Si tienes una fe viva, ella te hará pasar por enci-

ma de todo. Cuando rezarás, no serás como tantos otros que no piensan, por decirlo así, en lo que dicen; que olvidan que Dios les ve y que ellos le están hablando, y que se cansan de orar. Tú te recogerás fácilmente y gustarás de rezar. Cuando oirás la santa Misa, cuando entrarás en una iglesia, no harás como esos atolondrados que parece no creen que Jesús está en el Tabernáculo, que rien y bromean y miran á todos lados para ver lo que pasa, y que apenas se dignan doblar la rodilla. Con sólo ver su compostura comprenderá todo el mundo que sabes delante de quien estás y á quien te diriges. ¡Es una cosa tan bella el ver al pié de los altares á un jóven bien penetrado de la presencia del Salvador!

Si tienes una fe viva, te acordarás á menudo, durante el dia, de que Dios te ve, de que está contigo y en tí, y vivirás para Él y no para tí, como lo hacen las nueve décimas partes de la gente. Estos no viven para Jesucristo; no piensan más que en sus negocios, en su interés, en sus placeres, y cuando han de rezar parece que Aquel á quien se dirigen es para ellos un desconocido, un extraño.

Si tienes una fe viva, velarás muy de cerca sobre tu conciencia; cuando te acontezca caer por fragilidad en alguna falta, pedirás en seguida humildemente perdon de ella á Dios, y ayudado por la Confesion frecuente, llegarás, mi buen Jaime, á permanecer habitualmente en estado de gracia.

Si tienes una fe viva, ella te incitará á recibir frecuente y piadosamente los Sacramentos que son la gran fuente de la vida cristiana y de la piedad.

Se puede juzgar del grado de fe del jóven cristiano por la frecuencia y el fervor de sus Comuniones. Mientras otros no van á confesarse y á comulgar más que por una especie de necesidad ó de costumbre, sin fervor, sin amor, tú, mi querido Jaime, te sentirás arrastrado á ello con el zelo de un verdadero hijo de Dios.

Si tienes una fe viva, léjos de hallar gusto en las conversaciones y lecturas picarescas, como tan á menudo sucede á tu edad, te causarán profunda repugnancia, y Jesucristo te comunicará su horror por todo lo que es impuro como por todo lo que es impío. Hará de tí un trabajador concienzudo y delicado, y no harás como esa turba de aprendices y de jóvenes obreros que sólo trabajan cuando se les vigila, temiendo más la mirada del hombre que la mirada de Dios.

En fin, si tienes una fe viva y profunda, sufrirás alegremente por el amor de Jesucristo las penas de todo género que no dejarán de acosarte; harás aquí y allí pequeñas penitencias voluntarias, y no dejarás perder las ocasiones de practicar la caridad, la mansedumbre y el perdon de lás injurias. Te interesarás por las cosas religiosas y por la causa del Papa; procurarás hacer bien á tu alrededor, atraer á tus compañeros, y en una palabra, serás un cristiano totalmente bueno, interior y exteriormente.

¿Comprendes ahora, hijo mio, la inmensa diferencia que hay entre la simple fe y el espíritu de fe, entre un cristiano de burlas, como tantos hay, y un cristiano ferviente, piadoso y fiel, como tan pocos hay por desgracia?

## II.

### De los dos primeros frutos del espíritu de fe en el jóven cristiano.

La fe viva ó el espíritu de fe produce en el corazon del jóven cristiano muchos y grandes efectos, cuya excelencia quisiera exponerte aquí, hijo mio, y hacértelos comprender y apreciar. Los dos primeros de que vamos á decir algo son frutos tan deliciosos, que si tienes el gusto fino, vas á obtener, saboreándolos, una verdadera golosina espiritual.

Primeramente, el espíritu de fe fija en nuestra alma á Nuestro Señor Jesucristo, y con El al Espíritu Santo y al Padre celestial.

Efectivamente, ¿qué es el espíritu de fe, sino esta completa vida de la gracia, que como hemos dicho más arriba, hace de cada uno de nosotros el templo vivo de Dios, el bello y puro santuario de Jesucristo? La vida de la fe, que engendra todas las virtudes cristianas, así como el agua de un riachuelo hace germinar y abrirse las flores de una pradera, adorna y embellece la viva mansion de nuestra alma, y la hace cada dia más digna de la majestad de su Dios. Hace que Jesucristo desenvuelva felizmente en nosotros la vida de la gracia, que habite en nuestro corazon como en su propiedad, como en su casa; que haga en él lo que quiera y no esté coartado por ningun obstáculo. Allí Jesus descansa deliciosamente y se consuela de la ingratitud, de la tibieza, del olvido de tantos cristianos.

Como dice san Jerónimo, el alma de este buen cristiano es el verdadero templo de Jesucristo y el lugar de su descanso.

Te he dicho ya en otra parte, mi bueno y querido Jaime, que esto es la gloria de las glorias y la dicha de las dichas. En este mundo todo es inconstante; y aunque tú no hayas podido aún experimentarlo por tí mismo, nada hay más cierto que la poca confianza que debe tenerse en los hombres. Dios es siempre el gran amigo del cristiano, amigo que jamás falta, cuyo corazon no puede cansarse y cuyo adorable amor está siempre presente para ser nuestro refugio, nuestra luz, nuestro sosten, nuestro consuelo en medio de las mil penas de la vida. Los malos pueden quitárnoslo todo: nuestros bienes, nuestra reputacion, nuestro crédito, nuestros amigos, nuestra felicidad doméstica, nuestra libertad y hasta nuestra vida; pero hay un tesoro que nadie puede arrebatarnos, y este tesoro es Jesucristo, el Dios de nuestro corazon, su gracia y su santo amor.

Para tí sobre todo, hijo mio, en tu condicion de trabajador, con frecuencia harto penosa, este tesoro es todavía más precioso que para muchos otros. Eres como aquel pobre hombre cuyos dolores contaba el profeta Natán á David, y que por toda riqueza no tenia más que una pequeña oveja y un mal vecino se la habia quitado, y no le quedaba ya otra cosa que su pobreza y sus lágrimas. Tú tendrás tal vez, quizá has tenido ya momentos como este en tu vida de aprendiz y de obrero. ¡Oh! Entonces refú-

giate como un verdadero cristiano en el santuario de tu alma; en él encontrarás á tu Dios, á tu bueno y dulce Jesús, que te dirá con amor: «Vén, vén á Mí, mi muy amado; vén á apoyarte sobre mi corazon, en la paz de mi amor. Tambien yo he sufrido: vén á aprender á sufrir santamente. ¿El mundo te rechaza? Vén á Mí; Yo soy tu buen Pastor, y tú eres mi pequeña oveja, el cordero que rescaté, que lavé con mi sangre. Ámame, porque yo te amo. Vive en Mí, á fin de que siempre viva Yo en ti.»

Tal es, mi querido Jaime, el primer fruto, admirable y delicioso ¿no es verdad? que en nosotros produce el espíritu de fe: él fija en nosotros á Nuestro Señor Jesucristo, el tesoro de los tesoros, el tesoro de la eternidad.

No es menos excelente el segundo fruto. El espíritu de fe nos hace vivir como verdaderos hijos de Dios, con Jesucristo, como Jesucristo y en Jesucristo.

Nos hace comprender la dignidad real y divina de nuestro bautismo. Nos hace estimar sobre todas las cosas nuestro título de hijos de Dios, y nos priva de dejarlo arrastrar por el suelo, por el polvo, á veces hasta por el lodo del pecado mortal, como tan á menudo desgraciadamente sucede á los cristianos vulgares.

Refiérese en la vida de san Luis, el incomparable rey de Francia, que las lecciones y oraciones de su madre la reina doña Blanca de Castilla, le ha-

bia llenado de una fe tan viva y de un respeto tan grande á la divina dignidad de su bautismo, que se complacia en firmar *Luis de Poissy*, en memoria del bautismo que habia recibido en la iglesia de Poissy. Y lo que es todavía más admirable, es que en medio de los peligros y placeres de la Corte, en medio de los campamentos, conservó intacta la inocencia bautismal, se mantuvo sumamente fiel á Jesucristo, y le dejó reinar siempre plenamente en su corazon y dirigir toda su vida.

¡Qué ejemplo para tí, para mí y para todos nosotros! Procuremos seguir las huellas de san Luis; procuremos como él evitar tambien el mal y la ocasion de caer en él, servir y amar tan bien á nuestro Dios, que solamente con vernos puedan todos conocernos como cristianos, y verdaderos hijos de Dios.

Díme, hijo mio: un hijo de familia que lleve un grande apellido, ¿debe jamás olvidar las obligaciones que le impone su nacimiento? Si se estima, no hará cosa alguna que pueda empañar el brillo de su nombre ni la nobleza de su raza. Así, y mejor aún, debemos portarnos nosotros los cristianos, cuya nobleza es divina: nuestro Padre es el mismo Dios; nuestra Madre es la santísima é inmaculada Vírgen María; nuestro Jefe y Hermano mayor es Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre; nuestra herencia, nuestra patria es el cielo.

Esto le hacia decir un dia al papa san Leon, predicando á los fieles de Roma en la basílica de San Pedro: «Reconoce, pues, oh cristiano, reconoce tu

dignidad; y hecho por la gracia partícipe de la divina naturaleza, guárdate de volver á caer, por un camino degenerado, á la bajeza de tu primera extraccion. Acuérdate del jefe á quien perteneces y del cuerpo de que eres miembro; acuérdate de que por el Bautismo fuiste arrancado del poder de las tinieblas, para ser transportado á la luz y al reino de Dios.»

El espíritu de fe nos trae constantemente á la memoria estos grandes recuerdos, y por esto, en segundo lugar, nos hace vivir como verdaderos hijos de Dios.

## III.

### De otros tres muy excelentes frutos que en nosotros produce el espíritu de fe.

El espíritu de fe produce todavía en las almas verdaderamente fieles tres efectos no menos excelentes que los dos de que acabamos de hablar. Al escuchar lo que de ellos voy á decirte, pide á Dios, mi querido Jaime, que te conceda la fe viva y eficaz que produce estos bienhadados frutos.

El espíritu de fe nos ilumina en los caminos de la piedad. En el servicio de Dios somos viajeros que vamos desde la tierra hácia el cielo; y para ir derechos, para caminar con paso rápido y seguro, necesitamos ver bien claro. Cuando no se tiene una fe viva se anda por el camino de la piedad como á tientas, como á la luz dudosa del crepúsculo. Por el contrario, el espíritu de fe es la luz llena del

medio dia, que lo ilumina todo, que todo nos lo hace ver, los peligros, las piedras del camino, los charcos de agua, á la par que los horizontes y las bellezas del paisaje. Lo que los demás no ven, la fe viva nos lo hace ver; lo que los otros distinguen sólo á medias, ella nos lo manifiesta con espléndida claridad. Nos hace comprender la dulzura, la necesidad de la oracion; nos atrae á la Confesion, y más todavía, si es posible, á la sagrada Comunion, que se nos muestra como el gran medio de perseverancia y de santificacion. Nos llena de ardiente amor hácia Jesucristo en el santísimo Sacramento. Nos da lo que puede llamarse el sentido cristiano y católico; nos penetra del espíritu del Evangelio; nos hace discernir lo que viene de la grácia y lo que viene de la naturaleza, y mantiene así nuestra alma en una perfecta fidelidad á Jesucristo.

El espíritu de fe se parece á ese disco luminoso de que se habla en la vida de la bienaventurada María Ana Taigi, simple mujer del pueblo, esposa de un pobre obrero y madre de cuatro hijos, muerta en Roma en olor de santidad el año 1837. Nuestro Señor Jesucristo, que la conducia por caminos enteramente sobrenaturales, la concedió una gracia extraordinaria y preciosa: veia ella sin cesar, con los ojos del espíritu, un gran disco luminoso que se oscurecia y se cubria de manchas, más ó menos marcadas, desde el momento en que la servidora de Dios se apartaba algo del cumplimiento perfecto de la voluntad divina. Esta luz milagrosa la guiaba

en todo, como la columna de luz y de humo que conducia dia y noche á los israelitas en el desierto. Ana María gozó de este inapreciable favor durante los veinte últimos años de su vida.

Para nosotros, mi buen Jaime, que no merecemos semejantes gracias, nuestro disco luminoso es nuestra conciencia, más ó menos vivamente iluminada segun que nuestra fe es más ó menos viva. Supliquemos al adorable Señor, *autor de la fe*, que la aumente en nuestras almas, que la reanime sin cesar, á fin de que jamás cese de iluminarnos en el camino de su amor.

El cuarto fruto, no menos deseable, del espíritu de fe consiste en la gran fuerza que nos comunica en medio de los combates de la vida: combates interiores con nuestras pasiones y con nuestros defectos naturales; combates exteriores contra el demonio, el mundo, los seductores, y los malos de todo color y de toda clase.

El espíritu de fe nos une íntimamente con el celeste vencedor del pecado, Jesucristo. Apoyado en Jesucristo, no tienes ya que temer tu flaqueza, hijo mio. «Fortalecidos en Jesucristo, que es nuestra base,—decia san Agustin,—jamás serémos vencidos. Nada hay más sólido que esta base. ¿Eres débil? Sea; pero te sostiene un fundamento inalterable. No lo dejes jamás, y la fuerza que no encuentras en tí mismo Jesucristo te la dará.» En el espíritu de fe es donde los Santos han adquirido el heroismo de sus virtudes y los mártires el heroismo

de su fidelidad. El espíritu de fe es el alma de la Iglesia militante.

El, mi buen Jaime, te comunicará la fuerza necesaria para vencer esas mil persecuciones de poca monta, muy crueles á veces, á que está expuesto hoy casi por do quier el jóven obrero. El te hará permanecer fiel en el interior, fiel en el exterior, fiel hasta dar la sangre si es preciso. Y no nos hagamos ilusiones: con nuestros bandidos revolucionarios, puede perfectamente sernos pedido este sacrificio supremo. En todos los siglos Jesucristo ha tenido sus mártires, es decir, sus testigos; y los ha tenido entre los obreros lo mismo que entre los sacerdotes, de todas las condiciones y de todas las edades.

Si alguna vez se presentase esta ocasion tendrias que hacer como aquellos verdaderos cristianos, como nuestros mártires, que encontraban en su fe la energía de su sublime resistencia. «Renunciad á vuestra fe, á vuestro Dios, á vuestra Iglesia, á vuestros sacerdotes, á vuestro Evangelio, á vuestra Eucaristía, les gritaban los jueces y los verdugos, ó sino vais á morir!—¡Y bien, moriremos!» respondian ellos. Y morian.

«¡Soy cristiano!— gritaba uno de ellos en medio de horribles tormentos;—¡soy cristiano, y quiero morir cristiano!» Tal ha de ser nuestra contraseña; tal será, con la gracia de Dios, nuestro grito de victoria si alguna vez llegamos á tan sangrientos extremos.

Puedes estar bien seguro, mi buen Jaime, de que

solamente los católicos verdaderamente bien templados podrán entonces resistir y vencer á los perseguidores. Entonces se verá en un lado á los hombres de fe y de oracion, en pequeño número, vencedores del demonio y del mundo, y en el otro lado, en el lado malo, deshonrados por la apostasía, á esa multitud de semi-cristianos que llena hoy nuestras calles y talleres, y aún tal vez nuestras Asociaciones y nuestros templos. Si hoy su fe es tan ténue, tan débil, que ni siquiera encuentran en ella el apoyo necesario para vencer la más ligera tentacion, para dominar las más vulgares preocupaciones ni las pasiones más groseras, haz el favor de decirme: ¿qué harán en frente de enemigos diez veces, cien veces más temibles? ¡Cuántos de ellos experimentarán entonces, á expensas de su honor y de su salvacion, la temible verdad de las palabras del Señor: *Aquel que no es fiel en las cosas pequeñas, no lo será en las grandes!*

Por último, el quinto fruto principal del espíritu de fe es el de hacernos practicar con fervor los deberes de nuestro estado, por penosos que ellos puedan ser.

Los deberes y las virtudes de nuestro estado son siempre más ó menos difíciles de practicar, cuando no por otra razon, por la de que cada dia hay que volver á comenzar, y que no hay en ello cosa alguna que halague el amor propio. Para no desanimarte, para no cansarte del bien, convendrá, mi querido Jaime, que no pierdas de vista las grandes

ideas de la fe; y esto es precisamente lo que producirá el espíritu de fe en tu corazon. El vendrá á cada momento á reanimar tu débil voluntad; te mostrará el cielo y la eternidad; te recordará que Jesús está contigo y en tí para consolar tus tristezas, para sostener tu debilidad, para santificar todo lo que haces, todo lo que sufres. Desde aquel instante la gracia suplirá á la naturaleza, y á pesar de todos los obstáculos harás cumplidamente tu deber; serás infatigable en la oracion y en el servicio de Jesucristo; serás paciente en las pruebas; tus dias estarán llenos de méritos delante de Dios; cifrarás de antemano tus esperanzas en aquel hermoso cielo en que tan á menudo piensas, y donde el fervor de tu fe te hará entrever, á través de tus lágrimas, la felicidad de las eternas recompensas.

«El cristiano que así vive,—dice á este propósito el gran san Juan Crisóstomo,— abraza todos los sacrificios, porque tiene al mismo Jesús por compañero de armas.»

«Sin el espíritu de fe, — dice por su parte san Agustin,—jamás será la piedad ni pura, ni buena, ni elevada.»

¿Tenia yo razon al decirte, hijo mio, que el espíritu de fe es un tesoro incomparable, el más precioso de todos los tesoros?

## IV.

### Cómo, con la gracia de Dios, se adquiere el espíritu de fe.

*El que quiere el fin quiere los medios,* dice el proverbio. Si quieres adquirir una fe bien viva, bien eficaz, es menester, mi querido hijo, que emplees los medios. Muchos hay, y hé ahí los que principalmente te recomiendo.

Ante todo, *la oracion.* Sin oracion no hay fe viva ni espíritu de fe. Si la oracion es fria, lánguida, indolente, la fe es lánguida y raquítica.

Tú tienes fe, ¿no es verdad? Reza, pues, ya que la fe te enseña que estás en la tierra, ante todo, para adorar, bendecir y amar á Dios; en otros términos, para rezarle. Reza mucho, reza lo mejor que puedas, de todo corazon; y este empleo de tu fe te hará adquirir poco á poco el espíritu de fe. *Creamos,*—nos dice á todos san Agustin,—*creamos á fin de orar bien, y oremos á fin de creer más cada dia. Sin la fe nada somos, y sin la oracion nada podemos.*

Pide á menudo al Señor la gracia de una fe muy viva, repitiendo como los Apóstoles, con una humilde confianza: *¡Señor, dignaos aumentar la fe en nosotros!* Y de seguro que te atenderá.

Consérvate tan atento como puedas á la presencia de Dios, hasta en medio de tus trabajos y del vaivén de todos los dias: en esto consiste la oracion

por excelencia, la vida de oracion, que todos los Santos practicaron perfectísimamente y á la cual están prometidas gracias excelentes, y en particular la gracia de la fe.

Despues toma la excelente costumbre de leer y releer á menudo el Evangelio, como repetidas veces te lo he aconsejado. El Evangelio no es, como pretenden los protestantes, el catecismo de la fe; es empero el espejo purísimo y divino de la vida de la fe, que se resume toda entera en la imitacion y en el amor de Jesucristo.

A la lectura del Evangelio añade á menudo, sobre todo los domingos, durante las horas de descanso, la lectura de la vida de algun Santo. Habiendo los Santos vivido fiel y perfectamente de la fe, imitando y amando á Jesucristo con todo su corazon, el relato de su vida es como el Evangelio en accion; es el Evangelio practicado y aplicado á todos los detalles, á todas las circunstancias de la vida humana. Si alguna vez pudieses proporcionarte la *Vida de los Santos* del P. Giry, ó mejor aún la de Ribadeneira, encontrarias allí un tesoro inagotable. Son dos grandes volúmenes en folio, que valen tanto oro como pesan.

En tercer lugar, con la oracion y con la lectura del Evangelio y de las *Vidas de los Santos* te recomiendo, mi buen Jaime, la Comunion frecuente si quieres adquirir y conservar y desarrollar el tesoro de una fe viva. El primer efecto de la Comunion es el de fortalecer en nosotros la primera de todas las

gracias, la gracia de la fe. Y es muy sencillo: ya que toda la fe se resume en el conocimiento y en el amor de Jesucristo; ya que el mismo Jesucristo en persona se halla en este adorable sacramento de la Eucaristía, que la Iglesia llama por excelencia *el misterio de la fe*, y que establece entre Jesucristo y cada uno de sus fieles relaciones cotidianas, personales, íntimas, relaciones llenas de vida, de dulzura, de consuelo y de encanto.

La Comunion,—me refiero á la Comunion piadosa y frecuente,—hace vivir á Jesucristo con nosotros y en nosotros, y produce en el cristiano un efecto casi parecido al del fuego con respecto al carbon. Así como el fuego lo penetra tan bien, que vive y arde en él y lo transforma, por decirlo así, en fuego; así tambien por medio de la sagrada y frecuente Comunion, el divino Salvador se apodera paulatinamente de nuestra alma, de nuestra mente, de nuestro corazon y de nuestra vida toda entera; viene á vivir en nosotros y á transformarnos en él mismo. ¿Qué es esto sino la vida de la fe, la práctica del espíritu de fe?

Con que, el tercero y excelente medio para adquirir y desarrollar en nosotros el espíritu de fe es la Comunion frecuente, tan frecuente y piadosa como se pueda.

En el fondo, estos tres medios se reducen á una idea general sencillísima, á saber, que para adquirir una fe cada dia más viva, es preciso hacerla pasar á nuestras obras: en otros términos, es

preciso practicarla en todas las ocasiones y lo mejor que se pueda. Cuando afilas en la piedra un cuchillo, cada vez que lo pasas aumentas su filo y le haces más cortante; del mismo modo, mi querido Jaime, cada obra de fe, cada oracion, cada acto de penitencia, de obediencia, de humildad, de paciencia, etc., y sobre todo, cada acto de confesion y cada comunion son como otros tantos frotes de la piedra de afilar, que aguzan la fe y la hacen cada vez más viva y perfecta. Hablábaseme, hace algunos años, de un instrumento de cirujía cuyo filo era tan maravillosamente fino, que con sólo aplicarlo á la carne entraba en ella como por sí sólo, por el simple efecto de su peso. Así era la fe de los Santos, perfecta, maravillosa, incomparable.

No es de la simple fe, sino más bien de la fe viva y eficaz, de la que dice Dios en el Evangelio: *Aquel que en mí cree, tiene la vida eterna.* Los infelices protestantes, que en este punto como en tantos otros han abandonado la verdad, figúranse buenamente que para salvarse basta creer que Jesucristo es el Hijo de Dios. Este es un error gravísimo, que los Apóstoles condenaban ya en su tiempo. «La fe sin las obras es una fe muerta,» decia el apóstol san Jaime. Si fuese como dicen los protestantes, seria una manera muy cómoda de salvarse. Y podríamos todos seguir la regla absurda y monstruosa que Lutero no vacilaba en dar á su discípulo Melanchthon: «Peca de firme, con tal que creas más de firme todavía.» Estas son las pa-

labras textuales de aquel gran impío, por quien y con quien produjo Satanás el protestantismo.

La fe sin las obras es la higuera estéril del Evangelio, es un árbol sin fruto, es una cepa sin uvas, un madero inútil. ¿De qué sirve, díme, una cepa que no produzca uvas? Unicamente es buena para ser arrancada y echada al fuego, segun las palabras mismas del Señor: *Todo aquel que nó lleve fruto en mí, mi Padre le separará. Y será echado léjos, como el sarmiento de la cepa, y se secará y será arrancado para ser echado al fuego, donde se quemará.* La fe sin las obras es una fe muerta que á nadie librará de ir al infierno.

Muchos dicen con los protestantes: «Yo creo: sí, yo creo en Jesucristo.»

Y no pasan de aquí. Pero si á esta fe no añaden las obras que engendra siempre y necesariamente la fe viva y verdadera, su fe es muerta, su fe no les salvará. Las obras de la fe, los efectos, los frutos de la fe, son el amor de Dios y del prójimo, los sacrificios cotidianos de la vida cristiana, la animosa práctica de las virtudes cristianas, la obediencia á las enseñanzas y direccion de la Iglesia de Jesucristo.

El gran arzobispo de Constantinoplá san Juan Crisóstomo decia en otro tiempo: «Si eres cristiano, si crees verdaderamente en Jesucristo, muéstrame tu fe por tus obras;» es decir, por tus acciones, por tu lenguaje, por tu conducta y por tu vida entera.

Procura no equivocarte, hijo mio: creer en Jesús

no es solamente creer que Jesucristo es Dios; es además vivir como quiere Jesucristo, es amar á Jesucristo, es amarle creyendo en El, es unirse á El, es vivir en El. A esta fe viva está prometida la vida eterna.

Reflexiona bien todo esto, mi buen Jaime, y procura aprovecharlo.

## V.

### De las recompensas prometidas á la fe viva en este mundo y en el otro.

Primeramente en este mundo. La recompensa de una fe viva es una vida excelente, fecunda, real y profundamente feliz. El mismo Dios nos dice por boca del Apóstol san Juan: *Aquel que cree en Jesucristo, no peca.* Y para tí, que eres cristiano, el único *mal* real, la única *infelicidad* verdadera en este mundo es el pecado. La gran frase del *Padre nuestro:* «Líbranos de mal,» es sinónimo de «Líbranos del pecado.»

Esto no quiere decir que el hombre de fe sea impecable; quiere decir que es muy bueno, muy justo y de una vida enteramente irreprochable. Aplícate estas palabras, mi querido Jaime, y saquemos de ellas las consecuencias.

¡Qué vida tan bella y buena llevarias, hijo mio, si tu fe fuese siempre viva y eficaz! Por dó quier serias un modelo. En tu casa, en tus relaciones de cada dia con tus padres y hermanos, ¡cuán bueno serias! Y ¡qué encanto, qué dicha derramarias á tu

rededor! ¡Cuán amado serias y cuánto bien haria tu solo ejemplo! Y tú mismo serias tan dichoso como un pez lo es en el agua.

Muchas veces ha bastado un muchacho bueno y piadoso en medio de una familia indiferente, para llevar á ella en pocos años la vida cristiana con las felices consecuencias que siempre la acompañan. En cierta época conocí en París á un chico pintor que, habiendo sido llevado á Dios por medio de unos ejercicios cuaresmales y por la lectura de un buen libro, cambió de tal suerte su numerosa familia, que hizo de ella una de esas excelentes familias que todo el mundo cita en cuanto se trata de la verdadera felicidad doméstica. No predicaba gran cosa ese buen muchacho: ¡trabajo le hubiera costado! Pero se puso á confesarse y á comulgar con regularidad todos los domingos, y desde aquel instante la paz y la dicha de que su alma estaba llena no tardaron en esparcirse en torno de él.

Antes no habia sido precisamente malo, pero habia comenzado ya, por aturdimiento, por negligencia, á dar á sus padres sérias inquietudes; habíase tambien dejado sentir sobre un hermano suyo más pequeño que él su influencia, por cierto nada buena. Hasta habia contraido algunas pequeñas deudas y se habia dejado arrastrar al café y á algunos malos bailes.

Con la Confesion y Comunion reguladas todo cambió de aspecto; aquel muchacho, hasta entonces tan indiferente, tan negligente en el servicio de

Dios, púsose á edificar á todo el mundo con su piedad: en un principio causó sorpresa, se burlaron de él, pero se acabó por admirarle y finalmente por imitarle. Su carácter desigual y difícil se hizo tan dulce, que un dia, hablándome de él su madre, no pudo abstenerse de derramar lágrimas de felicidad. Todo lo que ganaba lo llevaba fielmente á su casa, y sus únicos placeres eran la iglesia y la Asociacion católica. Era, con justicia, mirado por sus compañeros como una verdadera perla; y cuando á la edad de veinte y tres ó veinte y cuatro años dejó á París para ir á establecerse en una provincia, llevó consigo los sentimientos y las simpatías de todo el mundo.

Otro ejemplo: un jóven alferez muy inteligente, pero tambien muy exaltado, tuvo la misma dicha de volver á Dios, arrastrado por los buenos ejemplos y las exhortaciones de dos compañeros. Tenia influencia sobre los individuos de su cuadra y se conoció muy en breve. El buen alferez comenzó tambien á confesarse á menudo, á comulgar con frecuencia, y poco á poco llenóle el Señor tan bien el corazon, que llegó á ser el apóstol de sus compañeros, llevó á muchos á la práctica de sus deberes, y pasaba á los ojos de su compañía por una especie de maravilla. A él confiaban sus compañeros su dinero, sus secretillos y sus penas; y cuando dejó el servicio pudo decirse que habia llevado á Dios tantas almas como un misionero. Yo le conocí en el regimiento y fuera de él: era el hombre más dichoso del mundo, estaba siempre contento; tenia

pintadas en la cara la paz y la alegría; todo el mundo le queria y todo el mundo tenia confianza en él.

Sí, amigo Jaime, la fe viva da al cristiano el secreto de la felicidad, que no consiste tanto en la posicion en que uno se encuentra exteriormente, como en la disposicion interior con que se toman todas las cosas. A más de esto, la fe viva nos lo hace ver todo segun la santa voluntad de Dios; y en cuanto asi lo miramos, las penas y los males de la vida pierden su amargura, á la par que pierden sus peligros las alegrías de este mundo. Se es dichoso, hasta en medio de las lágrimas, cuando se está así dispuesto; de todo se saca provecho para el cielo, y cuando viene la muerte se la encuentra más dulce que la vida.

Tal es la recompensa del espíritu de fe en este mundo.

Pero en la eternidad es muy diferente. Cuando estas almas de fe y de fervor vivian en la tierra, vivian ya con la vida de Jesucristo, que era su sol, su fuerza y su amor. Poseian ya á Aquel en quien se encuentran todas las gracias y todos lo dones de Dios; á Aquel que ilumina el espíritu con la verdadera luz, que inunda el corazon con la alegría verdadera; á Aquel que da á la voluntad una fuerza totalmente divina, que consuela todos los dolores, que sostiene en todas las pruebas y en todas las miserias; á Aquel que, despues de haber transformado la vida, hasta transfigura la muerte; estas

virtuosas almas han vivido siempre y totalmente en Jesucristo.

Hélas ahí ahora en la eternidad. ¡Qué dicha! ¡Qué torrentes de luz, de santa alegría y de inefables delicias! Poseen para siempre jamás plena y perfectamente al Dios de su corazon, al Dios de la gracia y de la Eucaristía, á Jesucristo; Jesucristo, el cielo de los cielos, el Rey del Paraíso, en quien y con quien contemplan á Dios cara á cara, y se unen á El en una felicidad de que nada puede en este suelo darnos idea.

Para siempre ven, adoran y aman á Aquel á quien durante su vida, sin verle, amaron y adoraron; «se regocijarán en El,—como dice el Apóstol san Pedro,—con una alegría inexplicable y glorificada, recogiendo por premio de su fe la eterna salvacion.»

En ese venturoso dia, cuyos esplendores jamás acabarán, viviremos aquella vida que no ha de conocer la muerte, y veremos plenamente realizado en las bellezas y dulzuras del Paraíso lo que Jesucristo no hizo más que bosquejar en este mundo, á saber, el gran misterio de su gracia y de su amor: Dios en nosotros y nosotros en Dios.

Esto es, hijo mio, lo que te espera en el cielo, si eres aquí un verdadero cristiano, un hombre de fe. Despues de una vida excelente, sin otra mancha que esas pequeñas debilidades que no alcanzan al fondo de tu alma, porque no tienen raíz alguna en la voluntad; despues de una vida inocente, embalsamada toda con la paz y el amor de

Jesucristo, tendrás una buena muerte, una muerte apacible y santa, pudiendo decir como una persona á quien he conocido: «¡Oh! ¡qué bueno es morir! ¡No sabia yo que fuese tan dulce la muerte!»

Y despues de todo esto, entrarás para siempre en la luz de Dios, en la santidad y en la alegría de la eterna felicidad.

Hé ahí como la fe viva, como el espíritu de fe está magnificamente recompensado en este mundo y en el otro.

---

# CAPÍTULO IV.

## Aplicacion del espíritu de fe á las principales verdades cristianas.

### I.

### Del espíritu de fe en la existencia y en la presencia de Dios.

A fin de penetrarnos mejor, hijo mio, de la importancia incalculable del espíritu de fe sobre nuestra salvacion y nuestra santificacion, vamos á hacer de él algunas aplicaciones especiales que te harán tocar con el dedo la excelencia de una fe viva y eficaz.

Empecemos por el espíritu de fe en la existencia y en la presencia de Dios.

¿Quién no cree en Dios? ¿Quién ignora que hay en el cielo un soberano Señor, eterno y omnipotente, Juez terrible de los vivos y de los muertos? ¿Quién ignora que Dios está en todas partes, y que por do quier se camina y se obra forzosamente en su presencia? *Encontradme un sitio donde Dios no esté, ó donde Dios no me vea*, contestaba un dia san Francisco de Asis á una persona que le queria inducir al mal, *y haré lo que me pedís.*

Se cree, pues, en Dios, pero no se piensa en El. Se cree en la presencia de Dios; pero ¿cuántos creen en ella con fe viva, con fe eficaz y verdaderamente práctica? Aquí viene de molde aquella frase de: *Muchos son los llamados, más pocos los escogidos.* Muchos tienen la fe, pocos tienen el espíritu de fe. Muchos, ó por mejor decir, todos creen en Dios y en su presencia en todas partes; pero pocos, muy pocos piensan en El como debieran; pocos, y muy pocos obran para El, ni viven para El, ni se acuerdan siquiera de su santa presencia.

No fué así como lo hicieron los Santos, es decir, los cristianos de primera calidad. Pensaban siempre en Dios, y por esto le invocaban siempre, ya de boca, ya de corazon; en medio de la gente y de los negocios permanecian todos en Dios, sin abandonarse á las cosas exteriores, sin prestarse siquiera á ellas. Y esto se adivinaba fácilmente en la paz de su rostro, y en un no sé qué de bueno, santo, puro y celestial que en ellos se dejaba ver.

Algunos llevaban el respeto y la atencion á esta santa presencia de Dios hasta un grado heróico.

Así á los que pedian ver á san Martin, obispo de Tours, en el siglo cuarto, se les contestaba:

—Id á tal ó cual parte. Si encontrais á un hombre de pobres vestiduras, de andar grave y modesto, que tiene siempre fijos los ojos en el cielo y cuya cara sonrie habitualmente y está bañada de lágrimas, aquel es el hombre por quien pedís.

Así tambien san Pedro de Alcántara, franciscano, andaba ordinariamente con la cabeza descubierta, hasta en medio del estío y en lo más fuerte del sol; y cuando se le preguntaba por qué no se resguardaba cubriéndose la cabeza con el capuchon, respondia gravemente:

—Es por respeto á la presencia de Dios.

Dios, mi buen Jaime, no nos pide que pensemos en El de esta manera, que tiene algo de milagro; lo que nos pide es lo que podemos hacer, es lo que está al alcance de todos nosotros. Nos pide que pensemos á menudo en El con fe y con respeto; nos pide que adquiramos la costumbre de elevar de vez en cuando, lo más á menudo posible, nuestra alma hácia El, á fin de que no dejemos que se aflojen demasiado los lazos que á El nos unen, y á fin de santificar y hacer meritorias para el cielo hasta nuestras acciones más insignificantes.

Santa Juana de Chantal escribia á este propósito cosas conmovedoras y perfectamente imitables de su bienaventurado Padre san Francisco de Sales. «En todas sus acciones —decia— no más pretendia el cumplimiento de lo que á Dios agradaba. Puedo asegurar que así siempre andaba reco-

gido en Dios; lo cual era fácil de conocer, por más que no fuere triste ni sombrío su recogimiento.

«Preguntando un dia á este Bienaventurado si estaba mucho tiempo sin dirigir su espíritu á Dios, respondióme:

«—A veces un cuarto de hora.

«Díjome en cierta ocasion, que estaba en presencia de los reyes y de los príncipes sin violencia alguna, con su postura habitual, porque tenía la presencia de una Majestad más grande, que por do quier le tenia en igual reverencia: y áun cuando estuviere habitualmente rodeado de gente y abrumado de asuntos, tenia su corazon, en lo posible, siempre en Dios. «Estoy rodeado de gente,—escribíame un dia,—pero mi corazon está solitario.»

«Decíame que el primer pensamiento que al levantarse le acudia era de Dios, y que tanto como podia dormíase en el mismo pensamiento. Decíame además que estaba especialmente contento cuando se hallaba solo, á causa de la presencia de Dios que se le hacia entonces más sensible que entre el barullo de los asuntos y de las conversaciones.»

Tal era el maravilloso espíritu de fe de san Francisco de Sales, respecto á la presencia de Dios.

Otro tanto hacia san Vicente de Paul, su contemporáneo y amigo. Hé ahí lo que en su vida leemos:

«Solo ó en público, descansando ó trabajando, alegre ó afligido, en el silencio de su casa ó en el tumulto de las calles, estaba siempre con Dios, unido siempre á Dios con el pensamiento y con el corazon. En cualquier momento ó en cualquier si-

tio donde se le sorprendiese podríase fácilmente ver en su fisonomía, en su igualdad de alma, en la índole y acento de sus palabras, que Dios le estaba sin cesar presente.

«Para facilitar más á sus compañeros el pensamiento en la presencia de Dios, hizo fijar en diferentes sitios de la casa estas palabras escritas en grandes caracteres: *Dios me mira.* Y decia de la excelente práctica de la atencion en la presencia de Dios, que aquel que la conservase fielmente llegaria en breve á la santidad, porque el pensar en la presencia de Dios familiariza con la práctica de hacer incesantemente su santa voluntad.»

¡Qué ejemplos y qué palabras, hijo mio! Aplícate unos y otras; te lo suplico. Pide al Señor esta fe viva, profunda, ferviente, que era como el alma de estos grandes servidores de Dios. Imítales, sígueles, áun cuando sólo sea de léjos: que pueda decirse de tí lo que un dia se dijo de uno de ellos: «Hé ahí un hombre que cree verdaderamente en Dios.»

Acuérdate siempre, como ellos, de que Dios te ve y de que está en tí. Sobre todo cuando tengas tentaciones, aviva en tu conciencia este grande y saludable recuerdo: «Dios me ve: Dios me mira: ¿me atreveré á obrar mal en su santa presencia?» Si no puedes escribir en las paredes de tu cuarto la gran frase de san Vicente de Paul: *Dios me mira,* grábala á lo menos profundamente en tu mente y en tu corazon, á fin de resistir á la tentacion y conservarte fiel á Jesucristo de dia y de noche, siempre y por do quier. ¡Cuántas caidas habrás evitado con esta sola

práctica de fe, mi querido Jaime! Te la recomiendo para lo sucesivo como un preservativo tan poderoso como fácil, y que está al alcance de todo el mundo.

En la práctica del amor de Dios y del temor de Dios se encierra todo el espíritu cristiano. La santa presencia de Dios es, en efecto, interior y exterior á la vez: dentro de nosotros, en el fondo mismo de nuestra alma, Dios está presente por su gracia, y esta presencia es toda de amor: es una presencia de union, como anteriormente te he explicado, una presencia de gracia y de vida, por la cual Dios mismo, Padre, Hijo y Espíritu Santo, vive en tí y te hace vivir en El: exteriormente, la presencia de Dios es sobre todo una presencia de infinita grandeza, de majestad omnipotente y de perfecta santidad, que inclina nuestra alma al respeto, á la adoracion y al temor del pecado. Cuanto más viva sea tu fe, hijo mio, más experimentarás las saludables influencias de esta doble presencia de Dios en tí y ante tí.

¡Oh! ¡qué tesoro es el espíritu de fe! Pidámoslo al gran Rey del cielo, nuestro Salvador, que lo da siempre á todo el que se lo pide como es debido.

## II.

### Del espíritu de fe en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Llamaré en segundo lugar tu atencion, hijo mio, sobre la gran verdad fundamental de la fe y la santidad cristianas, es á saber, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Lo que es el sol en el mundo de la naturaleza, lo es Jesucristo en el mundo de la gracia. Y no puede ser de otra manera, puesto que Jesucristo es Dios hecho hombre, Dios con nosotros, Hijo eterno de Dios, hecho verdadero hombre en el seno de la Vírgen, sin dejar de ser verdadero Dios.

Hará en breve dos mil años que se realizó este prodigio de los prodigios, este milagro de los milagros: la Encarnacion del Hijo de Dios. La bienaventurada Vírgen María fué hecha su verdadera Madre sin dejar de ser vírgen, y su Padre era el Padre celestial, la primera persona de la santísima Trinidad.

Ya sabes, mi buen Jaime, cuán irreflagables pruebas de su divinidad dió Jesucristo al mundo. La declaró cien veces y de la manera más solemne; de modo que los judíos no tenian lugar á equivocacion. Un dia que quisieron apedrearle como á blasfemo, y que Jesús les preguntaba tranquilamente:

—¿Por cuál de mis milagros quereis apedrearme?

—No es por tus milagros,—gritáronle coléricos;—sino porque siendo hombre, te haces Dios.

No quiero recordar aquí, hijo mio, más que dos de esas grandes afirmaciones divinas del Salvador: la primera en el dia mismo de su Pasion, cuando el gran Sacerdote, en nombre del Sanhedrin, le planteó con todas sus letras esta su pregunta decisiva: «Te conjuro en nombre de Dios vivo, á que nos digas si eres Cristo Hijo de Dios.» Y Jesús respondió: «Sí, tú lo has dicho, lo soy.»

La otra fué ocho dias despues de su resurrec-

cion: los Apóstoles, que le habian visto ya muchas veces, estaban reunidos en el Cenáculo; y las puertas y ventanas estaban cuidadosamente cerradas por miedo de los Judíos. El único que no le habia visto todavía era santo Tomás, y por mucho que los otros le afirmaban y repetian que habian visto al Señor verdaderamente resucitado, que le habian tocado con sus manos y oido con sus oidos, que el divino Salvador hasta habia comido delante de ellos para probarles bien que era su verdadero cuerpo y no un fantasma, no quiso Tomás creerles y se obstinaba repitiendo:

—*Si no pongo mi dedo en las llagas de sus manos y de sus piés, y si no toco con mi mano la abertura de su costado, no creeré.*

De repente aparece Jesús en medio de ellos:

—*La paz sea con vosotros,*—les dice con una majestad divina. Y luego volviéndose hácia el Apóstol incrédulo, le dice presentándole sus manos agujereadas por los clavos:—*Toma: mete aquí tus dedos. Acerca tu mano; ponla en la llaga de mi costado, y no seas ya incrédulo, sino fiel.*

Y el pobre discípulo, estupefacto, arrebatado de admiracion, se prosternó exclamando:

—*¡Dios mio y Señor mio!*

Escucha bien lo que Jesús contesta á esta afirmacion tan formal, tan explícita de su divinidad.

—*Porque has visto, Tomás, has creido,*—le dice;—*bienaventurados aquellos que creyeron sin haber visto.*

En lugar de reprenderle, le felicita porque al fin ha creido... y ¿en qué? en su divinidad. «Mi Señor y mi Dios.»

Nosotros, mi querido Jaime, somos del número de estos *bienaventurados*, porque creemos sin haber visto, porque creemos con todo nuestro corazon, y porque postrados á los piés de Jesucristo, Hijo de María, Dios del tabernáculo, le adoramos y proclamamos en alta voz «nuestro Señor y nuestro Dios.»

Jesucristo es Dios, es á la par verdadero Dios y verdadero hombre, uniendo en su persona única la divinidad y la humanidad.

El pequeño Hijo de la Vírgen, el humilde Aprendiz de Nazaret, el Crucificado del Calvario, en una palabra, Jesús, es Dios. Luego es eterno; en union del Padre y del Espíritu Santo, es el Sér supremo, el solo verdadero Dios vivo, el Sér infinito, el único Creador de los Angeles, de los hombres, del cielo, de los astros, de la luz, de todos los elementos, de la tierra, de las plantas, de las flores, de los árboles, de los animales, de todo lo que existe. Así como en un hermoso dia toda la luz que ilumina la naturaleza viene del sol, y sin el sol no existiria; así tambien Jesús, el adorable Hijo de Dios y de María, es el principio, el Creador y el Señor de toda criatura, sea la que sea.

Hay algunos que hacen distincion entre Dios y Jesucristo; como si Dios descendido á la tierra no fuese el mismo Jesucristo; como si Jesucristo no fuese Dios encarnado por nuestro amór. Lo sé, y tú lo sabes tambien: el Padre ni el Espíritu Santo no se encarnaron como el Hijo; sin embargo, *la plenitud de la divinidad habita corporalmente en Jesucristo*, como dice san Pablo, porque Dios Padre está

inseparablemente unido á Dios Hijo, y porque el Espíritu Santo, inseparable tambien del Hijo y del Padre, reside todo entero en el Señor. Por esto fuera de Jesucristo no hay Dios, y adorar á Jesucristo es adorar á Dios, al solo Dios vivo y verdadero.

Decíame en cierta ocasion un jóven:

—Yo creo con todo mi corazon, y, mediante la gracia de Dios, seré siempre buen cristiano: tengo empero ahí en la mente algo que me da mala espina.

—Y este algo ¿qué es?—preguntábale yo:—dímelo sencillamente, y procuraré resolver con la claridad posible tu pequeña dificultad.

—Vedlo ahí,—repuso entonces el pobre muchacho:—paréceme que el Señor vino á quitarle su sitio á Dios, y que por consiguiente los judíos hicieron muy bien con echársele encima y crucificarle.

Aquí tienes á uno que se figuraba creer en la divinidad de Jesucristo, y que, en el fondo, no creia en ella: hacia distincion, como te decia, entre Dios y Jesucristo. O si lo prefieres, confundia á Jesucristo con la humanidad de Jesucristo, siendo así que no es una misma cosa. La humanidad de Jesucristo es creada como la nuestra; mientras que Jesús en sí mismo, esto es, la adorable persona del Hijo de Dios hecho hombre, es el Criador de todas las cosas, el verdadero Dios, el solo Dios verdadero, como llevamos dicho.

Jesucristo es Dios, el Dios de santidad y de amor. Es menester, hijo mio, que esta grande y santa verdad sea cada dia más la luz de tu espíritu y el

descanso de tu corazon. En tus oraciones, en tu recogimiento, jamás busques á Dios fuera de Jesucristo: amar á Jesús es amar á Dios; pensar en Jesús es pensar en Dios; y por lo mismo, olvidar á Jesús, no servir fielmente á Jesús, es ser infiel á Dios.

Repite á menudo su divino nombre. El solo nombre de Jesús pronunciado con fe y con amor es una preciosa oracion, temible para el demonio, santificante y consoladora. Este sagrado nombre *¡Jesús!* es un excelente acto de amor de Dios. La pobre Juana de Arco no tenia otra oracion en medio de las llamas de su horrible hoguera; durante más de un cuarto de hora se la oyó repetir á cada momento con voz sonora y suplicante: «¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!» ¡Oh! ¡Qué magnífico acto de adoracion, de fe, de amor y de esperanza!

Los que no tienen una fe viva en el Señor le respetan poco; pronuncian su sagrado Nombre sin reverencia y á la ligera; á veces hasta le mezclan con bromas, no teniendo gran miramiento en chancearse con tal ó cual de sus frases, con tal ó cual de sus milagros. Sin ser incrédulos, son creyentes á medias; y no es difícil conocérselo, por poco que gire la conversacion por ese lado. Cuando no otra cosa, son indiferentes en lo que atañe á su honor y á los intereses de su causa. No piensan en El, le miran como un simple personaje histórico distante de ellos, y no como á su Dios, Señor y Maestro.

Le aman menos todavía. Jamás ó casi jamás les acude la idea, ni aún en la iglesia, de elevar hácia

El su corazon por amor y con amor. Jamás sale de sus labios, y mucho menos de su corazon, esta preciosa invocacion, tan familiar á las almas piadosas: «¡Jesús, os amo!» ni menos estotra: «¡Jesús, Dios mio, soy todo vuestro!» No son, de consiguiente, buenos cristianos, porque cristiano quiere decir «hombre de Jesucristo.»

Sé *cristiano*, mi querido Jaime, cristiano en toda la acepcion de la palabra; cristiano por de dentro y por de fuera; y haz que en tu vida de cada dia, en tus conversaciones, en tus costumbres, en tu modo de ser, pueda cualquiera reconocer en tí al hombre de Jesucristo, al bueno y verdadero *cristiano*.

Tales serán en tí los frutos de una fe viva en Jesucristo Señor nuestro. Cuanto más profunda sea tu fe, más respetarás, invocarás y amarás á Jesucristo.

## III.

### Del espíritu de fe en el Evangelio.

El Evangelio es «la nueva de salvacion;» es el misterio de Jesucristo, explicado por el mismo Espíritu Santo, con los principales ejemplos y las principales palabras del Dios Salvador.

Aquí te diré, hijo mio, lo que decíamos á propósito de la existencia y de la presencia de Dios: todos creemos en ella firmemente; pero ¿cuántos de entre nosotros creen con esta fe viva que influye

sobre toda la vida, sobre los juicios, las voluntades y las costumbres de cada dia? Ni un cinco por ciento; tal vez ni siquiera un dos por ciento. Y sin embargo, esta fe viva es el alma de la vida cristiana; de tal suerte que sin ella se tiene poco más que el nombre y la apariencia del cristiano.

Si estás animado de un verdadero espíritu de fe con respecto á Jesucristo y á su Evangelio, comprende y jamás olvides que, habiendo descendido el mismo Dios en persona en medio de los hombres para hacerse Señor y soberano Dueño de su vida, es imposible que un hombre dotado de sentido comun deje de seguir gustoso y entusiasmado á este Dios sumamente bueno, que le llama y le dice abriéndole sus brazos y su corazon: *Venid á mí los que sufrís y os doblais bajo el peso de vuestra carga, y yo os animaré. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encontraréis el descanso de vuestras almas. Tomad sobre vosotros mi yugo, porque es suave y ligero el peso que impongo.*

Si crees buenamente en el Evangelio, léelo y reléelo, como á la verdadera palabra de Dios, con esta fe y religion profunda que son el sello de los verdaderos hijos de Dios. Ya recordarás que este Señor Jesús, cuyas principales acciones están consignadas en el Evangelio, es no solamente el Dios á quien debes adorar, sino además el santísimo y perfectísimo modelo que debes esmerarte en seguir é imitar. ¿Qué es, en efecto, un cristiano sino la reproduccion, la más fiel que se pueda, del Santo por excelencia, Jesucristo?

Jesús ha dicho: *Yo os he dado el ejemplo, para que hagais como Yo he hecho.* Y añade: *Será perfecto el discípulo cuando se parecerá al Maestro.* Así, pues, lo que de Él leemos en el Evangelio será como el espejo de lo que debemos ser nosotros mismos para ser verdaderamente cristianos, para ser perfectos. Imitar á Jesucristo es la vida cristiana resumida en una palabra.

Tambien los Santos se han esforzado, cada uno segun su modo y con su espíritu, en imitar y reproducir fielmente á Jesucristo. Cada uno de ellos puede decirnos lo que en otro tiempo el gran apóstol san Pablo á los primeros fieles: *Imitadme, cual imito yo mismo á Jesucristo.* En la vida de san Vicente de Paul se lee que se formó y vivió sobre este divino modelo. A imitacion de Jesucristo, procuraba cuidadosamente ocultar en un exterior el más modesto y sencillo el heroismo de sus virtudes. En sus pensamientos, en sus palabras, en sus acciones únicamente se inspiraba en Jesucristo, y sólo se portaba segun su modelo, preguntándose á menudo: «¿Qué haria el Señor en mi lugar? ¿Qué pensaria, qué diria de esto ó de aquello?» Jesucristo, siempre Jesucristo, ¡en todo y en todos: esta era su doctrina, su moral y su política, y se complacia en exponerlo con estas palabras: «Nada me gusta que no esté en Jesucristo.»

Decíales un dia á sus misioneros: «Honremos, reproduzcamos la vida comun que el Señor llevó en la tierra, su humildad, su anonadamiento, su vida de trabajo y de penitencia, su paciencia, su manse-

dumbre, su divina inocencia, su oracion contínua y la práctica que hizo de las más esclarecidas virtudes en esta clase de vida. ¡Oh! ¡Cuánto estimo esta generosa resolucion que habeis tomado de imitar la vida santa y mortificada del Señor! Tened por cierto que esta es propiamente la disposicion que conviene á los hijos de Dios; y por consiguiente, permaneced firmes en ella, á pesar de las dificultades. Aseguraos de que, por este sencillísimo medio, os encontraréis en el estado en que Dios os pide, y que haréis incesantemente su santa voluntad, que es el fin á que nos dirigimos y á que todos los Santos se han dirigido.

Con este espíritu, mi buen Jaime, es como hemos de contemplar en el Evangelio y meditar el detalle de las acciones de nuestro divino Maestro. Estudiemos, para imitarlas lo mejor posible, sus maneras de obrar en todas las circunstancias. Mírale pobre, desdeñado de todo el mundo, llevando en Nazaret una vida la más santa en la oscuridad de un rudo y laborioso trabajo, viviendo con poco, contentándose con lo necesario, evitando toda molicie y toda tentativa de sensualidad, mírale y adórale obedeciendo con amor á la santísima Vírgen y á san José; y no olvides que es tu divino modelo el que así obra, para mostrarte lo que tú á tu vez debes hacer.

¡Mira cuán bueno es para todo el mundo, cuán indulgente para todos los culpables, desde el momento en que se arrepienten! ¡cuánto ama á los pobres! ¡cuán amable es con los niños y con los desgraciados! ¡cuán paciente es, y con cuanto amor

perdona! Es nuestro Dios el que así se muestra á nosotros y que nos dice á todos y á cada uno: *Sígueme*, es decir, imítame.

El espíritu de fe es como una viva y celeste luz que nos invita á los secretos de la santidad de Jesucristo, y que nos muestra con una claridad admirable lo que debemos hacer y lo que debemos evitar para agradar á Dios y para servirle como quiere ser servido.

Y lo que aquí decimos de los ejemplos de nuestro santísimo y buen Jesús, debemos igualmente decirlo de sus palabras. Las palabras de Jesucristo, consignadas en el Evangelio por el Espíritu Santo, son la expresion de sus ideas y de sus sentimientos; y cuando las recogemos con fe y amor, como verderos hijos de la Iglesia, ellas vienen á ser la luz de nuestra mente y la regla de nuestro criterio. Pero para esto ya comprendes que es menester adorarlas y reconocerlas por lo que ellas son, por palabras divinas, infalibles.

¡Ah! ¡Cuán pocos cristianos hay que crean sériamente en las palabras de Jesucristo! Para no citar más que un ejemplo, abramos juntos el Evangelio al principio del célebre sermon de la montaña, en el capítulo quinto del Evangelio de san Mateo. El Señor nos dice á todos, á todos sin excepcion: *¡Bienaventurados los que tienen el espíritu de pobreza! ¡Bienaventurados los que lloran! ¡Bienaventurados los que son mansos! ¡Bienaventurados los que tienen hambre y sed de santidad! ¡Bienaventurados los misericordiosos! ¡Bienaventurados los que son puros de corazon!*

*¡Bienaventurados los pacíficos! ¡Bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia! ¡Sí, bienaventurados seréis vosotros cuando los hombres os maldecirán y os perseguirán, diciendo en alta voz toda clase de mal contra vosotros por mi causa!*

Esto es lo que dice el mismo Dios, esta es la leccion de la felicidad, de la verdadera felicidad. ¿Crees en ella? Puesta la mano sobre la conciencia, ¿crees?

En teoría todos creemos, pero en práctica, es decir, en realidad, ¿dónde están los cristianos, y quiero decir cristianos prácticos, que crean en estas evangélicas maneras de ser dichoso? Pregunta en torno tuyo á esos compañeros, á esas excelentes personas que nunca dejan de hacer sus oraciones, que van el domingo á los divinos Oficios, que se acercan de vez en cuando á Dios, que pasan con justicia por ser buenos cristianos; pídeles qué es un hombre feliz. Noventa y nueve sobre ciento te contestarán sin vacilar:

—Un hombre feliz es un hombre que goza de buena salud, cuyos negocios le andan bien, que gana mucho, que es apreciado de todo el mundo, que tiene un carácter festivo y un buen estómago, y á quien todo le sale bien.

Y desprovistos de fe viva, olvidan que esta dicha natural es bien poca cosa si no viene á levantarla, sobrenaturalizarla y santificarla la dicha verdadera y grande, tal como la entiende y la predica el Hombre-Dios.

A ti mismo te lo pregunto, mi querido Jaime:

¿fundas tú realmente el secreto de tu dicha en estas ocho *Bienaventuranzas* del Evangelio? Si es que sí, tú eres un hombre de fe, tú tienes el espíritu de fe; si es que no, tú no eres más que un cristiano á medias.

Cierto dia san Francisco de Sáles vió venir hácia él á una dama católica, que se echó á sus piés y le dijo con grande emocion:

—Monseñor, yo estoy inquieta por mi salvacion: temo que me falta la fe, que tal vez hasta soy hereje. Iluminadme y consoladme.

El buen Obispo se levantó con su dulzura acostumbrada, y la preguntó qué era lo que la inspiraba aquellos temores.

—¡Ah, Monseñor! respondió la piadosa dama, es que me parece que cuando tengo la dicha de leer y de meditar el Evangelio, no estoy bastante íntimamente convencida de la verdad infalible de todo lo que el Señor nos dice en él. Así, leyendo estos últimos dias las ocho Bienaventuranzas, me ha parecido que no creia con firmeza suficiente que esté en ellas la verdadera felicidad.

San Francisco de Sales, lleno de admiracion viendo la fe y la humildad de aquella piadosa mujer, la despidió totalmente consolada; y se complacia en referir este ejemplo de la fe viva en las palabras de Jesucristo en el Evangelio.

Cree así, hijo mio muy amado, y serás bendecido de Dios en este mundo y en el otro.

## IV.

### Del espíritu de fe en la presencia real.

Nuestro Señor Jesucristo está presente y vive en el santísimo Sacramento, bajo los velos ó las formas eucarísticas. Está en él, pero no se le ve. Únicamente al ojo de la fe le es dado penetrar al través del velo de las santas especies, y encontrar y adorar allí á Jesucristo.

Escucha bien esto, hijo mio. Si el Papa es para la Iglesia lo que la cabeza para el cuerpo, el santísimo Sacramento es para la Iglesia misma lo que el corazon para todo tu cuerpo, inclusa la cabeza: es la base, el fundamento, el manantial, la fuente de la vida.

Y es muy sencillo, puesto que el santísimo Sacramento no es otra cosa que Jesucristo con nosotros, Jesucristo, el Dios de los cristianos, el Dios de la Iglesia.

Haciéndose hombre en el seno de la bienaventurada Vírgen, descendió Dios á la tierra, apareciendo en medio de nosotros como un padre en medio de su familia, como un rey en medio de su reino. Pero, por el misterio de la Encarnacion, su aparicion en la tierra no habia de ser más que pasajera; y despues de haber consumado en la cruz el cruento misterio de nuestra Redencion, Jesucristo resucitado, triunfante de la muerte y del infierno, habia de dejar este mundo y volver con su

humanidad glorificada al seno de su Padre en el cielo, en la gloria eterna del Paraíso. ¿Iba, pues, á abandonarnos El que habia dicho formalmente: *No os dejaré huérfanos, vendré á vosotros?* Despues de habernos dado, ó más bien devuelto la vida, ¿iba nuestro Salvador á dejarnos sin alimento, cuando habia dicho: *Yo soy el Pan de vida, y el Pan que os daré será mi carne, para la vida del mundo?*

¡Oh, no! Su amor infinito, que habia *inventado* la adorable Encarnacion, *inventó* un medio de permanecer siempre entre nosotros sin moverse de los cielos, y este medio fué la adorable Eucaristía.

Por medio de su divina omnipotencia instituyó el Jueves Santo en el Cenáculo un misterio que habia de compendiar todos los misterios, y por el cual habia de ser El hasta el fin del mundo como el compañero de viaje, el amigo, el consolador, el santificador de todos sus fieles.

Tomó entre sus benditas manos pan ázimo (es decir, sin levadura, parecido al que todavía hoy emplean nuestros sacerdotes en el altar), y conservándole su forma y su apariencia, lo cambió milagrosamente en la sustancia de su propio Cuerpo.

—*Tomad y comed todos,* dijo á sus Apóstoles, *porque esto es mi Cuerpo.*

*Esto*, lo que os presento y que parece ser todavía pan, *esto es mi Cuerpo.* Es mi Cuerpo, mi verdadero Cuerpo vivo; no es la simple figura de mi Cuerpo, no es un símbolo, es su sustancia en realidad. De tal manera lo es, que tomando y comien-

do este Pan misterioso, me recibís á Mí mismo en vosotros, en vuestro cuerpo y en vuestra alma.

Jesús tomó luego el cáliz, llenólo de vino y lo consagró igualmente como á su divina Sangre, diciendo:

—*Tomad y bebed todos, porque este es el cáliz de mi Sangre.*

No la simple figura ó el símbolo de mi Sangre, sino la sustancia misma; de tal manera, que bebiendo de este adorable cáliz recibiréis en vosotros, con mi Sangre, todo el tesoro de las gracias que os he merecido á que os he hecho acreedores, derramándola por vosotros en mi Pasion y en mi Cruz.

Despues el Señor dió á san Pedro y á los Apóstoles, primeros sacerdotes de la Iglesia, el mandato y poder sobrenatural de hacer lo que El mismo acababa de hacer, es decir, de cambiar, de consagrar la sustancia del pan y del vino en la sustancia de su Cuerpo y de su Sangre. El misterio que diariamente se reproduce en nuestros altares, desde cerca diez y nueve siglos, en virtud de este poder divino dado á los sacerdotes católicos, es la *Eucaristía*, es decir, «el dón por excelencia,» ó tambien el *santísimo Sacramento,* es decir, «el Sacramento santo entre todos los otros.» Por medio de la Eucaristía Jesucristo cubre, por decirlo así, toda la tierra, penetra por dó quier, con sus sacerdotes, como brilla la luz allí donde está el candelero que la sostiene; arroja las tinieblas, esto es al demonio y á sus malhadadas obras, y es en cada parroquia, en cada iglesia el foco vivo de la santidad cristiana.

¡Oh mi querido Jaime, qué metamórfosis se operaria en el mundo si esta gran verdad de la presencia real brillase con toda su intensidad á los ojos de todos nuestros pueblos! Nuestras iglesias, en lugar de estar desiertas como desgraciadamente lo están con harta frecuencia, no se vaciarían jamás. ¡Y cuán rica fuente de consuelos seria para todos los que sufren la presencia reconocida de su Salvador en medio de ellos!

En la Eucaristía se nos pone de manifiesto todo el Evangelio, y en todo tiempo y en todo lugar le tenemos á la vista. Y realmente, si bien lo observas, verás que el Señor está presente bajo los velos eucarísticos con todos sus misterios, con todos los estados por que ha querido pasar y manifestarse á nosotros en la tierra. Así, cuando estamos á sus piés, sea durante la Misa, sea simplemente delante del tabernáculo, donde dia y noche reside para nuestro amor, podemos, en toda verdad, contemplarle tal como nos lo muestran el Evangelio y la fe en cualquier momento, en cualquier estado de su vida mortal ó glorificada. ¡Qué dicha para un verdadero cristiano! ¡Qué gracia y qué fuente inagotable de piedad y de santificacion!

Sí, nosotros podemos, en toda verdad y realidad, adorarle en la Eucaristía tal como estaba, despues de la Encarnacion, en el seno inmaculado de la santísima Vírgen, íntimamente unido á su bienaventurada Madre, colmándola de sus gracias y de su amor, llenándola de su santo Espíritu, y recibiendo de Ella las más perfectas adoraciones que existieron ni que existirán jamás.

Nosotros podemos y debemos, en las fiestas de Navidad, de la Epifanía, de la Purificacion, contemplar y adorar en la Eucaristía al santo Niño Jesús. Es á El, al amadísimo Niño de Belen, al Dios del pesebre, al Dios de los Pastores y de los Magos, á quien nos descubre la fe en nuestros altares y á quien debemos rendir nuestros homenajes.

La Eucaristía es tambien el Niño de Nazaret, el jóven obrero del taller de san José, Jesús adolescente, viviendo en el trabajo, en la obediencia, en la humildad, en la obediencia, en el silencio de la vida oculta. Allí está, en las especies sacramentales, con este prolongado y adorabilísimo misterio de treinta años de anonadamiento, que es como la gran fiesta continua del aprendiz cristiano, del jóven obrero y, en general, de todos los trabajadores. Si Jesús presenta á todos sus discípulos los ejemplos y la gracia de su vida oculta al lado de María y de José en Nazaret, dice especialmente á aquellos que viven del trabajo de sus manos: *Si alguno quiere ser mi discípulo, que me siga;* es decir, que haga como Yo, que trabaje y que sufra como Yo y conmigo.

Nuestro Señor Jesucristo está en la Eucaristía con todos sus milagros, con todas sus obras, con todas sus palabras, con todas sus virtudes; está allí, delante de nosotros, en medio de nosotros (y por la Comunion en nosotros), con su infinita santidad, con su bondad tan dulce y tan paciente, con su inagotable misericordia, con su horror al mal, con su amor hácia los pobres, hácia los niños y hácia

los inocentes; en una palabra, con su sagrado Corazon y con todos los sentimientos de este Corazon divino.

Allí está real y substancialmente presente con todos los misterios de su santísima y dolorosísima Pasion. La agonía, el sudor de sangre, los bofetones, los azotes, la crucifixion, ni la muerte, no están allí; pero el Dios de la agonía, el Jesús de la Pasion y del Calvario, está allí, delante de nosotros, con nosotros. Y durante la Cuaresma, durante la Semana Santa, nos llama á sí para que adoremos sus sufrimientos y para hacer de nosotros verdaderos discípulos de la cruz.

¿Qué más te diré, hijo mio? Allí está con su gloriosa resurreccion y su triunfo sobre el infierno; con todo lo que el Evangelio nos refiere de los cuarenta dias que quiso aún pasar en la tierra; con su Ascension, con su gloria, con todas las adoraciones de sus Angeles y de sus Arcángeles, de sus Querubines y de sus Serafines, de todos sus escogidos desde el principio del mundo hasta el dia de hoy. Y es el terrible Juez de los vivos y de los muertos, el Dios de la segunda venida y del juicio final, el Dios del Paraíso y de la eternidad, el que se digna, por medio de su Eucaristía, residir perpétuamente con nosotros, con el fin de inspirarnos á la vez el temor y el amor, con el fin de salvarnos!

Tal es la adorabilísima Eucaristía, el misterio por excelencia de la fe, de la esperanza y del amor. ¡Oh Jesús! dignaos concederme la gracia de una fe viva y profunda, siempre actual, siempre eficaz

en el misterio de vuestra presencia real en la Eucaristía! ¡Y esta gracia de las gracias, dignaos concederla igualmente á todos aquellos que recibirán con buena voluntad los pequeños consejos espirituales que les doy aquí por amor vuestro!

## V.

### Del espíritu de fe en el santísimo Sacramento.

¿Sabes, hijo mio, por qué hay en nuestras iglesias, ya durante la Misa, ya en las demás funciones religiosas, tantas personas que no guardan compostura, que hablan, que miran á derecha é izquierda? Es sencillamente porque no tienen espíritu de fe en la presencia real del Salvador en el tabernáculo. Lo creen, sí, pero su fe es tibia y superficial, de suerte que en presencia de Jesucristo se conducen como si Jesucristo no estuviese presente. Esto es deplorable, nada tiene de edificante, y es además sumamente peligroso para el alma.

Los buenos cristianos, los verdaderos fieles, que tienen el espíritu de fe en el santísimo Sacramento, no se conducen así. Por de pronto, en vez de olvidar como los otros la presencia real de Jesús en el Tabernáculo, piensan á menudo en él, hasta cuando no pueden acudir á la iglesia para adorarle, y aprovechan todas las ocasiones de visitarle, aunque sólo sea por algunos minutos. Asi se conducia aquel esforzado obrero de quien se ha hablado en la *Vie du Curé d' Ars*, que cada mañana y cada noche, al ir al trabajo y al regresar á su casa, nunca

dejaba de hacer su adoracion, dejando sus útiles en un rinconcito, á la puerta de la iglesia. Poco tardó el buen Párroco en reparar en aquel hombre, y observó con sorpresa que jamás tenia entre sus manos ni libro ni rosario, permanecia simplemente de rodillas, juntas las manos, fijos los ojos en el Tabernáculo.

—Mi buen amigo,—díjole un dia el Cura de Ars acercándose á él;—¿qué haceis aquí delante de Dios? No teneis ni rosario, ni libro: ¿cómo le orais?

—Lo miro y Él me mira,—contestó gravemente el buen hombre, señalando con el dedo el Tabernáculo que encierra al Señor.

¡Qué frase tan bella! ¡qué preciosa adoracion! ¡Hé ahí un hombre de fe!

De veinte años para acá, he conocido un buen número de piadosos jóvenes y buenos aprendices que por la mañana, al irse al taller, entraban, sin faltar jamás, en la primera iglesia que encontraban en su camino, arrodillábanse en un rincon de ella, y durante algunos minutos adoraban á Jesucristo, le consagraban su dia y le ofrecian su corazon.

Un cristiano que no piense con frecuencia en Nuestro Señor en el santísimo Sacramento, puede muy bien tener fe, pero no el espíritu de fe.

Cuando un hombre de fe, un hombre que cree de veras, entra en una iglesia ó en una capilla que encierra el santísimo Sacramento, conócese en seguida en su postura, en su rostro, en su andar, que se presenta ante su Dios. Mira con qué respeto

hace su señal de la cruz tomando el agua·bendita. Mira como su genuflexion expresa la adoracion y los sentimientos de fe que llenan su corazon. Observa como, apenas llegado á su sitio, se arrodilla inmediatamente, se pone á rezar y permanece allí, apacible y recogido, sin hacer caso más que de su Dios presente en el Tabernáculo, sin cuidarse de lo que pasa en torno suyo y rezando con todo su corazon.

¡Cuán bello y agradable es ver adorar de esta manera al santísimo Sacramento! Es un verdadero sermon predicado, sin saberlo, por el cristiano, por el piadoso fiel, animado de una fe viva en la presencia real.

Y no está solamente en la manera como adora al santísimo Sacramento, está además en el zelo con que procura recibirle con frecuencia y santamente en la Comunion, donde se reconoce al hombre de fe. La fe viva en la Eucaristía produce al mismo tiempo un muy grande y profundo respeto que se manifiesta en la adoracion, y un ardiente amor que se traduce por un vivo deseo de la sagrada Comunion, de la Comunion frecuente. ¿Cómo se podria dejar de amar con ternura á Jesucristo en la Eucaristía cuando se tiene la dicha de creer firme y verdaderamente en él? Y ¿cómo se podria dejar de experimentar el ardiente deseo de unirse á él por medio de la Comunion, desde el momento en que se le ama de todo corazon?

El espíritu de fe da, pues, el amor y la excelente costumbre de la Comunion frecuente, y á su vez

la Comunion frecuente aviva y desarrolla incesantemente el espíritu de fe, como lo llevamos dicho ya. Bajo este especial punto de vista, la sagrada Comunion produce efectos incomparables: ella hace los Santos, como la buena nutricion hace los hombres robustos y vigorosos.

Todos los Santos sin excepcion se han sentido animados, con respecto á la divina Eucaristía, de una fe ardiente y fervorosa: el santísimo Sacramento era el centro de su vida espiritual; la adocion era su más cara ocupacion; la sagrada Comunion producia su dicha y era como la sal de su vida.

Un admirable cristiano, protestante converso, á quien conocí en otro tiempo en Roma, me decia en cierta ocasion:

—Para mí, un dia sin misa y sin Comunion me hace el efecto de una sopa sin sal.

Este santo hombre iba todos los dias, hiciese el tiempo que hiciese y fuesen cuales fuesen sus ocupaciones, á pasar una hora entera delante del santísimo Sacramento, y encontraba que jamás tenia bastante.

En París he conocido á otro, artista célebre, convertido, no del protestantismo, pero sí de la indiferencia y de la vida mundana, que abrasado tambien por los ardores de una fe admirable, consagraba á la sagrada Eucaristía todo el tiempo que le dejaban libre sus trabajos. Veíasele á veces más de dos horas en oracion, oculto, como un pobre, en algun rincon.

—No hay nada más, nada más que esto en el mundo,—exclamaba un dia hablándome con transportes de la dicha que experimentaba á los piés de su Salvador.

Otro, antiguo general del primer imperio, vuelto á Dios á la edad de sesenta años, comenzaba igualmente todos sus dias con una larga y santa adoracion, con una buena Comunion; y su accion de gracias, que prolongaba tanto como podia, era tan fervorosa, que se reconocia casi todos los dias el sitio donde habia estado rezando por las lágrimas que mojaban el pavimento. Vivió así hasta la edad de ochenta y dos años, y en cierta ocasion le decia á un amigo:

—Jamás he amado tanto á nadie como amo al Señor.

Un pobre comisionista, á quien he tenido la satisfaccion de ver á menudo, habia hecho todavía más por el santísimo Sacramento; irresistiblemente arrastrado por su fe y por su amor, lo habia dejado todo para dedicarse únicamente á la bella Asociacion de la adoracion perpétua. Cada tres dias transportaba, con el sudor de su rostro, de un extremo de París al otro el pequeño mobiliario indispensable para las noches de adoracion, durmiendo apenas, pasando la noche casi entera adorando y orando ante el santísimo Sacramento expuesto, bañado de llanto el rostro y en la actitud de un bienaventurado. Comulgaba todas las mañanas en la Misa de las cinco, y he sabido, por conducto cierto, que el Señor habia recompensado

gran número de veces á su fiel servidor con favores y gracias enteramente sobrenaturales. Y era un hombre del pueblo, sin otra ciencia que su fe grande y ardiente. Al cabo de trece años y medio de esta admirable vida murió como habia vivido, como un santo.

Hé aquí, hijo mio, lo que produce el espíritu de fe en el santísimo Sacramento, cuando llega á cierta intensidad. Tambien aquí, y te diré que hasta con preferencia aquí, conviene repetir la humilde súplica de los Apóstoles, de que antes te hacia memoria: «¡Señor, aumentad la fe en nosotros!» *Domine, adauge nobis fidem!*

A todos aquellos á quienes amo no les deseo más que una cosa, porque ella lo encierra todo: una fe muy profunda, viva y tierna en el Dios de la Eucaristía, en Jesucristo, Pan de vida, Trigo de los escogidos, Fuente de toda santidad, de toda fuerza, de toda gracia, de todo amor y de toda felicidad.

## VI.

### Del espíritu de fe en la santísima Vírgen María.

No consistiendo la fe, despues de todo, más que en el verdadero conocimiento de las cosas de la Religion, y siendo el espíritu de fe este mismo conocimiento elevado á un estado más perfecto, fácilmente comprenderás, mi buen Jaime, los sentimientos de que debe estar lleno el corazon de un

verdadero cristiano con respecto á la Vírgen Santísima.

Y en efecto, ¿qué es la Vírgen? La fe nos la presenta como una criatura eminentísima, única en su género, elevada por su vocacion de Madre de Dios, á una dignidad tal, que nada, despues de Dios, se le puede comparar ni en el cielo ni en la tierra.

María se nos presenta inmediatamente despues de su adorable Hijo Nuestro Señor Jesucristo, que es en union con el Padre y el Espíritu Santo, el solo Dios verdadero, el Dios eterno, infinito, omnipotente, creador y soberano Señor del mundo, y nuestro misericordioso Salvador. Jesucristo es el único que debe ser adorado porque únicamente Él es Dios, y la adoracion á Dios sólo es debida; pero salvo este culto de adoracion exclusivamente reservado al Señor, no hay honores, homenajes ni loores que sean debidos á su santísima Madre la Vírgen María.

Decíate hace poco que todos los Santos habian estado animados de un admirable espíritu de fe para con el santísimo Sacramento, y que esta ardiente fe habia influido en gran manera en la santificacion de su vida. Otro tanto puede decirse con respeto á la santísima Vírgen. Jesucristo, que por su santa gracia vivia plena y poderosamente en ellos, les llenaba de un amor extraordinario hácia su bienaventurada Madre; y este amor les transformaba, por decirlo así, en otros Jesús en sus relaciones con la Madre de Jesús. La Vírgen Santísima

podia decir de cada uno de ellos como del mismo Jesús: «Este es mi Hijo muy amado, en quien pongo mis complacencias; mi querido Hijo, que me ama y á quien amo; mi verdadero Hijo, que se confia á mi bondad, á mi maternal amor, y que no deja escapar ocasion alguna de demostrarme su ternura, su respeto y todos los sentimientos que un buen hijo debe tener para su madre.»

Es menester, hijo mio, que la santísima Vírgen pueda decir de tí otro tanto, y sólo podrá decirlo cuando tengas con respecto á ella una fe viva y profunda, un verdadero espíritu de fe.

Un gran servidor de Dios, que durante veinte años, al principio de este siglo, llenó muchas provincias de Italia con la fama de sus milagros y de las conversiones que obraba, el venerable Gaspar del Buffalo, tenia una fe y una confianza tales en la santísima Vírgen, que nada hacia que no fuese por ella y con ella. Su frase favorita era ésta: «Tengamos fe en María! tengamos confianza en María!» Encontrando un dia en la santa Casa de Loreto, en Italia, á un jóven moribundo, tísico en el último grado, que se habia arrastrado hasta allí para obtener de la Vírgen Santísima la gracia de una buena muerte, díjole con animoso acento:

—Rezad conmigo un *Ave María* y tengamos fe en la Vírgen Santísima.

Y despues de haberla rezado, le hizo seña de que se levantase y le siguiese. El jóven tísico estaba completamente curado, tan bien curado, que durante veinte y tres años, desde 1814 hasta 1837,

fué el inseparable compañero del venerable Gaspar en todas sus misiones, y el venturoso testigo de los prodigios de todo género que el santo misionero obraba *en nombre de María*. Yo he tenido la dicha de conocerle en Roma y de recojer este relato de su propia boca.

¡Oh! ¡cuánto ama y bendice el Señor á aquellos que aman dignamente á su Madre! Conocer, servir y amar á María es una fuente inagotable de gracias, de luces y de dicha. La filial devocion de los verdaderos cristianos hácia la santísima Vírgen entra para mucho en ese no sé qué de abierto, cordial, afectuoso y amable que caracteriza la piedad católica. Los herejes, por lo contrario, los jansenistas, los calvinistas, los luteranos, que no aman á la santísima Vírgen, tienen siempre algo de moroso, glacial, seco, desagradable, fastidiado y fastidioso en todas sus maneras de ser. Son hijos que no tienen madre. Sin contar las otras que les faltan, falta á su corazon esta fibra esencial.

Sirve, pues, y ama á la santísima Vírgen con toda tu alma, mi jóven y estimado cristiano. Por amor á ella, sé casto é inocente. Parécete á Jesús, á fin de que ella pueda amarte y fijar en tí miradas de dulzura y complacencia. Rézala mucho y muy á menudo; invócala en todas tus penas; sé su verdadero hijo, su hijo fiel.

No permitas que se la ultraje en tu presencia. ¿Qué es un hijo que deja insultar á su madre sin indignarse, sin protestar de un modo cualquiera? En cierta ocasion, en la mesa de una posada, el

bueno y animoso P. Combalot, misionero apostólico, oyó que un fulano se permitia sobre la santísima Vírgen conceptos tan impíos como abominables. No escuchando más que su fe y su corazon, levantóse instantáneamente el santo hombre, cogió una botella, y levantando el brazo, y encendido el rostro, dijo al jóven deslenguado:

—¡Miserable! ¡Te atreves á insultar á mi Madre! Si dices una palabra más, te rompo esta botella en la cabeza.

Quedóse de tal modo cortado el otro, que no se atrevió á proseguir y hasta balbuceó algunas satisfacciones.

Procura tener siempre en tu cuartito una estatuita ó una imágen de la Vírgen; pónla, con el Crucifijo, en el sitio de honor, en el sitio que corresponde á la Reina de la casa. El célebre Bayard, «el caballero sin miedo y sin reproche,» tenia siempre en su casa una imágen de la Madre de Dios, y jamás salia de su habitacion, sin pedirla de rodillas su bendicion, y besaba el suelo en honor suyo. Esta es una bella y piadosa práctica, que muchos podrian imitar y que les traeria mucha dicha.

Hazte un deber, mi buen Jaime, de llevar encima una medalla ó un escapulario, como insignia de tu consideracion á la Vírgen sin mancilla. Yo habia dado en otro tiempo un escapulario de la Inmaculada Concepcion á un excelente aprendiz parisiense, que murió á los veinte y un año, en los sentimientos de una fe y de un fervor extraor-

dinarios. Su padre, tambien admirable cristiano, quiso que el escapulario azul de su hijo le siguiese hasta la tumba. Diez años despues, cuando se abrió su tumba para trasladar sus restos á un modesto osario de familia, fué grande la sorpresa, ó mejor, la admiracion de los ausentes, al encontrar su escapulario absolutamente intacto, tanto que ni siquiera su delicado color habia sido alterado por la putrefaccion. Todos nosotros vimos en este hecho inexplicable una consoladora muestra de la proteccion de que la Inmaculada Madre de Dios habia rodeado á su jóven servidor hasta en la muerte.

Tambien obrarás tú perfectamente imponiéndote á tí mismo la obligacion de nunca dejar pasar un solo dia sin rezar en honor de la santísima Vírgen y á su intencion el santo Rosario.

Esto es lo que harás con gusto y complacencia, mi amado Jaime, si estás animado de un verdadero espíritu de fe para con la bienaventurada Vírgen María. A ella la ruego que te bendiga y te conceda la gracia de esta fe tan dulce y poderosa.

## VII.

### Del espíritu de fe en el Papa, en los obispos y en los sacerdotes.

Otro asunto tambien de importancia es el espíritu de fe con respecto á nuestro santo Padre el Papa, con respecto á los Obispos en general, y en particular al nuestro, y con respecto á los sacer-

dotes, y en especial á nuestro párroco ó nuestro confesor.

En la época presente, mi querido hijo, se hace de todos lados una guerra encarnizada á la Iglesia, y como el diablo es una bestia muy fina, atiende directamente al fin y va á los jefes del ejército de Dios, seguro de haber acabado muy pronto con los soldados, si llega á separarles de sus jefes.

Desde luego empiezo por el Papa, Jefe supremo del grande ejército católico, Jefe de los jefes, Obispo de los obispos, Pastor de las pastores, Vicario y Representante de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra. El enemigo infernal hace todo lo que puede para arrancar de nuestros corazones la fe viva en el Papa, la sumision á su divina autoridad y el amor á esta santa autoridad. A este efecto se sirve de todo, y todo lo emplea: las mentiras históricas, la enseñanza falsificada de las malas escuelas y de los malos profesores, las columnas de los periódicos y las de los folletos protestantes. No te dejes engañar, hijo mio. Desde el momento en que un hombre, ó un libro, ó un periódico dicen mal del Papa, de su autoridad y de su causa, ténlos por sospechosos, pónte sobre aviso y cierra los oidos. Aquello huele á diablo.

Cuando se tiene un poco de fe, se está delante del Papa como delante de Jesucristo. Verdad es que el Papa no es Jesucristo, ni es Dios: jamás ha tenido esta absurda pretension que le han atribuido con frecuencia los protestantes; pero es el depositario de toda la autoridad de Jesucristo en la

tierra; es su Vicario, es decir, su otro yo, encargado de enseñar en su nombre y de gobernar á toda la Iglesia, y esto en todo el universo, en Europa, en Asia, en Africa, en América, en Oceanía: La tierra toda entera está bajo el dominio de la Iglesia católica, es decir, universal, y por esto mismo está bajo el dominio espiritual del Papa, á quien Dios ha constituido Padre de todos los cristianos, Doctor y Pastor de todos los Obispos, de todos los Sacerdotes, de todos los fieles sin excepcion alguna.

El Papa es, si así puede hablarse, sólo de su especie en el mundo. No hay más que un Papa, como no hay más que una Iglesia, como no hay más que un Cristo, como no hay más que un Dios. El Papa es el Representante visible de Dios entre los hombres. Cuando habla como Papa, cuando habla oficialmente y en nombre de Jesucristo, Jesucristo le asiste tan poderosamente con las luces de su divino y santo Espíritu, que le hace infalible; cuando habla á la Iglesia, el Papa no puede jamás engañarse, ni por consiguiente engañarnos.

Si se debe siempre creer su enseñanza infalible, débense igualmente obedecer siempre sus leyes y sus direcciones, porque son soberanas, esto es, superiores á toda otra autoridad. Nadie en la tierra tiene derecho á sublevarse contra de ellas. Desobedecer al Papa es desobedecer á Jesucristo, es desobedecer á Dios.

Así como es Jesucristo que nos enseña por boca de su Vicario, tambien es Jesucristo el que nos manda, el que nos gobierna, el que nos conduce

por su ministerio. ¡Qué autoridad! ¿No es verdad, mi buen Jaime? Y ¡qué grandeza verdaderamente divina en este único hombre que se llama el Papa, es decir, el *Padre!*

Cierto dia, un pastorcillo de las montañas de la Sabina, en los alrededores de Roma, acompañaba á algunos franceses, entre los cuales me encontraba yo, y nos servia de guia. Mientras íbamos caminando le interrogaba yo sobre su catecismo, y admiraba en un niño tan pobre, tan andrajoso, la exactitud y hasta diré la nobleza de sus respuestas. Acabé por preguntarle, en italiano, qué era el Papa. Ante esta pregunta, el excelente muchacho se detiene, descúbrese y me contesta con una especie de solemnidad: *Cristo in terra:* «el Papa es Jesucristo en la tierra.»

¡Hé ahí á un pequeño cristiano que tenia fe! ¿Habrias dicho tú otro tanto, mi querido Jaime?

Promete bien á Dios que toda tu vida serás hijo afectuoso y fiel de su Vicario, del Jefe supremo de la Iglesia. Prométele ser siempre obediente y sumiso á la autoridad del Papa; con esto no podemos engañarnos en materia de Religion, y tenemos siempre la seguridad de andar por las sendas de Dios, como el cordero que sigue dócilmente á su pastor. Defiende siempre, tanto como puedas, la causa del Papa: es la causa de la Iglesia, es la causa de Jesucristo.

Y lo que del Papa te digo, te lo digo igualmente,

y con la respectiva proporcion, de los Obispos y de los Sacerdotes.

Lo que el Papa es á la Iglesia toda, lo es el Obispo para la diócesis cuyo gobierno espiritual le ha confiado el Papa. El Obispo es tambien para sus diocesanos, para sus ovejas, como suele decirse, el representante de Jesucristo, y su autoridad es la autoridad de Jesucristo. Desde el momento en que es católico y está sometido al Papa, su autoridad se confunde, por decirlo así, con la del Papa, y por consiguiente, con la de Dios.

Lo mismo los Sacerdotes. El Sacerdote entre nosotros es Jesucristo entre sus discípulos. Es nuestro Jesús, el salvador, el maestro visible de sus hermanos; y es menester respetarle como al mismo Jesús, é ir á él como á Jesús, para ser consolado, perdonado, santificado y salvado.

En los países donde impera la fe nadie tiene siquiera la idea de pasar junto á un Sacerdote, y mucho menos junto á un Obispo, sin saludarles respectivamente. Tiénese así como un deber y como una dicha el besarles la mano, inclinándose en señal de religion. Tan santa y poderosa es la bendicion de un Obispo, que basta para borrar los pecados veniales de aquellos que la reciben con piedad.

Aviva, pues, tu fe, hijo mio, con respecto á los Sacerdotes, á los Obispos y al soberano Pontífice, y en lo sucesivo mírales siempre y trátales en todo como los representantes visibles de Jesucristo, tu Salvador, tu Señor y tu Dios.

Una palabra más sobre la fe viva en la autoridad de la santa Iglesia. Los que tienen la dicha de creer buenamente en ella, no juegan, como tan á menudo sucede hoy en dia, con la obediencia debida á los mandamientos de la Iglesia. Hacen todo lo posible para observarlos completamente. Si son tan pocos, sobre todo los obreros, que observen las abstinencias y los ayunos de la Iglesia, que guarden religiosamente los domingos, que sigan escrupulosamente las direcciones de sus párrocos, es porque les falta la fe viva, y con la fe viva, la obediencia católica.—Toma firmes resoluciones, hijo mio, sobre este punto.

## VIII.

### Del espíritu de fe en la Confesion y en la misericordia de Dios.

Por lo que llevamos dicho has de comprender más y más, hijo mio, la extraordinaria importancia del espíritu de fe, y la especie de abismo que separa á los muchos que tienen simplemente la fe del número desgraciadamente algo reducido de los cristianos fervientes, lógicos y á quienes anima el espíritu de fe.

Aplicando esta distincion á la Confesion y á la misericordia de Dios, comprenderán mejor todavía la necesidad del espíritu de fe, para corresponder á los designios del Señor para contigo.

¿Qué piensan y que dicen de la Confesion los hombres cuya fe es inerte y lánguida? ¿qué dicen

de esta obra maestra de misericordia, de bondad, de amor, de paciencia y de Confesion divina? Apenas hablan de ella como no sea con aire ceñudo, murmurando y repitiendo que «es un yugo intolerable; que es una necesidad tiránica; que es pesadísima y fastidiosa; que eso de decir así los propios pecados es humillante, y que son bien dichosos los que no están obligados á confesarse. Esto dicen, y cien mil veces lo habrias oido si lo hubiesen dicho tantas veces como lo han pensado.

La falta de fe es la que les hace perder así el sentido de las cosas divinas, y se horrorizarian de sí mismos si se diesen cuenta de lo que contienen esas verdaderas blasfemias contra la más bella invencion de la misericordia de Dios para con ellos.

Fíjate un poco: «Son bien dichosos los que no están obligados á confesarse.» O en otros términos: los que viven en estado de pecado mortal, que pueden, si no sin remordimientos, á lo menos sin obstáculo, encenagarse en el innoble lodazal del vicio bajo todas sus formas, adormecerse en sus degradantes costumbres, vivir en el mal, arriesgar todos los dias y todas las horas del dia su eternidad, y prepararse, si no un terrible infierno, á lo menos un no menos temible purgatorio, ¡estos son bien dichosos! ¿Qué te parece á tí, mi buen Jaime? Y los pobres cristianos á medias, que así hablan junto á tí, ¿qué dirian si álguien fuere á hacerles tocar con el dedo su aberracion de espíritu, de corazon y de voluntad?

«La Confesion, añaden, es un yugo intolerable,

una necesidad tiránica.» Esto no es verdad. Nadie les obliga á confesarse. Si prefieren ir á quemarse eternamente en el infierno, libres son de hacerlo. Ni Dios ni su Iglesia no obligan á nadie á confesarse, ni menos á arrepentirse: al pobre pecador que reconoce su falta y que siente haberla cometido, á este le ofrecen sencillamente el medio de obtener su perdon, y ¡qué perdon, Dios mio! un perdon total, entero, completo, absoluto; un perdon cierto, garantizado por las más formales enseñanzas de la Iglesia y por los infalibles oráculos del Hijo de Dios. *Serán perdonados los pecados á aquellos á quienes vosotros los perdonareis,* ha dicho El mismo á los Apóstoles sus primeros sacerdotes; *y les serán retenidos á aquellos á quienes vosotros los retendréis. Todo lo que habréis desligado en la tierra será desligado tambien en el cielo.*

¿Qué vienen, pues, á decirnos esos cristianos cobardes y sin fe, que se les obliga á confesarse, que la ley de la Confesion es una ley tiránica y que se les impone un yugo? Mienten á Dios y á ellos mismos: se les propone un medio sumamente fácil y sencillo de lavarse sus más vergonzosas y graves manchas; se les ofrece un auxilio tan poderoso como infalible para privarles de caer en los ardientes y eternos abismos del infierno, que han merecido, y que saben perfectamente que han merecido, pues tienen fe; ¡y esos infelices murmuran, se quejan y hablan de tiranía! ¿No es esto soberanamente injusto, absurdo é inconcebible? ¿Qué hace esa gente de su fe, de su conciencia y de su corazon?

Dicen: «Eso de confesarse es fastidioso.» Yo quisiera saber si no será más fastidioso el quemarse eternamente en el infierno, entiéndelo bien, eternamente; ó bien, si en el artículo de la muerte les es permitido arrepentirse y confesarse, el abrasarse en las terribles llamas del purgatorio tal vez durante siglos y siglos.

Y luego ¿va uno á confesarse por diversion? Cuando la Iglesia nos dice: *Si habeis pecado, id á encontrar al Sacerdote, confesadle vuestras faltas y él os perdonará en nombre de Jesucristo,* ¿acaso añade que esto es muy divertido? Ella dice: «Es muy necesario; el mismo Dios lo ha dispuesto así; no hay otro medio para obtener el perdon, la salvacion eterna.» Si esto os fastidia, tanto peor; de todos modos hay que ir, y sin vacilar. ¿Por qué habeis pecado?

«¡Es humillante!» Mejor: despues de haber pisoteado, como lo habeis hecho, la sangre, la gracia, el amor de Jesucristo; despues de haber cometido acciones vergonzosas y degradantes, ¿qué importa que os veais sometidos por algunos instantes á la humillacion? La humillacion que acompaña á la confesion de vuestros pecados es el principio necesario y saludable de la expiacion.

¡Cuán ingratos y ciegos son esos cristianos á medias que murmuran contra la santa Confesion! Tendrian que llorar de ternura, de dicha, de alegría, de reconocimiento, de admiracion, viendo ese remedio tan fácil y eficaz, que la infinita misericordia de Dios ha puesto á su alcance; para cu-

rarlos en cuanto están enfermos, para resucitarlos en cuanto mueren. En lugar de esto, no fijándose más que en su mezquino amor propio, no pensando que en el miserable extremecimiento de su orgullo olvidan todo lo demás; parecidos á un condenado á muerte á quien se le propusiera librar su cabeza mediante veinte céntimos y que, olvidando el cadalso levantado delante de él, olvidando los verdugos, la vergüenza y el horror del suplicio, no se fijare más que en su portamonedas, y dijese gruñendo: «Es muy duro eso de tener que dar veinte céntimos.»

Así se obra cuando no se tiene una fe bastante viva. Pero cuando se tiene, se dice y se piensa todo lo contrario. Parece que los protestantes convertidos ni siquiera comprenden estas murmuraciones, estas tibiezas de los medio católicos con respecto á la Confesion. Por el contrario, ella es, no menos que la adorable Eucaristía, la que les atrae al seno de la Iglesia y que les inunda de reconocimiento y de amor una vez entrados en ella. Esta inmensa misericordia de Dios, este insondable abismo de bondad divina y de perdon, es para ellos una de las pruebas más conmovedoras y convincentes de la divinidad de la Iglesia católica. Estos generosos cristianos, ni siquiera se fijan en la pequeña humillacion que acompaña siempre más ó menos á la confesion de los pecados; no ven ni miran más que el Corazon de Jesucristo, de donde se vierte sobre ellos el beneficio del perdon. Léjos de murmurar, son felices con confesarse, con abrir de

par en par las puertas de su conciencia al representante de Jesucristo; se confiesan como se debe confesarse, con gusto, con humildad, como verdaderos penitentes, en una palabra, como verdaderos cristianos.

Ya recordarás tal vez, hijo mio, aquel grito del corazon escapado un dia á un buen muchacho de de diez y seis años, que creo haberte ya referido. Acababa de confesarse y de recibir la absolucion, y saltándome al cuello y abrazándome llorando de alegría, exclamó:

—¡Oh, qué buena es la Confesion! ¡Dios mio! ¿qué seria yo sin ella?

Tenia mucha razon. ¿Qué seríamos nosotros, pobres pecadores como somos, si en medio de las debilidades é inconsecuencias de nuestra voluntad no tuviésemos este dulce y admirable sacramento de la Penitencia, que tan eficazmente nos levanta, purifica, consuela y vuelve á la gracia y al amor de nuestro Jesús?

Amigo mio, nunca mires la Confesion por otro lado que bajo este punto de vista tan excelente y tan cierto. Cuando vas á confesarte, métete tu alma en el bolsillo; no hagas caso de tí, haz caso solamente del buen Jesús, quien por medio de su sacerdote se dispone á perdonarte, á bendecirte y á santificarte.

Pide humildemente al Señor que te conserve una fe viva y verdaderamente católica, con respecto á la confesion; y mientras los demás ponen mal gesto cuando de ella se les habla, tú, como verdadero

hijo de Dios, regocíjate y corre á arrojarte lleno de confianza en los misericordiosos brazos de Jesucristo y de su sacerdote.

## IX.

### Del espíritu de fe en la oracion y en el modo de orar.

Entre los cristianos del mundo, y sobre todo entre los jóvenes, hay pocos, por no decir muy pocos, que crean verdaderamente en la eficacia de la oracion. A pesar de que tengo la confianza de que tú, mi buen Jaime, eres de este pequeño número, quiero hoy llamar tu atencion sobre este punto capital.

¿Crees en la oracion? ¿Crees en la necesidad absoluta de la oracion? ¿Crees en el poder, en la eficacia de la oracion? Delante de Dios te lo pregunto: ¿crees?

La oracion es la elevacion y la aplicacion de nuestra alma á Dios. Es para la vida del cristiano lo que la respiracion para su cuerpo. Nosotros deberíamos orar como respiramos, es decir, habitualmente y por una especie de instinto religioso, que nos hace vivir en union con Nuestro Señor Jesucristo, quien está siempre con nosotros y en nosotros para bendecirnos, santificarnos y, si preciso es, juzgarnos. *Es menester orar siempre sin jamás cansarse*, nos dice á todos el Señor mismo en el Evangelio: lo cual no quiere decir que se deban estar siempre recitando oraciones, lo cual seria im-

posible, sino que no conviene que jamás deje alejarse de Dios nuestra mente y nuestro corazon.

¿Por qué hay, pues, tan poca gente que reza, ó que reza de verdad? Porque en el fondo no tienen fe en la necesidad ni en el poder de la oracion. Sí, es la fe la que les falta, y les falta porque no han puesto cuidado en alimentarla desde la juventud.

Esta costumbre de pensar frecuentemente en Dios, de mezclar la oracion á nuestros actos de cada dia, á nuestros trabajos, á nuestras comidas, á nuestros recreos, á nuestras penas, á nuestras alegrías, es, como todas las costumbres, efecto de una atencion y de una aplicacion sostenidas. Es el trabajo permanente de la vida cristiana; es, como decíamos hace poco, la respiracion de nuestra fe y de nuestra piedad. Es preciso aplicarse á ella si se quiere conseguir, y para aplicarse es preciso ponerse resueltamente y saber conocer el mal. Y pregunto ahora: ¿cuántos jóvenes hay que tengan esta energía y esta fidelidad? Es mucho más cómodo vivir á sus anchas, y vivir casi sin Dios, fuera del espíritu de Jesucristo.

Esta es la primera razon por la cual hay tan pocos jóvenes cristianos que recen y recen de verdad. Y si esto pasa con los jóvenes, calcula, hijo mio, lo que habrá que decir de los viejos que están ya endurecidos en la costumbre de rezar poco ó de no rezar.

La segunda razon es la tendencia que todos tenemos á vivir únicamente de la vida natural, á no

emplear, para obtener buen resultado, más que los medios humanos, como si el éxito no dependiese más que de nuestra táctica, de nuestra inteligencia y de nuestra voluntad. Y esto les sucede á los mejores: se olvidan de orar; no piensan en recurrir ante todo al soberano Señor y Dueño Jesucristo, quien sin embargo ha dicho: *Sin Mí, nada podeis.*

En las mil tentaciones de todo género que nos aburren y nos fatigan diariamente, ¿cuántos hay que piensen en acudir ante todo á la oracion? Casi nadie. De ahí tantas caidas, tantos tropiezos, tantas flaquezas y tantos desfallecimientos, que una fe viva habria prevenido.

Bajo este punto de vista, nos parecemos singularmente á un centinela que, al acercarse el enemigo, olvidase de que está armado, de que su fusil está cargado, y de que no tiene más que hacer que dispararlo para dar la voz de alarma y alejar al enemigo, ó cuando menos mantenerlo á cierta distancia. Gracias á este olvido incalificable, el enemigo avanza, coje y desarma al centinela, á veces le mata y se queda dueño del terreno. Así obramos expresamente nosotros, con respecto á la oracion, que es el grande ejército, el ejército invencible del cristiano.

La tercera razon por la cual tenemos tan poca fe y tan poco celo en orar, es la rutina; la rutina, esta horrible caricatura de la costumbre. Si no se las vigila de cerca, las mejores costumbres acaban

en breve por degenerar en rutinas. Entonces las cosas más santas dejan de santificar; entonces se reza á Dios sin pensar en Dios; se está en su presencia, al pié de su tabernáculo, como si no se estuviese allí, como si El no nos viese ni nos oyese. De este modo uno se cansa en seguida; la oracion se convierte en una verdadera carga fatigante é inútil, y se acaba por prescindir de ella.

Y luego tambien, ¡cuántos hay que tienen el corazon tan poco elevado, el alma tan poco cristiana, tan poco generosa que, para ellos, rezar es pedir, y casi siempre piden cosas temporales! Hasta rezando no piensan más que en ellas, ni piden más que para ellas. Y como el Señor, justamente indignado y disgustado de esta disposicion egoista, vuelve las más de las veces la cabeza, acaban por no creer en la eficacia de la oracion, y por consiguiente en no rezar poco ni mucho.

¡Ay! Toda esa gente, todos esos cristianos tan poco cristianos, á quienes tan á menudo se oye decir: «¿De qué sirve el rezar? Yo rezo y nada consigo,» habrian de tener siempre delante de los ojos una gran frase de san Agustin, que ha llegado á hacerse proverbial: «¿No obteneis lo que pedís?» decia este grande Obispo á los fieles de su ciudad de Hipona: «es que ó pedís cosas malas, ó pedís mal, ó pedís siendo malos vosotros mismos.»

Pedís cosas malas, es decir, cosas que podrian ser perjudiciales para vuestra salvacion; cosas que son contrarias á los designios que Dios tiene sobre vosotros. Si pedís cosas buenas, las pedís mal, es

decir, sin fervor, sin buena intencion, sin perseveranoia. Finalmente, pedís siendo malos, es decir, en estado de pecado mortal, y por lo tanto indignos de ser atendidos. ¡Y luego os sorprendeis y deeís: «Rezo y nada consigo!»

No lo han hecho así los Santos, nuestros modelos, nuestros modelos excelentes y admirables. Nosotros no podemos imitar sus milagros, pero podemos y debemos imitar su fe viva, su union habitual con Dios, su zelo por la santificacion de su alma, su aplicacion tan sostenida, á la oracion y al recogimiento hasta en medio de la vida más activa. De cada uno de ellos podia decirse lo que se dijo un dia de san Martin: «Es un hombre que siempre ora.» En efecto, oraban como respiraban, mezclando la oracion á todas sus acciones, durmiéndose orando, despertándose orando, y haciéndolo todo orando. Éstos hombres sí que tenian el espíritu de fe en la oracion.

Y la tenian tambien en el modo de orar. ¡Cómo oraban, ó más bien, cómo oran! Porque hay santos hoy como los ha habido siempre, y los hay por dó quier; no son tal vez grandes santos para ser canonizados, ni santos de milagros; su número ha sido siempre muy reducido, tan reducido como el de los hombres de talento; pero hay y habrá siempre santos, es decir, cristianos de primera clase, excelentes, muy fervorosos y que viven siempre por Jesucristo y enteramente en Jesucristo.

Mira un poco á este santo sacerdote, á esta humilde y dulce Religiosa; mira á este buen niño

que, desde su primera Comunion, no ha dejado tal vez dos veces, por su culpa, de acercarse á la santa Mesa cada domingo y cada dia festivo; míralos andando por las calles, recogidos, dulcemente ocupados en Aquel á quien llevan dentro del corazon. ¡De qué modo están con Dios! ¡Cuán poco se dejan atraer por las vanidades y boberías exteriores! Beben la vida cristiana en su fuente del cielo, que es Jesucristo en ellos.

En la oracion esméranse ante todo y especialmente en *adorar*. La oracion es, en efecto, el acto y el carácter principal de la verdadera piedad. Tanto mejor se reza cuanto más se adora, cuanto más religiosamente, más profundamente, más humildemente, más amorosamente se adora.

¿Y tú, hijo mio? ¿Adoras con frecuencia y habitualmente á Dios, al eterno Dios de bondad, á tu soberano Señor, á tu Criador, Rey y Salvador? Todo lo llena El; te llena á tí; está siempre contigo; gústete ó no te guste, está presente á todos tus actos, á todos tus pensamientos, á todos tus deseos, á toda tu vida. ¿Piensas en esto? ¿Lo piensas para adorarle, para rendirle homenajes? ¿Le adoras con amor? ¿Eres todo suyo como es debido?

Los santos, los verdaderos cristianos, adoran y dan gracias. La accion de gracias es el segundo acto de la oracion cristiana. El hombre de fe consagra una parte de su oracion á dar gracias á Dios por sus infinitas bondades, por su adorable misericordia, pasada, presente y venidera. Esto es lo

que nos recomienda á todos el apóstol san Pablo cuando nos dice: *Sed reconocidos.* Refiere san Jerónimo que la oracion de accion de gracias brotaba sin cesar de los labios de la santísima Vírgen, y que desde su infancia saludaba ella á todos diciendo: «¡Bendito sea Dios!» *Deo gratias.* De ella, añade el santo Doctor, es de quien han recibido los cristianos esta piadosa costumbre.

Toma, pues, hijo mio, como María y con María la santa costumbre de dar á menudo muchas gracias á Dios por todos sus beneficios. Comienza en la tierra lo que harás eternamente en el cielo: adora, ama y bendice á Dios.

Por último, la fe viva nos incita, en la oracion, á pedir con humilde confianza y á llorar nuestros pecados. La súplica y la propiciacion constituyen el tercero y cuarto actos de la buena oracion. Te recomiendo sobre todo la oracion propiciatoria; pide, pide incesantemente perdon y misericordia, primero por tus propios pecados, y luego por los del mundo entero. ¡Oh Dios! ¡Cuán vasto campo para la oracion de un corazon algo cristiano, y que se interesa por el honor y por la gloria de Jesucristo! Repítele con frecuencia, sea de corazon, sea de boca, esta sencilla y excelente plegaria que te he indicado ya: *Jesu, miserere!* «¡Jesús, misericordia!»

Tal es, mi querido Jaime, el espíritu de fe que debemos esforzarnos en tener en la oracion y en el modo de orar. Supliquemos á la santísima Vírgen que nos lo alcance, y á Jesús que nos lo dé.

## X.

### Del espíritu de fe en los sufrimientos y en las pruebas de esta vida.

He conocido á un santo hombre que, despues de haber llevado una vida completamente mundana, pasó quince ó diez y seis años; hasta su muerte, en un fervor extraordinario. Comulgaba todos los dias, vivia sólo para el Señor y tenia una fe conmovedora. Cierto dia, era en 1865, me le encuentró en una calle de París. Deténgole, le saludo y le hablo de lo que preocupaba entonces grandemente á todos los cristianos, de los sufrimientos del Papa, amenazado y acosado en Roma por los italianos.

—Es desolador, —decíale yo, refiriendo las últimas noticias.

—¡Cómo! ¿qué decís?—me replicó.—No solamente no es desolador, sino que es excelente. Es la prueba más indudable de que Jesucristo ama á Pio IX. ¿No es el sufrimiento la gracia más grande que le puede conceder? Nada hay más alto que la cruz; nada hay mejor que la cruz.

Algunos años despues tuve la dicha de visitar á este gran cristiano en su lecho de muerte. Moria de una enfermedad de corazon y eran inconcebibles sus sufrimientos.

—¿Sufrís mucho?—le pregunté arrodillándome junto á él:—esto va mal, ¿no es verdad?

—Va muy bien,—respondióme con voz vibrante, aunque entrecortada:—va bien, puesto que sufro...

puesto que sufro... con Jesucristo... ¡Oh buena cruz!... ¡Oh mi Jesús crucificado!

Espiró algunas horas despues, con la faz radiante y con un celestial sonrís en los labios.

Hé ahí, hijo mio, de qué modo la fe viva hace mirar los sufrimientos y las pruebas de esta vida. Los mira, no en sí mismos, sino en Jesucristo que nos los da, despues de haberlos tomado para sí mismo y despues de haberlos así santificado. El sufrimiento en sí mismo es atroz; nosotros no habíamos sido formados para sufrir, ni mucho menos para morir. El pecado, único mal verdadero, es el que ha hecho entrar en este mundo el sufrimiento y la muerte. El sufrimiento, como la muerte, es una pena, y una pena muy amarga. Pero Dios lo transforma tan maravillosamente penetrándolo de los consuelos de su gracia y de su amor, que trueca su amargura en una verdadera dulzura. Sólo que, para comprenderla y saborearla, se requiere una fe muy viva, se requiere el espíritu de fe.

No se necesita fe viva para encontrar muy agradable un limon confitado: el limon en sí mismo es amargo; pero una vez bien empapado en el azúcar y bien confitado, se convierte en una verdadera golosina. Lo mismo pasa con las pruebas y los sufrimientos: sólo que, te lo repito, únicamente aquellos que tienen el paladar sólidamente cristiano, ó en otros términos, únicamente aquellos que tienen una fe bien viva son los que tienen la dicha de gustar la dulzura de la cruz.

Así refiérese que san Francisco de Asis, hallán-

dose un dia muy enfermo y sufriendo muy cruelmente en todo su cuerpo, un buen Hermano que le cuidaba no pudo abstenerse, en medio de una de sus crísis, de decirle con compasion:

—¡Oh, Padre! ¡cuán duro es sufrir tanto! Si pidiéseis al Señor que os curase ó á lo menos que os aliviase, de seguro que os atenderia.

Y oyendo esto, irguióse san Francisco y exclamó:

—¡Qué dices, Hermano! ¡Yo pedir á Jesucristo crucificado que no me deje sufrir más! ¡pedirle menos sufrimiento! ¿Has perdido la fe? ¿has perdido el juicio?

Y añadió severamente:

—Hermano, si yo no supiese que has dicho esto por sencillez y por bondad de corazon, te despediria inmediatamente; pero te perdono por tu buena intencion. Sin embargo, vé á expiar tu falta con una larga oracion y con otras mortificaciones.

Despues, á pesar de su debilidad, saltó de su pobre cama, y con los brazos extendidos en cruz, levantados al cielo sus ojos bañados de lágrimas, suplicó á la Bondad divina que le concediese la gracia de sufrir mucho en su vida hasta su último suspiro.

Otro santo varon, el P. Luis Dupont, de la Compañía de Jesús, que ha compuesto muy bellos libros y ha muerto en olor de santidad, habiéndose una vez quejado durante una enfermedad en presencia de uno ó dos Hermanos, se puso á reflexionar sobre su cobardía, é hizo voto de jamás que-

jarse por cosa alguna; y cumplió religiosamente su palabra durante los cuarenta y dos años que todavía vivió, en medio de crueles enfermedades y de grandes pruebas. Jamás se le oyó una sola queja.

Esto es lo que el espíritu de fe produce en los cristianos generosos. En cuanto á los cristianos de pega, estos son suaves y delicados; se quejan de cualquier cosa y á propósito de todo. Hacer penitencia parece ser, para ellos, una idea desconocida; sufrir cualquier cosa les parece ser algo fenomenal, ver hasta una injusticia de parte de Dios. Al verles y oirles diríase que nada tienen que expiar. ¡Qué purgatorio les espera á estos pobres cristianos en la hora de su muerte!

Vamos, hijo mio; reanimemos nuestra fe ante los sufrimientos y las pruebas de esta vida. Salúdémoslos, cuando se presenten, como á enviados del Dios de misericordia que vienen á ayudarnos á pagar nuestras deudas para con la divina justicia, á expiar nuestros pecados en este mundo para no tenerlo que hacer en el otro donde es mil veces más dura la expiacion. Acuérdate de esto si llegas á caer enfermo, ó tienes dolor de vientre ó de muelas; si recibes un golpe, ó te hieres ó te rompes algo; si te roban, te insultan, te pegan ó te persiguen. En todas tus penas, sean las que sean, eleva en seguida hácia el cielo los ojos de tu corazon, y consuélate y fortalécete con este gran pensamiento del apóstol san Pablo: «Las aflicciones y las tribulaciones de la vida presente son pasajeras y, en el fondo, no son gran cosa; y sin embargo,

nos valen un tesoro eterno de gloria en los cielos. No fijemos nuestra mirada en las cosas visibles del tiempo, sino en las realidades invisibles, que son eternas, mientras las otras no duran más que un momento.»

Guiados por esta viva luz de la fe ha sido como han caminado, combatido, trabajado y sufrido todos los Santos. Juzgábanlo todo, y especialmente sus sufrimientos, bajo el punto de vista de la eternidad, del Paraíso. Y ¡cuán fuertes eran! Y ¡cuán transformada parecíales á ellos la vida con sus tribulaciones!

Tambien bajo este gran punto de vista debemos mantenernos inquebrantables en medio de las pruebas de la Iglesia y de las persecuciones de que es objeto. No nos figuremos de que esté todo perdido porque parezca á veces que la arrastran los poderes de la tierra; en otras se ha visto la Iglesia, y habitualmente cuando, humanamente hablando, va peor la cosa, es cuando el Señor se levanta y se dispone á dar sus más grandes golpes. Pero ya volveremos á hablar luego de este punto.

Sepamos, pues, mi querido Jaime, hijo mio, apreciar de una vez en su justo valor el tesoro de los sufrimientos, y pidamos á Dios que nos deje comprender plenamente estas grandes palabras, brotadas en otro tiempo de sus divinos labios: *Bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia y por el Evangelio; porque á ellos pertenece el reino de los cielos.*

Díme, cuando estemos en el cielo, ¿qué pensa-

remos de los sufrimientos y de las expiaciones de esta vida? Ahí está la verdad; esto es lo que desde ahora debemos pensar.

## XI.

### Del espíritu de fe ante la prosperidad de los malos y la adversidad de los buenos.

A medida que irás avanzando en la vida, mi querido muchacho, te sorprenderá y necesariamente te chocará un hecho que se reproduce diariamente y bajo mil distintas formas, desde lo más alto á lo más bajo de la escala social, y es á saber: por una parte la prosperidad de gran número de impíos, malvados y viles, y por otra parte las inmerecidas desgracias que á veces parece como se encarnizan contra la gente de bien, contra excelentes cristianos.

Ante el doble misterio de una prosperidad y una adversidad tan inmerecidas la una como la otra, las personas de poca fe se escandalizan y con frecuencia se les oye decir:

—¿Dónde está, pues, la justicia de Dios? ¿Dónde está su buena y paternal Providencia?

Por de contado que esto no quiere decir que los impíos y los bribones sean todos y siempre felices en este mundo, ni que los cristianos y los hombres de bien sufran todos y siempre: por poco que se mire algo de cerca se descubren á cada instante malos sujetos que empiezan ya á recibir en este mundo el castigo que merecen; como tambien se

ven buenos cristianos, estimados y queridos de todas las personas honradas, que encuentran en el cumplimiento de sus deberes, en su probidad, en su bondad, en su piedad verdadera y profunda, una dicha, por decirlo así, completa.

No es menos cierto que con bastante frecuencia se encuentra lo contrario, y que muchos hallan en esto para su débil fe la gran piedra de escándalo.

Ahí tienes, por ejemplo, á un grande industrial que ha empezado con nada y que ahora cuenta con una fortuna colosal, revolviendo los negocios á millones. No tiene religion alguna, lo cual le ha permitido hacer ciertas operaciones más ó menos ambiguas; jamás va á misa; se burla de su párroco; hace trabajar descaradamente todos los domingos y dias festivos. ¡Y todo le sale bien! — A su lado un excelente obrero, su antiguo compañero de taller, tan laborioso como inteligente, cristiano sólido, que pone á Dios y á su conciencia delante de todo, por más que hace, por más que se esfuerza no puede llegar á formarse ni la más modesta posicion; á veces hasta se ve con todos los trabajos del mundo para poder llegar á atar cabos. Unas veces es una enfermedad, otras un accidente, ora un revés de fortuna, ora otra causa cualquiera: lo cierto es que su mujer y sus hijos experimentan repetidas privaciones, y sin embargo nada hay más cristiano, nada más edificante que aquella humilde familia.

Ahí tienes tambien á un obrero, aventurero y libertino desde su juventud. Felizmente dotado, es

todo un buen mozo, un hábil trabajador, un alegre compañero; nada teme, ni se inmuta por nada; no es la delicadeza su fuerte. Tiene, como se dice en el taller, «un mentir infernal, una gracia, un descaro que espanta.» A esto hay que añadir que es un sujeto francamente malo, que ha llevado ya la deshonra y la vergüenza á más de una familia. No importa: tambien á él le sale todo bien; siempre encuentra trabajo y en todas partes es bien recibido. Dentro de algunos años le veréis mayordomo, y tal vez amo.—Y tú, su compañero de aprendizaje, tú, excelente y honrado camarada, tú que siempre has sido arreglado, casto, buen hijo, buen cristiano; tú que, sin darte quizás tanto lustre como él, sabes tanto como otro, te hallas á veces perseguido por no se qué mala sombra que te hace perder las buenas ocasiones, que te suscita mil obstáculos donde al parecer sólo deberia haber satisfaccion y provecho. Tú eres bueno, el otro es malo: ¿cómo explicar su buena suerte y tus sinsabores? ¿Será que Dios sólo tiene bendiciones para el desarreglado, y severidad para la buena fidelidad cristiana?

Guárdate bien de pensar esto, mi buen Jaime. Levanta más alto tu corazon y tus miradas, y trasládate á cien años más tarde. Digo cien años, como pudiera decir diez años, cinco, dos, uno, un mes; porque muy á menudo la muerte llega de improviso, en el momento en que se cuenta con la seguridad de una dilatada vida de goces.

Si este feliz libertino, si este ricachon debiesen

vivir siempre así, tendrias indudablemente razon en acusar sobre este punto á la Providencia. Pero la vida presente, que pronto pasa, no es más que una cara de la medalla; y el reverso de esta medalla es terrible. Para estar en el verdadero punto de vista, para juzgar bien de las cosas, es preciso ver el conjunto y unir la eternidad con el tiempo. Entonces se hará justicia á quien le corresponda, y habrá desaparecido por completo ese desórden que en este mundo te chocaba. Los malos serán castigados, no sólo de una manera completa, sino además espantosamente y por una eternidad; y los buenos, que tanto habrán sufrido en este mundo, serán de tal manera recompensados por su fidelidad y paciencia, que todas las pruebas por que habrán tenido que pasar en vida les parecerán menos que nada.

Acuérdate del mal rico del Evangelio y del pobre Lázaro. En su pobreza y en su abandono, Lázaro habria podido tambien decir, viendo la exhuberante prosperidad de aquel egoista, de aquel voluptuoso que le dejaba morir de hambre á la puerta de su casa:

—¡Dios mio! ¿Dónde está, pues, vuestra Providencia? Desde mi infancia os sirvo fielmente, practico vuestra ley, os amo y os invoco, y muero de miseria, abandonado de todos, mientras ese que no tiene otro Dios que su vientre y su orgullo nada en la abundancia de todos los bienes. ¡Señor! ¿Dónde está, pues, vuestra justicia?

Y si hubieses podido penetrar en la casa del mal

rico, á la mitad de uno de esos festines donde el lujo, la gula, la molicie y todos los goces parecian haberse dado cita, habrias oido tal vez decir á él ó á alguno de sus compañeros de orgía:

—¿De qué sirve la Religion? ¿de qué la oracion? Dios no se ocupa de nosotros. Ved á ese pordiosero, á ese mendigo que se está á la puerta; reza y ¿de qué le sirve?

Y cuando de pronto se dejó ver el reverso de la medalla, cuando con la muerte sobrevino la eternidad, el Evangelio nos muestra al pobre y buen Lázaro gozando en el seno de Dios de una beatitud eterna, y del otro lado al mal rico, á quien todo le iba bien en este mundo, eternamente maldecido de Dios, privado de todo bien, hundido en el fuego y gritando desde el fondo del infierno:

—¡Cuánto sufro entre estas llamas!

Las prosperidades y los goces del malo sobre la tierra han sido pasajeras: su suplicio es eterno. Comparados con una eternidad de desesperacion y de tormentos, ¿qué son treinta, cuarenta, sesenta y hasta ochenta años de felicidad? A la luz, pues, de la fe hállase completamente manifestada la justicia de Dios en lo tocante á la prosperidad temporal de los malos, por completa y dilatada que se la suponga.

Y lo mismo debe decirse por lo que atañe á las adversidades de los buenos. Sufrir, tener privaciones, estar enfermo, ser mal visto de los hombres durante treinta, cincuenta, cien años si se quiere, ¿qué es, díme, si se compara con la felicidad que no finirá jamás, jamás, jamás?

Y nota bien, hijo mio, que con cuanta mayor paciencia habrá sufrido un verdadero cristiano en la tierra, tanto mayor será su eterna recompensa en el cielo; como tambien, que cuanto más habrá gozado en este mundo un impío, un malvado, tanto más tendrá que sufrir en la eternidad. La justicia divina es absoluta y perfecta.

En otros términos, mi querido Jaime: el espíritu de fe, ante la prosperidad de los malos y la adversidad de los buenos, no es otra cosa que el espíritu de fe en la vida futura, en la eternidad. Lo que en caso necesario lo probará es que todos los malos dichosos sostienen tenazmente que despues de esta vida no hay nada. ¡Pobre gente! Allí está el infierno que se lo contará.

Una palabra más sobre esta importante cuestion. Cuando se reflexiona bien, la prosperidad de los malos en la tierra encuentra su explicacion en la misma perfeccion de la justicia de Dios. No hay malo tan malo que no tenga alguna buena cualidad y que no haga algun bien: ahora bien, la justicia de Dios pide que ningun bien quede sin recompensa: y como los malos serán eternamente castigados por la divina justicia en el otro mundo, es preciso de todo punto que sean recompensados en este mundo del poco bien que hacen.

Otro tanto hay que decir con respecto á las adversidades y sufrimientos de los buenos: no hay bueno tan bueno que no tenga defectos y que por consiguiente no caiga en algunas faltas. Estas faltas, por ligeras que puedan ser, la justicia de Dios

exige tambien que sean castigadas, y pueden serlo de dos maneras: ó por los sufrimientos de este mundo ó por los del purgatorio, indudablemente mucho más terribles que los otros. Si, pues, hijo mio, ves gentes de bien que sufren mucho sobre la tierra, en vez de escandalizarte de ello como la gente de poca fe, bendice más bien á la Bondad divina que les hace pagar sus pequeñas deudas en moneda de poco valor, cuando podria en toda justicia exigir un dia los grandes billetes de banco, que únicamente tienen curso en las llamas del purgatorio.

Vamos, hijo mio: fe y mucha fe. Únicamente allí está la voz que te explicará los misterios de la vida presente, y en particular el misterio que escandaliza en tan gran manera á los medio cristianos, es á saber, el silencio y la paciencia de Dios ante los malos dichosos y los justos desdichados.

## XII.

### Del espíritu de fe ante los escándalos públicos y las desventuras de la Iglesia.

En todo tiempo ha habido escándalos; en todo tiempo ha sido la Iglesia atacada y más ó menos perseguida, y en todo tiempo los malos han obtenido triunfos parciales y momentáneos. En momentos dados todo parecia perdido, pero en breve volvian á sobreponerse la verdad y la santidad: á los huracanes y á las tempestades se sucedia el

buen tiempo; y Nuestro Señor Jesucristo se mostraba nuevamente tal cual es en sí mismo y tal como eternamente será: el soberano Dueño de todas las cosas, el gran Justiciero que tarde ó temprano castiga é hiere á los malos, levanta y recompensa á los buenos. Es como el sol despues de la tempestad: cuando el viento ha disipado las nubes y alejado la lluvia, reaparece instantáneamente la inmensidad del cielo azul, y el sol, momentáneamente ocultado, brilla con nuevo esplendor, tranquilo en lo más alto de los cielos y más potente que todas las vanas agitaciones y tormentas de la atmósfera.

En su Evangelio nos predice el Hijo de Dios estas luchas, estos eclipses de su Iglesia, y añade: *No lo olvideis, os lo digo de antemano á fin de que cuando esto suceda no se quebrante vuestra fe. Bienaventurado será aquel que no se dejará escandalizar por mi causa.*

Mi buen Jaime, llamo hoy toda tu atencion hácia este importante punto, que tal vez encontrará desgraciadamente dentro de algunos años crueles y temibles aplicaciones. Es más que probable que no se pasará tu juventud sin que te encuentres mezclado en grandes conmociones religiosas. La persecucion se prepara sordamente por todos lados en el mundo entero, y en el entretanto, escándalos públicos, gravísimos y de toda clase vienen todos los dias á poner á ruda prueba la fe de los hijos de Dios.

Salvo raros intervalos en que el Señor parece

dispertarse y fulminar sus rayos, todo el tiempo restante parece que duerme, como en otro tiempo en la barca de san Pedro durante la tempestad en el mar de Galilea. Soplaba con violencia el viénto; la espuma de las coléricas olas entraba á veces en la barquilla, y por último, siempre en aumento la tempestad, formáronse grandes olas que amenazaban, dice la Escritura, destrozar y engullirse la embarcacion. Y Jesús dormia en la popa de la nave.

—¡Señor! —gritaron aterrorizados los Apóstoles.—¡Señor, salvadnos! ¡Vamos á morir!

Y levantándose Jesús les dijo:

—¿Por qué temeis así, hombres de poca fe?

Las agitaciones del mar de este mundo, la espuma de sus olas, son, hijo mio, los escándalos incesantes, más ó menos graves, más ó menos impíos, con que la nave de san Pedro, es decir, la Iglesia católica, se ve asaltada desde hace diez y ocho siglos. Los ha habido en tiempos mejores; hoy hay muchos.

Para no citar más que algunos, ahí están todas esas falsas libertades públicas, por medio de las cuales se dicen y se hacen tantas cosas malas: la libertad, por ejemplo, de imprimirlo todo; periódicos, folletos, libros donde se niegan y ridiculizan impunemente las verdades de la fe; donde la Religion es diariamente pisoteada; donde el Papa, los Obispos, los Sacerdotes y los Religiosos son grosera é indignamente calumniados; donde los católicos son ridiculizados y expuestos á las iras populares bajo los nombres de clericales, ultramontanos

ó jesuitas; donde, bajo pretexto de política, se baten en brecha todos los dias y á todo propósito los derechos más sagrados de la Iglesia y sus más santas instituciones; donde se predican la impiedad y los impíos, la revolucion y los revolucionarios, la herejía y los herejes; donde las más malas pasiones son excitadas y sobreexcitadas con entera independencia.

Ahí está tambien la libertad del vicio y la tolerancia legal, oficial de esas infames casas donde toda nuestra juventud va á precipitarse y perderse en cuerpo y alma; de esos innobles garitos, de esas timbas que son la ruina de nuestros pobres obreros y la desolacion de sus familias.

Ahí está la libertad de blasfemar y de sostener los errores más deletéreos de las falsas religiones y de los falsos doctores.

Ahí está la desoladora libertad de violar abierta é impunemente el santo dia del domingo, y de no hacer caso de ninguna de las festividades de la Iglesia; libertad que la revolucion ha descartado tambien de las costumbres populares.

Pon mucho cuidado, hijo mio, en no dejarte dominar á la vista de estas públicas debilidades. Jamás olvides que estas cosas son grandes pecados, verdaderos crímenes, y que léjos de acostumbrarnos á ellas como á un órden de cosas enteramente natural, debemos, si somos verdaderos cristianos, lamentarnos de ellas delante de Dios, blanda proporcionalmente á nuestras fuerzas contra esas flagrantes violaciones de la divina ley, y no perder de vis-

ta que esos desórdenes, áun cuando se apoyan en costumbres y hasta en leyes, no son despues de todo otra cosa que el imperio más ó menos acentuado del demonio sobre la tierra.

Me preguntarás acaso, ¿por qué guarda silencio el Señor ante esos escándalos, que tan evidentemente ultrajan su majestad y que tantas almas pierden? Escucha la respuesta de san Agustin: *Dios es paciente*, dice, *porque es eterno*. Habiendo dado al hombre el libre albedrío, permite que abuse de él en este mundo para obrar mal, y se reserva el castigo de toda transgresion de su ley para durante toda la eternidad. Si no hubiese eternidad tendrias mucha razon en escandalizarte del silencio, del sueño de Jesucristo; pero aguarda un poco: el Hijo de Dios, santo, justo y omnipotente, se despertará á su tiempo; y la eternidad, con su venturoso paraíso y su aterrador infierno, te hará comprender los secretos y la profunda sabiduría de la paciencia del Señor.

Pero ya ves, hijo mio, cuán indispensable es, en los tiempos en que vivimos, reanimar incesantemente nuestra fe, nuestro espíritu de fe. Un gran número de hombres están á pique de perder esta fe, base de su salvacion y de su eterna felicidad. ¿Y por qué? Porque no procuran velar sin tregua en la oracion, en la frecuentacion de Sacramentos, en la lectura del Evangelio y de los buenos libros, en las instrucciones religiosas, en la fidelidad en las costumbres religiosas, y muy especialmente en la formal santificacion del domingo. Procura

tú, por tu parte, mantenerte firme en esto, y no incurrirás en el reproche que encerrará esta pregunta de Dios: «¿Dónde está, pues, vuestra fe?»

Pero esta inquebrantable firmeza en la fe y en la práctica de la fe es sobre todo necesaria en los dias de la persecucion abierta, que es el escándalo de los escándalos, es decir, la gran piedra de tropiezo para la mayor parte. De ella voy tambien á hablarte en breve, y un poco detalladamente.

Entretanto renueva enérgicamente tus buenas resoluciones. Ante los públicos escándalos y las debilidades religiosas de la mayor parte de los jóvenes y de los obreros, sosten alta y firme la bandera de la fe, nútrete á menudo con el *Pan de los fuertes*, ama de todo corazon al Dios de tu alma; ama á Jesús, guarda lo mejor que puedas su santa presencia; permanece unido interiormente á Él, guardando tu conciencia bien pura y bien fiel. De Jesús es de quien se ha dicho en la Sagrada Escritura: *Señor, los que aman vuestra ley gozarán de grande paz, y para ellos no hay piedra de escándalo.* Lo que para otros es ocasion de caidas, conviértese para ellos en ocasion de mérito y en un motivo más para preservarse contra la seduccion. Y como dice el Evangelio: *Todo se convierte en bien para los que aman á Dios.*

Sé de este número, hijo mio, y en medio de un mundo depravado consérvate verdadero cristiano, católico sin miedo y sin reproche.

# XIII.

## Del espíritu de fe en los tiempos de persecucion.

No nos forjemos ilusiones, mi querido Jaime: vivimos en unos tiempos peligrosos en que la Religion pasará tarde ó temprano, por rudas y probablemente sangrientas pruebas. La persecucion, la persecucion propiamente dicha, está como suspendida sobre nuestras cabezas. «Espero próximamente una persecucion general en todo el mundo,—decia no há mucho á un peregrino francés que me lo ha repetido el grande y santo Papa Pio IX:—espero una persecucion, pero que nadie se desanime, y que no se deje de orar.»

Sea cual sea la forma que revista la persecucion, es siempre un violento ataque del demonio y de los impíos contra Nuestro Señor Jesucristo, su Iglesia y sus fieles servidores. Ordinariamente es á los gobiernos,—reyes, emperadores ó repúblicas, lo mismo da,—á quienes incita el demonio, bajo pretextos más ó menos especiosos, para destruir, ó á lo menos combatir el reino de Jesucristo, la influencia de su Iglesia, la santificadora autoridad del Papa, de los Obispos, de los Sacerdotes, de las Ordenes religiosas, y en general de todo lo que es católico y segun el Corazon de Dios.

Es muy raro que la persecucion sea general y se extienda simultáneamente á todos los países: sin embargo, esto se ha visto en otro tiempo, bajo los

emperadores paganos, en especial bajo Neron y bajo Diocleciano, quienes habian ordenado á todos los prefectos y procónsules del imperio que destruyesen la religion católica, y exterminasen á todos los cristianos. Entónces fué cuando más de nueve millones de mártires pagaron con su vida su fidelidad á Jesucristo, resistiendo todos los suplicios, desafiando á todos los verdugos. Sostenidos por la divina gracia, aquellos héroes de la fe preferían á la apostasía el destierro, la cárcel y los tormentos de todo género.

Despues ha habido gran número de persecuciones en el mundo, pero todas han sido parciales. Esto es lo que acontece, en el momento en que te hablo, en ciertas provincias de la China y del Tonking, lo propio que en el Japon, donde todo hombre que se declara públicamente católico es castigado con la muerte.

Asimismo existe la persecucion en Berna y Ginebra, en Suiza, donde, sin llegar todavía al derramamiento de sangre, se destierra á los Obispos y á los Sacerdotes católicos, se confiscan sus bienes, se echa á los Religiosos, se cierran las iglesias y se suprimen las escuelas católicas.

Otro tanto ocurre en Prusia y en Polonia, donde se quiere obligar, por medio de la violencia, al clero y á los fieles á someterse á leyes impías, heréticas y contrarias á las santas leyes de la Iglesia; donde se echa y se destierra á millares á los Sacerdotes y Religiosos fieles á su conciencia; donde se mete en la cárcel á los Obispos que, siguiendo

el ejemplo de los Apóstoles, prefieren obedecer á Dios antes que á los hombres.

Lo mismo pasa tambien en Italia, y principalmente en Roma, donde en nombre de leyes inícuas reprobadas por Dios se hacen esfuerzos para destruir lenta y arteramente todo el edificio católico, empezando por el remate, es decir, por la autoridad temporal y espiritual del soberano Pontífice.

En todos estos países y aún en otros reviste la persecucion formas distintas: ora es brutal, violenta, abierta, amenazadora; ora es hipócrita y sorda, procediendo únicamente en nombre de la ley, poniendo por delante pretendidas necesidades políticas, razones de estado tan falsas como impías. En el fondo siempre es la persecucion, es decir, la insurreccion sacrílega del demonio contra Jesucristo, de los poderes humanos contra la Iglesia, de la mentira y de la arbitrariedad contra la verdad y el derecho. Casi siempre, como en otro tiempo en el Calvario, parece que sucumben la verdad y el derecho, y el mal triunfante canta ya victoria; pero no tarda en suceder la resurreccion á la crucifixion, la muerte es vencida una vez más, y lo que parecia perdido para siempre reaparece vivo y triunfante. Tal es la historia de la Iglesia desde su orígen.

Pero ¿por qué permite el Señor estas persecuciones, y cómo su causa que es divina puede sucumbir á veces, aunque sólo sea momentáneamente?

Porque hasta la segunda venida de Jesucristo,

que pondrá fin á todos estos combates, la historia de la Iglesia no es otra cosa que la desoladora historia de los abusos de la libertad humana contra la autoridad santa, legítima, divina de Nuestro Señor Jesucristo y de su Iglesia. Es la lucha incesante de los malos contra los buenos, de los rebeldes contra los fieles; y como que aún cuando sean malos y rebeldes no por esto pierden los hombres sus fuerzas, de ahí se sigue que á veces los fieles soldados de Jesucristo sucumben por algun tiempo en la batalla. Pero siendo su causa la causa misma de Dios, no tarda el brazo del Señor en levantarse, herir y disipar la impiedad, y... te lo repito, despues de las tinieblas del Viernes Santo se ve brillar de nuevo el sol de Pascua.

No pierdas esto de vista, mi buen Jaime, cuando se presentan de nuevo dias malos para la Iglesia. Las sociedades secretas que tienen y aprietan entre sus garras una tan grande parte del mundo, se preparan por dó quier para dar un asalto á la Iglesia: quieren nada menos que aniquilar al Cristianismo. A fin de cambiar la opinion pública, nos llaman *clericales;* y si se les escucha, declaran que no es á la Religion sino á los clericales á quienes quieren destruir. ¡Oh! lo que es para estos nada de gracia ni de tregua; es preciso exterminarlos; son los enemigos de la sociedad moderna, los enemigos del Estado, los enemigos del pueblo, de la libertad, de las leyes. En nombre de la ley y de la libertad, en nombre del pueblo y del Estado, es indispensable acabar con ellos. Y como que estos clericales

no son otros que el Papa, los Obispos y Sacerdotes católicos, las Ordenes Religiosas, y con ellos todos los verdaderos católicos, es decir, todos los que á aquellos aman y defienden, de ahí se sigue que es á la misma Iglesia á la que se ataca y persigue directamente.

Hijo mio, no te dejes seducir por frases huecas y de efecto. A pesar de todo y de todo, permanece fiel á tu Dios, permaneciendo fiel al Papa y á la Iglesia. Acuérdate de lo que está predicho en el Evangelio. A causa de la libertad y de los abusos *es menester que haya escándalo*, ha dicho el Hijo de Dios; *pero ¡desgraciado de aquel por quien venga el escándalo! No os dejeis aterrorizar por aquellos que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma. Os lo repito, amigos mios: no les tengais miedo á ellos. Os pondrán la mano encima, os arrastrarán ante sus tribunales, pero ni un solo cabello caerá de vuestra cabeza sin que lo consienta vuestro Padre celestial. Aquel que perseverará hasta el fin, aquel será salvo; y bienaventurado aquel que no se escandalizará por causa mia. De nuevo os lo repito, no temais; tened confianza; yo he vencido al mundo.*

Tales son, mi buen Jaime, las predicciones y las lecciones del Salvador. Cuando llegue el momento oportuno, tengámoslas bien presentes en nuestra memoria y grabadas de antemano en nuestro corazon. Imitemos la fe viva, la fe inquebrantable, la paz y el valor de aquellos millones de mártires que nos precedieron en la arena. ¿Quién les hizo tales? La fe, la fe viva, el espíritu de fe.

Por haberse negado á obedecer los sacrílegos edictos de yo no sé cual emperador pagano, una madre cristiana acababa de ser condenada á morir en la hoguera. Junto á ella estaba su hijo, un niño de ocho años. El juez, no habiendo podido hacer apostatar á la madre, trató de seducir al niño:

—Te equivocas,—le dijo aquel con una fingida dulzura;—te equivocas creyendo que Jesucristo es Dios.

—No,—respondió el niño;—yo sé que el único y verdadero Dios es Jesucristo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Lo sé porque mi madre me lo ha dicho.

—¿Y quién se lo ha dicho á tu madre?

—La Iglesia.

—¿Y quién se lo ha dicho á la Iglesia?

—Jesús Nuestro Señor, el mismo Dios. Ni yo he sido engañado por mi madre, ni mi madre por la Iglesia, ni la Iglesia por Jesucristo.

—Pues vas á ver como tu madre ha sido engañada; pues nada la salvará de la hoguera.

Y al mismo tiempo la hizo arrojar á las llamas.

—¡No, no!—grita entónces lleno de fe y de amor el generoso niño:—no, mi madre no ha sido engañada. La Iglesia nos enseña que Jesucristo da el cielo á los que le aman y le adoran; ¡yo quiero compartir la suerte de mi madre!

Y escapándose de las manos del verdugo, el pequeño mártir se lanza hácia la hoguera, cae sobre el cuerpo de su madre, y muere con ella por la fe de Jesucristo.

Sin ir tan léjos y bajo otra forma, esto fué lo que hicieron en 1840, durante las guerras de Argel, unos cuarenta heróicos soldados sorprendidos en una emboscada por una horda de árabes. Tentado á renunciar á la fe para abrazar el mahometismo, el oficial miraba silenciosamente á uno de sus soldados, el que estaba más cerca de él.

—Mi capitan, —dijo aquel valiente soldado,— lo que es yo no renuncio.

—Ni yo,—repitió resueltamente el oficial.

—Ni yo, ni yo,—contestaron, á excepcion de dos, todos los demás soldados.

Todos fueron decapitados allí mismo, y los dos renegados fueron llevados cautivos. Uno de ellos murió en breve, martirizado por los remordimientos; el otro pudo escapar, y éste fué quien refirió al general de Lamoricière el heróico fin de sus compañeros de armas. Una brevísima fórmula, pronunciada en un idioma que ni siquiera conocian, les habria podido salvar la vida; pero prefirieron morir antes que *renunciar*.

Y cuando se trata de *renunciar*, Jesucristo y la Iglesia son una misma cosa. Renunciar á la causa del Papa, es renunciar á Jesucristo, es renunciar á Dios. La fe, realmente, es la sumision á lo que la Iglesia enseña, que no es otra cosa que lo que enseña Jesucristo. Sufrir y morir por la causa de la Iglesia, es sufrir y morir por la causa de Jesucristo.

En las guerras de la Vendée, durante el Terror, un jóven campesino soldado del «ejército católico,»

y que llevaba sobre su pécho la imágen del Sagrado Corazon, acababa de ser hecho prisionero por los republicanos. Fué conducido á algunos pásos de distancia, ante una cruz que aquellos bandidos se disponian á derribar.

—Escucha,—le dijeron,—has sido cogido con las armas en la mano y estás condenado á muerte. Allí está la cabaña donde naciste; allí está aún tu padre: mírala por última vez.

El jóven prisionero dirigió los ojos hácia un grupo de árboles del cual se destacaba, á treinta pasos de allí, su humilde casita. Sintió oprimírsele el corazon, y una gruesa lágrima vino á humedecer su párpado. El oficial republicano se apercibió de su emocion, y le dijo:

—¡Y bien! aún puedes tener esperanza, si quieres obedecer.

—¿Obedecer?... ¿A quién?—exclamó el jóven cristiano, con la mirada centelleante y fijada en su vencedor, que le tenia apuntada á la garganta su carabina.—¿Qué he de hacer para rescatar mi vida?

—Poca cosa,—respondió el otro desviando el cañon de su carabina y cogiendo una destral que alargó al prisionero:—jurar con nosotros odio á la superstición, y echar á tierra esta cruz.

El cautivo, que se habia puesto de rodillas para recibir el golpe mortal, se levanta y coge la destral examinando la cruz. Algunos compañeros de armas, prisioneros como él, vuelven extremeciéndose la cabeza á otro lado; pero no duró much osu

angustia. Blandiendo la destral el intrépido católico, se lanza al pedestal de la cruz, y grita con vibrante voz:

— ¡Muera el que insulte la cruz de Jesucristo! Yo la defenderé hasta mi último suspiro.

Durante algunos instantes mantuvo á alguna distancia á los sacrílegos soldados, estupefactos ante tanto valor. Pero en breve, avergonzándose de que un hombre solo les contuviese, se precipitaron sobre él lanzando gritos feroces. Lleno de heridas, totalmente bañado en sangre, el jóven héroe se rindió, pero sin soltar la cruz. Los mónstruos le arrancan de ella, le tienden medio muerto sobre el pedestal, y apoyando sus bayonetas sobre su pecho, le gritan con rabia:

—¡Derriba esta cruz ó mueres!

—¡No, mil veces no!—responde el valiente cristiano;—es el signo de mi salvacion y quiero abrazarla todavía!

Por un supremo esfuerzo se agarró con sus brazos á la cruz, y en esta heróica posicion recibió la muerte.

No ya la muerte, sino más bien la vida, la vida eterna; porque morir por Jesucristo y por la Iglesia es conquistar el cielo. *Aquel que pierda por mí su vida*, dice el Señor, *la volverá á encontrar para vivir eternamente.*

Hijo mio; ahí es donde ha de mirarse, sobre todo en la persecucion. El cielo lo explica todo, lo ilumina todo; el cielo es la última palabra de todo.

Sé hombre de fe y de nada tendrás miedo.

## XIV.

### Del espíritu de fe en la eternidad y en el valor del tiempo.

La mayor parte de los hombres se parecen á un muchacho de quien me hablaban en otro tiempo, quien, habiendo entrado un dia con su madre en un magnífico almacen de bisutería del Palais-Royal, en París, se habia divertido mirando y curioseando por todos los rincones, mientras su madre examinaba y escogia aderezos. Oyendo unos ligeros ruidos, volvió la madre la cabeza, y al propio tiempo que el dueño del almacen dejaba escapar un grito de indignacion, ella lanzaba otro grito de terror: el niño jugaba tranquilamente á los bolos con cinco magníficas perlas que valian diez mil francos cada una, y que él habia descubierto yo no sé donde. No hay que añadir que se le quitaron inmediatamente al niño aquellas preciosas perlas que con tan poco respeto trataba.

Así y áun peor nos conducimos nosotros con el tiempo, cuyos inestimables instantes perdemos como por capricho. ¡Y pensar (desgraciadamente no se piensa en ello), pensar que toda la eternidad depende de un solo instante! Basta un instante para arrepentirse de toda una vida de pecados y de crímenes, y basta un instante para cometer un pecado mortal. Hallábase un dia santa Catalina de Sena á pique de desesperarse por la noticia de la trágica

muerte de su hermano, quien, en un acceso de cólera, acababa de suicidarse echándose al agua desde lo alto de un puente. La pobre Santa le creia perdido sin remedio; pero nuestro buen Señor le dijo con voz dulce y á la par severa:

—Acuérdate que entre el puente y el rio hay el espacio.

Dándole á entender que basta un solo instante para hacer un buen acto de arrepentimiento, y que por consiguiente, no habia de perderse la esperanza con respecto á la salvacion de su hermano.

Sí, la eternidad, tan infinita, tan inconmensurable como es, depende de un solo instante, tanto para la condenacion como para la salvacion. Hijo mio, hijo mio, ¡cuál es el valor de ese tiempo de que usamos y abusamos nosotros con tan extraña indiferencia! El valor del tiempo es sencillamente la eternidad, ni más ni menos. Y esto es de fe.

¿Piensas ó has pensado tú alguna vez en ello? Viendo á las nuevecientas noventa y nueve milésimas partes de los hombres, y á las noventa y nueve centésimas partes de los cristianos, se siente uno tentado á preguntarse si creen ó no en la realidad de la eternidad. Nosotros creemos todos en ella, ¿no es verdad? pero ¿de qué modo? Tambien aquí lo que falta es el espíritu de fe, la fe viva, la fe práctica y eficaz.

Refiérese en el admirable libro de la vida de los antiguos Padres del desierto, que un jóven Religioso, discípulo de san Antonio en las montañas de la Tebaida, habia pedido en un momento de

fervor, y habia obtenido de su Abad, permiso para retirarse á la soledad á una milla de distancia de la Comunidad, con el objeto de vivir en un silencio y recogimiento más completos. Habíase construido una pequeña choza de hojas de palmera, y allí trabajaba todo el dia haciendo esteras, orando mientras trabajaba, viviendo sólo de pan y agua, y no tomando este pobre alimento más que por la noche, despues de la puesta del sol. Cada mañana iba al pozo de la Comunidad á buscar con un pequeño jarro su provision de agua; y únicamente entraba á reunirse con sus hermanos los sábados por la noche, para la recepcion de los Sacramentos y la celebracion de los divinos Oficios del domingo.

Hacia tres ó cuatro meses que aquel bueno y santo varon practicaba esta vida tan mortificada, cuando sobrevinieron los grandes calores, y el pobre y jóven monje empezó á encontrar bastante duro eso de andar todos los dias una milla para ir y otra para volver, con su cántaro encima de la cabeza. Dominado por la fatiga habíase formado el designio de volverse al convento, y aquella misma tarde debia poner en ejecucion su proyecto. Salió, pues, de su choza por última vez, llevando su pequeña cántara y orando durante todo el camino.

Mas hé ahí que al poco rato oyó de la manera más distinta la voz de alguno que parecia seguirle y que iba contando en alta voz:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Detúvose sorprendido y se volvió, pero no habia

nadie; estaba absolutamente solo en aquel sitio desierto. No sabiendo qué pensar, siguió su camino, é inmediatamente continuó contando la voz:

—Seis, siete, ocho...

Volvióse de nuevo estupefacto el monje, y cayó de rodillas viendo á un Angel resplandeciente de luz que le miraba con dulce sonrisa.

—¿Quién sois?—exclamó el pobre religioso:—¿Por qué me acompañais contando mis pasos?

—Soy tu Angel Custodio,—respondióle la aparicion,—y cuento todos tus pasos por órden de Dios. Por amor á tu Señor crucificado te impusiste esta penitencia y esta fatiga; cuanto más hagas en la tierra, más recompensado serás en el cielo.

Y desapareció.

Vuelto en sí, el buen solitario cambió inmediatamente de plan de campaña.

—¡Qué tonto era yo!—dijo golpeándose el pecho:—iba á privarme de tantos méritos y á sacrificar el cielo á la tierra, la eternidad al tiempo!

Y regresado á su pequeña choza, desmontóla y la trasladó una milla más léjos.

—Puesto que mi Dios cuenta todos mis pasos y me reserva en el paraíso una buena recompensa, pensó, quiero hacer todos los que pueda. Me ha sido dado el tiempo sólo para hacer fortuna, para allegar riquezas para la eternidad. Cuantos más pasos haré, más me producirán. Cuanto más trabajaré y sufriré, más dichoso seré por toda la eternidad.

Y perseveró hasta la muerte en una vida tan mortificada como ferviente.

Aprovecha, mi buen Jaime, esta leccion. Haz todo lo que puedas para el servicio y el amor de Dios. Santifica las acciones más pequeñas y ordinarias con intenciones cristianas, con la atencion en la presencia de Dios, con la union íntima de tu corazon con el de Jesús, con esas pequeñas oraciones llamadas *jaculatorias* y que te recomiendo muy especialmente.

Haz como los buenos obreros cuando trabajan *á destajo:* cuanto más trabajan y se fatigan más contentos están, porque entonces ganan buenos jornales. Procura, mi buen Jaime, ganar una buena eternidad, un bello y magnífico paraíso. Cuantas más penas se da uno en este suelo por Jesucristo, más sabio es.

Y todo esto lo hace el espíritu de fe, el espíritu de fe en la eternidad y en el valor del tiempo. Pídeselo humildemente al Autor de todas las gracias, á Jesucristo, que vive en tu corazon y que es el Dueño del tiempo y de la eternidad.

## XV.

### Del espíritu de fe en el demonio, en sus pompas y en sus obras.

Un cristiano es un hombre á quien el Salvador del mundo arranca, por las manos de la Iglesia, del poder maldito del demonio, y á quien da todos los medios posibles para evitarle de volver á caer en lo sucesivo bajo el yugo de ese terrible enemigo.

Por esto, primeramente en el dia de su bautismo y luego en el de su primera Comunion, le hace prestar este solemne juramento: *Renuncio á Satanás, á sus pompas y á sus obras, y me uno para siempre á Jesucristo y á su Iglesia.*

Satanás ó el demonio, que es lo mismo, es el grande enemigo de Dios y de los hombres, es el jefe de los ángeles malos, que, rebelados contra su Criador desde el orígen del mundo, se esfuerzan en hacer toda suerte de mal á los hombres, y sobre todo en arrastrarles con ellos á la rebelion, al pecado y finalmente al infierno. Las *pompas* del demonio son todos los medios de que se sirve para seducirlos; y sus *obras* el pecado en todas sus formas.

Una lucha terrible está empeñada, de una parte, entre el demonio y sus ángeles malos, á quienes se agregan en la tierra los pecados, y de la otra el soberano y legítimo Señor del cielo y de la tierra, Jesucristo, bajo cuyo estandarte se agrupan todos los Angeles fieles, todos los cristianos y todos los buenos. Y la historia de esta lucha es la historia del mundo, y es tambien la historia de la vida de cada uno de nosotros.

Pero ¿sabes, mi buen Jaime, cuál es el ardid verdaderamente increible por cuyo medio procura el demonio vencernos y perdernos á todos cuantos somos? ¿Sábes cuál es su táctica más habitual y más pérfida? Es la de disimular tan bien sus maniobras, sus evoluciones, que uno llega á no pensar ya en él, y por consiguiente á no sospechar de

él, y por último á convertirse para él en la más fácil presa.

Este resultado lo obtiene destruyendo en las almas, si no la fe, á lo menos el espíritu de fe, la fe práctica en sus influencias mundanas, y hasta en su existencia. Más que nunca en nuestros tiempos, son muchos los cristianos que han llegado á tal punto de ignorancia religiosa, de olvido de la fe y de ligereza, que ya casi no creen en el demonio, ó que, cuando menos viven como si el demonio no existiese. Hállome desde este momento en las mismas condiciones en que se hubieran encontrado, durante la terrible guerra contra los prusianos, en 1870, los soldados franceses á quienes se hubiera logrado hacer creer que no habia prusianos en Francia, que la invasion no era más que una quimera y que no habia necesidad de defenderse contra nadie. ¿No habrian estado de antemano aquellos pobres soldados perdidos irremisiblemente?

Así estarias tú mismo, pobre hijo mio, si por carecer de una fe bien sólida, ó por aturdimiento, llegases á olvidar, en la práctica de tu vida y de todos los dias, las grandes palabras del apóstol san Pedro: *Estad prevenidos: porque el demonio, vuestro enemigo, da vueltas á vuestro alrededor como leon rugiente buscando una presa que devorar. Resistidle, sed fuertes en la fe.*

El demonio es un espíritu: no se le ve con los ojos del cuerpo, ni con los oidos se le oye. Llega á ser fácil de olvidar que esté presente. Vela, pues,

y está prevenido; vela sobre tus pensamientos, sobre tu interior y sobre tu exterior. Como lobo feroz que ronda en torno de un corral expiando la ocasion de extrangular y llevarse algun pobre cordero, tu enemigo está siempre presente, acechándote y dispuesto á lanzarse sobre tu pobre alma en cuanto la encuentre indefensa, alejada de Jesucristo por la disipacion, por las imprudencias del placer, y por la negligencia de la oracion y de los Sacramentos. Sé *fuerte en la fe,* querido hijo mio, á fin de que no te dejes devorar. Aviva todos los dias tu fe en el demonio, en sus ardides y pompas, y en todas las malas obras, es decir, los pecados de toda clase que quisiera hacerte cometer.

Así como Jesucristo, viviendo por su santa gracia en nuestras almas, se mezcla por decirlo así en toda nuestra vida, para iluminarlo, vivificarlo y santificarlo todo; así tambien pretende el demonio mezclarse en todo, para corromperlo y hacerlo servir todo con el fin de perdernos.

Escucha á este propósito una bella frase de san Agustin: «¿Qué hay más perverso y vil que el demonio, nuestro enemigo? En todas nuestras obras ha sembrado la zizaña; y si no vedlo: en la comida ha ocultado la gula; en el trabajo ha sembrado la pereza; en las riquezas, la avaricia; en las relaciones sociales, el ódio y la envidia; en la autoridad, el orgullo; en el corazon, los malos pensamientos; en los labios, la mentira; y en todos nuestros miembros, operaciones culpables con los atractivos de los placeres malos. Despiertos, nos impele

al mal; dormidos, nos da sueños vergonzosos; alegres, nos lleva á la disolucion; tristes, al descorazonamiento y á la desesperacion. Para decirlo todo en una palabra, todo lo malo que en el mundo se hace es efecto de su perversidad.

Y diversifica sus venenos con arte verdaderamente infernal. Sirviéndose de nuestras tendencias naturales, de los defectos de nuestro temperamento, de todas las circunstancias que se presentan en nuestra vida de todos los dias, la vieja serpiente adivina á quién ha de presentar el amor de las riquezas; á quién los atractivos de la gula y de la destemplanza; á quién las excitaciones de la voluptuosidad en tal ó cual forma; á quién el veneno de la envidia. Conoce á aquel á quien perturba con negras ideas, como conoce á aquel á quien podrá mejor seducir por medio de la alegría. Conoce á aquel á quien se debe abatir por el miedo, fatigar con los escrúpulos y quitarle así el gusto á la oracion, á la piedad, á la confesion y á la comunion. Conoce al que más fácilmente se dejará fascinar por el brillo de las ilusiones y de las apariencias esplendentes. En cada uno de nosotros procura conocer las inclinaciones y las preocupaciones y escudriñar las afecciones que nos dominan, y allí descubre las preferencias de cada uno, allí es donde procura hacernos daño.

Este es, mi buen Jaime, el malvado que viene perdiendo al mundo desde hace cerca de seis mil años; el que ha seducido y continúa seduciendo á los hombres por millones, por centenares de mi-

llones; el que pierde á los jóvenes con más facilidad todavía que á los demás; el que te ha jugado ya á tí mismo buen número de malas partidas... ¡Y no se cree en él! Y tal vez tú mismo tampoco crees en él más que los otros. ¿No es esto una locura?

En lo sucesivo, mi buen Jaime, sé más fiel que hasta ahora; sin esto acabarás por dejarte arrastrar al infierno como tantos otros. Jamás olvides que en este mundo eres un pequeño viajero, y que en el camino por donde has de pasar para ir á Dios hay un gran número de parajes escabrosos, de selvas y montañas infestadas de bandidos: que esos bandidos están acechando á los viajeros imprudentes que no han pensado en proveerse de sus armas; y que á éstos les destrozan, les roban y les matan con suma facilidad. Tus armas, hijo mio, las armas que jamás debes soltar por poco que aprecies tu bolsa y tu vida, son las mil precauciones de la vigilancia cristiana, el cuidado en evitar las ocasiones peligrosas, el hábito del trabajo; son la oracion y la habitual atencion en la presencia de Dios; son la frecuencia regular y fiel de la Confesion y de la Comunion; es la santificacion del domingo; es la compañía de buenos camaradas cuidadosamente escogidos, probados y sólidamente afectuosos; son, en una palabra, todo el conjunto de una vida verdaderamente cristiana.

¡Que la santísima Vírgen y san José se dignen acompañarte en este tan peligroso viaje de la vida! ¡Que se dignen proteger y guardar tu alma, como en otro tiempo guardaron y protegieron contra to-

do peligro la juventud y la adolescencia del jóven Obrero de Nazaret, tu modelo, tu Salvador y tu Dios!

## XVI.

### Del espíritu de fe en la muerte y en el juicio.

La certeza de la muerte es tan clara, tan evidente, que á primera vista parece inútil preguntar á un hombre sensato si cree en ella.

Teóricamente todos creemos en la muerte. Decir á álguien: «Querido, algun dia moriréis,» seria decirle una verdad de *Pero Grullo;* y nadie hay, por absurdo y loco que se le suponga, que no comprendiera desde luego que se burlan de él si se le quisiera hacer creer que no ha de morir.

De modo que todos creen firmemente en la muerte; todos sin excepcion. Pero díme, hijo mio: ¿cuántos son los que creen en ella *prácticamente*, es decir, los que tienen tan presente esta gran verdad, que viven como si debiesen morir, y sobre todo como si pudiesen morir en un tiempo más ó menos próximo, dentro de algunos meses ó de algunas semanas, mañana tal vez y hasta hoy mismo? Entre mil jóvenes no hay acaso tres. Y á tí mismo, hijo mio, apuesto cualquier cosa á que quizás no te se ha ocurrido en toda tu vida que tú, que estás ahí, tan bueno y tan gordo, vivo, listo, alegre, decidor, pudieras fácilmente, durante esta semana, morir de un accidente cualquiera, ser conducido á

la iglesia y al cementerio, mientras que tu alma compareceria á la presencia de Dios, seria juzgada lisa y llanamente, y salvada ó condenada para siempre, por toda la eternidad.

¿Qué quiere decir esto? Esto quiere sencillamente decir que si teóricamente se cree en la muerte, no se cree prácticamente en ella, que no se tiene espíritu de fe en la muerte, y menos todavía en el juicio. Prueba de esto son todos esos bellos proyectos que cada uno de nosotros forma para un porvenir más ó menos lejano.

—El año próximo, de aquí á dos años, de aquí á cinco, haré esto ó aquello, iré allá ó acullá, me estableceré...

Y las tres cuartas partes del tiempo, llega antes la muerte, cortando en seco todos nuestros ensueños.

El año pasado veia yo en París á un pobre muchacho de diez y seis años y medio, excelente amigo, fuerte como un turco, alegre, campechano y lleno de salud: queria hacerse militar, y hablaba de lo que haria y de lo que dejaria de hacer cuando tendria veinticuatro años. Pues ya no existe.

Hace algunos años que un jóven mozo de labranza iba á bañarse un domingo por la mañana, antes de la hora de Misa. De pronto pierde el pié y resbala, vestido aún, en el rio. ¿Habia en aquel sitio alguna cavidad ó algun remolino? ¿O fué que el pobre jóven se sintió súbitamente atacado de un calambre? Lo cierto es que cuando se acudió á socorrerle estaba ya muerto, perfectamente muerto.

Tenia apenas veinte años. Si la víspera se le hubiese dicho: «Amigo mio, hay que pensar sériamente en el juicio de Dios. ¿Quién sabe si morirás en breve? Tal vez mañana te halles ya en la presencia de Dios;» de seguro que habria contestado, ó cuando menos lo habria pensado: «Puede ser, pero no lo creo.»

Otro guapo chico, que tambien se formaba mil bellos proyectos para el porvenir, dejaba á París la víspera de la Asuncion para ir á disfrutar de las vacaciones. A eso del medio dia del de la fiesta, un amigo le propuso una partida de baño en el Loira, que bañaba sus jardines. Ambos eran muy buenos nadadores. El amigo se echó primero al agua; despues de dar algunas brazadas se vuelve, y ve con sorpresa nadar por encima del agua el sombrero de paja de su compañero. Lánzase en su busca: sumérgese, vuelve á sumergirse y... nadie! Dos horas más tarde encontrábase el cadáver del pobre ahogado encallado entre unas plantas que se elevaban á la orilla del rio.

Hace poco tiempo que en un liceo de París un colegial de catorce á quince años hacia una partida de barra. Corriendo, se le enganchó el pié en una pequeña raíz que salia del suelo; cae y se rompe el cráneo coutra la pared. Ni siquiera tiempo tuvo de lanzar un grito.

Las muertes súbitas é imprevistas están á la órden del dia. Es cosa aterradora. Y entre los que son víctimas de ellas, ¿cuántos hay que estén dispuestos para comparecer ante el tribunal del sobe-

rano Juez? Tú mismo, hijo mio, si murieses esta noche, esta misma tarde, ¿estarias dispuesto? ¿Y si mañana por la mañana se te encontrase muerto en la cama?

Locura es, y muy grande, no ocuparse más sériamente de cosas tan grandes. A cualquiera hora podemos morir, y no se muere más que una vez. Y despues de la muerte viene el juicio, ¡el juicio para la eternidad! En ello se cree; pero no se piensa en ello. Se tiene la fe, pero no el espíritu de fe; y por esto se corre el riesgo de perderse para siempre.

Sabemos que en el instante mismo de nuestra muerte, en el mismo momento en que nuestra alma cesará de animar nuestro cuerpo, comparecerá inmediatamente á la presencia de Jesucristo, su Dios y Juez, que ha sido testigo de todos sus pensamientos, de todas sus voluntades, de todos sus deseos, de todas sus palabras, de todos sus actos buenos y malos. De un solo golpe y como de una sola ojeada será visto, pesado y juzgado todo. Satanás, el grande acusador de los hombres á quienes habrá logrado seducir, estará allá presente en el tránsito del tiempo á la eternidad, y traerá á la memoria todo el pasado, cuando menos el pasado que el arrepentimiento y la absolucion sacramental no habrán podido borrar. ¡Desgraciada del alma culpable é imprevisora! De ella es de quien se ha escrito: *Horrible cosa es caer entre las manos de Dios vivo.* Pero, ¿quién piensa en eso? Sobre todo entre los jóvenes, ¿á cuántos conoces tú, mi buen Jaime, que viven habitualmente temiendo la muerte y los juicios de Dios?

—¿Entonces es preciso pensar siempre en la muerte?

No digo esto. Lo que digo es que es preciso pensar en ella lo bastante para vivir constantemente en el temor del pecado y esforzarse así en permanecer siempre, ¿lo entiendes? siempre, siempre en gracia de Dios. Lo que digo es, que si se tiene la desgracia de cometer una falta grave, es preciso arrepentirse inmediatamente é ir á confesarse humildemente de ella en cuanto se puede. Esto, si no es cómodo siempre, es siempre necesario, y vale cien mil veces más imponerse esta regla de salvacion, que exponerse á una mala muerte y á una mala eternidad. Yo quisiera que me dijeses si es posible que los jóvenes que permanecen semanas, y á veces hasta meses enteros, en estado de pecado mortal, crean y crean formalmente en la muerte y en los terribles juicios de Dios: en una palabra, si tienen el espíritu de fe.

Un gran Santo del siglo V, llamado san Juan Clímaco, que pasó cerca de veinte años entre aquellos admirables solitarios de la Tebaida, de que sin duda has oido hablar, refiere á este propósito un hecho aterrador de que habia sido testigo ocular.

Un Religioso, llamado Eziquio, vino á caer enfermo y llegó en breve al último extremo. Administráronsele los últimos Sacramentos, y, siguiendo la costumbre de aquellos monasterios, se le tendió en el suelo, sobre una pobre estera y cubierto de un cilicio en señal de penitencia. Todos sus Her-

manos estaban orando á su alrededor, esperando su último suspiro. San Juan Clímaco estaba presente y oraba con los demás.

De pronto el moribundo abre desmesuradamente los ojos, y con indecible expresion de terror se incorpora y se quedó largo rato con los brazos extendidos en forma de cruz, temblando y sin poder articular una palabra. Estupefactos los circunstantes no sabian qué pensar.

Entonces el Abad, acercándose á Eziquio, le mandó en nombre de la obediencia, que dijese lo que así fijaba su mente y sus miradas.

—El Señor ha tenido piedad de mí,—respondió el pobre Religioso; — he comparecido ante su tribunal, pero la bienaventurada Vírgen María ha obtenido para mí una próroga para que tenga tiempo de hacer una penitencia más perfecta.

Y prosternándose con la faz en tierra, exclamó:

—¡Ah! ¡Si los hombres supiesen lo que es comparecer á la presencia de Dios!...

La Comunidad estaba helada de terror y todos los hermanos se retiraron llenos de compuncion y enteramente decididos á multiplicar sus penitencias, sus mortificaciones y su fervor.

Eziquio pidió y obtuvo que fuese tapiada la puerta de su pequeña celda, y que en lo sucesivo sus dias y sus noches estuviesen consagrados, sin interrupcion, á la meditacion de la muerte y de los juicios de Dios. Cada dia un Hermano le pasaba, á través de una pequeña abertura, un poco de pan y de agua; y los domingos el sacerdote le traia además la sagrada Comunion.

Así transcurrieron algunos años. Un dia el Hermano encontró intacta, al borde de la pequeña abertura, la humilde provision que allí habia depositádo la víspera. Llamó á Eziquio y no obtuvo respuesta. Corrió en seguida á avisar al Padre Abad, quien convocó á la Comunidad, hizo echar abajo la puerta, y encontró al santo penitente extendido en el suelo y sin movimiento. Hallábase en la agonía. Despues que le hubo administrado los últimos Sacramentos, conjuróle el Abad á que, antes de abandonar á sus Hermanos, les dejase algunas palabras para su edificacion. Y entonces, reuniendo sus fuerzas, Eziquio, fijos en el cielo los ojos y bañado de lágrimas el rostro, repitió muchas veces con desfallecido acento:

—¡Ah! ¡Si los hombres supiesen lo que son los juicios de Dios,... nunca se atreverian á pecar!

Y espiró.

A tí te toca, hijo mio, recojer esta frase, avivar profundamente y por toda tu vida, en tu mente y en tu corazon, la fe viva en la muerte y en los juicios de Dios, y acordarte de ello siempre que te sientas tentado á obrar mal. ¡Oh! Si tuviésemos un poco de fe, si buenamente creyésemos que, de un momento á otro, podemos morir y ser juzgados, jamás, jamás podríamos ofender al soberano Juez!

## XVII.

### Del espíritu de fe en el infierno.

Hé ahí todavía una de esas grandes verdades en que prácticamente ya casi no se cree. Ni los mismos sacerdotes la predican lo bastante, como decia no há mucho el santo Papa Pio IX á un misionero amigo mio. «Hablad mucho de las postrimerías y de las grandes verdades de salvacion, — le decia; — sobre todo hablad á menudo del infierno. Nada hay más capaz de convertir á los pecadores y de salvar á las almas. Y decidlo todo; nada de ocultaciones.»

Una santa Religiosa que en un convento de París estaba especialmente encargada de ayudar á las señoras del mundo á hacer ejercicios, decia tambien que una larga experiencia la habia demostrado la verdad de estas palabras del Padre Santo, y que insistiendo en la meditacion del infierno, del fuego del infierno y del fuego eterno del infierno, lograba casi siempre resolver á las almas á abrazar sériamente la vida y las virtudes cristianas.

Pasa, mi buen Jaime, con el infierno lo que con las otras verdades católicas de que hemos hablado ya; se olvida, no se piensa en él, y sobre todo se vive como si no existiese.

Los aturdidos que pierden su tiempo haciendo fiestas, divirtiéndose y haciendo en broma mil

simplezas, me producen el efecto de un acróbata que bailase sobre la cuerda sin ninguna clase de balancin, encima de un abismo de fuego. Tiene noventa y nueve probabilidades contra una de caer en él; y cuando se le mira, no se comprende realmente cómo puede librarse de caer.

Sí, en este mundo los pecadores, es decir el gran número de personas que viven habitualmente en pecado, son locos que bailan encima de un volcan. Tienen abierto el infierno bajo sus piés; saben que existe; cuando se les pregunta sériamente, confiesan que creen en él; y ¡cosa absolutamente inconcebible! se duermen tranquilamente al borde de aquel ábismo de fuego, en el que corren grande riesgo de despertar. ¿No es locura esto? ¿Qué dirías tú, hijo mio, á un compañero tuyo que así expusiera su vida?

—¿En qué piensas, pues, imbécil?—le gritarias, echándote sobre él y tirándole quieras que no hácia atrás.—¿Quieres caer en el fuego? ¿Has perdido la cabeza?

Y este grito seria el grito del mejor buen sentido.

Y aquí no se trata ya de caerse en una hoguera, para ser allí quemado, asfixiado y devorado en algunos minutos (y sin embargo esto valdria ya la pena de tener cuidado): trátase de caer en un abismo de fuego *eterno*, donde se vivirá, donde se arderá, donde se sufrirá siempre, siempre, durante toda la eternidad, sin sombra de consuelo, sin fin.

La existencia del infierno es *de fe*. Es de fe, de fe revelada, que hay un infierno de fuego, un infierno de fuego eterno, inextinguible, donde será arrojado, confundido con los demonios, y donde para siempre arderán los réprobos, es decir, los hombres que, despreciando la gracia y el amor de Jesucristo, habrán vivido en el mal, y en el momento de su muerte se habrán encontrado en estado de pecado mortal. Privados de Dios, estarán allí en el suplicio eterno, en las tinieblas, abismados en la desesperacion y en la rabia, condenados porque ellos lo habrán querido.

Todo esto, lo repito, es de fe. El mismo Dios es quien nos lo ha dicho para salvarnos, y sigue enseñándonoslo por la infalible boca de su Iglesia. Es Él quien nos ha dicho: «*¿Cuál de vosotros podrá vivir en el fuego devorador, en las eternas llamas? Mas vale que os arranqueis el ojo derecho, la mano derecha, el pié derecho,* es decir, lo que os es más querido, *antes que ser echados en el abismo del fuego, allá donde el fuego no se extingue, donde nunca muere el remordimiento.* Allí todas las víctimas serán penetradas y conservadas por el fuego.» Y en el Evangelio nos da la misma fórmula precisa de la terrible sentencia que, en el juicio final, precipitará á los réprobos en los ardientes abismos del infierno: *Alejaos de mí, malditos; id al fuego eterno, que fué preparado para Satanás y para sus demonios.* Y añade: *E irán al eterno suplicio, mientras que los justos entrarán en la vida eterna.* ¿Lo oyes, mi buen Jaime? Es la verdad infalible, es Jesucristo quien habla

aquí: «El cielo y la tierra pasarán, pero su palabra no pasará.»

Hay, pues, un infierno. ¡Dios mio! ¡qué cambio tan súbito se operaria en el mundo, si todos los hombres se encontrasen repentinamente penetrados de una fe viva en esta gran verdad del infierno! De cada cien personas que van y vienen, buscando el interés ó el placer ó el mal, más de noventa y cinco se detendrian, retrocederian y se irian en derechura á la iglesia, pidiendo el perdon de su vida pasada, prometiendo enmendarse en lo futuro, y no teniendo reposo hasta haberse confesado y haber recibido la absolucion. Las tres cuartas partes de los cafés, de las tabernas y de los figones, todos los bailes públicos, todas las casas malas, acabarian su negocio, y la otra cuarta parte no sacaria para gastos. ¡Cuántas restituciones! ¡cuántas reconciliaciones! No más, ó casi no más procesos; la gendarmería y la policía se convertirian, por decirlo así, en inútil artículo de lujo. No más guerra, y por consiguiente, no más ejército permanente, no más revoluciones, casi no más periódicos. El miedo formal de ir un dia á arder en el infierno bastaria por sí sólo para hacer de la tierra una especie de paraíso.

Esto en cuanto al conjunto; veamos ahora el detalle. El espíritu de fe en el infierno cambia la vida del jóven, como cambiaría la faz del mundo. Tú, como á verdadero cristiano que eres, crees en el infierno y en sus eternas y terribles penas, no sólo en teoría, si que tambien en la prácti-

ca. Tú sabes que existe y á toda costa estás decidido á no caer en él. En tus tentaciones piensas en él en seguida.

—No soy tan estúpido que me arriesgue á ir á arder allá abajo, por un simple placer de algunos minutos.

Esto es lo que te viene inmediatamente á la imaginacion; y ante el fuego del abismo el fuego de la pasion se extingue rápidamente. La castidad encuentra en el pensamiento del infierno su preservativo tal vez más enérgico.

—Es más fuerte que yo,—murmura la pasion.

—Mientes,—responde vivamente la fe mostrando á la voluntad vacilante las abrasadoras hogueras del infierno.—¿Qué es más duro, soportar esta pequeña lucha de algunos momentos, ó aguantar, durante los siglos y siglos de la eternidad, los horribles tormentos de un fuego que te devorará sin consumirte, que te quemará especialmente en tu carne, instrumento de tu pecado, y que te ajusticiará sin demora, sin fin, siempre, siempre?

Que un mal amigo trata de arrastrarte á la taberna, al baile público ó á algun sitio todavía peor. La idea del infierno cruza por tu mente, y esto basta para hacerte decir sin vacilar al buen apóstol del diablo:

—¡Gracias! ¡Hasta jamás!

Y otro tanto te pasa con las tentaciones de robo, de venganza y con las demás tentaciones.

Estoy bien seguro de que si, con la ayuda de Dios, te acuerdas á menudo del fuego del infierno,

nada te será más fácil, hijo mio, que huir de las malas compañías, burlarte del respeto humano, conservar de dia y de noche tus buenas costumbres, mantenerte fiel á la Asociacion ó al Círculo, frecuentar exactamente y con fervor los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía, donde tu fe se avivará sin cesar y adquirirá nuevas fuerzas. Te será facilísimo rechazar las más seductoras ofertas, ya para una posicion, ya para un casamiento, cuando te apercibas de que ha de comprometerse en ello tu eterna salvacion; y los más penosos sacrificios dejarán de pesar naturalmente en la balanza, en cuanto en el otro platillo venga á colocarse ardiente y aterrador el fuego eterno del infierno.

Tales son, mi querido Jaime, los saludables efectos del espíritu de fe ante la gran verdad de las penas del infierno. Cree firme y prácticamente en ellas, y respondo de tu salvacion.

## XVIII.

### Del espíritu de fe en el Purgatorio y en las indulgencias.

Casi lo mismo pasa con el Purgatorio que con el infierno: se cree, pero se piensa poco en él. Y entre los que en él piensan, son muchos los que dicen tranquilamente:

—¡Bah! todo el mundo pasa poco ó mucho por él; yo pasaré como los demás. Al fin y al cabo se sale de él.

Y esto da lugar á las mil defeccione de la vida cristiana, que pasan casi desapercibidas; cométese el pecado venial como si tal cosa, y todo se reduce á evitar ciertas faltas de bulto que son demasiado graves... y gracias que esto se haga. En cuanto á hacer penitencia, esto es lo que da menos cuidado; y cuando se trata de cometer alguna falta algo atractiva, no se vacila, diciéndose buenamente:

—Ya me confesaré y quedaré desquitado.

¡No, amigos mios, no! No quedaréis desquitados confesándoos. Si os arrepentís y os confesais sinceramente, Dios os perdonará sin duda alguna la pena eterna debida á vuestros pecados; pero os quedará la pena temporal, os quedará el purgatorio. Esto es de fe.

Y os equivocais lastimosamente si os figurais que por ser temporal y finita, es poca cosa esta pena. Por de pronto puede durar largo tiempo; puede durar años y siglos. Sobre esto ha habido revelaciones terribles y perfectamente auténticas. Así, para no citar más que una, en el mes de Noviembre de 1859, una buena religiosa de Foligno, en Italia, se apareció á una de sus compañeras, para implorar sus oraciones y las de la Comunidad, declarando que «estaba condenada á pasar cuarenta años en las terribles llamas del Purgatorio por no haber hecho practicar con bastante exactitud á sus Hermanas la pobreza religiosa.» En memoria y en testimonio de su aparicion, dejó profundamente impresas en una puerta de madera la huella

calcinada de su mano derecha; y esta puerta y esta huella las he visto yo en Abril de 1875; las he tocado yo mismo con mis manos.

¡Cuarenta años de Purgatorio por no haber hecho practicar la pobreza con bastante perfeccion! ¿Qué será, pues, Dios mio, de esas grandes, numerosas y vergonzosas faltas contra la pureza, de esos hábitos culpables é inveterados, de esas blasfemias cotidianas, de esas burlas impías y escandalosas que están á la órden del dia en los talleres, en las tabernas y en los cafés? ¿Qué será de esas semanas, de esos meses sin oracion; de esas misas tan mal oidas y tan fácilmente omitidas; de esas mil violaciones más ó menos flagrantes del descanso del domingo; de esos hábitos de intemperancia; de esas iras, de esas faltas de delicadeza diarias; de esas mentiras tan fáciles, tan prontas; de esas tan comunes transgresiones de los mandamientos de la Iglesia, sobre la abstinencia, sobre el ayuno y sobre la penitencia? Una vez confesados y perdonados, toda esa multitud de pecados exigen de la justicia y de la santidad de Dios una expiacion proporcionada á su gravedad. Y como casi nadie se cuida de expiarlos en la tierra con una formal penitencia, es necesario de toda necesidad el Purgatorio, es precisa una larga y muy larga estancia en el Purgatorio. ¿Quién piensa en esto? ¿Piensas tú, hijo mio?

No es esto todo. No solamente puede el purgatorio durar años y siglos; á más de eso el que á él va se quema. Sí, se quema, como en el infierno. El

fuego del Purgatorio es lo mismo que el del infierno. Es un fuego corporal y espiritual á la vez, un fuego real (y esto es tambien de fe revelada), un fuego real y sobrenatural, que penetra las almas y las quema sin consumirlas. No hace más que purificarlas por medio del sufrimiento. Es un fuego inteligente que castiga y purifica á cada alma por donde ha pecado; y esta purificacion es tan dolorosa, que el grande Doctor santo Tomás de Aquino declara, segun san Agustin, que aquel fuego será más terrible que todo lo que el hombre pueda sufrir en esta vida; de suerte que todos los suplicios y todos los sufrimientos de los mismos mártires no se le podrian comparar. ¡Y con esto parece que se juega! ¡Y nadie se acuerda de esto!

Una prueba de lo que digo se hallará, si es preciso, en la increible negligencia de muchos cristianos con respecto á las *indulgencias*. ¿Sabes, mi buen Jaime, qué son las indulgencias? Son la remision total ó parcial de las penas temporales que merecen nuestros pecados veniales y tambien nuestros pecados mortales cuando han sido perdonados en el sacramento de la Penitencia y no han sido suficientemente expiados. La remision total se llama indulgencia plenaria; la remision parcial se llama indulgencia parcial. Las indulgencias son con respecto al sacramento de la Penitencia y á la absolucion, lo que la cola del cometa con respecto al cometa. Completan la comenzada obra del perdon; y, como todo perdon, proceden de los méritos infinitos de Jesucristo nuestro Redentor. Son la

última palabra de las divinas misericordias para con el pobre pecador. Cuando se tiene la dicha de ganar una indulgencia plenaria, ya nada se tiene que pagar á la divina justicia, y si se llegase á morir en aquel estado, se iria en derechura al cielo. Este punto es de fe.

—¡Pero se necesita ser tan perfecto para ganar una indulgencia plenaria! Dicen que es casi imposible.

Los jansenistas son los que extendieron este rumor de mala índole: por el contrario, es perfectamente posible á todos los hijos de la Iglesia que estén bien dispuestos, el ganar una Indulgencia plenaria.

Para esto se *necesita* y *basta*: 1.° hallarse en estado de gracia; 2.° arrepentirse sinceramente de todas sus faltas, sin excepcion y por amor del Señor; 3.° estar bien decidido á hacer todo lo posible para evitarlas en lo sucesivo; 4.° tener la firme voluntad de hacer penitencia por ellas lo mejor que se pueda; 5.° rezar por entero la oracion prescrita para ganar la indulgencia. Esto es lo que se requiere, y esto es tambien lo que basta.

La Iglesia es una buena madre y no nos propone imposibles. Ya se comprende que para ganar la indulgencia plenaria se necesitan excelentes disposiciones de conciencia, y una firmísima voluntad de evitar todo lo posible toda clase de faltas; pero estas disposiciones y esta sincera buena voluntad están, gracias á Dios, al alcance de todos nosotros. Despues de una buena confesion, des-

pues de una comunion bien piadosa y bien cordial, es fácil presentar á Dios un corazon puro y ganar de esta suerte la magnífica gracia de la indulgencia plenaria.

En todo caso, cuando por una ú otra razon no se gana por entero la Indulgencia plenaria, se gana siempre una parte más ó menos considerable de ella; y lejos de desanimarnos, la dificultad debe impulsarnos á ganar el mayor número posible de ellas. Cuando en un negocio comercial se pueden ganar cien mil francos, ¿se renuncia á él porque no se ganen tal vez más que sesenta, cincuenta, ó tan sólo treinta mil francos?

La Iglesia nos excita tanto como puede á ganar muchas indulgencias, tanto plenarias como parciales. Las multiplica, por decirlo así, á nuestro paso de tal suerte, que no tiene verdaderamente excusa el que va al Purgatorio: no se tiene que hacer más que bajarse para coger este precioso tesoro.

Figuraos á un hombre condenado por deudas á diez, quince, veinte, treinta años de cárcel. En el momento en que la autoridad viene á prenderle, su juez, que es tan rico como bueno, viene á decirle:

—Pobre amigo mio, os compadezco y quiero evitaros esa vergonzosa prision. Voy á sembrar monedas de oro y de plata y billetes de banco en el camino por donde habeis de pasar. No tendreis que hacer más que bajaros para cogerlos. Habrá más de lo que necesitais para pagar todas vuestras deudas. Yo iré á esperaros á la puerta de la cárcel,

y si, como lo espero, os habeis aprovechado de mi liberalidad, os hallaréis en estado de desquitaros por completo.

¿Qué dirias de ese hombre, hijo mio, si fuese tan estúpido, tan enemigo de sí mismo que llegase á la cárcel con las manos vacías? Pues esto hacen todos aquellos que van á quemar en el Purgatorio, por no haberse tomado la molestia de bajarse durante el camino y coger los tesoros de Dios, es decir, las indulgencias.

Aviva, pues, tu fe, mi buen Jaime, y en lo sucesivo no dejes pasar ocasion alguna de ganar las santas indulgencias. Hay libros donde se encuentran las principales oraciones y obras de piedad que la Santa Sede ha enriquecido con indulgencias. Permíteme que por acabar te indique algunas entre las más prácticas. Puedes ganar *cien* dias de indulgencia cada vez que digas piadosamente: *Jesu, miserere!* (Jesús, misericordia!)—*Cincuenta* dias cuando dices: ¡Jesús, María!—*Sesenta* dias cuando dices: ¡Jesús, María, José!—*Trescientos* dias cuando rezas el *Acordaos*, ó tambien los *Actos de fe, esperanza y caridad.*—*Veinte y cinco* dias cuando haces piadosamente la señal de la cruz diciendo: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.*—*Cincuenta* dias cuando te santiguas con agua bendita.—*Un año* cada vez que besas piadosamente un Crucifijo bendecido ó indulgenciado, etc...

¡Valor, pues, hijo mio! Piensa á menudo en las llamas del Purgatorio. Procura estar bien resuelto

á pagar tus deudas en este mundo, y al ir á entrar en la eternidad oirás á tu Juez y Salvador decirte amorosamente las palabras que en otro tiempo brotaron de sus divinos labios :

—Vén, hijo mio ; tu fe te ha salvado. Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.

## XIX.

### Del espíritu de fe en el paraíso.

Una última muestra de los preciosos frutos del espíritu de fe en el cristiano. Quiero hablar de la fe en el paraíso, en el cielo, en la bienaventurada eternidad.

¿Quieres, hijo mio, una señal infalible de la fe más ó menos viva de un cristiano respecto al gran dogma de la vida eterna? ¿Quieres saber si cree prácticamente en esta frase que reza todos los dias, mañana y noche: *Credo... vitam æternam* (creo en la vida eterna)? Háblale de dejar la tierra para ir á reunirse con Dios, y de las veinte veces las veinte y una verás á un hombre cogido, contrariado, triste, costándole mucho el resignarse, y, como se dice, el sacrificarse; enteramente como si se tratase de partir para el destierro. Esto lo he visto yo en los más buenos, y me acordaré siempre de la extrañeza con que en cierta ocasion oí á un excelente y piadoso trapense moribundo hacer extraños esfuerzos para resignarse á trocar su atroz vida de penitencias, ayunos, vigilias é incesantes austeridades por... la dicha del paraíso.

Ya sé que hasta las personas más piadosas, los Religiosos y Religiosas, sienten un muy legítimo temor hácia los juicios de Dios y el horror instintivo hácia la muerte. Para los cristianos que viven en el mundo existen además, en este momento solemne y único, lazos á veces muy caros que se han de romper; y por desprendido que se esté de las cosas de la tierra, no puede uno librarse de ciertos enternecimientos siempre muy dolorosos, á la vista de aquellos á quienes se ama y á quienes nuestra partida, áun cuando sea para ir al cielo, va á hundir en la más legítima desolacion. Sin embargo, afirmo sin temor que si las luces de una fe viva llenasen é inflamasen poderosamente nuestro corazon, la dicha sobrepujaria de mucho al temor, y la proximidad de los goces eternos le harian triunfar fácilmente de los más legítimos sentimientos de la naturaleza.

¡Ay! tambien aquí es la fe lo que hace falta. Se cree y no se cree; se sabe y se olvida: y esto es funesto para la direccion y la santificacion de la vida. Se adquiere la costumbre de vivir en la tierra como si se debiese permanecer siempre en ella, como si no hubiese cielo. Se pasa el tiempo en arreglarse lo más cómodamente posible y en adquirir para lo futuro; pero en cuanto á trabajar y atesorar para el cielo, ¿cuáles son los que sériamente lo hacen?

En este punto la mayor parte de los cristianos se parece singularmente á unos viajeros que habiendo tomado el ferrocarril, el tren expreso, para

ir á encontrar de nuevo y lo más pronto posible lo que más aman, sus padres, sus hijos, sus antiguos amigos ó su país natal, se divirtiesen tanto durante el trayecto, se ocupasen tanto del paisaje y de sus compañeros de viaje, se colocasen tan cómodamente en los vagones, que olvidasen por completo el fin é índole de aquel, y que llegados á la estacion, en vez de preparar sus billetes, en vez de saludar lo más antes posible á los amigos, á los parientes que les están esperando, sintiesen haber llegado ya, prefiriesen no tener que bajar del coche y vacilasen en *hacer este sacrificio.*

¡Qué anomalía! ¡Cuán poco halagaria esto á su familia íntima y á su país natal! Esto es, sin embargo, lo que se ve todos los dias en el tren expreso de esta vida, donde no somos más que viajeros, donde no tenemos estancia permanente, donde todo pasa. Nuestro Padre, que está en los cielos, y cuyo reinado llega al fin; nuestro Rey y Salvador Jesucristo, la Vírgen santísima, nuestra Madre celestial, los buenos Angeles y los escogidos, que son nuestros amigos y nuestros hermanos, todos aquellos á quienes hemos amado en la tierra y que nos han precedido en el paraíso; en una palabra, nuestra bienaventurada familia de la eternidad está allí para recibirnos; y en el momento en que se dispone á hacernos los honores del cielo, nosotros únicamente pensamos en echar de menos las bagatelas de la tierra, las miserables cebollas de Egipto.

¡Oh! ¡cuán diferentes son los pensamientos de los hombres de fe cuando se encuentran en pre-

sencia de la bienaventurada eternidad! Testigo un santo varon, antiguo notario de Amiens, llamado Pedro Moreau, cuya admirable vida ha sido escrita por un Religioso contemporáneo suyo. Cuando en su última enfermedad se le anunció que habia llegado el solemne momento de partir, prorumpió en una verdadera explosion de acciones de gracias, de alegría, de dicha, de amor.

—Al fin habeis llegado ya, — exclamó entre increibles transportes;— feliz eternidad por la cual toda mi vida he suspirado. ¡Oh Dios mio, Dios mio, por fin voy á veros, á poseeros para siempre!... Yo os saludo, de antemano os envio el saludo de la eternidad, oh mi dulcísimo Salvador Jesucristo, que me habeis abierto el cielo con vuestra pasion y vuestra muerte! Vos me habeis alimentado con vuestro Cuerpo y con vuestra Sangre durante mi vida, y ahora os disponeis á coronar misericordiosamente vuestra obra llamándome á Vos para participar de vuestra gloria y de vuestra eterna beatitud... Yo os doy el saludo de la eternidad, bienaventurada Vírgen, Madre de mi Dios y Madre mia, á quien he amado siempre tanto, y á quien voy á amar, con Jesús, eternamente, eternamente... Yo os saludo tambien á Vos, mi grande y dulce patron san Pedro, que durante toda mi vida me habeis conservado en la pureza de la fe católica, y que me habeis hecho amar con filial amor la autoridad de nuestra santa Madre la Iglesia católica, en cuyo seno siempre he vivido y voy á morir!

Y el santo varon, contemplando con los ojos de

la fe, y saludando unos despues de otros á los Angeles y á los bienaventurados á quienes más devocion habia tenido aquí en la tierra, exhaló su último suspiro, y entró en derechura (á lo menos todos lo creyeron firmemente) en aquel bueno y hermoso paraíso, en el cual con la oracion, con la esperanza y con las aspiraciones de su corazon habia vivido de antemano.

He conocido á otro, un simple obrero, cuya vida habia transcurrido tambien en una celeste union con Jesucristo, y que, llegada la hora de partir, entrevió igualmente, á través de las sombras de la muerte, los maravillosos esplendores del paraíso. Cuando sintió acercarse su última hora, descubrióse respetuosamente la cabeza, y en medio del estertor de la agonia oíasele repetir ó más bien murmurar esta piadosa súplica:

—¡Cielos, abríos!... ¡Cielos, abríos!... ¡Cielos, abríos!...

Fijos en el cielo los ojos y extendidas las manos hácia su buen Jesús, que descendia para venir á tomarle, causaba la admiracion de los que rodeaban su pobre lecho, y murió tranquilamente en brazos de su Dios.

¡Estos son los verdaderos cristianos! Esta es la fe, la fe viva y profunda, la fe tal como deberíamos tenerla todos, y como debemos, hijo mio, pedírsela al Señor.

Dichoso serás tú, mi muy amado Jaime, dichoso en tu vida, dichoso en tu muerte, dichoso en tu eternidad, si por medio de la perseverancia y del

fervor de tus oraciones, por medio de tu cuidado en evitar las más pequeñas faltas y en no desagradar jamás voluntariamente á Dios, por medio de tus penitencias, de tu fidelidad á la gracia, de la regularidad y del fervor de tus Comuniones, de tu amor hácia Jesús y hácia María, recibes de la bondad de Dios la gracia de una fe vivísima que ilumine toda tu vida y haga de tí uno de esos cristianos excelentes, como tan pocos hay, y como deberia haber muchos para honra y servicio de la Iglesia y para restauracion de nuestra pobre patria.

---

## CAPÍTULO V.

### Los pecados contra la fe y contra el espíritu de fe.

#### I.

**De la incredulidad, primer pecado contra la fe.**

A la virtud de la fe se oponen cierto número de pecados sobre los cuales quisiera, mi querido Jaime, llamar tu atencion. Así como en un cuadro la sombra hace resaltar la luz, así tambien los pecados opuestos á la fe te harán comprender mejor la importancia y esplendor de esta gran virtud, que es el fundamento de la vida cristiana.

El primer pecado contra la fe es la *incredulidad*.

La incredulidad es la rebelion sacrílega del hombre contra la enseñanza de Dios y de su Cristo. La incredulidad es el pecado de orgullo que hace asemejarse el hombre á Satanás, y le hace decir con él:

—No me someteré jamás.

El incrédulo es un hombre que se niega á creer en Nuestro Señor Jesucristo, en su divinidad, en sus adorables misterios. A la palabra, á la revelacion infalibles de Dios, opone insolentes negaciones. Niega lo que Jesucristo afirma. «¿Quién es, dice, el Señor para que yo escuche su palabra? No quiero tener Señor.»

Aparta á Jesucristo, al Dios vivo, á la Verdad, á la Luz del mundo, y poniéndose en su sitio pretende ser él mismo su luz y su Dios.

Frente á frente de Jesucristo, que habla y que enseña, el incrédulo, en vez de creer y de adorar, raciocina, ó mejor, desraciocina, desprecia, se burla. Ríese de nuestra divina religion, mófase de nuestras esperanzas en la eternidad y del amor que Dios tiene por nosotros.

El incrédulo es un gran culpable y un gran necio: un gran culpable, porque, como dice el Señor en el Evangelio: *No cree en el Hijo único de Dios*, resistiéndose así á la verdad, hollando la gracia y la salvacion; un gran necio, porque sus pretensiones de libre pensador son soberanamente ridículas, yendo acompañadas las más de las veces de una lamentable ignorancia y apoyadas en razonamientos tan absurdos, tan extraños, que á veces no se pueden oir sin que hagan reir de lástima.

Y esto que digo es tan cierto en los á quienes en el mundo se llaman *sabios*, como en la masa de los ignorantes. Esos sabios lo saben todo, menos lo que deberian saber antes que todo; y cuando discuten sobre religion, sueltan grandes é incalificables bestialidades.

—Jamás he podido concebir, — decíame cierto dia una señora muy piadosa é instruida hablándome de un docto académico;—jamás he podido concebir como un hombre tan formal, tan sabio, pudiera decir en sério tantas estupideces, cuando hablaba de religion. Era otro hombre. Cuanto más gusto daba el oirle cuando hablaba de otro asunto cualquiera, tanto más absurdo, ridículo y verdaderamente estúpido era el ocuparse de este otro.

¿Comprendes, hijo mio, la inconsecuencia, la insolencia de un infeliz hombrecillo que se yergue como un gallo contra el mismo Dios, contra Jesucristo, Señor y soberano Dueño del mundo? ¿Qué locura hay que pueda compararse con esta locura?

Y menos mal si no fuese más que una locura; pero es además un crímen de lesa majestad divina que el infierno castigará eternamente, si el culpable no se golpea el pecho y no se enmienda.

—Los hay,—decia el santo Cura de Ars,—que pierden la fe y no creen en el infierno hasta que entran en él.

Otros más dichosos acaban por reconocer la verdad, se convierten, y á semejanza del buen ladron adoran lo que habian tenido antes la desgrácia de blasfemar.

Pero ¿de qué procede la incredulidad? ¿De qué procede esta rebelion absurda, monstruosa, de la mente del nombre contra lo que Dios enseña?

De muchas causas. La primera, tal vez la más comun, es la mala educacion y la enseñanza sin religion que reciben un número harto grande de niños y de jóvenes, primero en el seno de sus familias, y despues en los bancos de la escuela.

Ahí tienes á un pobre niño: su padre es un francmason, un comunalista, ó tan sólo un pequeño comerciante indiferente, ó simplemente uno de esos obreros ó empleados que sin ser impíos viven absolutamente sin religion: su madre nunca reza ni pone jamás los piés en la iglesia. Nadie se ocupa de formar ni su mente ni su corazon. Sólo piensa en briboneríás ó en maldades. Su maestro de escuela no tiene reparo alguno en burlarse delante de él del Cura y de la Religion. Jamás una oracion, jamás una señal de la cruz. ¿Cómo quieres que esa pobrecita tierra, dejada sin cultivo, produzca más adelante la bella miés de la fe? Si esta falta de educacion cristiana no es corregida por la influencia de un catecismo bien hecho y de una primera Comunion, ese niño corre peligro de convertirse pronto en un verdadero incrédulo. En cuanto respirará el aire infecto del taller ó de la oficina, se convertirá en un blasfemo.

La segunda causa es la falsa ciencia, peor todavía que la ignorancia.

—He notado, —decia el grande y sabio Roger Bacon,—que la falsa ciencia aleja de la Religion ha-

ciendo perder la sencillez de la fe, y que la ciencia formal y profunda conduce casi siempre á ella.

Mucho abundan esos falsos sabios, que juzgan á diestra y á siniestra las más elevadas cuestiones; más de uno has de haber encontrado, sobre todo entre los que en las escuelas pasan por *espíritus fuertes*. No hace mucho tiempo que se me hablaba de una jóven obrera de París, educada en una escuela profesional de francmasones, que contestaba con acritud, erguida la cabeza y el ademan desdeñoso:

—Yo ya no creo ni en el cielo ni en el infierno: la *ciencia* demuestra que ni existe una cosa ni otra.

Y cata ahí á una bribonzuela de quince años y medio, una mala costurera, que habla *en nombre de la ciencia* y cree saber más que Bossuet y Fenelon y santo Tomás y san Agustin. ¡Cuidado, pues, de paso lo digo, cuidado con esas escuelas profesionales sin Dios, hoy tan abundantes! Si de ellas salen hábiles obreros, sale al mismo tiempo toda una generacion de pequeños incrédulos, de pequeños ateos, verdadera semilla de revolucionarios.

La tercera causa que produce los incrédulos, son las lecturas malsanas y principalmente los malos periódicos. Los periódicos anti-cristianos menudean por dó quier. Los lectores admiten como moneda corriente las impudentes afirmaciones de un impío cualquiera; y al cabo de algun tiempo la fe está, si no perdida, á lo menos sofocada. Algunos meses

despues de la *Commune* de 1871 asistia yo en su lecho de muerte á un pobrecillo tísico de diez y nueve años á quien la lectura de los periódicos demagógicos de la época habia totalmente sacado de quicio. Creía haber perdido la fe, «ahogada, decia, en el diluvio de tantas objeciones y blasfemias.» Se necesitaron largos sufrimientos, fué menester toda la terneza de mi antiguo cariño sacerdotal para disipar paulatinamente las nubes y volver á Jesucristo su pobre hijo pródigo.

Finalmente, la incredulidad, real ó aparente, procede de la corrupcion del corazon. De tal manera se vive, que se tiene un gran interés en que no haya ni Dios, ni juicio, ni paraíso, ni infierno; y á fuerza de desearlo, se acaba por creerlo ó poco menos.

Conserva, hijo mio, enérgicamente el tesoro de tu fe en medio de tus compañeros sin religion. Resiste á todas las seducciones exteriores, lo propio que al orgullo y á las pequeñas insurrecciones interiores de tu entendimiento. Acuérdate de las grandes y temibles palabras del Hijo de Dios, tu Salvador: *En verdad, en verdad os digo, el que cree en mí tiene la vida eterna. El que no cree está juzgado de antemano. El que crea será salvo, el que no crea será condenado.*

Acude á menudo, mi buen Jaime, á reforzar tu fe en los Sacramentos. La sagrada Comunion, que es el mismo Jesucristo, el Autor de la fe y el Dios de la gracia, ha sido instituida ante todo para alimentar y fortalecer en nosotros la primera de todas las

virtudes cristianas, la fe. Con la Comunion frecuente, unida á una instruccion religiosa sériamente sostenida, te preservarás fácilísimamente de esa terrible apostasía que se llama la incredulidad.

## II.

### De los falsos incrédulos.

Hay muchos que se titulan y á veces se creen incrédulos, y qúe no lo son poco ni mucho. Por una necia vanidad se dan aire de libre-pensadores, figurándose sin duda hacerse pasar así por personas de talento, superiores á las *preocupaciones del vulgo.*

Sobre todo entre los jóvenes, más aturdidos y más vanidosos que los demás, es donde más á menudo se observa esta enfermedad. Léese de vez en cuando su periódico, más ó menos avanzado; repítense trozos de frases políticas, retumbantes, que apenas se comprenden; se ha leido el *Judío errante*, ó alguna otra novela de este género, muy anti-clerical, es decir, muy anti-católica; en el café y en la fonda se hace burla del señor Cura y de los frailes; se fuma, se bebe... se es incrédulo. ¿Por qué? No se sabe: es oposicion, y esto basta.

No te dejes engañar por las apariencias, mi buen Jaime; entre los obreros, y más todavía entre los aprendices, hay muy pocos que sean verdaderamente incrédulos; tal vez de cada mil ó de cada diez mil no hay uno. Y la prueba está en que los que rechazan formalmente los Sacramentos en el

artículo de la muerte, forman, á Dios gracias, una minoría imperceptible. *Morir como un perro* á nadie le es agradable. En París, donde los pobres obreros se hallan, más tal vez que en cualquier otro punto, en deplorables condiciones bajo el punto de vista religioso, se ha calculado que de los que entran en los hospitales y mueren en ellos, no hay un dos por ciento que resistan á Dios hasta al fin. Luego, pues, esos pretendidos incrédulos tienen fe.

Mientras se va bien, se hace el espíritu fuerte, se hace el calavera; pero en cuanto las cosas van por lo sério, en cuanto se presenta lo negro, cesan las fanfarronadas, se baja el tono y se acaba por mostrarse tal cual se es, cristiano de entendimiento y de corazon.

Un jóven relojero á quien conocia yo en París, habia enfermado del pecho y se acababa visiblemente. Su madre le habló de hacer venir un sacerdote, amigo de la familia. ¿Qué le hubo dicho? Rechazóla enérgicamente y con malos modos. Tres semanas despues tuvo un vómito de sangre; una terrible crísis le dejó sin conocimiento durante media hora; cuando volvió en sí, sus primeras palabras fueron para pedir un sacerdote.

—He tenido un miedo atroz, —me dijo cuando estuve solo con él:—creí que iba á morir.

Y en seguida se confesó como un niño, recibió piadosamente la sagrada Comunion y la Extrema-Uncion, y murió poco tiempo despues poseido de os mejores sentimientos. La incredulidad se habia

quedado toda en el fondo del acceso. Ante la experiencia no vacilo en afirmarlo: salvo excepciones tan raras que apenas pueden contarse, todos los jóvenes obreros que se dan aires de libre-pensadores son cortados por ese modelo. Su incredulidad es solamente una máscara. ¡Y qué máscara tan fea!

Recuerdo á un bribonzuelo de quince años, grabador, que decia en alta voz que no creia en nada, ni en Dios, ni en el alma, ni en los Curas. En su familia y entre sus compañeros pasaba por no tener ni sombra de fe; y hay que decirlo para honra de los demás, á todos inspiraba una especie de horror. Sus pobres padres estaban desconsolados. Yo habia tenido ocasion de hablarle alguna vez, sin poder penetrar aquella mala índole, tanto que yo mismo habia acabado por creerle completamente incrédulo. Era la primera muestra que entre los jóvenes encontraba de aquella horrible raza. Mas cata ahí que cierto dia, ó mejor cierta noche (pues eran las diez ó las once de la noche, cuando ya estaba acabando mis confesiones), el pobre chico vino á encontrarme recatándose, púsose buenamente de rodillas y se confesó de todo corazon. A éste no era el miedo de la muerte el que le hacia caer la máscara; era un puro y dulce recuerdo: habíase sentido impresionado por la primera Comunion de un hermanito suyo, y esto habia bastado. —

Es tan poderoso el Bautismo, echa Jesucristo tan profundas raíces en las almas que han sido tocadas una vez por su gracia santificante y por su Euca-

ristía, que, á pesar de más de medio siglo de paganismo, de pecados, de olvido total, con harta frecuencia hasta de blasfemias y de impiedades, encuéntranse todavía sus divinas huellas, hasta en las almas más miserables. Es la chispa que arde aún debajo de la ceniza. Por más que se rebelan, estas almas creen, por decirlo así, á pesar suyo.

He conocido tambien en París á un veterano del primer imperio que se me habia dicho no creia en Dios, ni en el diablo, y que iba á morir. Un amigo de su familia habia logrado introducirme hasta él; pero por tres veces consecutivas habia contestado tan groseramente á mis muy discretas indicaciones, que me pareció no podia insistir más. Aconteció que el infeliz viejo murió repentinamente, sin que se tuviera tiempo de llamarme. Cuando volví á ver á su pobre viuda refirióme que una ó dos horas despues de mi primera visita la habia dicho:

—¿Qué espera ese señor para confesarme? Yo estoy dispuesto.

Tampoco este habia sido otra cosa, hasta en mi presencia, que un fanfarron de incredulidad. En el fondo tenia fe.

Y no vayas á imaginarte, mi querido Jaime, que sólo hay falsos incrédulos entre las personas poco instruidas. Aun cuando el orgullo de la ciencia haga más profundos estragos en la mente y en el corazon de los hombres de letras, de los sabios y de los hacedores de libros, tambien allí las más de las veces el libre-pensamiento es sólo una apariencia, una ilusion de óptica. Yo he conocido de eso

muchos ejemplares. Casi todos los jefes de la filosofía incrédula del último siglo se han *ido á pique* ante la muerte, segun lo expresaban estupefactos sus discípulos... sanos. Anteriormente he hablado de aquel académico, hombre de talento si le habia, que hasta en su última enfermedad pretendia que lo mismo tiene alma el hombre que el mono, que la tierra es un gran queso y nosotros las migajas, que la ciencia ha aplastado á la religion, que un hombre razonable no puede ya creer, y otros *axiomas* por el estilo. Pero apenas supo que no le quedaban más que ocho dias de vida, se confesó sin cumplidos, como un simple fiel, y recibió los últimos Sacramentos, pidiendo perdon á Dios y á los hombres.

He conocido personalmente otro, tambien de la Academia, que parecia perdido para siempre jamás; puesto que, además de una incredulidad de ochenta años, era desde hacia largo tiempo gran maestro de una secta de francmasones. Cuando tuvo á la muerte cerca, arrió el pabellon, reconcilióse humildemente con el Señor y con su Iglesia, abjuró su volterianismo y toda su masonería, y murió como un cristiano y en el pleno uso de sus facultades mentales.

Centenares de rasgos de este género podrian traerse aquí, sacados de todas las clases de la sociedad, hombres, mujeres, ricos, pobres, jóvenes, viejos... Mas ¿para qué? Lo poco que acabo de decirte, unido quizás á tu propia experiencia, basta, querido Jaime, y hasta sobra para hacerte com-

prender que sólo raramente y muy raramente se ha de tomar por lo sério la incredulidad de esa masa de séres que se llaman incrédulos. Esos tales son malos farsantes, que quieren darse importancia, que no creen ni una palabra de lo que dicen y que saben perfectamente que hay en el cielo un Dios omnipotente, infinitamente justo y de quien nadie se libra. Déjales decir; no les creas ni de una palabra y envíales á paseo. Bendice á Dios, dándole gracias por haber permitido que no seas, como ellos, fanfarron, vanidoso y tonto. No se destruye la Religion por más que de ella se burlen: déjales que griten cuanto quieran contra el sol,

Que el astro, recorriendo su carrera,
De raudales de luz sigue inundando
A los mezquinos que contra él blasfeman (1).

## III.

### Del segundo pecado contra la fe, que es la herejía.

No es lo mismo la herejía que la incredulidad. No es que valga más; pero es menos gorda, menos brutal, menos radical. El incrédulo lo niega todo; el hereje no niega más que una parte. El incrédulo, á la par que rechaza á Jesucristo, pretende no pocas veces conservar la fe en Dios; tal era entre otros Voltaire. El hereje, á la par que pretende

(1) L'astre, parcourant sa carrière
Inonde de flots de lumière
Tous ses obscurs blasphemateurs.

conservar la fe en Jesucristo, rechaza la Iglesia, la autoridad docente de los Pastores de la Iglesia; tales son los protestantes.

Es, pues, la herejía el pecado de aquellos que no queriendo someterse á la divina autoridad y á la enseñanza infalible del Papa, Vicario de Jesucristo y Jefe visible de su Iglesia, escojen de entre las verdades de la fe las que les acomodan, rechazan las demás, se forjan una fe y una religion á su gusto, se constituyen temerariamente jueces inapelables de las palabras de las Sagradas Escrituras y de las verdades reveladas, y pierden así el tesoro de la verdadera fe. Hé ahí, mi buen Jaime, lo que es un hereje. Es un rebelde á la Iglesia; es un revolucionario en materia de religion.

Ya recuerdas lo que hemos dicho á propósito de la regla de la fe, propuesta é impuesta por el mismo Jesucristo á todos los hombres. Descendido á la tierra para llevar al mundo la verdad y la salvacion, este adorable Señor, muerto y resucitado por nosotros, instituyó en ella, antes de volver al cielo, una Iglesia, es decir, una sociedad, y por sí mismo la organizó de una manera tan sencilla como admirable. Puso á la cabeza de ella, para conducirlo y dirigirlo todo en su nombre, á un Jefe que constituyó en Vicario suyo, es decir, su representante visible en el mundo; y le dió el misterioso nombre de Pedro, para demostrar que toda la Iglesia estaria apoyada en él y dependeria de él, como en un templo todo descansa sobre los cimientos: las paredes, las columnas, el techo. Este Jefe

supremo de la Iglesia de Jesucristo fué el Apóstol san Pedro, cuya divina autoridad se transmite de edad en edad á sus legítimos sucesores en la silla de Roma; lo cual durará hasta el fin del mundo, hasta la venida del Anticristo, que ha de crucificar al último de los Papas, al último sucesor de san Pedro.

Debajo del Papa y en torno de él constituyó el Señor á los Obispos, sucesores en esto de los Apóstoles, quienes fueron enviados para predicar la religion cristiana al universo, con san Pedro, pero subordinados á san Pedro. Y debajo de los Obispos fueron establecidos los sacerdotes, quienes recibieron la mision de ayudar á los Obispos en la predicacion de la fe, en la administracion del bautismo y en la grande obra de la salvacion y de la santificacion del mundo.

Tal es el órden instituido por el Hijo de Dios para la enseñanza de la verdadera Religion.

Desde luego comprenderás que la *regla de la fe* no es otra que la palabra viva de Dios tal como la enseña, tal como la explica infaliblemente el Vicario de Jesucristo, nuestro Santo Padre el Papa, y tal como fielmente nos la transmiten los Obispos católicos asistidos por sus sacerdotes. Es una regla divina, por más que pase por la boca de los hombres; y es infalible porque es divina.

Aquel que se somete humildemente á esta regla viva de la verdadera fe, es lo que se llama un *fiel*, de la palabra latina *fidelis*, que quiere decir hombre de fe. El fiel es verdadero fiel, cree *todo* lo que

le enseñan en nombre de Jesucristo el Papa, los Obispos y los sacerdotes católicos. Y por el contrario, aquel que por una razon cualquiera se niega obstinadamente á someterse á la autoridad docente del Papa, de los Obispos y de los sacerdotes, cae en el pecado de *herejía*, se vuelve hereje.

La palabra *hereje* significa hombre que escoge. El hereje, en efecto, escoge lo que le gusta y deja lo que no le gusta de la enseñanza católica de las verdades de la fe. Este toma menos, aquel toma más; el uno admite todo, salvos dos ó tres puntos, el otro lo rechaza casi todo: tan herejes son los unos como los otros. Negar un solo artículo de fe basta para hacer caer en el pecado de herejía. Así es hereje el que niega obstinadamente la infalibilidad del Papa, como lo es el que niega la Inmaculada Concepcion de la santísima Vírgen, ó la institucion divina de la Confesion, ó la presencia real, ó la eternidad de las penas del infierno, ú otro cualquier punto de fe.

Las verdades de la fe son como los eslabones de una cadena que sirviese de lazo entre dos hombres: con un solo eslabon que se rompa ya no hay lazo; y con más fuerte razon deja de haberlo si son varios los eslabones que se rompen. La fe católica es la bella cadena de oro que une á Dios con su criatura; cada eslabon es una de esas santas verdades, uno de esos dogmas revelados cuyo conjunto constituye el tesoro de la fe; negarse á creer una sola de esas verdades, obstinarse en esa rebelion contra la autoridad divina de la Iglesia, es

romper uno de los eslabones de la cadena de oro, y por consiguiente romper el lazo que une á Dios con el hombre y al hombre con Dios.

Dicho esto es inútil insistir en la gravedad del pecado de herejía. La herejía es, por su naturaleza, un pecado mortal de primer órden, que constituye al hombre en abierta rebelion contra la Iglesia de Jesucristo, y por consiguiente contra el mismo Jesucristo, cuya causa es inseparable de la de la Iglesia. Y en efecto, á la Iglesia y á los primeros Pastores y Doctores de la Iglesia les ha dicho Jesucristo: *Recibid el Espíritu Santo. Id por el mundo entero, y predicad el Evangelio* (es decir, la nueva de salvacion) *á toda criatura. Aquel que creerá será salvo; aquel que no creerá será condenado. Enseñad á todos los pueblos, y hacedles aprender á observar todo lo que Yo os he encomendado; y ved ahí que Yo mismo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos. Aquel que os escucha, me escucha á Mí; aquel que os desprecia, á Mí me desprecia.*

Así, pues, hijo mio, el hombre bastante osado para despreciar á la Iglesia, desprecia por esta misma razon á Jesucristo, y esto es precisamente lo que hace el hereje: desprecia al Papa, Vicario de Jesucristo y Doctor infalible de la Iglesia, y desprecia por lo mismo á Jesucristo, que, por boca de su Vicario, enseña á la Iglesia y al mundo. ¿Puede concebirse audacia semejante?

La herejía es hija del orgullo, lo propio que la incredulidad.

«El orgullo es el padre de todos los herejes,» di-

ce san Agustin. Orgullo hay en creerse capaz de decidir por sí solo cuestiones de fe casi siempre muy elevadas, muy difíciles, y que exigen, para ser bien resueltas, una profunda ciencia. Orgullo hay y locura al propio tiempo en pretender hacerse para sí propio una religion, descubrir el sentido verdadero de la sagrada Escritura, en una palabra, reemplazar á la Iglesia, al Papa, á los Obispos, y por complemento, al Espíritu Santo.

Pues esto es lo que han hecho siempre los herejes, lo que hacen todavía hoy nuestros pobres protestantes. Recuerdo haber visto uno, siempre oficial tapicero, que apenas sabia leer y que queria gravemente decidir la cuestion de la mision divina del Papa y de los Obispos.

Nuestros modernos herejes tienen tantas religiones como sectas y como pretendidos ministros. Cada cual cree lo que quiere, y con su Biblia debajo del brazo se considera infalible. Contradícense todos ellos á cual más y mejor, y no están acordes más que en un punto: el odio á la Iglesia católica, al Papa y á los Curas. Es una verdadera torre de Babel, donde cada uno está condenado por la justicia y la sabiduría de Dios, á hablar una lengua diferente, y donde todo se divide, se fracciona y se convierte en polvo.

Por lo contrario, en la verdadera Iglesia, en la Iglesia católica, todo se conserva en una admirable unidad. Llena de vida y de luz, la unidad de nuestra fe y de nuestra religion es el fruto de nuestra comun obediencia á la verdad que nos en-

seña, de parte de Dios, el Vicario de Jesucristo. Y esta unidad es la gran señal de la verdadera Iglesia, al propio tiempo que es el secreto de nuestra fuerza religiosa y de la paz de nuestras almas.

La variacion es propia del error; ella es el carácter dominante de toda herejía. Viviendo aún Lutero, contábanse ya más de mil sectas diferentes, y más de doscientas interpretaciones contradictorias, heréticas todas, de estas palabras, tan sencillas, sin embargo, del Salvador, afirmando su presencia real en la sagrada Eucaristía: *Este es mi Cuerpo.*

Ya recuerdas la famosa historia de la casta Susana, acusada por dos miserables viejos que, no habiendo podido deshonrarla, querian vengarse de ella haciéndola condenar á muerte. El profeta Daniel, jóven todavía, pero lleno ya del espíritu de Dios, hizo separar á los dos calumniadores, y en presencia de todo el pueblo le preguntó al primero:

—¿Debajo de qué árbol estaba Susana cuando la sorprendísteis?

—Debajo de una encina,—contestó aquel.

El jóven Profeta hizo en seguida llamar al otro, y le dirigió la misma pregunta; y éste respondió:

—Debajo de un ciruelo.

Y la variacion de sus respuestas puso de manifiesto su impostura.

Lo propio sucede con los herejes, y sobre todo con sus ministros. La herejía, no siendo la verdad, varía sin cesar: miente, engaña, seduce y pierde á las almas, arrancándolas á la sola verdadera Igle-

sia de Nuestro Señor Jesucristo, que es nuestra santa Madre la Iglesia católica, apostólica, romana.

Y ahora, mi querido Jaime, voy á darte algunos avisos prácticos sobre la manera de conducirte tanto con los herejes como con los incrédulos.

## IV.

### Modo de conducirse con los incrédulos y con los herejes.

Ante todo, mi buen Jaime, es preciso ver bien con quién tiene uno que habérselas, puesto que hay diferentes especies de incrédulos y de herejes. Los hay que son poco peligrosos, y los hay en cambio que lo son mucho. Pero, peligrosos ó no, hay un consejo muy importante y general, que voy á darte antes que todos, y es el de que no te ligues jamás con ellos. Si puedes evitarles, evítales; esto será lo más seguro. Si no puedes evitarles, si te ves obligado á vivir en su compañía, no trabes con ellos amistad ni intimidad.

Digamos primeramente algo de los que son poco peligrosos. Hay muchas personas, jóvenes y viejas, que tienen la desgracia de haber nacido de padres sin religion, y que sin embargo no son impíos ni por pienso. No atacan á la Religion: son indiferentes, y esto es todo. Absorbidos por el trabajo, por los negocios, no se ocupan de religion, y son todos ó casi todos perfectamente ignorantes en todo lo concerniente á las cosas de la fe.

Más desgraciados todavía que culpables, son muy dignos de lástima; y el principal peligro que con ellos puedes correr, hijo mio, es el contagio del ejemplo. A tu edad sobre todo se arriesga mucho dejándose arrastrar por el ejemplo; y al jóven es á quien más especialmente se dirige el proverbio: *Díme con quien andas y te diré quien eres.* Si tomases por amigos á compañeros sin religion, por muy buenos muchachos que por otra parte les supusieras, te acostumbrarias quizás á una vida sin Dios, y podrias caer insensiblemente en el lamentable olvido de todo deber religioso. Sin llegar á ser impío, vivirias fuera de Jesucristo, pisoteando tranquilamente la gracia de tu Bautismo, de tu Confirmacion y de tu primera Comunion, y acabarias por vivir como si no tuvieses fe. Llamo muy especialmente tu atencion sobre este peligro, mi buen Jaime; en los tiempos que corremos la fe está como muerta en muchos puntos; y para conservarla bien viva, un aprendiz, un jóven obrero está obligado á velar de cerca por su alma.

Pero ante los incrédulos impíos y activos, que atacan á todo propósito á la Religion, al Señor, á la Vírgen santísima, al Papa, á los sacerdotes y á las cosas sagradas, hay muchas otras precauciones que tomar. Cuando pasas por cerca de un perro de presa, vigilas por tus pantorrillas; pues asimismo, cuando el trabajo ó los lazos de sociedad te ponen en contacto con impíos, es menester estar muy sobre aviso y ser más que prudente.

Por de pronto y ante todo, como lo decíamos no

há mucho, guárdate de hacer de estas personas tus amigos y compañeros; cuando se anda con lobos, se expone uno á ahullar con ellos, como dice el proverbio antiguo. Cuando no otra cosa, á cada momento tendrias que oir impiedades, ó cuando menos bromas que no son, en el fondo, más que blasfemias; y me parece que para un cristiano esto no conviene. Huye, pues, de ellos en vez de buscarles; y no te dé cuidado alguno lo que de tí pueden decir ó pensar.

No discutas con ellos: seria tiempo perdido. Los incrédulos, sobre todo los jóvenes, no creen una palabra de lo que dicen, ó mejor no comprenden lo que dicen. Tocante á religion, nada saben y no hacen más que repetir citas de periódicos ó de folletos. Además, si te pusieses á discutir, tal vez no serias bastante hábil para hacerlo con éxito completo, y expondrias así la verdad á ser aparentemente derrotada. Una cosa es saber para uno mismo, y otra cosa es saber explicar y defender delante de los adversarios lo que se sabe y lo que se cree. Nada contestes á esas palabras culpables, y conténtate con rogar desde el fondo de tu corazon por aquellos que las profieren. En lo que ellos llaman sus discusiones, los incrédulos tienen siempre á su disposicion algunas frases retumbantes, algunas bromas más ó menos impertinentes que ponen fácilmente de su parte á los oyentes tontos. Créeme, nada de discusiones.

Mas por eso no caigas en el extremo contrario, como si te avergonzases de la verdad. Si puedes,

sin levantar inútiles tormentas, mantente firme y sin cejar; y despues deja gritar y búrlate de los que de tí se burlen. Que digan, que crean lo que quieran; tú, hijo mio, en nombre de esta misma libertad de que tanto alardean, ruégales que te dejen creer lo que tú quieres, y que, por consiguiente, te dejen tranquilo.

Sobre todo no aceptes ni sus libros ni sus periódicos; de esos te presentarán tantos como puedas desear, só pretexto de *ilustrarte*. Unicamente la verdad es la que ilustra, mi querido Jaime; y ésta únicamente nosotros, hijos de Dios y de la Iglesia, tenemos la dicha de poseerla y de caminar á la luz de ella.

Lo que acabamos de decir de los incrédulos puede más ó menos aplicarse á los herejes, á los protestantes. Entre ellos los hay que serán poco peligrosos para tu fe, á lo menos directa y positivamente. Son éstos los protestantes indiferentes, que son muchos. Si les tratases con alguna intimidad, correrias el riesgo de mirar con iguales ojos la Iglesia verdadera y las sectas protestantes, la verdad y el error, la fe y la herejía. Y este seria para tí un sério escollo.

En cuanto á los demás, á los que hacen la propaganda, jamás llegarás á desconfiar bastante de ellos. Son todavía más peligrosos que los incrédulos. Las verdades religiosas que han conservado les dan aire de ser tan cristianos como nosotros los católicos. Siempre tienen en los labios textos del Evangelio, citas de los Apóstoles, todo un arsenal

de argumentos más ó menos especiosos; conscientemente ó no, repiten viejas calumnias cien mil veces refutadas; y gracias á esto, extravian ó cuando menos perturban á las almas.

Hijo mio, no dés oidos á esos elegantes charlatanes; son, como dice el Evangelio, lobos cubiertos con pieles de cordero. Con ellos, sobre todo, es con quienes jamás se debe entablar discusion propiamente tal: hacerlo, seria tan peligroso como inútil. Frecuentemente no serias ni bastante instruido ni bastante hábil para discernir lo verdadero de lo falso en medio de sus afirmaciones gratuitas y de las mil sutilezas de su falso saber. A los ministros protestantes se aplica directamente la frase del Salvador á sus discípulos: *Guardaos de la levadura de los fariseos*. Esos doctores que se titulan *evangélicos* no son otra cosa que los fariseos modernos.

Otro aviso de suma utilidad: guárdate de esa curiosidad funesta que induce aún con harta frecuencia á los jóvenes de tu edad á entrar en los templos protestantes para ver lo que en ellos pasa. Te expondrias á caer bajo algun *sermon* que podria hacerte daño; bajo este punto de vista los sermones más moderados son los peores. Precisamente para poner á salvo nuestra fe, la Iglesia nos prohibe que asistamos á las ceremonias religiosas de los herejes y el entrar en sus templos hasta para los casamientos y para los entierros.

Así, pues, mi buen Jaime, mucha prudencia y mucha reserva para con los protestantes: nada de

intimidad, nada de discusion; y, bajo pretexto alguno, no pongas los piés en sus templos.

—Entonces no es bueno tratar de conducir á buen camino á un compañero incrédulo, ó de convertir á un protestante.

Por lo contrario, es excelente; pero no todos pueden hacerlo. Para sacar del agua á un compañero que se ahoga, no basta poder sostenerse á flote, es preciso ser muy buen nadador; sin esto se corre el riesgo de ahogarse con él. Asimismo, para atraer á la fe á un pobre extraviado, es preciso ser muy fuerte, muy instruido, ó cuando menos muy santo. Y tus pretensiones, hijo mio, no pueden ir todavía tan allá.

Si te encuentras con algun compañero que te parezca dispuesto á no resistir á la verdad, ¿sabes lo que debes hacer? Preséntale sencillamente á tu confesor, ó á algun otro católico bien instruido, y ruega con todo tu corazon por la conversion de aquella pobre alma. A esto se limita tu oficio de misionero.

Mucho más podria tal vez decirse sobre este asunto tan práctico; mas lo poco que acabo de decir te bastará para guiarte en las relaciones que puedas tener con los incrédulos ó con los herejes.

## V.

### De la duda, tercer pecado contra la fe.

La duda, la verdadera duda es una mala yerba que afortunadamente casi jamás crece en la buena, fértil y agradable tierra de la juventud. Generalmente no afea más que á los cerebros desecados por los vientos de la falsa ciencia, del orgullo y del falso talento. Y en efecto, ¿qué es la duda propiamente dicha sino un juicio de la imaginacion que declara, despues de haber creido pesar bien el pro y el contra, que no puede ni afirmar la cosa, ni negarla? Y como aquí se trata de la infalible palabra de Dios, ya comprenderás, mi buen Jaime, la insolencia y la culpabilidad de ese juicio. Un hombre que duda de las verdades de la fe, se presenta, sin pestañear, como un juez ante Dios, ante Jesucristo, ante el Vicario y ante la Iglesia de Jesucristo. Y esta es una presuntuosidad que no tiene nombre, y, por añadidura, un gran pecado mortal.

Mas para eso es preciso que la duda sea perfectamente real, es decir, plenamente razonada y plenamente voluntaria. En efecto, con la *duda* no se han de confundir esas ideas vagas, esas pequeñas vacilaciones y esas pasajeras agitaciones de la imaginacion que acuden al entendimiento de ciertos jóvenes, y que únicamente proceden de que no conocen lo bastante las magnificencias y armonías

de la enseñanza católica. Fórjanse ellos dificultades que no son en el fondo más que quimeras de su imaginacion, y se presentan vagamente objeciones que en nada se apoyan. ¡Cuántas veces me he encontrado yo con que una sencilla explicacion de tres ó cuatro minutos ha bastado para volver la tranquilidad á un alma!

Si alguna vez, hijo mio, te encuentras en esta perplejidad á propósito de tal ó cual verdad de la Religion, guárdate bien de reservártelo; aprovecha la primera ocasion que se te presente para explicarlo á tu confesor; exponle sencillamente tu pequeña dificultad; él te la resolverá, y tú te retirarás tranquilo y contento.

Lo que es sumamente consolador en materia de religion, es que las inteligencias más sencillas pueden estar tan seguras de su fe como los teólogos más doctos. En efecto, ¿qué se necesita para estar absolutamente seguro de que lo que se cree es la verdad? Dos cosas muy sencillas; primera, que Dios es quien lo ha dicho; segunda, que la Iglesia, que es la que nos lo enseña, es infalible. Y para un católico estos dos puntos son tan seguros como dos y dos son cuatro. Un católico es un hombre que sabe que el Hijo de Dios ha dicho formalmente: *En verdad os digo, que aquel que en Mí cree vivirá eternamente.* Sabe tambien que el mismo Dios dijo á sus Apóstoles, primeros pastores de su Iglesia: *Id, enseñad á todas las naciones; el que os escucha á Mí me escucha, y aquel que os desprecia á Mí me desprecia. Salvo será el que crea, y el que no crea*

*será condenado. Si alguno no escucha á la Iglesia, miradle como pagano y publicano.* Y descansando con tanto buen sentido como respeto en esta afirmacion divina, el católico bendice á Dios, cree y adora.

¿Qué cosa hay más lógica, mi buen Jaime? ¿Qué más razonable? ¿Qué sitio queda para la menor duda?

Hay imaginaciones locas que se figuran que, para excluir la duda, es preciso echarse en los brazos de la ciencia y no detenerse hasta que todo se haya comprendido. Esto es un error fundamental. El Señor no ha dicho: « Si no os haceis sabios, filósofos ó teólogos, no entraréis en el reino de los cielos;» ha dicho: « Si no os volveis como niños,» es decir, sencillos, ingénuos, cándidos, obedientes. La fe tiene este carácter; en cuanto conoce la verdad, se somete á ella humilde y alegremente, sin discutir, sin ir á caza de razones y argumentos.

El buen san Francisco de Sales va á hacerte comprender esto, mi buen Jaime, por medio de una graciosa comparacion. «Si entramos,— dice,— en la tienda de un relojero, encontraremos á veces un reloj que no tendrá mayor tamaño que una naranja, en el cual sin embargo habrá á lo menos ciento ó doscientas piezas, de las cuales unas servirán para el cuadrante, otras para dar las horas y para el despertador; verémos en él pequeñas ruedas, de las cuales van unas á la izquierda y otras á la derecha; las unas dan la vuelta por encima y las otras por debajo; y verémos el péndulo que, á

compás, se va balanceando de uno á otro lado. Y admiramos el modo como el arte ha sabido juntar tantas y tan pequeñas piezas entre sí con una correspondencia tan justa, no sabiendo ni para qué sirve cada pieza, ni para qué objeto está así hecha, si no nos lo dice el maestro relojero; y en general, únicamente sabemos que todas sirven ó para marcar ó para dar las horas.

«Así vemos las obras de Dios, tanto en la naturaleza como en la gracia, como un reloj compuesto de una tan grande variedad de acciones y movimientos, que no podríamos dejar de admirarnos. En general sabemos que esas piezas, diversificadas en tantas clases, sirven todas, ó para hacer aparecer, como en un reloj, la muy santa justicia de Dios, ó para manifestar la triunfante misericordia de su bondad, como por un toque de alabanza; pero conocer en particular el uso de cada pieza, ó como ha sido ordenada para el fin general, ó porque ha sido así hecha, no lo podemos entender, si el soberano Artífice no nos lo enseña.»

Y esto es precisamente lo que este soberano Artífice Jesucristo hace por el ministerio de su Iglesia. Nos enseña las verdades que habemos de creer, y las reglas que habemos de seguir para salvar nuestras almas, llegar al cielo y ser con El eternamente dichosos. No tenemos que hacer más que creer y someternos, puesto que esta enseñanza es infalible.

Expresamente para los que vacilan añade san Francisco de Sales una reflexion bastante original,

que creo haberte citado ya. «Parécense—dice— á aquellos que se hallan atacados del vértigo ó vahido; se les figura que todo da vueltas en torno de ellos, siendo su cerebro el que da vueltas y no las cosas.»

Así pasa con los que son bastante débiles de espíritu para dudar de las verdades de la fe, so pretexto de que no las entienden bastante. Dícense, por ejemplo: «Jesucristo ¿está realmente presente en la santa Hostia consagrada?» Y sin embargo, Jesucristo ha dicho formalmente teniendo en sus divinas manos la misteriosa Hostia de la Cena: *Tomad y comed todos, porque este es mi Cuerpo.* Y su Iglesia sigue diciéndonos, en términos no menos claros: «Si alguno dice que el Cuerpo, la Sangre, el alma, la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo no están real, verdadera y substancialmente presentes en la Eucaristía, ¡sea anatema!» ¿Se puede pedir mayor claridad? Desde el momento en que se cree en Dios, en Jesucristo y en su Iglesia, no hay más que creer, adorar y amar.

Y lo que aquí digo de la presencia real, podria decirse de todas las verdades de la fe, tales como las expone el catecismo católico. Sólo una cabeza débil es la que puede dejarse llevar por la duda ante afirmaciones que se sabe son divinas y necesariamente exentas de error.

Querido Jaime, en materia de fe y de doctrina apóyate humilde y confiadamente en la inmutable roca de la enseñanza de la Iglesia. Nada de dudas, nada de vacilaciones, suceda lo que suceda; ya sabes que estás en lo cierto; sabes que Jesucristo es

la misma verdad; sabes que el Papa, Jefe de la Iglesia, es el Vicario infalible de Aquel que ha dicho: *Yo soy la Verdad; todo el que en Mí cree tiene la vida eterna.*

Nada de vana curiosidad. «Jamás permitamos á nuestras mentes, — dice tambien san Francisco de Sales, — revolotear por curiosidad en torno de la revelacion divina; porque, cual pequeñas mariposas, nos abrasaríamos en ella las alas y pereceríamos en aquel sagrado fuego.»

Si, pues, el demonio, padre de la mentira y enemigo de tu alma, viniese alguna vez á llamar á la puerta de tu imaginacion por medio de la duda sobre una verdad cualquiera de la fe católica, recházale sin contemplaciones ni discusiones, diciéndole: «¡Retírate, traidor y embustero! Tú sabes mejor que yo que hay un Dios eterno y que el Papa es su Vicario; mejor que yo sabes que es menester no discutir la enseñanza divina, sino adorarla con humilde fe. Yo, pues, creo y adoro. Todo lo que mi Dios me manda creer es la verdad, y dejando entrar en mi mente la menor duda voluntaria, ultrajaria yo al Dios de verdad, tanto como si resistiere abiertamente á su palabra.»

Y por esto, mi buen Jaime, la duda propiamente tal es un pecado contra la fe. Es una semi-incredulidad, es una negacion indirecta de la divina autoridad de la Iglesia que nos dice, en nombre del mismo Dios, presentándonos el catecismo: «Todas las verdades que aquí están resumidas debeis creerlas con todo vuestro corazon, bajo pena de eterna condenacion.»

## VI.

### De la supersticion, otro pecado contra la virtud de fe.

La incredulidad nada quiere creer; la herejía sólo quiere creer lo que le place; la duda vacila en creer, no creyendo como se debe creer, esto es, firmemente y con la entera confianza que es debida á la infalible palabra de Dios y de su Iglesia. Tenemos ahora en el extremo opuesto la supersticion, que lo cree todo á ciegas sin saber por qué.

La supersticion es ordinariamente la compañera fiel de la ignorancia religiosa. Hay muchos que han olvidado su catecismo y que sienten sin embargo en el fondo de su corazon la necesidad de creer, y faltándoles, para satisfacer este instinto de su alma, las luminosas y santas verdades de la fe, se lanzan con afan sobre todo lo que se les presenta, por poco que vean ó crean ver algo misterioso en ello. Los incrédulos y los libre-pensadores se niegan á creer porque hay misterios; los supersticiosos, por lo contrario, se sienten atraidos por la apariencia del misterio, y creen en cosas absurdas, ridículas y desprovistas de razon y de buen sentido.

Ejemplo: sobre veinte obreros, sin hablar del resto de los mortales, hay doce ó quince que ni por un imperio quisieran emprender un viaje en viernes. Y esto es tan cierto, que en las lineas de los ferrocarriles se nota, los viernes, una dismi-

nucion notable en el número de los viajeros. ¿Y esto por qué? En los tiempos de fe, estaba ligada al viernes una idea de luto y tristeza á causa de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, acontecidas en tal dia; y por espíritu de religion y en virtud de una fe perfectamente razonada, se ponia especial cuidado en no comenzar en tal dia ni viajes, ni empresas comerciales, ni expediciones militares, ni sobre todo expediciones de placer. Pero hoy en dia, ¿á qué ese ridículo miedo al viernes en los que no creen ó que casi no creen? Dícese: «Si me pongo en camino me sucederá alguna desgracia. El viernes es un dia malo, un dia nefasto.» Y no se vacila en jurar que así será, porque dos ó tres veces en la vida habrá por casualidad acontecido á nosotros ó á otros algun accidente en viernes.

Y sin embargo, díme: ¿qué cosa hay más sin razon, y por consiguiente más supersticiosa, que ese carácter nefasto atribuido al pobre viernes?

Si el viernes es un dia de desgracia, ¿por qué trabajar en viernes? ¿por qué comer? ¿por qué ir y venir? ¿No os exponeis á romperos las piernas, á extrangularos ó á desgraciaros? ¿Por qué motivo únicamente el viajar ha de ser peligroso en viernes? Yo desconfio de dar con la razon.

Y tocante á las personas piadosas que se dejan dominar por esas supersticiosas preocupaciones, no reflexionan ellas que los cristianos deben mantener su espíritu y su conciencia superiores á todas esas miserias. Tenerle miedo al viernes es

simplemente debilidad de espíritu; es mezclar á la verdadera fe creencias ridículas, dichos de mujeres ó de almanaques; es creer ciegamente en cosas imaginarias que en nada se fundan y es confundir el error con la verdadera fe, que se funda en la palabra de Jesucristo y en la infalible enseñanza de la Iglesia. Por esto esa supersticion, como todas las demás, es contraria á la virtud de la fe, á la cual ofende, como ofende una caricatura á la persona á quien representa. La supersticion es la caricatura de la fe.

¿Sabes, hijo mio, de lo que se ha de tener miedo en viernes? De olvidar el amor que llevó á tu Salvador y Dios á morir por tí en la Cruz. De lo que se ha de tener miedo en viernes, más aún si es posible que los demás dias, es de ofender por medio del pecado, y sobre todo por medio del pecado deshonesto, á aquel santísimo Señor Jesús, cuya divina carne fué en tal dia desgarrada por la flagelacion y por la crucifixion, precisamente para expiar los pecados de la carne. De lo que se debe tener miedo en viernes es de violar la ley de la Iglesia, que nos manda hacer penitencia con Jesús crucificado, mortificando algo nuestra sensualidad y observando su abstinencia.

Otro ejemplo: ser trece en la mesa: ¡Qué desgracia! ¡qué presagio tan funesto! A muchos conozco, hasta personas inteligentes y piadosas, que tendrian una indigestion si, al ver que son trece en la mesa, no pudieran escabullirse inmediatamente, ó bien hacer venir á toda costa un décimo cuarto convidado para conjurar la suerte.

El orígen de esta preocupacion supersticiosa y absurda se relaciona todavía con la fe. En otros tiempos, cuando la vida y los actos de Nuestro Señor Jesucristo estaban por decirlo así siempre presentes al pueblo fiel, el número trece traia inmediatamente á la imaginacion en la mesa el horrible recuerdo de Judas; y por espíritu de fe nunca se queria ser trece en una misma mesa. Esto era muy natural y perfectamente razonable: no era superstición, era fe. Si se evitaba el ser trece en la mesa, no era porque se tuviese miedo de que uno de los trece debiese morir dentro del año.

Hoy precisamente es de esto, únicamente de esto, de lo que se tiene miedo. Y este miedo es absurdo. ¿Qué relacion hay entre ser trece en la mesa y ver morir dentro del año á uno de los infortunados trece? Tambien en esto desafio á todos los espíritus fuertes de Francia y de Navarra á que encuentren la sombra de una razon presentable.

Lo razonable y lo que admitiríamos sin vacilar es que, cuando se son trece en la mesa, es indudable ó casi cierto que uno de los trece morirá antes que los otros. Confieso que esto es grave. Pero lo que seria verdaderamente grave, cuando se son trece en la mesa (y hasta cuando son más ó menos), seria el gozar desmesuradamente de ella, de ser en ella gloton, beber con exceso y embriagarse en ella. Esto es lo que en la mesa se ha de temer, no el ser trece.

Sobre todo, mi buen Jaime, teme como el fuego y más que el fuego el hacer lo que hizo Judas, el

décimotercio, en la mesa del Cenáculo; esto es, el hacer traicion á Jesucristo, el dejarte roer el corazon por la avaricia y por la envidia, el ser malo hasta en medio de los buenos, el resistir á la gracia divina, el violar la sagrada Eucaristía por medio del sacrilegio, y el permitir de esta suerte al demonio que se apodere de tu corazon.

Otros ejemplos todavía: cuando en la mesa se tumba el salero, ó cuando se encuentran la cuchara y el tenedor en forma de cruz, es señal de que nos amenaza alguna gran desgracia.

Cuando un obrero sale por la mañana para ir á su trabajo, debe, bajo pena de ver perdido todo su dia, escupir á la derecha, si por desgracia llega á encontrarse con un cura ó con una monja. Nótalo bien, es preciso que sea á la derecha; á la izquierda no produciria efecto alguno.

Cuando ven volar cuervos del Este al Oeste, es mal presagio.

Cuando se oye por la noche el grito de una lechuza ó de un buho al rededor de una casa, eso anuncia la próxima muerte de uno de los que la habitan.

La lista de esas locas ideas y de esas preocupaciones populares seria interminable. A la cabeza de todas ellas ha de colocarse la credulidad de muchas personas en lo que se llama la *buenaventura*. Se va á casa de un echador ó de una echadora de cartas, que despues de algunas muecas examina gravemente la palma de vuestra mano derecha, os hace notar una línea que corta otra, un pequeño pliegue

al lado de otro grande, etc.; despues, el pretendido hechicero mezcla sus cartas, echa una sota de copas (es la señorita con quien os habeis de casar); el caballo de bastos (es el novio más ó menos futuro); luego viene un rey ó una sota de espadas (el rival ó la rival); y como todo esto coincide con el gran pliegue y con la pequeña línea, es señal evidente de que á la vuelta de grandes dificultades un bello moreno (que por de contado eres tú) se casa con una encantadora rubia, la señorita X, á quien el echador de cartas se guarda bien de nombrarte porque la conoce tanto como tú. Todo esto por diez ó veinte sueldos; y como las buenas noticias dilatan á un tiempo la bolsa y el corazon, siempre es la *buena* ventura la que en definitiva resulta de la consulta.

Todo eso es un monton de supersticiones, es decir, de vanas ideas que surgen y se propagan sin saber cómo, principalmente entre el pueblo, donde van á pegarse á la santidad de la fe, como esas plantas parásitas que rodean, desfiguran y á la larga ahogan á los árboles más robustos. En un cristiano las supersticiones son una verdadera vergüenza, porque exponen á las burlas de los impíos á la Religion, que desde aquel instante puede fácilmente confundirse con las preocupaciones que es la primera en rechazar. En el incrédulo y en el mundano ellos constituyen extraña rareza, totalmente inconcebible tratándose de gentes que rechazan la fe so pretexto de que sus doctrinas son inferiores á su potente inteligencia, y que admiten,

como niños, sin raciocinar, sin pestañear, las más ridículas, y á veces hasta las más groseras preocupaciones.

Lo que te preservará de la supersticion, mi buen Jaime, será la sencilla y preciosa luz de una sólida instruccion religiosa; será la frecuentacion de las Escuelas y Asociaciones donde te pondrás en contacto con el sacerdote, ministro de la verdad, y con cristianos formales é inteligentes; será, en una palabra, una fe pura y desprovista de toda liga, una fe reavivada sin cesar por medio de la oracion y de las fortificantes prácticas de una vida totalmente cristiana.

No cabe duda de que la supersticion es un pecado; un pecado contra la virtud de la fe: sin embargo, para que llegue á ser un pecado mortal, necesita una dósis de gravedad, afortunadamente poco comun entre los cristianos y las personas medianamente razonables.

## VII.

### Del respeto humano, quinto pecado contra la fe.

Hé ahí, mi buen Jaime, un asunto terriblemente práctico. Todos blasonamos de valientes, y sin embargo, entre nosotros es donde la atroz cobardía, que se llama *respeto humano,* hace sus mayores estragos. Sobre todo entre los jóvenes el respeto humano está á la órden del dia.

Esto procede principalmente de los impíos sar-

casmos y de las burlas de todo género contra la Religion y los que la practican, de que Voltaire y despues de él todos los espíritus fuertes del último siglo inundaron al mundo, burlas y sarcasmos, calumnias é inepcias de que la prensa contemporánea se ha hecho impudente eco.

El respeto humano es una debilidad de carácter, una cobardía de corazon, una disminucion de fe, que nos hace avergonzar de Jesucristo, de quien somos discípulos, y de la Iglesia cuyos hijos somos. Es una renuncia exterior á esta sagrada fe, que, sin embargo, tan realmente respetamos en el fondo de nuestra conciencia.

¡Ay! bajo este punto de vista, ¡cuántos miserables cobardes hay entre nosotros! ¡Ves ese compañero que rie allá abajo en compañía de tres ó cuatro jóvenes, á quienes conoces tan bien como él, por ser los tunos más redomados del contorno? Hace algunos dias, el último festivo, comulgaba á tu lado, y de todo corazon. Hoy acércate á él y á su grupo, y le oirás burlarse, como los demás, de los *devotos*, del Cura y de los que van á confesar. ¿Será que ha perdido la fe? Ni por pienso. Es que no se atreve á mostrarse cristiano. Tiene miedo y reniega de su fe.

Un excelente obrero sale el domingo de su casa para ir á Misa. Su vecino de taller, un impío de los más endurecidos, se encuentra con él.

—¿A dónde vas? Tal vez á Misa, ¿eh?

—¡Yo! A pasear voy.

—Pues ¿quieres que te acompañe?

—Con mucho gusto.

Y el camarada le hace tomar el camino de la taberna. Entre tanto las campanas tocan y la Misa va á empezar. La conciencia le dice al infeliz cobarde:

—Déjale ahí y véte á Misa. Es un deber riguroso, y si faltas á él pecas mortalmente.

Pero el respeto humano es más fuerte y ahoga la voz de la conciencia. Y el obrero no va á Misa... ¿por qué? porque tiene miedo.

Ahí está un buen trabajador, laborioso y estimado en su fábrica. Acaba de cenar y habla un poco con su buena madre, esperando la hora de rezar sus oraciones y de acostarse.

—Hijo mio,—le dice su madre;—ya se acerca la Pascua. Supongo que no lo olvidas, y que te dispones para cumplir con tu deber.

Y el jóven contesta ruborizándose:

—Quisiera ir, y procuraré hacerlo; pero si mis compañeros lo llegan á saber...

—Y si llegan á saberlo, ¿qué?

—Que se burlarán lindamente de mí.

—¡Burlarse de tí porque eres cristiano y porque cumples con tu deber! ¡porque tienes el valor de presentarte tal cual eres, un buen muchacho!

—¡Qué quereis, madre! Esto sucede en la fábrica, y á fe que no sé si me atreveré á hacerlo.

La pobre mujer insiste; pero á medida que se acerca el momento aumenta la vacilacion. Y el jóven trabajador no cumplirá con el precepto pascual... ¿por qué? porque tiene miedo.

¡Cuántas personas de tu edad y de tu condicion se dejan disuadir de su deber por el miedo del qué dirán, por el respeto humano! ¡Cuántos aprendices frecuentarian con provecho la escuela, cuántos obreros se tendrian por muy dichosos en asistir al Círculo, en confesarse y en practicar su fe, si no estuviesen miserablemente retenidos por el miedo!

No hace mucho tiempo que le decia yo á un excelente padre, de profesion jardinero, que con motivo de la primera Comunion de su hijo acababa de reconciliarse con Dios, despues de treinta años de negligencia.

—¿Cómo ha podido ser, mi buen amigo, que un hombre tan digno como vos haya podido permanecer tan largo tiempo alejado de Dios, hasta sin ir á Misa los domingos?

—¡A Misa!—respondióme con lágrimas en los ojos:—¡á Misa! Si hubiese podido, ni á Vísperas hubiera faltado, y habria recibido al Señor en todas las festividades. Pero es imposible: los demás se burlan de uno, y uno no se atreve.

Y el pobre hombre añadia:

—Figuraos, señor, que he llegado hasta á llorar, sí, á llorar, pasando delante de la iglesia los domingos, tanto era el pesar que me daba el no poder ir. Pero allí estaban los demás, y habrian dicho: *Mira, ese va á Misa;* y la verdad, no me atrevia.

El respeto humano es una debilidad tan culpable como cobarde. Es directamente opuesta á la fe, porque la fe es una *virtud*, es decir, una fuerza,

una energía, un triunfo. El respeto humano, por lo contrario, es una miserable debilidad que nos hace avergonzarnos de Jesucristo, y nos hace parecer, lo que, por la gracia de Dios, no somos. Además, está formalmente reprobado por el Evangelio. *Si alguno reniega de Mí ante los hombres,*—ha dicho el mismo Hijo de Dios,— *Yo le negaré á él delante de mi Padre, que está en los cielos. Si alguno se avergüenza de Mí y de mis mandamientos, á su vez el Hijo de Dios se avergonzará de él cuando irá á la majestad de su gloria, á la faz de Dios su Padre y en presencia de los santos Angeles.* Y dicen igualmente los Apóstoles: *Si nosotros negamos á Cristo, Cristo á su vez nos negará.*

Ya ves, hijo mio, que la cuestion es sencilla; te encuentras colocado entre Jesucristo de un lado, con su Iglesia, con las buenas y santas virtudes de la vida cristiana, con la pureza, con la verdad, con la paz, con el verdadero honor, con el paraíso; y de otro lado el demonio con todos los vicios, con la blasfemia, con la ignorancia de las cosas divinas, con la impiedad, con la embriaguez, el libertinaje y el mal bajo todas sus formas, sin contar con los remordimientos y con el infierno. Y debes escoger, porque no puedes servir á dos señores: ó al uno ó al otro; es imposible mantenerse neutral. Si quieres agradar al lado derecho, al buen lado, desagradarás naturalmente al lado izquierdo, que es el lado malo. Y si quieres agradar á éste, debes conformarte á renegar de aquel.

Desagradando á la izquierda, ¿qué arriesgas?

¿Es acaso la vida, como en otro tiempo los mártires? Evidentemente que no. ¿Es la honra? Tampoco; seguir á la conciencia para hacer el bien, es la honra por excelencia; y ni los mismos malos pueden abstenerse de sentir una secreta estimacion para con las verdaderas personas de bien, para con los hombres de corazon y de carácter. Te lo repito: ¿qué arriesgas? Algunas miserables palabrotas, algunas burlas bestiales, más tontas que malignas, y que no pueden perjudicar, no diré tan solamente á un cristiano, mas ni siquiera á un hombre honrado.

A esas malas bromas de taller se puede aplicar la curiosa respuesta de un sacerdote que, durante un viaje, habia entrado á comer en una mala posada, en cuya mesa redonda se reunia diariamente cierto número de abonados. Estos, poco acostumbrados sin duda á la vista de una sotana, se pusieron desde luego á cuchichear y á sonreir, y acabaron despues por burlarse abiertamente. El sacerdote seguia comiendo tranquilamente, sin contestar una sola palabra y pareciendo no hacer el menor caso de sus comensales. Las cosas llegaron á un extremo tal, que un caballero anciano, vecino del sacerdote, acabó por decirle:

—Pero, señor Cura, ¿no oís todo lo que se dice de vos y contra vos?

—Lo oigo, caballero, lo oigo; pero no me afecta: soy capellan de un hospital de locos, y estoy ya acostumbrado á todos esos despropósitos.

Así es, mi buen Jaime, como se deben tratar las pullas de los impíos y de los locos; así es como se

debe despreciar lo que es despreciable, y seguir derecho su camino, suceda lo que suceda. Al freir será el reir.

Las debilidades del respeto humano hacen descender á veces á cobardías tan extrañas, que son más ridículas que culpables. Esto arguye locura. Y sino escucha.

Un buen viejo Capuchino, á quien he tenido el honor y la dicha de conocer, y que está hoy en el cielo, me contaba que en una Mision que predicaba en Champagne, si no me equivoco, le aconteció lo que sigue. La Mision iba perfectamente. Muchos tardíos de todo género iban á encontrarle, le franqueaban sus corazones y se levantaban reconciliados con Dios.

Un dia vino á encontrarle en la iglesia una buena mujer, que le dijo:

—Padre, no sé como hacerlo. Tengo un hijo de diez y ocho años que tiene gran deseo de confesarse como mis otros hijos, pero que no se atreve. A todo lo que le digo me contesta: «Si me viesen...» Y no puedo sacarle de ahí.

—¡Bueno!—contestó riendo el Capuchino:—entre vos y yo le sacarémos. Id á decirle que esta noche á las diez y media le esperaré aquí, en mi confesonario. A esta hora todo el mundo se habrá marchado, y ya no habrá nadie. Cerraré todas las puertas, menos ésta,—añadió designándola una puertecita lateral,—y por ella le haréis entrar. Que no tenga miedo, porque estarémos solos.

Por la noche, al dar las diez y media, abrióse la

puertecita, y el buen Capuchino divisó, desde el fondo de la iglesia donde le estaba esperando en el confesonario, á su *bravo* penitente, un muchacho alto y grueso, á quien la madre empujaba por las espaldas; parecia completamente azorado. No habia nadie en la iglesia; el misionero llamó al jóven, y con la mano le hizo seña de que se acercase. Éste dió, efectivamente, algunos pasos, y de pronto, á la mitad del camino, desapareció. El Capuchino, algo inquieto, se preguntaba qué habia pasado, y se disponia á ir hácia el lado de donde le habia visto desaparecer, cuando oye cerca de él un pequeño ruido: mira ¿y qué ve? Al grandullon que avanzaba hácia él á gatas y lanzando en torno suyo feroces miradas.

—Pero ¿qué pasa, amigo mio? —díjole el Padre; —¿qué haceis ahí de cuatro patas? Levantaos y venid.

Levantóse entonces el jóven, y temblando le mostró con el dedo el extremo opuesto de la iglesia.

—¿Veis?—díjole en voz baja.—¡Mirad allá, allá abajo! Van á burlarse de mí.

—¿Quién?—repuso sorprendido el misionero. —Estamos solos aquí vos y yo.

—¿Y allá abajo?—replicó el otro á media voz, mirando siempre hácia el mismo sitio.

Fué menester que el Padre mismo le condujese de la mano á aquellos terribles rincones, para hacerle tocar las sillas alineadas unas encima de otras, y que, en el azoramiento del miedo, habia el pobre muchacho tomado por espectadores llenos de vida.

¿Es posible, mi buen Jaime, que arrastre á este extremo la demencia del respeto humano? Y esta carencia de valor, buen sentido y fe á un mismo tiempo, ¿no es tan ridícula como despreciable?

Vamos á ver cuánto bendice Dios á los corazones animosos que saben póner bajo sus piés el miserable respeto humano.

## VIII.

### De que jamás tenemos por qué arrepentirnos de confesar generosamente nuestra fe.

No quiero decir con esto, hijo mio, que los verdaderos cristianos que llevan enhiesta y firme la bandera de su fe no tengan á veces, quizás bastante á menudo, que sufrir por esta causa. Lo que digo, porque es absolutamente seguro, es que jamás tendrán motivo de arrepentirse ni ante los hombres ni ante Dios.

La vida cristiana es un combate: combate en el interior contra las malas pasiones del espíritu y del corazon; combate en el exterior contra el mundo, contra los impíos, contra los libertinos y todos los demás estúpidos. Ahora bien; díme, ¿cuál es el soldado que en la guerra se ha jamás arrepentido de haber sido un valiente, de haber animosamente defendido su bandera, de haber cumplido heróicamente con su deber? Sucédale lo que le suceda, aunque se le hiera, se le haga prisionero y hasta se le tenga que hacer la amputacion, no le viene ni tan siquiera la idea de arrepentirse de lo que ha he-

cho. Léjos de avergonzarse de sus heridas, y por duras que hayan sido las pruebas por que haya tenido que pasar, de todo se gloría; y tiene cien veces razon, porque por donde quiera que pasa es objeto de la admiracion y del respeto de todos los hombres de corazon. Hasta los cobardes ensalzan su bravura, áun cuando no comprenden su belleza.

Así pasa, tenlo por seguro, mi buen Jaime, con los que son valientes en el órden de la fe. Reciban ó no heridas ó injurias; sufran ó no vejaciones ó persecuciones, siempre es el suyo el mejor papel, y tarde ó temprano serán dueños del terreno.

Hasta en el caso imposible de que no encontrasen en torno de ellos el respeto y la estimacion que son debidos á su carácter, ¿no es en sí misma una cosa grande y noble el seguir siempre y en todo nuestra conciencia, y el mostrarse alta y abiertamente cristiano? Ser cristiano y mostrarse tal es lo que hay más respetable en el mundo.

Decíate que casi siempre somos inmediatamente recompensados por nuestra franqueza y por nuestra firmeza cuando, en vez de avergonzarnos de nuestra fe, nos mostramos orgullosos de ella, despreciando cual se merecen á todos los *qué dirán*.

En una gran comida, á la que no habia podido dispensarse de asistir, un jóven de aspecto robusto y sano, llamado Luis D***, hablaba con sus vecinos en vez de comer. Dejaba pasar unos en pos de otros los mejores platos: exquisito potaje de carne, delicados guisados de lo mismo, y una preciosa y rica polla trufada, cuyo aspecto y olor ex-

citaba la admiracion de todos los convidados: nada podia tentarle.

— Pero ¿no teneis apetito? díjole su vecino, un grueso oficial retirado que de todo comia.

— Sí que lo tengo,— contestó sonriéndose el jóven; — y precisamente tengo bastante.

— Entonces sois bastante difícil de contentar.

— Nada de esto. Espero las legumbres.

— ¿Estais condenado á no comer más que verde? Nadie lo dijera viendo vuestro buen semblante.

— No señor, no: si fuese otro dia, ya veríais si me haria de rogar.

— ¿Otro dia? — hizo el otro tratando de acertar. — ¡Ay! ya estoy! ¡Vaya una farsa!

Y volviéndose hácia la señora de la casa, gritó riendo:

— Señora: ¿cómo no nos habeis prevenido de que debíamos comer en tan santa compañía? Ahí teneis al señor que no come bajo pretexto de ser hoy viernes.

Y todos los comensales se echaron á reir, haciendo otro tanto la señora, si bien algo turbada.

El aludido conservaba buen continente, sin incomodarse poco ni mucho, y contestando únicamente con una actitud firme y digna á las pullas que sobre él llovian. Al cabo de un par de minutos les dijo tranquilamente:

— Reid cuanto gusteis: al observar la ley de la Iglesia no hago más que mi deber, y nadie me sacará de ahí.

Uno de los burladores iba á entablar ya una dis-

cusion, cuando del otro extremo de la mesa se hizo oir una voz jóven y fresca.

—¿Os reís, señores?—dijo una hermosa jóven, hija única de uno de los principales convidados;—pues yo encuentro muy bien lo que el señor hace. A mí me gusta que se tenga el valor de la propia conviccion: este es el deber de un hombre de corazon. Unicamente los cobardes ocultan sus insignias ante el enemigo.

Esta imprevista reprimenda lo cambió todo. Dos ó tres señoras que no se habian atrevido á hablar se declararon de la misma opinion.

—Bien mirado la señorita tiene razon,—dijo á su vez un viejo señoron, que á la verdad hasta entonces no habia hecho más que reirse;—y ese caballero es un hombre de corazon.

—Es verdad,—añadió otro:—tiene genio. Se necesita valor para hacer lo que él hace.

—En lugar de reir,—dijo á media voz al jóven cristiano su vecino de la izquierda,—yo habria hecho mejor haciendo lo que vos; porque tambien yo tengo principios.

En resúmen, á los pocos minutos, Luis D*** adquirió los honores del festin, y, excepcion hecha del grueso oficial y otros dos ó tres caballeros más ó menos gastados, todos se disputaban á quien más amable seria con él.

Despues de comer, Luis se acercó atentamente para darle las gracias á la amable jóven que tan animosamente habia acudido á su auxilio, y su discrecion y sus buenas maneras hicieron crecer

el aprecio que acababa de inspirar. Y ¿sabes, mi buen Jaime, lo que de esto resultó? Los padres de la jóven invitaron á Luis D*** á que les visitase; y despues de algunos meses de un conocimiento más íntimo, celebrábase alegremente en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, en París, el matrimonio de los dos jóvenes. Hoy forman una familia de las más dichosas, y, por de contado, de las más cristianas.

He aquí un jóven que no tuvo de qué arrepentirse de haber comido de vigilia en viernes á las barbas del público.

Un ejemplo análogo de sencillez cristiana y de valerosa obediencia á las leyes de la Iglesia tuvo lugar en otra época en un teatro más elevado, en la Corte misma de Luis Felipe, en las Tullerías, el año 1831. Daba el rey una gran comida, donde se hallaban reunidos los más altos funcionarios del Estado y del ejército. Era un viernes, y en la Corte de Luis Felipe se pensaba muy poco en si habia ó no dias de vigilia. Hallábanse entre los convidados el mariscal Soult, sentado á la derecha del rey, y casi en frente de él el ilustre general Brün de Villeret, tan bravo cristiano como bravo militar. Habia hecho todas las grandes campañas del imperio, y se habia especialmente distinguido en Austerlitz y en la defensa de la isla de Lobau, donde durante tres dias, sin víveres y casi sin municiones, habia hecho inútiles, al frente de un cuerpo de ejército poco numeroso, todos los esfuerzos del enemigo. El mariscal Soult y él se tuteaban fami-

liarmente, como dos viejos compañeros de armas.

Toda la comida se componia de platos de carne. El general Brün rehusó el primer plato, y el segundo, y el tercero y hasta el cuarto. Observólo la reina María Amelia, y le dijo con bondadoso acento:

—Pero, general, ¿no comeis?

—Señora,— respondió éste con su militar franqueza, —hoy es viernes y espero un plato de pescado ó de legumbres, que forzosamente ha de venir más ó menos pronto.

Ante esta respuesta inesperada, turbóse en extremo la pobre. Notólo el mariscal Soult, que lo habia oido todo, y se apresuró á acudir en auxilio de María Amelia, haciendo broma al general Brün sobre su exagerada fidelidad á las leyes de la abstinencia.

—Para un soldado, —añadió, — esto parece extraño.

—¡Cómo! ¿te parece extraño?—contestó en voz alta y riéndose el general provocado.—Y sin embargo me conoces bastante, y sabes perfectamente que jamás he comido gordo en viernes, como no sea en la isla de Lobau, donde no tuve para comer otra cosa que la cabeza de mi caballo, muerto entre mis piernas.

Un silencio respetuoso acogió las palabras del viejo guerrero, y fácilmente se deja adivinar que no tardaron en venir los deseados platos. Y no te quepa duda alguna, amigo mio, de que aquel viernes hizo subir de punto la estimacion que profesaba ya á aquel bravo general la Corte, que no pecaba de devota.

Muchos otros rasgos podria citarte en lo que el animoso desprecio del respeto humano ha sido dignamente recompensado ya en este mundo. Hé ahi uno, escogido entre otros muchos, que le ocurrió á un jóven obrero de París algun tiempo antes de la guerra.

La escena tenia lugar en el Hotel de Ville. Centenares de jóvenes quintos estaban allí reunidos para ser sorteados. Un caballero de edad, muy bien vestido, pasaba de un grupo á otro, observando el curioso cuadro que á la vista tenia. Por una parte la multitud de los parientes y de los amigos, desolados todos, agitados, inquietos; por otra los jóvenes que salian del salon donde se verificaba el sorteo, unos con ruidosa alegría agitando un buen número, otros consternados, y haciendo otros de tripas corazon para afectar una indiferencia que estaban muy lejos de experimentar.

Mientras el viejo observador miraba, escuchaba y examinaba, un jóven quinto, en cuyo traje se revelaba al obrero, salia del salon, escoltado por una treintena de baladrones que se burlaban á porfía de él; cantando con la tan conocida tonada de los *Lampions*:

*¡Oh! l' dèvot! ¡oh! l' bigot! ¡oh! l' cagot!* (1).

Y uno de ellos, un grandullon con aire de bandido, dijo á grandes voces:

—Venid acá, camaradas, que voy á contaros una

(1) Que vertido al español significa:
¡Miren el devoto,
Beato, santurron!

deliciosa historia. Estábamos delante de la mesa y acababa yo de sacar el número que aquí veis, un buen número, cuando este mentecato á quien tengo el honor de presentaros se adelanta á su vez, y en vez de meter la mano en la urna, ¿sabeis lo que ha hecho? Nunca podríais adivinarlo. ¡Ha hecho una enorme señal de la cruz!

Estúpidas carcajadas acojen estas palabras, y el bufon continúa:

—Despues de esta grande accion, meté el pierrot mano en la urna y... ¿á qué no diríais qué número ha sacado?... ¡Já, já, já! Pues ha sacado ¡¡el *dos!!* ¿Qué os parece? ¡Es mucha crueldad de parte de Dios!

Y mientras que todos seguian gritando y burlándose del pobre jóven obrero, este se dirigió tranquilamente hácia un pequeño grupo formado por tres mujeres que le salian al encuentro llorando. Eran su madre, su hermana y su novia, buena y piadosa obrera con quien habia de casarse en cuanto hubiese pasado el sorteo si la suerte le hubiera sido favorable.

—¡Todo está perdido!—las dijo enseñándolas tristemente su número.—¡Qué dolor para mi pobre padre enfermo! Pero hágase la voluntad de Dios. Esperemos, que El no nos abandonará.

Y con el revés de la mano enjugó una gruesa lágrima.

Aquel caballero viejo lo habia visto y oido todo, y tocándole en la espalda al jóven obrero, le dijo resueltamente:

—Seguidme.

Este, tomándole por algun empleado de la casa, se separó de su madre y de las dos jóvenes, preguntando al desconocido:

—¿Tiene que llenarse todavía alguna otra formalidad?

—Sí, amigo mio,—respondió el otro;—seguidme: antes de una hora estará todo concluido.

Y le condujo en derechura á una agencia de sustitucion, donde delante mismo del pobre muchacho, que apenas osaba dar crédito á sus ojos ni á sus oidos, sacó de su cartera dos mil quinientos francos en billetes de banco, terminó el negocio inmediatamente y dijo al jóven, entregándole su certificado de redencion:

—Tomad, amigo mio. Volved á encontrar á vuestra familia; tranquilizad á vuestro anciano padre; casaos con vuestra novia, y si el cielo os da hijos, les contaréis la historia de vuestra señal de la cruz y del precio á que el buen Dios os la ha pagado.

Verdad es que Dios no siempre paga *sus deudas* en este mundo; pero esto no debe admirarnos ni entristecernos: la vida presente es el tiempo de la prueba; la vida eterna, el cielo es el gran dia de la recompensa, y este dia no tendrá fin. Y tanto más bella será la recompensa, cuanto más dura habrá sido la prueba, cuanto más relevante habrá sido la fidelidad.

Valor, pues, amigo mio. Los mártires no retrocedieron ante el suplicio ni ante la muerte; muy

justo es que nosotros, sus hermanos en la fe, discípulos del mismo Evangelio, hijos de la misma Iglesia, no retrocedamos ante las insignificantes persecuciones del taller, que en último resultado tampoco matan ni ocasionan la muerte.

## IX.

### Que no debe confundirse la prudencia cristiana con el respeto humano.

Si bien es verdad que has de ser animoso en las manifestaciones de tu fe, no es menos cierto, mi buen Jaime, que debes serlo con prudencia y con moderacion.

No se debe ser cobarde, pero hay que ser prudente; prudencia no es debilidad. En ciertas ocasiones no solamente puede, sino que debe uno abstenerse de lo que pudiera hacer blasfemar á los impíos y á los libertinos. Esto es bastante difícil el determinarlo. Hé ahí, sin embargo, algunos consejos prácticos que podrán guiarte cuando se ofrezca el caso.

Por de pronto, cuando se trate de un deber propiamente tal, deber claro y evidente, no vaciles jamás: haz lo que debes, suceda lo que suceda. Por ejemplo: si se trata de ir á Misa el domingo ó un dia festivo de obligacion, de comer de vigilia en viernes, de respetar una prohibicion formal é importante de tus padres ó de tu padre espiritual; ó si por el contrario se trata de seguir á unos compañeros á algun mal sitio, ó de tomar parte en

alguna diversion evidentemente y gravemente culpable, nada te haga retroceder: sé cristiano de la cabeza á los piés, sin miedo y sin tacha. Peor para los otros si, por este motivo, llegan á blasfemar y á pecar. Por tu parte una sola cosa ha de preocuparte, y esta es el cumplimiento de tu deber.

Mas cuando no se trata de un deber de conciencia, la cuestion es ya muy distinta, y hé aquí lo que se ha de examinar: si haciendo tal ó cual acto de religion no obligatorio, por ejemplo, ponerme de rodillas para rezar, ó bien hacer la señal de la cruz antes ó despues de comer, ó tambien descubrirme y hacer la señal de la cruz delante de esta cruz ó de aquella iglesia, preveo que voy á hacer blasfemar á los que me verán, no sólo podré, sino que deberé abstenerme de hacerlo; y es no por miedo, sino por caridad. Obrar de otra manera seria cometer una imprudencia, seria exponer, sin necesidad, á los demás á ofender á Dios.

Ya comprendes, amigo mio, la profunda diferencia que existe entre esta reserva dictada por la fe misma y por una caridad bien entendida, y el lastimoso sentimiento del miedo, tal como lo hemos presentado y explicado hace poco cuando hablábamos del respeto humano.

Contábanme, hace uno ó dos años, que en un cuartel de Lille, un jóven voluntario de un año, que pertenecia á una honrada y cristiana familia de obreros, la primera noche de su llegada al regimiento fué á ponerse de rodillas para hacer sus

oraciones, como habia acostumbrado hacerlo siempre en su casa. Esto produjo, en la cuadra, una explosion de risas y groseras burlas, que se trocaron en impiedades y blasfemias, que se prolongaron hasta muy adelantada la noche. A la mañana siguiente, el jóven soldado quiso hacer otra vez lo mismo, y fué todavía mayor el escándalo que la víspera. Por fin, siguiendo el consejo de un compañero, tan cristiano como él, pero dotado de más tacto y juicio, dejó de singularizarse de aquella manera sin ningun provecho.

—Mira, querido,—le dijo su camarada, — la experiencia me ha enseñado que en semejante compañía lo mejor es no dar á conocer nada. Haz como yo, reza en tu cama, vé de vez en cuando á encontrar al capellan, y sin tratar de esconderte, pero tampoco sin exponer á los otros á pecar en grande, comulga para tener valor para vivir en el regimiento sin perderte.

Aquello era hablar como un libro. El recien venido siguió tan prudente consejo é hizo perfectamente bien.

A veces esto hace bien y Dios bendice la buena intencion de su prudente servidor. Esto pasó con un quinto, nuevo tambien en la vida de cuartel. Como el otro púsose de rodillas al pié de su cama para rezar sus oraciones de la noche, y en seguida se armó una gran zaragata en la cuadra: uno le echa su képis, otro su gorro de dormir, este su cinturon, aquel hasta su saco; se rie, se silba; un gracioso sube encima de su cama y le canta á sus

orejas mismas una cancion indecente: el jóven soldado, con todo y ser quinto, no se menea siquiera, y sin pestañear termina tranquilamente su oracion.

A la noche siguiente todo el mundo estaba en acecho para ver si se atreveria á arrodillarse. No faltó, y renovóse la escena de la víspera, más ruidosa y sobre todo más innoble. El bravo quinto rezó como si no viese ni oyese nada. La tercera noche hubo un poco menos de zaragata; la cuarta todavía menos. A la noche siguiente levantóse una voz, la de uno de los directores de la broma, que dijo:

—¡Pardiez! camaradas, ese chico vale más que nosotros. Sostiene el fuego: ¡es un valiente! Yo opino que le dejemos tranquilo. Despues de todo, cada cual tiene sus gustos: es muy libre de hacer lo que hace.

Y se acabó la broma, y desde entonces todos le respetaron, y hasta tuvo él la dicha de ejercer sobre gran número de camaradas una provechosa influencia.

Acuérdome tambien de un jóven artista, muy cristiano, que hallándose para un viaje bastante largo, en un buque de vapor, entre una cuarentena de pasajeros, creyó obrar bien y dar á los demás un buen ejemplo rezando públicamente sus oraciones fuera de su camarote. Nadie le hizo burla, á lo menos exteriormente; y, cuando el buque tocó á puerto, aquel jóven hasta recibió de algunas familias, que habian hecho con él la trave-

sia, demostraciones inequívocas de simpatía y casi de respeto.

¿Habia hecho bien ó mal? Su intencion era sin duda excelente; queria obrar bien y dar buen ejemplo; más al fin nada le obligaba ni á él, ni tampoco al quinto que he citado, á rezar así de rodillas, en medio de personas cuyos sentimientos no conocia. Si los pasajeros hubieran sido impíos, ó malas cabezas, aquel buen jóven corria grande riesgo de provocar, sin provecho alguno, blasfemias y burlas harto culpables, y obtener un resultado diametralmente opuesto al que se proponia. Por muy laudables que pudieran ser su fe viva, su firmeza cristiana y caritativa intencion, habria obrado con más prudencia rezando sus oraciones en su camarote. Y otro tanto diré del buen quinto, no obstante el éxito obtenido por su sencillez y su perseverancia.

¿Comprendes, ahora, hijo mio, en qué consiste la diferencia entre el respeto humano, que es sumamente malo, y la prudencia, que es en alto grado buena? Hay respeto humano, y por consiguiente cobardía, cuando por un absurdo sentimiento de miedo nos avergonzamos de parecer cristianos; hay simplemente prudencia y tacto cristianos cuando, por caridad y para no dar á los demás ocasion de ofender á Dios, nos abstenemos en su presencia de tal ó cual acto religioso no obligatorio.

Esto sentado y sobre todo bien comprendido, debe establecerse todavía una importante distin-

cion tocante al sentimiento de caridad que ha de guiar aquí tu prudencia. Hay circunstancias en que la caridad bien entendida te moverá á abstenerte; hay otras, por el contrario, en que te hará obrar y hablar recio. Te abstendrás siempre que te parezca probable que la manifestacion de tu fe produzca más mal que bien; hablarás y obrarás cuando puedas razonablemente esperar que tu ejemplo ejerza sobre los demás una influencia saludable.

Así, pues, mi excelente Jaime, salva la reserva que te inspiren el buen sentido y la caridad, jamás tengas miedo de parecer cristiano; camina siempre con la cabeza alta en medio de los que te rodeen, y muéstrate orgulloso de tu fe y de tu bautismo. Jamás olvides que los cristianos son lo mejor de la humanidad, y que deben preceder á los demás hombres, jamás seguirles. Cuando tus compañeros, tus amigos ó tus padres te verán caminar con paso firme por tu senda franca y abiertamente católica, se callarán y hasta las más de las veces, en vez de reirse, te admirarán; en el fondo los hombres, y sobre todo los jóvenes, son más ligeros que malos.

La firmeza cristiana, la sencillez en la fe es aún la mejor de todas las prudencias, y te la aconsejo especialísimamente, sobre todo cuando te des á conocer en alguna parte. «Conviene, dice san Agustin, tener un santo atrevimiento cuando se vive entre gentes á quienes Jesucristo desagrada. Si os avergonzais de El, seréis borrados del libro de la vida. Cuando se os insulte por causa de Jesu-

cristo tened en cuenta que, si os avergonzais de vuestro Dios, estais muertos. Tened, pues, cara de hierro, una cara que no sepa ruborizarse ante los que desprecian á Jesucristo. ¿Qué temeis? ¿Acaso vuestra frente bautizada no está armada con la señal de la cruz de Cristo?»

Medita bien estas pequeñas advertencias, hijo mio muy amado; medítalas y practícalas. Ellas te serán de diaria utilidad, y te guiarán con seguridad al través de los escollos contra los cuales por desgracia está tan expuesto el hijo del pueblo á chocar en nuestros dias.

## X.

### Los que créen y los que no creen. Historia de un barquero normando.

Voy á referirte una historia, mi querido Jaime, que me parece resume perfectamente la mayor parte de los consejos que te he dado tocante á la fe y al respeto humano. Es un perfil dibujado del natural, perfil de un hombre que toma su fe por lo serio y la profesa generosamente; perfil de muchos otros que aparentan no tener fe y que por más de una razon quisieran que los otros hiciesen como ellos. Esta historia pasó no hace mucho tiempo, en un puerto asaz importante de la Normandía, tambien trabajada por las desastrosas influencias de los malos periodiquillos de la francmasonería, de la política y de las tabernas; pero habria podido muy bien pasar en cualquier otro puerto, en cualquier fábrica ó en cualquier taller.

Un jóven obrero, llamado Juan María L***, vivia, como la mayor parte de sus compañeros, olvidado de sus deberes religiosos: tenia veintitres años y era generalmente apreciado como un trabajador bueno y hábil. Ciertò dia entró en una iglesia por mera curiosidad. Estaba predicando un Padre Franciscano, y su palabra ardiente, sencilla, llena de sentimiento y de energía, causó cierta impresion en el jóven marinero. Al dia siguiente volvió á oirle, y volvió al otro dia, y tras algunas vacilaciones se decidió á cambiar de vida, á confesarse y á comulgar. Esto lo hizo de todo corazon.

No tardaron sus compañeros en apercibirse del cambio de su conducta. Uno de ellos le pidió la causa de aquel cambio, y Juan María le refirió sencillamente lo que habia pasado, añadiendo que estaba resuelto á vivir en lo sucesivo como bueno y verdadero cristiano.

En cuanto fué conocida la historia entre los trabajadores del puerto, el excelente muchacho fué, como es costumbre, objeto de las burlas y de las pullas de todos sus compañeros. Muchos llegaron á las invectivas y á los arrebatos; pero Juan María se mantuvo firme, y en lugar de impacientarse, dejó tranquilamente pasar aquella primera tormenta, que por otra parte se habia ya esperado.

—Mucho se ha gritado contra Nuestro Señor Jesucristo,—se decia;—el discípulo no es más que el maestro: no debo sorprenderme de lo que me pasa. Ofrezcámoslo á Dios como espíritu de penitencia para mi vida pasada, y todo será provecho para mí.

Cierto dia en que uno de sus compañeros acababa de insultarle, acompañando sus injurias con todo el vocabulario de las blasfemias y juramentos de taberna, Juan María le dijo friamente:

—¡Qué bien te sientan todas esas palabrotas, imbécil! ¡Si te habrás figurado hacer una gran cosa con soltar toda esa retahila de votos y juramentos que has soltado!... Y ahora, ¿qué has ganado? Si no hay Dios, es como si dijeses tonterías á una piedra; si le hay, no le privarás de ser más fuerte que tú. Y si no te castiga en seguida, es porque sabe que no te le puedes escapar. ¿Qué contestarás á esto?

Y el otro, como que no encontraba contestacion, se largó refunfuñando, y con el gesto cariacontecido que pone esa pobre gente cuando se les remacha el clavo con alguna maestría.

Cinco minutos despues le tocó el turno á otro, que repitió la misma cancion, sazonada con las mismas blasfemias, porque todos dicen lo mismo.

—¿Sabes á qué te pareces cuando te haces así el valiente contra Dios?—le dijo Juan María.—Me haces el efecto de un mal perrillo faldero que ladra junto á un perrazo de Terranova y que se figura darle miedo, porque el otro le desprecia y pasa de largo sin dignarse mirarle tan siquiera. ¡Pobre faldero si llega á apurar la paciencia del de Terranova! Da éste una media vuelta hácia la izquierda, y de una sola dentellada le manda á hacer compañía á sus difuntos padres. ¡Ten cuidado que no te pase á ti otro tanto, querido!

Aquel dia los burlones tuvieron que ponerse de la parte de Juan María.

Más esto duró poco tiempo. Otro marinero, verdadero poste de taberna, le apostrofó en el momento en que dejaban el trabajo para ir á comer, y le dijo delante de toda una comitiva de compañeros:

—Es bien tonto eso de privarte de todo como lo haces. En lugar de divertirte con nosotros como antes, vas el domingo á fastidiarte con tus Curas, á pasar el tiempo en la iglesia y nunca sueltas las sayas de tu madre.

—Cuestion de gustos,— contestó con presteza el bueno de Juan María.— Tú te figuras estar mejor pareciéndote á una bestia que á un hombre; y si no te has hecho recojer tres ó cuatro veces de en medio de la calle y arrojar por piedad contra un guarda-canton para librarte de que algun carruaje te pase por encima del cuerpo, ya te parece que no has celebrado bien el domingo. Yo prefiero oir Misa como un buen cristiano, hacer compañía á mi buena madre y á mis hermanas, para ir luego á divertirme honestamente y en familia. Nosotros nos divertimos y nos regalamos tanto como tú, mejor que tú, sin hacer mal á la bolsa ni á la salud. Por la noche vuelvo siempre á casa alegre y sano; y al dia siguiente estoy totalmente dispuesto para volver á mi trabajo, mientras que tú, viejo tonel, estás durmiendo la mona todavía. Que no te gusta mi vida, ¡corriente! guárdate la tuya y yo me guardaré la mia; al fin se cantarán las glorias,

y ya veremos entonces á quien le saldrá mejor la cuenta.

Un chusco pretendió ridiculizarle, y le dijo Juan María:

—Tú quisieras hacerme pasar por un imbécil, porque no pienso como tú; y para probarme que debo pensar y hablar como tú, sólo tienes una miserable sarta de bromas de mál género, que están en todos los librejos, y circulan por todas las tabernas, y repite néciamente desde tiempo inmemorial toda la gente de mal vivir. Y este infame manojo de juramentos y blasfemias me lo propinas á diestro y á siniestro, como si todo esto tuviese algo que ver con la cuestion. ¿Sabes esto lo que me prueba? Me prueba solamente que tú quisieras que no hubiese ni Dios, ni infierno, ni religion; mas de ningun modo me prueba que no haya nada de esto. Ya ves que si tomase tus simplezas por razones, seria por lo menos lo que tú, un imbécil en toda la extension de la palabra.

Juan María observaba con satisfaccion que, cuanto más hablaba él, más bajaban de tono los otros, y que, en el fondo, más de uno de sus camaradas era de su opinion. Algunos hasta habian tenido la franqueza de decirlo.

Sin embargo, cierta mañana durante el ligero almuerzo, que una media docena de marineros acostumbraban á tomar juntos, uno de ellos le dijo aún á Juan María:

— Dí tú lo que quieras, ello es que eres el único de todos los que trabajamos en el puerto en

obrar como obras. ¿Te figuras tal vez que sabes más que los otros?

—No digo tal cosa,—replicó el intrépido jóven. —Lo que digo es que obro bien siendo cristiano, y que los que no lo son obran mal. Que sea solo ó no, esto nada tiene que ver. No siempre se puede agradar á todos. Los hay que creen en la Religion, y los hay que no creen en ella. Si quiero obrar con los unos, es menester que me pelee con los otros; no hay más, es imposible agradar á los unos y á los otros. ¡Pues bien! ¿quereis saber lo que me ha decidido? Voy á decíroslo, y veréis como no es nada malo. Por de pronto he observado que siempre que se trataba de un borracho, ó de un pillo, ó de un holgazan, tratábase invariablemente de alguno de los que pertenecen á la categoría de los hombres sin religion, de esos que no creen ni en Dios ni en el diablo. Esto me hizo sospechar que ese lado no era el bueno. Miré despues al otro lado, y reconocí que era allí donde se hallaba la gente más honrada en todas las condiciones. En cuanto se trataba de un hombre caritativo, de un verdadero hombre de bien, estaba completamente seguro de encontrarle entre las personas religiosas. Y de ahí deduje que valia más estar con los buenos que con los malos. ¿Hice mal?

Y como sus camaradas nada contestasen, dominados por el notable buen sentido de Juan María, éste continuó:

—Aun cuando no hubiera habido otra cosa para decidirme, esto habria sido más que suficiente. Pe-

ro hay todavía otra razon más fuerte, y ahí va. Si les pido á los que no creen en la Religion por qué no quieren creer en ella, me dicen: —No creemos porque es una tontería el creer. —Pero ¿por qué es una tontería? —¡Que fastidioso eres! Es una tontería... porque lo es. —Esta es su respuesta, sin que sepan dar otra. ¡Magnífica razon, sobre todo cuando os la da un mozuelo que apenas sabe leer.—En cambio, con los que creen la cosa muda totalmente de especie: éstos saben perfectamente lo que creen y por qué lo creen. Cuando les hablo de religion, siempre me dan razones buenas en lugar de contestarme con simplezas y bestialidades, como lo hacen los otros. — De consiguiente he tomado mi partido: me he unido á aquellos que me inspiraban confianza: me he hecho cristiano, sencillamente cristiano. Rezo á Dios; como de vigilia cuando es debido; voy á Misa y tomo el domingo en serio; me confieso y comulgo, y,—añadió con decision y levantándose, —me va bien así. Si esto no os agrada, peor para vosotros. Todo lo que ahora se podrá decir para hacerme cambiar, será como si se hablase á una pared.

Desde aquel dia no hubo ya más discusiones, y Juan María L*** continuó sirviendo á Dios con la cabeza alta, sin afectacion, pero sin respeto humano, cumpliendo todos sus deberes de obrero cristiano, y estimado de aquellos mismos que más habian gritado contra él.

Tales son los que creen: tales los que no creen. ¡A ti te toca escoger, amigo Jaime!

# XI.

## De una tendencia harto general hoy en dia, y muy peligrosa bajo el punto de vista de la fe.

Hé aqui, hijo mio, un asunto de importancia suma: me refiero á lo que en el lenguaje científico se llama *naturalismo* ó *indiferentismo* en materia de religion. Escucha bien, porque es este un mal que se ha infiltrado en toda la sociedad y que es directamente opuesto á la vida cristiana, á la vida de la fe.

Este naturalismo es una tendencia vaga y genegeneral que nos inclina á vivir fuera de las ideas de la fe y á contentarnos con ser simplemente hombres de bien. Es un sistema de semi-incredulidad, muy razonable en apariencia, que mira como exagerado todo lo que huele á piedad, todo lo que viene de la fe, todo lo que nos eleva á la vida cristiana propiamente tal.

Indudablemente conoces tú muy excelentes personas que son así. Cuando han dicho: «Yo soy un hombre de bien; yo no hago mal á nadie,» ya se figuran haberlo dicho todo y que no hay más que decir.

Si no han olvidado del todo el catecismo, hay que confesar que apenas se conoce que lo recuerden. Al ver su modo de vivir, diríase que no creen ni en Jesucristo, ni en el Evangelio, ni en los Sacramentos, ni en la oracion, ni en la gracia de

Dios, ni en el pecado mortal, ni en el juicio, ni en el purgatorio, ni en el infierno, ni en el paraíso.

Fíjate un poco en el detalle de sus dias: por la mañana nada de oracion, y por la noche tampoco; ó si todavía les queda alguna costumbre de oracion vocal, es una pura rutina, un breve fórmula como de papagayo sin ninguna suerte de influencia en su vida de todos los dias. En el trabajo son exactos, emplean bien su tiempo, son generalmente buenos obreros y todo para su negocio. En casa se les ve sóbrios, tranquilos, á veces hasta serviciales y de un humor bastante igual. Si tienen la *rara* suerte de tener una buena mujer, la aman, la tratan con verdadera consideracion y la traen fielmente el producto de la semana. Son, tanto como se quiera, buenos padres, buenos esposos, buenos compañeros y han sido buenos hijos. Si han hecho ó si hacen todavía de vez en cuando alguna calaverada, la dan poca importancia y se sorprenden en gran manera cuando oyen decir que es malo el hacerlas; indulgentes con los demás sobre muchos puntos escabrosos, lo son todavía más consigo mismos.

Pero no vayais á hablarles de la *obligacion* de ir exactamente el domingo á Misa, de hacer abstinencia, ni de observar los mandamientos de la Iglesia; y sobre todo no vayais á hablarles de confesarse ni de comulgar. ¡Oh! ¡En este terreno ya no hay hombre! Si no se enojan de veras, á lo menos refunfuñan y se escurren; es imposible llegar á hacerles entrar en razon. No entienden nada ó casi nada el lenguaje de la fe.

Si se les aprieta dicen que ellos se tienen su religion, la religion del hombre honrado, y que ésta les basta. Si se insiste, si se les demuestra, por el simple buen sentido, que para ser verdaderamente honrado es menester cumplir *todos sus deberes*, y que el primero de los deberes consiste en servir á Dios y en vivir como cristiano, se escudan con el ejemplo de éste ó de aquella, que se conducen como ellos, y gozan, sin embargo, del aprecio de todo el mundo.

En fin, si se les acosa hasta el extremo, contestan evasivamente:

—Dejadme tranquilo; yo sé lo que tengo que hacer. No tengo necesidad de que se me dén lecciones. Más tarde podrá ser que las necesite: hoy no. Cuando tenga cerca la muerte llamaré á un sacerdote, porque no quiero morir como un perro; pero nada más.

Y en el entretanto, —permíteme la expresion, mi querido Jaime;— viven como perros, como si no tuviesen alma, como si no estuviesen bautizados.

La honradez natural es indudablemente cosa bella y excelente, notablemente rara en la práctica de la vida; pero no basta. ¿Y por qué no basta? Porque Dios no lo entiende así. Es El quien nos ha criado; no hemos sido nosotros mismos: El es nuestro Dueño, nuestro Señor, como le llamamos; y quiere que le sirvamos.

Ahora bien, en la práctica, ¿qué quiere decir *servir á Dios?* Quiere decir ser un verdadero cristiano,

un buen católico. Y para ser buen cristiano, buen católico, es menester ante todo creer todo lo que nos enseñan nuestros sacerdotes en nombre de la Iglesia, en nombre de Jesucristo; es menester vivir de conformidad con la fe y con el Evangelio; es menester observar tan bien como se sepa los mandamientos de Dios y de la Iglesia; es menester orar, santificar los domingos y dias festivos, ir á la iglesia, frecuentar los Sacramentos, evitar cuidadosamente los pecados. El hombre que no hace todo esto, por muy honrado que sea á los ojos del mundo, no lo es á los de Dios; no sirve á Dios; huella, lo repito, el primero, el más importante de sus deberes.

—¡Pero yo no soy un impío!—contesta el hombre honrado que vive fuera de la Religion;—yo no digo mal de la Religion, ni de los Curas, ni censuro á los que van á confesar.

Sea; pero esto no es servir á Dios: y el que se contenta con esto, no solamente no sirve á Dios tal como en conciencia está obligado á servirle, sino que además desobedece formalmente á Dios, no haciendo lo que Dios le manda y viviendo ajeno á su gracia y á su amor. Es menos culpable que el impío, esto es todo; pero es todavía muy culpable, desde el momento en que no da á Dios lo que le es debido y ni lo que Dios exige de todos y de cada uno de nosotros.

Sin llegar á este exceso de indiferencia, que es por desgracia harto frecuente en nuestra pobre moderna sociedad descristianizada, guárdate para

tí mismo, amigo Jaime, de la peligrosa tendencia que aquí te apunto. Hasta entre los cristianos prácticos hay muchos que son poco cristianos por sus ideas y por sus maneras de ver, de juzgar, de hablar y de hacer: no hacen reinar á Jesucristo en su vida; viven segun las pequeñas luces de la simple razon natural, mucho más que segun las grandes y santas luces de la fe. Sin decir precisamente que basta ser hombre de bien, hablan y obran casi como si así lo creyesen, siempre dispuestos á burlarse de las personas verdaderamente piadosas, á tratarlas de exageradas y de fanáticas; á no querer creer ni en los milagros más probados, etc...

La oracion, los Sacramentos, el servicio de Dios tienen harto trabajo en encontrar un insignificante sitio en su vida, y el amor de Dios arde en sus corazones como esas luces pálidas, azuladas, vacilantes, medio apagadas, que se ven á veces en las lamparillas.

Díme ahora, amigo Jaime: ¿es esto fe? Y la multitud de personas que caminan por esta senda, ¿son verdaderos cristianos, son verdaderos católicos? No quieras imitarles; resiste al torrente de ese naturalismo y de esa indiferencia que en tantas almas minan la fe y la vida de la fe. Procura, cual muchas veces te lo he recomendado ya, que Dios esté mezclado en tu vida; haz que Nuestro Señor Jesucristo viva en tu corazon. Piensa á menudo en El; ruégale y adórale con frecuencia; su luz, que es la fe, regule tus juicios y dirija tu conducta; y, finalmente, ten constancia en avivar frecuente-

mente el brillo de esta divina luz por la práctica de los Sacramentos y por tu perseverancia en asistir á la Asociacion, al Círculo católico y tambien á los Oficios de la Iglesia.

## XII.

### De la rutina y del espíritu del mundo, dos escollos opuestos al espíritu de fe.

Otros dos escollos asaz peligrosos voy á señalar hoy, hijo mio, á tu conciencia, y tambien, permíteme que te lo diga, á tu inexperiencia.

Una palabra ante todo sobre la *rutina*. Llámase así al estado de piedad insignificante, desabrida á que se reducen ciertas almas que se vician y se adormecen en el hábito del bien. La rutina es hacer el bien por costumbre, y no por espíritu de fe. Es rezar mañana y noche, porque se ha adquirido esta costumbre. Es asistir á la Misa, confesarse, comulgar, rezar el rosario, etc., únicamente porque se tiene la costumbre de hacerlo. La rutina es, como si dijéramos, el agua tibia.

No pudiendo hacernos abandonar el servicio de Dios, ni la oracion, ni los Sacramentos, ni las buenas obras, el demonio se esfuerza en hacer degenerar nuestra piedad haciéndonos deslizar por la terrible senda de la rutina.

Verdad es que nada hay más excelente que adquirir la costumbre de obrar bien; pero como toda medalla tiene su reverso, es preciso poner cuidado en que el agua caliente no se vuelva tibia, en que

la bella y viva luz que brilla en la lámpara del santísimo Sacramento no se convierta en la mortecina luz de la lamparilla de que hablábamos hace poco.

Con el trabajo espiritual, que es la piedad, no pasa lo mismo que con el trabajo material: en éste la rutina no es de temer; y cuanto más toma un obrero el *hábito* de su trabajo, mejor lo hace; la mucha costumbre se convierte para él en mucha facilidad, y por consiguiente en mucha habilidad. Pero en la oracion, en la práctica de nuestros deberes religiosos la cosa muda de especie: el espíritu de fe, que es el alma de la vida cristiana, se halla siempre sitiado por nuestras malas tendencias naturales; y en el servicio del Señor nos parecemos á un viajero á quien una fuerza secreta atrajese siempre hácia atrás, no sólo para impedirle caminar con paso firme y ágil á su destino, sí que tambien para detenerle del todo si fuese posible. Merced á esta fuerza, que no es otra que la accion deletérea del demonio, del mundo y de las pasiones, el cristiano se ve obligado á hacer continuos esfuerzos para andar por el camino del Evangelio, para no dejar que se adormezca, para no dejar que se oscurezca poco á poco la luz de la fe en el santuario de su alma. El que no la vigila de cerca, ó se detiene en el camino, y éste es el estado de pecado mortal, ó no anda ya como deberia andar, ni reza como deberia rezar, ni hace el bien como deberia hacerlo, esto es, con aplicacion, con zelo, con ardor, con amor.

Procura, pues, estar alerta, mi buen Jaime. Cuanto más piadosos somos, más debemos preservarnos de la rutina. Para que en las diferentes prácticas de la vida cristiana el hábito, que es excelente, no se convierta en la rutina, que es mala, aviva sin cesar en tu alma el espíritu de fe; reza, sirve á Dios, confiésate, comulga, haz el bien en espíritu de fe, es decir, renovando sin cesar tus intenciones, y así la rutina ya no podrá alterar tu piedad. Ni los gusanos ni la polilla pueden roer la rica tela, si se ha tenido el cuidado de polvorearla con alcanfor ú otra sustancia de iguales propiedades.

Primer escollo, pues, que debe evitarse: la rutina.

El segundo es el *espíritu del mundo,* directamente opuesto al espíritu de fe. El mundo, como ya te llevo dicho, mi buen Jaime, es el conjunto de las criaturas que viven sin Jesucristo, lejos de Jesucristo, contra Jesucristo. Por esto nos está prohibido el amarlo. *No améis el mundo, ni las cosas del mundo*, nos dice el mismo Dios; porque *el mundo todo entero está en el mal, bajo la influencia del demonio.*

Pero el mundo más peligroso para un jóven como tú no es el que desciende hasta la impiedad y se revuelca en la licencia: ese mundo causa horror á toda alma honrada. Es aquel que no habla más que de divertirse, de pasar bien el tiempo y alegre la vida; es el mundo moderado en el mal, que evita los excesos groseros, que guarda siempre un exterior más ó menos agradable; es este mundo para

el cual la impureza no es más que galantería, ó cuando más debilidades muy perdonables; para el cual la venganza es simplemente honor; la locura, alegría y expansion. Este es el mundo más peligroso para los jóvenes, en todas las clases de la sociedad; el que más jóvenes pierde, en los talleres como en los salones, en el campo lo mismo que en la ciudad.

El espíritu del mundo está en las ideas, en las máximas, en los hábitos, que vienen á ser su alma y que animan á todos los mundanos. Los jóvenes buenos que quieren pertenecer totalmente á Dios han de velar muy de cerca para no dejarse penetrar por ese espíritu del mundo, y esto no es cosa fácil. Así como se ha de combatir el frio por el calor, la oscuridad por la luz; de igual modo el jóven que quiere mantenerse cristiano ha de combatir el espíritu del mundo por el espíritu de Jesucristo, que en la práctica se llama espíritu de fe. Y para conservar y fortalecer en su alma ese precioso espíritu, ha de recurrir, sin jamás cansarse, á tres principales medios que á todos nos presenta la Iglesia: la meditacion del Evangelio y de los buenos libros, la oracion y los ejercicios de piedad, y la frecuencia regular y asídua de los santos Sacramentos.

Por este triple conducto está el cielo en relacion directa con la tierra; el Señor hace descender á nuestras almas su gracia omnipotente, y El mismo desciende hasta nuestros corazones, haciendo posible para nosotros lo que seria enteramente imposible sin su asistencia.

Desde el fondo de nuestro corazon donde reside y vive por su gracia, nos guarda, nos preserva de la corrupcion y del espíritu del mundo, y nos grita: *Tened confianza, yo he vencido al mundo. Vivid en Mí, y yo viviré en vosotros. Aquel que está en vosotros es más grande que aquel que está en el mundo.* Hé aquí el preservativo infalible, divino, universal, más fuerte que el demonio, príncipe del mundo.

Vive, pues, en medio del mundo, hijo mio, como en él vivia Jesús, tu santísimo modelo. En Nazaret, y más tarde en su vida pública, vivia en medio de los pecadores y frecuentaba más ó menos el mundo. Era tan bueno para todos que se atraia todos los corazones, y los malvados fariseos se veian precisados á mentir para poder acusarle de algo. Vémosle asistir á grandes comidas, en casa de san Mateo, por ejemplo, y en casa de Simon el Fariseo; hasta le vemos asistir á una boda, en Caná, y allí es donde hace su primer milagro, como expresamente lo dice el apóstol san Juan.

Observa como se portaba entonces y obra tú como Él. En Jesús y con Jesús vé, cuando convenga, á mezclarte con los mundanos, por deber, por conveniencia, por delicadeza y por caridad. Puedes ir á veces para proporcionarte un honesto recreo; jamás vayas para aturdirte como la mariposa, ni por vana curiosidad, ni por frivolidad. Esfuérzate en ser en el mundo una reproduccion viva de Jesucristo; y en esto, como en todo, procura saber mantenerte hombre de fe y verdadero cristiano.

El espíritu del mundo; tal es el segundo escollo

que se debe evitar si se quiere conservar intacto el tesoro del espíritu de fe.

Así, pues, para reasumir, hijo mio, toma fuertes y sérias resoluciones para evitar los peligros de toda especie á que en el mundo se halla expuesta tu fe.

Ante todo, renueva á menudo en tu corazon el sentimiento del amor y del inestimable valor de la fe; renuévate con frecuencia en el respeto y en la sumision más completa á la soberana autoridad religiosa del Papa y de los Obispos.

Promete antes morir que entrar en pos de los incrédulos y de los herejes, en la senda maldita de la desobediencia, de la rebeldía y de las orgullosas negaciones.

Promete á tu Salvador Jesús jamás consentir que las nieblas de la duda oscurezcan en el cielo de tu alma el esplendor de las verdades católicas, cuyo principio es El mismo, viniendo de El y á El volviendo todas.

Prométele mantenerte toda tu vida, por medio de una sólida instruccion religiosa, superior á las puerilidades que la supesticion engendra.

Prométele jamás avergonzarte de El, ni de su Evangelio, ni de su Vicario, ni de su santa Iglesia, ni de su servicio, ni de sus Sacramentos, ni de ninguno de sus mandatos.

Prométele, en fin, volver á comenzar cada dia, con nuevo valor, con ardor incesantemente renovado, esta buena vida de fe, de oracion y de fidelidad, propia de los verdaderos cristianos, y que,

en medio de sus hermanos, les hace brillar como preciosas estrellas en el firmamento de la Iglesia.

Y estas resoluciones, hijo mio, deposítalas en el sagrado Corazon de Jesús bajo la tutela de la santísima Vírgen, de san José y de san Pedro.

## CONCLUSION.

### De como verémos en la eternidad lo que en la tierra habrémos creido.

Muchas otras cosas podria aún decirte, hijo mio muy amado, sobre este magnífico asunto de la fe. Pero todo ha de tener su límite, y así me contentaré con terminar nuestras sencillas conferencias sobre este punto con un pensamiento sumamente consolador y grande, capaz de elevar y de dominar tu corazon, á saber, que en la eternidad bienaventurada veremos al mismo Dios, Señor nuestro, á la santísima Vírgen, á los Angeles, á los Santos, y en general, todo lo que habremos tenido la dicha de creer en este suelo.

Así como por medio de ese admirable instrumento que se llama el telescopio divisamos claramente todo un mundo de objetos que á simple vista nos es imposible distinguir; de la misma manera, por medio de la fe y de la divina luz de la gracia, nos es dado conocer todo un mundo de verdades excelentes, sobrenaturales, que nos seria imposible distinguir con las solas fuerzas naturales de la razon. Así son todos los misterios de la Religion: los

conocemos perfectamente por medio de la luz sobrenatural de la fe, pero sin poderlos comprender, y sin esta luz sobrenatural que Dios se digna darnos no podríamos conocer estos misterios, como no podríamos, sin telescopio, distinguir los objetos que están situados fuera del alcance de nuestra vista.

Pues bien, mi buen Jaime, en el momento en que, por la misericordia de Dios, entrarémos en el cielo, esta divina y sobrenatural luz de la fe se transformará en una luz mucho más bella, sublime y esplendente, llamada la *luz de la gloria,* que nos hará ver instantáneamente, entre los transportes de una alegría, de una felicidad, de un amor de que ni siquiera podemos formarnos una idea en este suelo, todos los adorables misterios que la Iglesia nos habrá enseñado á conocer y á creer durante nuestra estancia en la tierra. ¡Figúrate, hijo mio, lo que podrá ser la felicidad de aquel momento!

Así, á la luz de Dios mismo, veremos á Dios tal cual es y cara á cara. Veremos el misterio de su eternidad, de su inmensidad infinita, de su omnipotencia, de su belleza, de su santidad, de su bondad, de su justicia y de todas sus demás adorables perfecciones. Veremos cara á cara, y en proporcion á nuestra fe, á nuestro amor y á nuestra santidad, conoceremos, cual el mismo Dios lo ve y conoce, el misterio de la Trinidad, es decir, de un sólo Dios y tres personas distintas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y lo adoraremos con los Angeles y como los Angeles.

Verémos cara á cara á nuestro muy santo y muy amado Señor Jesucristo; veremos y adoraremos su divinidad de tal suerte unida á su humanidad, que esta humanidad entró á participar de la gloria y majestad divinas, viniendo á ser de este modo el centro del cielo y como el sol vivo del mundo celestial y eterno. Sí, hijo mio, veremos cara á cara al buen Jesus; veremos su divino rostro, oirémos su sagrada voz, estarémos con El para siempre, participando de su infinita felicidad, bendiciéndole por habernos salvado concediéndonos, durante nuestra vida, la inestimable gracia de la fe. Verémosle á El mismo, al Dios de nuestro corazon, al Dios del altar y del tabernáculo; habrán caido para siempre los velos, y le contemplaremos y le adoraremos, como le adoran y contemplan los nueve Coros de sus Angeles.

En el cielo, á la luz de Dios, veremos igualmente á la santísima Vírgen, Madre de Dios, Esposa de Dios, Criatura por excelencia, Reina de la Iglesia y del Paraíso, nuestra Madre y nuestra Reina. ¡Oh, mi buen Jaime, cuán bella la veremos! ¡Cuán bueno será amar y bendecir á esta Vírgen tan santa, tan dulce, que despues de haber sido nuestro refugio y nuestro consuelo en la tierra, será allá en el cielo, durante toda la eternidad, nuestra alegría y nuestro descanso con Jesucristo Señor nuestro!

A la luz de Dios veremos á san José en todo el esplendor de su gloria; y todas las maravillas de su oculta santidad nos serán reveladas de una sola ojeada, como tambien las maravillas mucho más

superiores todavía del Corazon inmaculado de María, y las adorables y divinas maravillas del sagrado Corazon de Jesús. Sólo entonces será cuando aprenderemos á conocer la excelencia de los Santos, á conocer la grandeza y hermosura de los Angeles. . . . . . . . . . .

¿Qué más te diré? Veremos, con todos los tesoros de su santidad y de su perfeccion, á los santos Pedro y Pablo, los dos vasos de honor en los cuales la gracia de Jesucristo habia derramado todas sus riquezas; y á san Juan Bautista, el más grande de los hijos de los hombres, la flor del Antiguo Testamento; á san Juan el Evangelista, el Apóstol del sagrado Corazon, el discípulo amado del Cenáculo, el fiel discípulo del Calvario, el hijo adoptivo de María, el Apóstol de la caridad, la luz de la Iglesia; y á todos los otros Apóstoles, y á todos los Mártires, y á todos los Profetas, y á todos los Patriarcas, y á todos los Santos y Santas que habrá engendrado, desde el principio hasta el fin de los siglos, la gracia omnipotente del solo Dios verdadero, del solo verdadero Rey del cielo y de la tierra, del Rey del tiempo y de la eternidad, Jesucristo, autor y consumador de nuestra fe. . . . .

Entonces nos serán revelados todos los secretos de la Providencia; entonces comprenderemos la maravillosa sabiduría, la justicia, la misericordia de Dios en el gobierno de las cosas de este mundo, la razon excelente de tantas cosas que nos habrán chocado, por no decir escandalizado. Los secretos divinos se nos presentarán en toda su belleza.

*Ahora,* dice san Agustin, *creemos lo que verémos un dia; entonces veremos lo que habremos creido.* ¡Oh bella y santa fe, gérmen de la vision intuitiva, preludio de nuestra eterna felicidad!

Hé aquí lo en que se convertirá, en la eterna bienaventuranza, esta bendita fe que desde este mundo nos hace creer infaliblemente, aunque imperfectamente (más siempre suficientemente), lo que es en sí mismo el Señor nuestro Dios, nuestro Criador y nuestro único soberano Dueño, nuestro santo y dulce Señor, nuestro Salvador, nuestro santificador, nuestra luz y nuestro amor; esta fe que nos hace conocer igualmente y con toda seguridad lo que somos, lo que debemos hacer y lo que debemos evitar para cumplir la santa voluntad de Dios y alcanzar nuestro último fin, que es la eterna posesion del mismo Dios en el cielo.

Guarda, pues, hijo mio, guarda á toda costa tu tesoro. Antes morir que perder tu fe. Guárdala, ámala, practícala en medio de las inevitables oscuridades de la vida presente; ahora caminas á la luz, pálida todavía, del alba de ese bello dia, dia cuyo lleno sólo ha de resplandecer en la eternidad. Muchos detalles del paisaje y aún del camino escapan hoy forzosamente á tus miradas; muchas cosas hay que no comprendes en tu vida, ni en los designios de Dios respecto á tí. Todavía un poco de paciencia; prosigue sin vacilar tu marcha al través de los obstáculos, bajo la direccion del Vicario de Jesucristo y bajo la segura proteccion de la santa Iglesia tu Madre; haz lo que ella te dice; cree lo

que el Papa te enseña; obedece gozoso á los Pastores católicos; pequeño cordero del rebaño de Jesucristo, llegarás de seguro, por esta senda, humilde pero divina, de la verdadera fe, al bienaventurado Paraíso donde te espera la corona de la inmortalidad.

A. M. D. G.



# INDICE.



# OBRAS DE MONS. SEGUR.



**Al soldado** en tiempo de guerra. — Un opúsculo, 20 cénts. de real el ejemplar.

**Avisos** y consejos á los aprendices. — 80 cénts.

**Clero** y nobleza. — 70 cénts.

**Consejos prácticos** sobre las tentaciones y el pecado. — 1 real.

**Consuelos** á los que sufren. — 3 rs. en rústica y 6 en pasta.

**Contestaciones** claras y sencillas á las objeciones más extendidas contra la Religion. A los mismos precios que la anterior. — Están tambien divididos en 6 cuadernos á 40 céntimos cada uno.

**Conversaciones** sobre el protestantismo actual. — En rústica 3 rs., y 6 en pasta.

**El Dinero** de san Pedro. — 20 cénts.

**El Sagrado Corazon** de Jesús. — 3 rs. en rústica y 5 en percalina.

**El infierno.** Si lo hay, qué es, modo de evitarlo. — 2 rs. en rústica.

**El precepto pascual.** — 20 cénts.

**El niño Jesús.** — 60 cénts.; en percalina, 2. rs.

**Grandes** verdades. — 36 cénts.

**¿Hay un Dios** que se ocupa de nosotros? — 20 cénts.

**Josefina,** ó una santita de nueve años. — 1 real.

**La Confesion.** — 1 real.

**La Confesion y Comunion** al alcance de los niños. — á 90 céntimos en rústica y 2 rs. percalina.

**La divinidad** de Jesucristo. — 80 cénts.

**La fe** ante la ciencia moderna. — 1 real y medio.

**La Iglesia.** — 40 cénts.

**La libertad.** — 4 reales.

**La Misa.** — 1 real y medio.

**La Oracion.** — 1 real.

**La Pasion** de Nuestro Señor Jesucristo.—50 cénts.

**La piedad** y las virtudes cristianas.—1 real y medio.

**La piedad** y la vida interior.—*Primer cuaderno:* Nociones fundamentales, 80 cénts.—*Segundo cuaderno:* La abnegacion, 1 real y medio.

**La presencia real** de Jesucristo en el santísimo Sacramento del altar.—1 real 75 cénts.

**La Religion** al alcance de los niños.—80 cénts.

**La sagrada Comunion.**—80 cénts.

**La secta** catolico-liberal.—1 real y medio.

**Las maravillas** de Lourdes, 3 rs. en rústica y 6 en pasta.

**La Tercera Orden** de San Francisco de Asis.—60 cénts.

**Los francmasones:** lo que son: lo que quieren: lo que hacen.—2 rs.

**Los voluntarios** de la oracion.—6 rs. el ciento.

**Mi madre.** Noticias de su vida y de su santa muerte.—1 real.

**Objeciones** contra la Encíclica.—32 cénts.

**Reclinatorio** para la visita del santísimo Sacramento.—2 reales y medio en rústica, y 4 en percalina.

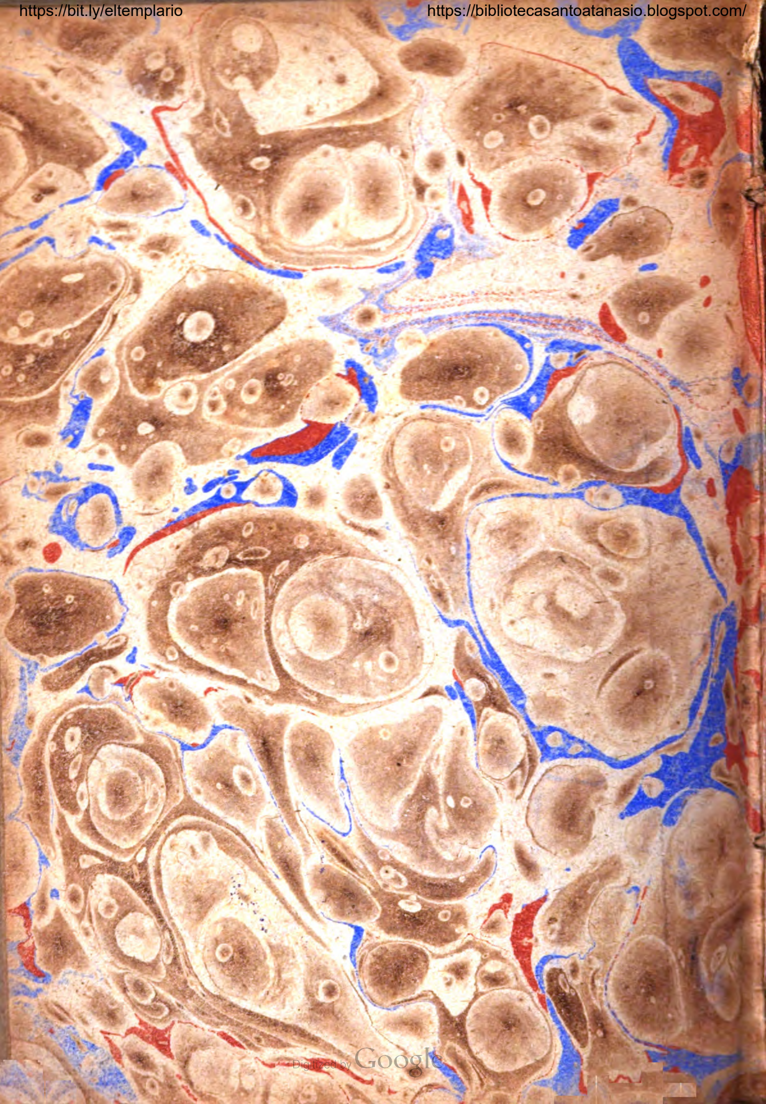
**Veladas** religiosas.—2 tomos, 14 rs. en rústica y 20 en pasta. Fuera, 16 y 22.

**¡ Viva el Rey !**—80 cénts.

Por cada diez se dan dos gratis en rústica y uno si son encuadernados.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Pino, 5, Barcelona.

---




BIBLIOTECA DE CATALUNYA
1001957336
12°
DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE BARCELONA
BIBLIOTECA CENTRAL
Reg.º 915686
Sig.ª 248.1-
053.75
Biblioteca de Catalunya
Digitized by Google

